

David Arnold

La naturaleza como problema histórico

El medio, la cultura y la expansión de Europa



DAVID ARNOLD

La naturaleza como problema histórico

El medio, la cultura y la expansión de Europa



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en inglés, 1996
Primera edición en español, 2000

Título original:
The Problem of nature: enviroment, culture and European expansion
Publicado por:
Blackwell Publishers Ltd, 108 Cowley Road, Oxford OX4 1JF UK
Blackwell Publishers Inc. 238 Main Street Cambridge, Massachusetts, 02142 USA
ISBN 0-631-17732-9
ISBN 0-631-19021-X (pbk.)

D.R. ©, 2000, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco 227, 14200 México, D.F.
www.fce.com.mx

ISBN 968-16-6095-1

Impreso en México

PREFACIO

En las décadas recientes ha crecido el debate y la investigación en torno a la historia ambiental. Aparte de la búsqueda incansable del historiador en pos de nuevos temas y nuevas fuentes, su importancia proviene de la difundida preocupación por el destino del planeta y las consecuencias de la contaminación industrial, la degradación del ambiente y el cambio climático. Éste es un tema muy pertinente en el mundo actual, y al mismo tiempo de gran riqueza informativa en lo tocante a la conformación de los tiempos pasados. Pero en la idea de historia ambiental está contenida una ambigüedad fundamental: ¿debe ser el estudio de lo que aconteció realmente con la Tierra y los organismos que la han poblado durante el paso del tiempo? ¿O debe interesarse menos por la realidad física que por las percepciones, en cambio continuo, del mundo natural y de las relaciones de los humanos con este mismo? ¿Debe ser una rama de la historia natural, o un ensayo sobre ideas históricas?

Este libro se ocupa más de lo segundo que de lo primero. Trata de mostrar la forma en que los historiadores (y otros escritores con vocación por la historia) se han ocupado de la naturaleza en sus diversas manifestaciones —el clima, la topografía, la vegetación, los animales silvestres y las enfermedades— como fuerza modeladora de la historia humana. En particular, se propone mostrar cómo las ideas del determinismo geográfico y biológico han sido parte importante de la teoría y de la explicación histórica, así como lo problemática que puede ser esta invocación de la naturaleza. El libro abarca lo que de modo creciente se ve como un ciclo completo de la historia ambiental, de la Peste negra, los primeros viajes de descubrimiento realizados por los europeos y el surgimiento del capitalismo hasta el imperialismo global de fines del siglo XIX y la preocupación, cada vez mayor, por los efectos destructivos del rápido cambio ambiental. Si bien de muchos modos Europa está en la parte medular de esta historia, América, Asia y África forman parte esencial de la historiografía ambientalista tal y como ha evolucionado durante los dos últimos siglos. En cierto sentido, muy importante, como este libro trata de demostrar, la historia ambiental y sus interpretaciones han sido desde hace mucho elemento central de la compleja relación material y cultural entre Europa y el resto del mundo.

Este libro nació de las conferencias dadas en los cursos de historia de licenciatura en la Universidad de Lancaster y en la Escuela de Estudios

Orientales y Africanos de Londres (SOAS, School of Oriental and African Studies). Agradezco la respuesta crítica de los estudiantes que asistieron a estos cursos, y su estímulo a los colegas con los cuales he enseñado y de cuyas conferencias tanto me he beneficiado, particularmente a John MacKenzie en Lancaster y a Gervase Clarence-Smith de la SOAS. Me ayudaron también, de diversas maneras y en momentos diferentes, con sus consejos y sugerencias Michel Adas, David Anderson, Michael Anderson, Richard Grove, David Hardiman, David Parkin, Peter Robb, Philip Stott, Giles Tillotson y Elizabeth Withcombe. Le estoy especialmente agradecido a Ram Guha, cuya obra sobre la historia ambiental de la India ha sido fuente de singular ayuda y aliento. También me enseñaron mucho, y me ayudaron a poner a prueba algunas de las ideas que aquí expongo, dos talleres: el primero sobre historia ambiental de la India, el cual se realizó en Belagio en marzo de 1992, y el segundo, sobre la historia antigua de la medicina tropical, realizado en el Instituto Wellcome de Londres, en marzo de 1993. Bob Moore, ex director, y Constantin Fasol, director actual de la serie New Perspectives on the Past, y John Davey, de Blackwell, desempeñaron asimismo parte inapreciable en el despegue del libro. Como siempre, le agradezco enormemente a Juliet Miller la paciencia mostrada durante los varios veranos que tomó realizar el libro, y también por haberme ayudado a ver el bosque a través de los árboles.

I. INTRODUCCIÓN

La naturaleza, Mr. Allnut, es el lugar donde nos ponen y desde donde tenemos que elevarnos.

KATHARINE HEPBURN A HUMPHREY BOGART en *La reina de África* (1951)

Antes que católico romano, capitalista o cualquier otra cosa, el hombre es una entidad biológica [...] El primer paso para entenderlo es considerarlo una entidad biológica que ha existido sobre este planeta, afectando a los demás organismos con los que convive y siendo afectado por éstos, durante muchos miles de años.

ALFRED W. CROSBY, *The Columbian Exchange* (1972)

PARECERIA QUE LA NATURALEZA de ningún modo es un problema histórico. Para muchos historiadores —del pasado y del presente— la naturaleza apenas si ha existido como factor digno de ser tomado en cuenta. Ningún problema han tenido para escribir una historia de la Revolución francesa sin hacer referencia al clima de Francia, o una crónica de la Alemania nazi sin mencionar para nada las ideas ambientalistas germanas. Muchos historiadores pertenecen a una tradición, que de muchas maneras sigue siendo la predominante, en que la naturaleza, sea como ideología, sea como realidad material, no figura, salvo quizá como el escenario donde se representa el drama real: el drama de las vidas humanas, de la acción humana, de los sucesos centrados en el humano. Lo cierto es que muchos historiadores se sentirían incómodos con la intrusión en sus relatos de algo tan abstracto o tan complejo. La naturaleza, quizá argumentaran, pertenece a los que poseen calificación técnica para lidiar con ella: biólogos, climatólogos, epidemiólogos, y así sucesivamente. La materia de estudio propia de la historia es la gente.

Pero desde no hace mucho, ya sea en la búsqueda continua de nuevos géneros de historia y de nuevos tipos de fuentes materiales, o por el estímulo de las preocupaciones ambientales contemporáneas, muchos historiadores empiezan a adoptar una actitud mucho más positiva hacia el lugar de la naturaleza en la escritura de la historia y en la recuperación

del pasado. Vivimos en una época en que conspicuamente se valora la naturaleza (como pura, salutífera, en peligro), aun cuando esté siendo violada en una escala sin precedente, y de seguro es correcto que los historiadores hagan suyas, por su comprensión crítica del pasado, las preocupaciones que informan y agitan a las sociedades en que ellos mismos viven. Pero, ¿de qué clase debe ser esta historia de la naturaleza o del ambiente? ¿Y qué valor podría tener en la tarea de entender e interpretar el pasado?

Como en otros campos de la investigación y el debate históricos, esta pregunta no tiene una respuesta única, sino que se ofrece gran una variedad de posibilidades. Se puede invocar a la naturaleza en la forma de ciencia, como fuente de información práctica y conocimiento autorizado sobre el pasado. Las ciencias naturales pueden hablarnos, por ejemplo, de los aspectos técnicos del clima, la vegetación y las enfermedades, y también de la forma en que probablemente estos factores influyeron en la existencia material de sociedades anteriores a la nuestra. En las ciencias de la naturaleza podemos encontrar también modelos de la forma en que las sociedades humanas evolucionaron o respondieron a las crisis ambientales y sociales a las que se enfrentaron, y asimismo, hasta un punto que pocas veces nos damos cuenta, las ciencias biológicas han ejercido durante poco más de un siglo profunda influencia en el pensamiento histórico. La naturaleza como ciencia puede suministrarles, pues, a los historiadores ideas clave sobre la estructura y la dinámica del pasado tanto como la información técnica necesaria para analizarlo.

Sin embargo, discrepando de este uso de la ciencia como fuente de autoridad en el análisis histórico, los historiadores han tenido una disposición, cada vez mayor, a disputarle a la ciencia su hegemonía. Es posible encontrar el origen de esta tendencia en la *Primavera silenciosa*, de Rachel Carson, publicada en 1962, con su descripción catastrofista del efecto de los pesticidas sobre la vida animal y el bienestar humano, y en el subsiguiente crecimiento de la conciencia ambiental en Estados Unidos y Europa occidental. En fechas recientes ha habido una impugnación más general de la ciencia y la tecnología, ligada a las preocupaciones sobre la contaminación industrial y por el tráfico de vehículos, los peligros de la energía nuclear y los efectos colaterales perjudiciales y la naturaleza invasiva de las prácticas médicas y quirúrgicas modernas. Influidos por esta tendencia crítica, algunos historiadores han empezado a tratar a la ciencia no como hecho objetivo ni como fuente de conocimiento autorizado, sino como actividad impulsada por diferentes agendas políticas y culturales. Parece como si la ciencia fuera algo demasiado importante como para dejarla en manos de los expertos técnicos: necesita ser "desarmada" y abierta al escrutinio histórico más am-

plio. Es de esperar que en el proceso aprendamos más sobre la subjetividad de la naturaleza, sobre cómo las ideas sobre el ambiente se han construido socialmente y servido, de diferentes modos y en diferentes épocas, como instrumentos de autoridad, identidad y reto.

La historia ambiental se ocupa, pues, no sólo de asuntos como la forma en que ha cambiado el ambiente (si como resultado de la actividad humana o por otras causas) y de los efectos de los cambios en las sociedades humanas, sino también de las ideas sobre el mundo natural y cómo éstas se han desarrollado y pasado a formar parte de nuestro conocimiento de la historia y la cultura. Comúnmente, el historiador se ocupa aquí de varios conjuntos de ideas y actos, que representan diferentes clases o culturas. Lo que para una persona quizá sea lo silvestre, para otra podría ser el paraíso terrenal. Para algunos pueblos, los bosques han sido hogar y fuente de satisfactores, así como de comodidad; para otros, han sido lugar de oscuridad y barbarie, útiles sólo para ser cortados en aras del progreso, la prosperidad y el orden. El ambiente o medio ha sido no sólo un lugar: también el campo de batalla donde han contendido ferozmente ideologías y culturas.

Aunque es frecuente que en estos días se empleen como sinónimos los términos de "historia ecológica" e "historia ambiental", será útil hacer entre ellos una distinción. La palabra *oecologie* fue acuñada en los años sesenta del siglo pasado por el biólogo alemán Ernst Haeckel, aunque el concepto tenía ya varias décadas de uso y nació de una tradición anterior de la historia natural. Haeckel empleó el término para describir la ciencia de las relaciones de los organismos vivientes con su mundo externo, sus hábitats, sus parásitos, depredadores, exposición a ciertos tipos de suelo, y así por el estilo. La ecología implicaba una familia de organismos vivientes, cada uno de ellos habitando en estrecha vecindad con los demás, compartiendo el mismo espacio físico, con apetitos en conflicto o con necesidades complementarias. En términos generales, la ciencia de la ecología ha tendido a enfocar el estudio de la naturaleza como el mundo no humano y a evitar un enfoque antropocéntrico: se ha propuesto identificar y explicar la interrelación de todas las formas de vida y de no privilegiar el factor humano. Desde el punto de vista que hoy prevalece, parecería poco realista una distinción tan cortante entre la gente y la naturaleza, pues prácticamente ya no queda mucha naturaleza libre por entero de alguna clase de influencia humana, y para la mayor parte del planeta acaso ha sido así desde hace siglos.

En contraste, la historia ambiental suele entenderse como la historia de la relación humana con el mundo físico, con el ambiente como objeto, agente o influencia en la historia humana. Aquí la naturaleza figura desvergonzadamente como hábitat humano, y las estaciones, los suelos,

la vegetación y la topografía, la vida animal y la de los insectos, son vistos como algo que influye significativamente en la actividad, la productividad y la creatividad humanas. Por su influencia sobre el uso de la tierra y los modos viables de subsistencia, la naturaleza fomenta o prohíbe ciertos tipos de estructura social, organización económica y hasta ciertos sistemas de creencias. En gran medida, lo dicho es obvio: de seguro, la vida en una llanura fértil y abundante en agua será muy diferente, en lo cultural y en lo material, de la vida en el desierto o en una remota cordillera. Se considera que los caracteres físicos del ambiente influyen en la formación de la identidad colectiva de cualquier grupo cultural o nacional.

En la práctica, sin embargo, la importancia que los historiadores (en contraste, por ejemplo, con los geógrafos) le conceden al medio ha variado enormemente. Para algunos, el ambiente físico ha sido poco más que una digresión descriptiva, un modo cómodo de empezar un libro que por otro lado se ocupará casi exclusivamente de acontecimientos políticos, sociales o económicos. Pero, para otros, como quienes han escrito en las décadas más recientes sobre los indios de América del Norte o sobre los campesinos de la Europa medieval, el ambiente es algo a lo que hay que otorgarle un papel destacado si lo que se desea es comprender y explicar la vida material y la visión del mundo de esos grupos sociales. En tales contextos, se considera con frecuencia que el ambiente es un factor relativamente fijo y estable, o que da lugar a ciclos de hambre y abundancia. Pero los historiadores se interesan también por los procesos de cambio más amplios, y aquí también el medio ha merecido uno de los papeles más importantes. Historiadores hay que argumentan que factores ambientales dinámicos, como el clima y la enfermedad, tienen un efecto determinante sobre las tendencias más amplias de la historia humana, y que explican, y no en mínima parte, el auge y la caída de las civilizaciones, la expansión o la extinción de sistemas sociales y políticos enteros, así como las extensas disparidades entre una cultura y otra. El papel histórico del determinismo biológico o ambiental, y la forma en que se ha recurrido al medio para explicar diferencias e identidades culturales, son dos de las principales formas en que se ha empleado el concepto de naturaleza al escribir la historia humana, y figuran entre los asuntos principales que se estudian en este libro.

No obstante que algunas expresiones pretéritas del determinismo ambiental hoy nos parecen llanamente simplistas y mal informadas, ha habido entre los historiadores (y también entre otros personajes ajenos a esta profesión) la recurrente fascinación con la idea del determinismo geográfico, climático o biológico y también con la creencia de que las sociedades humanas están modeladas (y diferenciadas unas de otras)

por su localización física y sus circunstancias ambientales. Hasta hace poco, subsistía la tendencia a ver la relación entre la gente y el lugar en función de la ascendencia de este último sobre el primero, la firme sujeción que la naturaleza ejercía sobre las vidas humanas o, más precavidamente, los límites que el medio imponía a toda la gama posible de actividades humanas y modos de subsistencia. Se recurre a veces a tal concepción para explicar las tendencias de largo plazo y las pautas fundamentales de la historia humana, o para distinguir el último siglo, o los dos últimos siglos, en que las fuerzas de la naturaleza han sido al fin sometidas y domeñadas, de las épocas en que aún llevaban las riendas de la historia. Esta visión continúa siendo parte intrínseca de muchos enfoques de la historia, aunque quizá la relación se vea ahora con más frecuencia bajo una luz opuesta. El conocimiento de la subordinación y dependencia de los humanos respecto de la naturaleza data de hace muchísimo tiempo, pero el sentido de los seres humanos como los guardianes y destructores de la naturaleza apenas acaba de nacer y, con él, la abrumadora sensación de nuestra responsabilidad por la destrucción pasada y la supervivencia futura de otras especies.

Sin embargo, aun cuando se vuelven específicamente hacia el propio medio, los historiadores han diferido ampliamente en cuanto a la forma como tratan de explicar qué es lo que impulsa los procesos de cambio. Algunos han encontrado la respuesta en lo que cierto escritor (A. W. Crosby) llama el "imperialismo ecológico", esto es, en la carrera expansionista de las plantas, los animales y las enfermedades, que se mueven junto con la migración humana, o incluso se adelantan a ésta, y que configuran lo fundamental de los cambios sociales y ambientales. Lo ocurrido en el continente americano como secuela de la llegada de Cristóbal Colón en 1492 se ha tomado como el ejemplo cardinal de esta idea, pero se han identificado pautas de invasión similares en otras partes templadas del globo. Pero ésta no es sino una de las muchas posibles interpretaciones. Otros historiadores han visto que la fuerza impulsora del cambio ambiental y sus consecuencias sobre los humanos están en otra parte, en los imperativos económicos del capitalismo y la industrialización, en la búsqueda implacable de tierra, comercio y lucro por parte de los europeos, y en los avances científicos y técnicos que hacen que la explotación en gran escala de los recursos sea tanto deseable como factible. Hay otros que vuelven a hacer hincapié en los valores culturales, sobre todo en el de la herencia de actitudes hacia la naturaleza, establecidos desde hace mucho tiempo en Occidente y que, según se supone, se originaron en la tradición judeocristiana. Los historiadores se han puesto a comparar las actitudes negativas hacia los bosques y las selvas y lo silvestre con la búsqueda de un idilio pastoril o de un Edén ordenado, o

han contrastado las actitudes ambientalmente destructivas de los europeos con las de otras culturas, más empáticas, de África, Asia, América y el Pacífico. Quizá las tres líneas de interpretación —la biológica, la económica y la cultural— tendrán cabida en cualquier síntesis final, pero en lo que respecta al presente, la clara diversidad de estos enfoques sugiere la necesidad de que el historiador camine con cuidado y evalúe con prudencia los aspectos culturales y materiales del cambio histórico. Sin embargo, tales debates nos proporcionan también un contexto específico dentro del cual discutir el problema más general de la naturaleza en la historia: la expansión de Europa desde el siglo XV en adelante.

Uno de los atractivos de la historia ambiental —pero también uno de sus problemas prácticos— reside en las variedades de escala que se pueden emplear. Es posible escribir una historia ambiental que se ocupe de un solo país o una sola región. Quizá sea en el propio nivel local donde el historiador pueda identificar satisfactoriamente los muchos factores —clima, suelo, cultivos, vida animal, etc.— que forman parte de una historia ambiental más compleja. Pero al mismo tiempo, y como nos lo recuerdan el "calentamiento global" y otros fenómenos de alcance planetario, la historia ambiental también debe ver más allá de las antiguas fronteras geográficas que durante tanto tiempo han regido nuestras maneras de abordar la historia. Con frecuencia, los historiadores ambientales están enterados de las pautas de cambio que afectan no solo al estado-nación (en torno del cual se sigue construyendo gran parte de la historia), sino a continentes enteros. La historia ambiental tiene la capacidad de ser la historia del mundo de un modo singularmente dinámico y amplio, como en la forma en que pasan, o son llevadas, de un continente a otro, las enfermedades, las plantas y los animales; o la manera como los cambios climáticos afectan regiones del globo muy distantes entre sí. Pero esto también tiene sus bemoles. ¿Es ésta una historia de unidad global creciente, o revela de hecho una pauta de diversidad persistente? Por un lado, los historiadores han llamado la atención hacia la tendencia del planeta a unificarse por medio de las enfermedades, por la transferencia de plantas, animales, prácticas agrícolas y comercio internacional. Pero, por otro, las experiencias y las expectativas del ambiente continúan difiriendo grandemente de una región del planeta a otra. Además, a pesar del nacimiento de "la aldea global", ha persistido durante mucho tiempo la importancia que se le asigna al ambiente como lugar de las diferencias (u "otredades"), entre Europa y Asia, o entre los trópicos y las tierras templadas de las "Neoeuropas". Éste es también uno de los temas centrales del presente libro.

Claro está que en una obra tan breve como ésta sería imposible tratar de recorrer todo el territorio que abarca la historia ambiental y abordar

los asuntos más destacados que surgen de la invocación de la naturaleza en la historia. Este libro, de suyo selectivo en cuanto a los temas que enfoca, aspira a cierta unidad temática. Plantea el problema de la naturaleza en relación con la expansión de Europa por medio de tres temas interconectados: las enfermedades epidémicas, las fronteras en movimiento y la colonización de la naturaleza. Se concentra (con unas cuantas miradas retrospectivas) en los pasados quinientos a seiscientos años a partir del siglo XIV. Muchos de los casos trascendentales (y ciertamente muchos de los mejor documentados) de cambio ambiental han ocurrido durante los últimos cinco siglos, o bien repiten (quizá a mayor escala) episodios de tiempos anteriores. La mitad de un milenio es tiempo suficiente para llegar a percibir el cambio ambiental y su significación e interpretación históricas. Más concretamente, el periodo que se extiende desde el siglo XIV a los comienzos del siglo XX fue una época de predominio europeo creciente en lo económico, lo político y lo ambiental, en detrimento del resto del mundo, y esto corrió a la par del crecimiento de las ideas occidentales sobre los diferentes ambientes y la gente que los habitaba. Muchos de los debates de hoy en día sobre el cambio ambiental tienen claros antecedentes en las observaciones y problemas de los pasados quinientos años, o algo más, y ciertos sucesos y episodios históricos —la Ilustración, las revoluciones científica e industrial, el desarrollo del capitalismo y el surgimiento del imperialismo occidental— caen dentro de este periodo y constituyen etapas importantes de la historia ambiental.

Aquí se señalará también que el periodo entre la Peste negra de los años cuarenta del siglo XII y el cruce del Atlántico por Colón en 1492 señalaron el inicio de una nueva era ecológica que se prolongó durante toda la intensa etapa imperialista del siglo XIX y principios del XX. Representa la globalización de factores ambientales clave —la enfermedad, por ejemplo— y de ciertas actitudes de Occidente hacia el ambiente. Representa igualmente la transición de lo que se considera crisis ambiental profunda de Europa de los siglos XIV y XV a lo que pareció ser el dominio técnico e ideológico de la naturaleza en los inicios del siglo XX. Con el cierre del periodo sobrevienen las primeras dudas, manifestadas claramente, acerca del efecto de la actividad humana sobre el entorno, y aparecen los primeros movimientos conservacionistas sostenidos. Se puede representar este gran ciclo, y es lo que aquí se hace, en términos geográficos y culturales. La historia empieza con Europa y las representaciones (y reacciones) europeas de la naturaleza; prosigue con la experiencia del continente americano (que ha proporcionado críticamente gran número de los problemas y ejemplos principales para un debate histórico amplio) y pasa a los trópicos y a la India, como ejemplos de contextos ambientales y conexiones ideológicas muy diferentes.

II. EL LUGAR DE LA NATURALEZA

El paradigma ambientalista

Si bien el término "ambiente" o "medio" tal y como lo usamos hoy es relativamente reciente, no hay nada nuevo en la idea de que el destino de los seres humanos está ligado íntimamente al mundo natural. Pero lo que constituye la "naturaleza", el efecto que ha ejercido en la historia, hasta qué punto es posible escribir la historia desde una perspectiva biológica en vez de social o cultural y qué lugar debe ocupar el ambiente en la conceptuación del tiempo y el espacio históricos son problemas que se debaten desde hace mucho y que aún se hallan muy lejos de estar resueltos. Y aun cuando muchos de los asuntos fundamentales siguen siendo los mismos, la forma en que se ha invocado a la naturaleza en relación con la historia ha cambiado profundamente con el tiempo, a medida que cada generación de sabios ha reelaborado la idea de naturaleza para adaptarla a sus propias necesidades o conforme se han ido alterando las técnicas y las perspectivas de la historia.

El propósito de este capítulo y el que sigue no es el de analizar la "idea de naturaleza" como tal, ni tampoco examinar su génesis histórica ni su significación cultural. Eso ya lo han tratado, a menudo muy eficazmente, otros escritores. Aquí el objetivo es ver que el hecho de escribir acerca del lugar de la naturaleza en la historia como tema de indagación histórica en sí es importante. Para lograrlo, es necesario al principio ver "la naturaleza" no simplemente como algo que existe "ahí afuera" —en las vidas de las plantas, el comportamiento de los animales o la pauta de los vientos y las corrientes oceánicas—, sino también dentro de nuestros mundos mentales y nuestro conocimiento histórico. Para conceptuar tan ampliamente como sea posible las formas en que se han invocado las ideas de naturaleza al escribir la historia, será útil comenzar con el "paradigma ambientalista".

El paradigma ambientalista nos brinda un modelo distintivo para entender y explicar el pasado humano. No representa a la naturaleza en abstracto, como un ecosistema ajeno a la influencia y la inteligencia humanas. Por el contrario, es declaradamente antropocéntrico, y ve en la naturaleza un reflejo o una causa de la condición humana, sea física, social o moral. Surge de la creencia muy difundida y que, históricamente hablando, es de muy viejo arraigo, de que existe una relación signifi-

cativa entre lo que convencionalmente se llama (aun en estos tiempos tan conscientes del género) el "hombre" y la "naturaleza", y de que esta relación influye en el carácter de las sociedades individuales y en el curso de sus historias.

Desde luego que históricamente no ha habido consenso respecto a la forma en que podría operar esta influencia. Hay casos en que se ve que es tan estrictamente determinista, que poco espacio deja al libre albedrío humano. El ambiente, por lo regular en la forma de clima y topografía, pero a veces también como enfermedad u otros peligros "naturales", dicta las características físicas y mentales de una sociedad, sus modos de subsistencia, su vida cultural y sus instituciones políticas. Determina incluso si una sociedad será o no capaz de escalar las alturas de la civilización o quedará confinada a los abismos del salvajismo y la barbarie. Otros escritores, menos extremistas, se han inclinado por una posición "posibilista": el medio físico restringe a las sociedades humanas de algunas maneras pero no de otras, o sólo lo hace en los estadios más primitivos del desarrollo humano. Mientras más madura y civilizada se vuelve una sociedad, menos expuesta se halla a ser esclava de la naturaleza: en realidad, la marca de una civilización está precisamente en su capacidad de elevarse por encima de las opresivas cortapisas ambientales. En otras épocas, y cada vez más en decenios recientes, se ha invertido el paradigma básico: la humanidad ha terminado por dominar a la naturaleza, se argumenta, pero ha abusado de ella y la ha maltratado, y ahora debe vivir con las consecuencias ambientales y sociales de su acto prometeico. Esta clase de ambientalismo tiende a concentrarse en los estropicios que los humanos han hecho en el ambiente (y por lo tanto a sí mismos) por la contaminación industrial, la agricultura mecanizada, la destrucción de los bosques y las selvas y la extinción de especies de animales y de plantas.

El paradigma ambientalista cubre, pues, un amplio espectro de opciones interpretativas: desde la historia como el trabajo armonioso de la gente y la naturaleza, en un extremo, hasta la crisis ecológica irremediable, precipitada por la voracidad y la locura humanas, en el otro. Sin embargo, lo que todas estas concepciones comparten entre sí es la creencia de que la naturaleza y la cultura se hallan ligadas dinámicamente y que la historia está, de modo fundamental, conectada con esta relación íntima y perenne.

Vale la pena reflexionar, sin embargo, en la forma en que en diferentes épocas y sociedades se ha entendido esta idea ambientalista. Por ejemplo, hace apenas doscientos años no era raro que en la sociedad occidental se pusieran de relieve las influencias nocivas del ambiente, en la creencia de que los "miasmas" portadores de enfermedades o las

"exhalaciones inmundas" procedían de casi cualquier fuente posible: marismas y pantanos, riberas, bosques y yerbazales, así como de las habitaciones humanas. Si bien entonces no se usaba el término como tal, el ambientalismo de la época significaba conocimiento de los peligros de la naturaleza y la necesidad, por el bien de la salud, de evitarlos tanto como fuera posible o destruir la fuente de los miasmas drenando los pantanos y talando los bosques. Al medio "natural" se le ve como algo intrínsecamente saludable. Somos nosotros quienes lo hacemos insalubre abusando de él o poniendo en peligro nuestra salud al interferir en el funcionamiento de la naturaleza.

A pesar de estos cambios de interpretación, tan pronunciados y a veces tan rápidos, puede sostenerse que, si bien la forma en que se expresa el paradigma ambientalista ha cambiado significativamente al paso de los siglos, se conservan en él cierto número de elementos comunes y recurrentes. Uno de ellos es la estrecha afinidad física y cultural que existe entre la naturaleza y la humanidad. Como lo indica el ejemplo que se acaba de dar, esta conexión se ha entendido muchas veces en términos de salud y enfermedad, el bienestar o la enfermedad de aquélla (la naturaleza) reflejándose en la vitalidad o la morbilidad del otro (el hombre). Hubo una corriente médica, muy influyente, en la escritura ambientalista, desde los griegos hasta el siglo XVIII (y aún después de éste). Se puede demostrar que, históricamente, la tríada clima, salud y medicina ha sido una de las expresiones más generalizadas de la idea ambientalista. Y es un reflejo de la humanidad y la naturaleza que encuentra paralelos en otras culturas, en el sistema ayurvédico hindú de medicina, por ejemplo, o en la geomancia china.

Otro rasgo es la manera como el paradigma ambientalista se ha empleado para establecer la "otredad", para hacer contrastes entre sociedades diferentes y para explicar las idiosincrasias cultural e histórica de cualquier sociedad. De ahí que la etnografía ocupe un lugar junto a la medicina entre los instrumentos de diagnóstico del determinismo ambiental. La comparación de culturas que ocupan espacios geográficos diferentes, así como entre tiempos históricos, ha sido uno de los usos más comunes del paradigma ambientalista. Con frecuencia, el ambientalismo ha ganado prominencia como mecanismo explicativo en épocas de ensanchamiento de los horizontes geográficos o de intensificación de los contactos interétnicos a resultas del comercio, la migración, la conquista y la colonización. Las ideas ambientalistas han servido en varias épocas para explicar las diferencias percibidas entre pueblos supuestamente civilizados y salvajes, entre las zonas tropicales, o entre el este y el oeste (como entre Europa y Asia o entre Eurasia y América).

El paradigma ambientalista ha servido, así, para articular no sólo la

clase de relación construida histórica y culturalmente entre la humanidad y la naturaleza, que ha sido objeto de tanta historia ambiental, sino también una relación de poder real o incipiente entre la autoridad de un conjunto de seres humanos y otro. Si una de las razones de que se haya recurrido reiteradamente a las ideas ambientales ha sido el intento por encontrar una pauta coherente del curso de la historia humana —para darle una estructura fundamental y para verla como algo más que una sucesión aleatoria de acontecimientos—, otra de las razones ha sido la de hallar una base adecuada para comparar las formas culturales y la evolución histórica de una sociedad y otra. ¿Qué es, históricamente hablando, lo que comparten las sociedades divididas en el tiempo y en el espacio? ¿Qué es, desde el punto de vista ambiental, lo que las conserva apartadas y las hace seguir trayectorias diferentes?

El paradigma ambientalista es, desde luego, sólo uno de muchos mecanismos explicativos que se han empleado para argumentar el curso de la historia. Karl Marx localizó la dinámica de la historia humana no en la dialéctica de la humanidad y la naturaleza, sino en el materialismo dialéctico, en los sucesivos modos de producción, tales como el feudalismo y el capitalismo, y en la lucha de clases. Debe notarse, sin embargo, que aunque Marx pretendía descubrir las leyes universales de la historia y la sociedad y no explorar particularismos locales, el llamado "modo de producción asiático" (con su insistencia en las peculiaridades físicas de las sociedades asiáticas) dejó entreabierta la puerta para que por ahí ingresara en el pensamiento marxista cuando menos una de las formas de determinismo ambiental. En general, sin embargo, la naturaleza, cuando aparece en los escritos de Marx y Engels, lo hace desempeñando un papel estrictamente subordinado e instrumental. La "sujeción de las fuerzas de la naturaleza por el hombre", incluida en el *Manifiesto comunista* de 1848, no fue sino una de las varias expresiones del poder triunfante de la burguesía, una medida de su dominio sobre los medios de producción en su totalidad. Capitalista o comunista, la humanidad, dentro de la concepción marxista, es "la soberana de la naturaleza", no su súbdita.

Otros escritores, menos hoy que en el siglo XIX y comienzos del presente, buscaron su mecanismo explicativo en la raza, en la pretendida superioridad mental y moral de una raza sobre otras o en los orígenes raciales de ciertas instituciones sociales y políticas. En varias épocas y en muchas culturas, la voluntad divina (o divina Providencia) ha servido para explicar el curso de los acontecimientos, de otro modo inexplicable, y para infundirle significado y propósito a la vida sobre la Tierra. A fines del siglo XX, el género sexual se ha utilizado para explicar muchos de los acontecimientos críticos de la historia, de índole social, cultural y

política. Estos conjuntos de fuerzas determinantes —el ambiente, la clase, la raza, la voluntad divina, el género sexual—, todos ellos, en sus diversas formas, se han empleado en intentos para mediar entre la naturaleza y la cultura, entre los aspectos físicos (ya sea que estén representados por el clima, el suelo o la biología humana) y los culturales de la existencia humana. ¿Es la humanidad parte integrante de la naturaleza, un ser esencialmente biológico, o ha sido puesto aparte de la naturaleza —ya sea por la voluntad de Dios o por nuestras propias leyes y costumbres?

A veces estos paradigmas antagónicos se han enzarzado en fieras contiendas, como modos adversarios de ver, entender y representar el mundo. El eclipse, o la impopularidad, de las interpretaciones raciales o providencialistas de la historia durante los últimos 50 años quizá haya sido una de las razones de que poco a poco las explicaciones ambientalistas hayan ido ocupando los primeros planos. Pero a causa de su elasticidad como mecanismo explicativo, o acaso porque nuestra relación con la naturaleza se halla arraigada muy profundamente en nuestra cultura y en nuestro inconsciente como algo problemático e inquietante, las ideas ambientalistas se han combinado libremente con otros paradigmas explicativos. Se trasluce lo anterior en las disputas decimonónicas sobre la interdependencia de la raza y el ambiente (encadenamiento que se estudia más adelante en este mismo capítulo y en otras partes del libro). Está también el ejemplo más reciente del ecofeminismo, que se propone identificar el control y la degradación ambientales con la subordinación y la explotación de la mujer, en una crítica combinada hacia el patriarcado, el capitalismo y la ciencia.

Aires, aguas, lugares

Las ideas sobre la influencia del ambiente en la cultura y la psique humanas tienen larga historia en el pensamiento occidental, una historia explorada pormenorizadamente por Clarence J. Glacken en su pionero estudio *Traces on the Rhodian Shore*.[1] No tiene caso repetir aquí la tarea, pero con el fin de establecer algunos de los principios fundamentales de la idea ambientalista, será útil comenzar en donde lo hace Glacken, en la Grecia clásica, y con el texto conocido como *Aires, aguas, lugares*. Atribuido al médico Hipócrates de Cos, que vivió en el siglo V a. C., este breve tratado consta de dos partes, una médica y otra etnográfica. Es posible que estas dos partes hayan sido originalmente dos obras distintas de

[1] Clarence J. Glacken, *Traces on the Rhodian Shore: Nature and Culture in Western Thought from Ancient Times to the End of the Eighteenth Century*, Berkeley, 1967.

dos distintos autores; pero, aun si su unión fue fortuita, su efecto combinado ha sido de significación duradera para las ideas ambientalistas.

En la primera parte se establece la importancia de la medicina y la fisiología en relación con el ambiente. Su objetivo declarado es el de ayudar a un médico a entender las causas de las enfermedades con las que posiblemente se encontrará al mudarse a una nueva localidad —por ejemplo, un distrito que está expuesto a los vientos del norte, o que obtiene su agua de depósitos estancados o de marismas en vez de manantiales de donde mana el líquido libremente, un lugar donde las estaciones, los suelos y la vegetación pueden ser muy diferentes de aquéllos con los que se halla familiarizado—. Sabiendo estas cosas, el médico no sólo conservará él mismo su buena salud, sino que también será capaz de darles a sus pacientes la orientación debida. Se supone que todos los seres humanos son semejantes en esencia: lo que los hace diferentes son las fuerzas ambientales, los aires, las aguas y los lugares y, por tanto, las enfermedades a las que están expuestos. En el pensamiento griego, era frecuente que el cuerpo humano fuera percibido como un microcosmos de la naturaleza y, en consecuencia, lo que agitaba a la naturaleza, como los vientos fríos procedentes del norte, o el cambio de una estación a otra, tendría un efecto correspondiente sobre la fisiología humana y sobre los cuatro humores o fluidos corporales, que determinaban la susceptibilidad a la enfermedad.

La segunda parte de *Aires, aguas, lugares* empieza abruptamente: "Quiero ahora mostrar lo diferentes que, en todos sus aspectos, son Asia y Europa, y por qué las razas son diferentes y muestran características físicas particulares." El contraste entre Europa y Asia (en el sentido restringido que le daban los griegos), y la superioridad de los climas templados, fueron temas que volvieron a salir a la superficie en posteriores escritos ambientalistas desde el siglo XVII en adelante, a menudo casi en las mismas palabras de Hipócrates, quien observaba:

> Asia difiere mucho de Europa en la naturaleza de todo lo que ahí se da, ya sea vegetal o humano. Todo crece mucho más y mejor en Asia, y la naturaleza de la tierra es más dócil, mientras que el carácter de sus habitantes es sobrio y poco pasional. La razón de esto se halla en la equilibrada mezcla del clima, pues está a medio camino entre el alba y el ocaso. Se encuentra así lejos de los extremos del calor o el frío. La exuberancia y la facilidad de las siembras se encuentran más frecuentemente donde no hay extremos violentos, sino que lo que prevalece es el clima templado.[2]

[2] G. E. R. Lloyd (comp.), *Hippocratic Writings*, Harmondsworth, 1983, p. 159.

Esta parte del texto no es tan definitivamente determinista como el principio. Hipócrates deja espacio a lo cultural como factor que interviene en la estructuración de las características sociales así como las físicas, tales como las imperantes entre los macrocéfalos, cuya costumbre de modelar y atar las cabezas de sus infantes, se dice, les han impreso su forma distintiva. Pero la influencia del clima y otros factores ambientales rara vez se halla ausente de la discusión. "Los climas difieren", declara, "y causan diferencias de carácter; cuanto más acentuadas sean las variaciones del clima, tanto mayores serán las diferencias de carácter". Por regla general, "las constituciones y los hábitos de un pueblo se ciñen a la naturaleza de la tierra que habita". Así, pues, las tierras que se vanaglorian de ser ricas, estar bien provistas de agua y ser fáciles de cultivar, y que no están sometidas a grandes variaciones climáticas, producen gente floja y cobarde, negada al trabajo físico arduo y poco dispuesta al ejercicio de las facultades intelectuales. En contraste con lo anterior, en aquellos lugares donde la tierra es yerma, seca y escabrosa, azotada por los vientos invernales y quemada por el sol veraniego, los habitantes son recios y frugales, de intelecto avispado, diestros como artesanos, valientes y duchos en las artes de la guerra.[3]

Estas diferencias ambientales y sus consecuencias humanas se vuelven a emplear para marcar el contraste entre los pueblos de Asia y Europa:

> Las pequeñas variaciones del clima a que los asiáticos están sujetos, sin extremos ni de calor ni de frío, explican su debilidad mental al igual que su cobardía. Son menos belicosos que los europeos y dóciles de espíritu, pues no están sometidos a los cambios físicos ni a la estimulación mental que fortalecen el carácter e inducen la temeridad y la impulsividad. En lugar de eso, viven en condiciones inmutables. Donde siempre hay cambios, las mentes se mantienen despiertas y no pueden estancarse.[4]

Si bien se utilizan los factores ambientales para explicar "la debilidad de la raza asiática", como una causa más se dice que gran parte de Asia tiene gobierno monárquico. Bajo una monarquía, dice el texto, los súbditos son obligados a pelear, aunque esto sea sólo para la gloria del señor; mientras que los hombres que se gobiernan a sí mismos, dentro de una democracia, como en partes de Grecia, cosechan las recompensas de su propio valor y tienen así mayor incentivo para pelear con bravura.[5]

La importancia de *Aires, aguas, lugares* no reside solamente en su con-

[3] *Ibid.*, pp. 161, 168-69.
[4] *Ibid.*, p. 160.
[5] *Ibid.*

tribución al desarrollo del pensamiento griego, a pesar de que Aristóteles y el historiador Herodoto (entre otros) fueron influidos por esa obra o compartieron muchas de las ideas ahí expuestas. Como lo señala Glacken, el tratado representa "la primera formulación de la idea ambiental", de que las mentes, los cuerpos y aun las sociedades humanos fueron modelados por su ubicación geográfica, su clima y su topografía.[6] En particular, la idea de que los climas estables, tranquilos, y los suelos fértiles producen gente floja, y de que las tierras desoladas y áridas producen hombres valientes persistió en el pensamiento europeo hasta bien entrado el siglo XIX, y acaso no haya desaparecido del todo. Pero *Aires, aguas, lugares* es importante para nuestro estudio, al menos por otras dos razones. En primer lugar, porque se trata de uno de los primeros ejercicios de etnografía comparada, se propone explicar por qué los pueblos del mundo —es decir, los conocidos por los griegos de la época— eran tan diferentes unos de otros: los egipcios y los libios en un extremo y los escitas de la estepa rusa en el otro, con los propios griegos situados idealmente en la porción media. Lo característico del texto es que identifica a Europa como la norma y a África y Asia como los extremos aberrantes, que es también uno de los motivos recurrentes del pensamiento ambientalista europeo de una época a otra. Aun en esta fase primaria de su evolución, se empleó el paradigma ambientalista no sólo para explicar por qué un pueblo determinado, como el de los griegos, era como era, sino también por qué otros conjuntos de pueblos diferían entre sí tan radicalmente en cuanto a su apariencia, comportamiento y costumbres.

En segundo lugar, es importante que se haya creído que el autor de *Aires, aguas, lugares* fue el médico Hipócrates, y que la primera mitad del tratado se ocupara concretamente de la relación entre la salud humana y las fuerzas circundantes de la naturaleza. En el sistema griego de pensamiento médico, se creía que las dichas fuerzas de la naturaleza trastornaban el equilibrio de los humores corporales, necesario para mantener la buena salud, pues según ellos provocaban exceso de flema o de bilis. Pensaban que las enfermedades y las afecciones de todas clases, desde la hinchazón del bazo y los padecimientos oculares hasta las convulsiones, los abortos, la disentería y la pleuresía, eran las manifestaciones físicas dentro del cuerpo de la influencia maligna de los vientos fríos, el agua nauseabunda o una abrupta variación de la temperatura por el cambio de estación. Nuestra propia experiencia o percepción de la enfermedad y la salud es uno de los principales puntos de vista desde el cual valoramos nuestro entorno o en el que viven otros pueblos. Cierta-

[6] Glacken, *Traces on the Rhodian Shore*, p. 87.

mente, la conexión salud/ambiente se va a encontrar en muchas épocas y culturas diferentes, pero su asociación con Hipócrates, el médico arquetípico del pensamiento occidental, influyó poderosamente en darle forma y mantener la idea ambientalista en Occidente. Se respeta al médico lo mismo como experimentado observador de la naturaleza que como mediador llamado a restaurar la armonía entre el paciente y el ambiente físico.

"El más poderoso de todos los imperios"

Pero no podemos demorarnos mucho con los griegos. Si saltamos hacia adelante dos milenios, desde la antigua Grecia hasta el siglo XVIII de nuestra era, encontraremos ideas de determinismo ambiental no muy diferentes de las expresadas en *Aires, aguas, lugares* y, en realidad, extraídas directamente del texto hipocrático. Las ideas ambientalistas estuvieron muy en boga durante el siglo XVIII, y en general desde el siglo XVII y hasta fines del XIX. Esto se evidenció a todo lo largo de un extenso espectro cultural y social —en la medicina y en la ciencia, en la filosofía y en la estética, en la pintura, en la poesía e incluso en la jardinería—. Fue como si los ojos, cerrados largo tiempo, de pronto se abrieran y la sociedad occidental viera la naturaleza por primera vez como algo complejo y glorioso. "En ninguna de las épocas anteriores", comenta Glacken, "los pensadores se habían puesto a examinar los interrogantes relativos a la cultura y al ambiente con tal minuciosidad y penetración como lo hicieron en el siglo XVIII ".[7] La idea de la naturaleza, se ha dicho después, fue "*la* idea rectora de la época de la Ilustración".[8]

Pero lo más difícil es precisar por qué esto fue así. La nueva "sensación de la naturaleza" surgió de muchas causas. Gracias a los avances de la física, la astronomía y la botánica, ocurridos desde el siglo XVI, se comprendían mejor las formas y los efectos del mundo natural, y motivaron un deseo y una capacidad sin precedentes de utilizar y controlar las fuerzas de la naturaleza. La seguridad y la opulencia, recién adquiridas, de gobernantes y aristócratas, con sus fincas y su mecenazgo de las artes y las ciencias, promovieron un creciente del interés por la naturaleza, igual que el ascenso del capitalismo rural y una nueva sensación de orgullo y de ser propietarios de un paisaje "mejorado" y bien administrado. Y, a la inversa, la urbanización y los inicios de la industrialización avivaron la reacción romántica, que alimentó el apetito por los

[7] *Ibid.*, p. 501.

[8] J. Ehrard, *L'Idée de nature en France dans la première moitié du XVIIIe siècle*, 1963, citado en D. G. Charlton, *New Images of the Natural in France: a Study in European Cultural History, 1750-1800*, Cambridge, 1984, p. 7.

atractivos de los idilios pastoriles o por las escenas de montañas agrestes y mares tempestuosos. Mucho del crédito por haber dado expresión a una nueva sensibilidad hacia la naturaleza se le da a Juan Jacobo Rousseau: una naturaleza que hablaba tanto a la imaginación como a los sentidos y que servía para poner en contraste la vida sencilla del "salvaje noble" con la artificialidad y cortapisas de las cortes y las ciudades europeas. Lo que Rousseau y otros filósofos, científicos, pintores y poetas hicieron fue convertir a la naturaleza en algo más que mero objeto de averiguación intelectual. La naturaleza se convirtió también en una de las metáforas principales de la época, el prisma a través del cual se refractaban con inusitada brillantez toda clase de ideas e ideales.

Como en la época de Hipócrates, los horizontes de Europa, en plena expansión, fueron estímulo importante del pensamiento ambientalista. Una nueva fase de contactos, exploraciones y descubrimientos en Asia, África, América y el Pacífico —resumida en los tres viajes que por el océano Pacífico realizó el capitán James Cook entre 1768 y 1779, año éste de su muerte— alentó la observación y la actividad renovadas en campos tan diversos como la pintura y la horticultura, la filosofía y la etnografía. El ámbito de la discusión del efecto de las fuerzas ambientales sobre la sociedad y, a la inversa, los cambios ambientales resultantes de la acción humana, se habían ensanchado súbita y espectacularmente. En la medicina, ciencia y práctica profesionales clave en una época en que eran raros los científicos dedicados de tiempo completo a su actividad, la vuelta al pensamiento hipocrático volvió a poner el acento en la interdependencia del clima, la topografía y la salud. La atribución de muchas enfermedades a miasmas ponzoñosos, que surgen de los suelos contaminados y de los pantanos, así como el entusiasmo, recién descubierto, por los baños de aguas termales, las brisas marinas y los refugios costeros, fueron otros tantos signos de una intensa preocupación tanto por los efectos malignos del ambiente como por los benéficos. Contemplando los campos de las artes y las ciencias, puede decirse que en Gran Bretaña el periodo que abarcó desde la fundación de la Real Sociedad de Londres en 1662 hasta la Gran Exposición de 1851 fue una época consciente del ambiente, a un grado que nuestra propia "época de la ecología" (para repetir la frase de Donald Worster)[9] apenas ha empezado a igualar.

Abundan los poetas, los pintores, científicos y filósofos que podrían citarse para ilustrar las formas en que el paradigma ambientalista se expresó en el siglo XVIII. Pero hay un personaje que destaca tanto por

[9] Título del "Epílogo" en Donald Worster, *Nature's Economy: a History of Ecological Ideas*, Cambridge, 1985, pp. 339-348.

haber capturado el espíritu de esta época ambientalista como por haber ejercido profunda influencia en las generaciones que lo sucedieron: Charles Secondat, Barón de Montesquieu, cuya obra *L'esprit des lois (El espíritu de las leyes)* fue publicada en 1748. En esta obra, que tanta influencia ejerció, Montesquieu se propuso encontrar una pauta común en las diversas leyes que normaron a las sociedades que florecieron en el pasado o que existían en su propia época. No obstante lo irregular de sus métodos, cumplió su objetivo relacionando la ley y la costumbre con el medio físico. Mediante una serie muy variada de estudios de casos históricos y geográficos, que combinaron la antigüedad clásica con la literatura de viajes, a la sazón en su apogeo, Montesquieu trató de mostrar cómo las características culturales y las formaciones sociales estaban relacionadas con el clima y la ubicación geográfica. Él creía que todo, desde la psicología humana hasta la religión y la moralidad, estaba condicionado por la topografía y el clima. Para Montesquieu, como para muchos de sus contemporáneos, "el imperio del clima" era "el primero y más poderoso de todos los imperios".

Montesquieu repitió la fórmula hipocrática de que las tierras fértiles producen hombres débiles y cobardes, al paso que las infecundas los producen valientes. Según él, los climas tibios relajaban el cuerpo, y los fríos lo fortificaban. De ahí que "la gente sea, por lo tanto, más vigorosa en los climas fríos". Ningún otro lugar ejemplificaba con mayor claridad este principio del determinismo ambiental que Asia. Igual que Hipócrates dos mil años antes, Montesquieu se refirió a Asia para delinear un instructivo contraste con Europa, pero en el siglo XVIII su valor de antítesis, del "otro" de Europa, se había incrementado por la larga lucha en contra del Islam y los turcos otomanos en los Balcanes y en el oriente del Mediterráneo. Montesquieu difirió de Hipócrates, sin embargo, al hacer ver que Asia no tenía zona templada verdadera, y creía que los extremos de clima y topografía que ahí se encontraban —desde los yermos fríos y estériles de sus regiones septentrionales (Siberia, Mongolia y Manchuria) a la vaporosa fecundidad de su zona meridional (Persia, India, China)— daban lugar a gobiernos correspondientemente extremistas. La naturaleza prescribió que Asia produjera sistemas de gobierno autocráticos: era ésa una "región del mundo en donde el despotismo, por así decirlo, tiene su domicilio natural". En contraste con ello, del clima más moderado y uniforme de Europa, y de la naturaleza más diversa y fragmentada de su terreno, resultaban leyes más moderadas y sistemas de gobierno más equilibrados.

Asia [afirmó Montesquieu] ha sido siempre el hogar de los grandes imperios; nunca han subsistido en Europa. Pues el Asia que conocemos tiene llanuras

> más vastas que Europa; está dividida en masas más grandes por los mares circundantes; y como se halla situada más al sur, sus manantiales se secan con más facilidad, sus montañas no están cubiertas de nieve, y sus ríos son más bajos y forman menos barreras. El poder, por consiguiente, debe ser siempre despótico en Asia, pues si la servidumbre no fuera extrema, el continente sufriría una división que la geografía de la región prohíbe.[10]

Contrastando con lo anterior, en Europa "las dimensiones naturales de la geografía" favorecieron la creación de estados "de tamaño modesto", cuya supervivencia dependía del imperio de la ley. Existía allí un "espíritu de libertad" que hacía que cada porción del continente fuera "resistente a la subyugación por una potencia extranjera". Pero en los países de Asia reinaba un "espíritu servil, del cual nunca habían podido sacudirse [sus moradores]". En toda la historia de Asia, era "imposible encontrar un solo pasaje donde se pusiera de manifiesto un espíritu de libertad; nunca veremos otra cosa que los excesos de la esclavitud".[11]

Sin embargo, para oprobio de todos sus críticos, Montesquieu no fue siempre determinista ni vio en el clima el único factor implicado en darles forma a las leyes e instituciones humanas. En realidad, vio como tarea de los buenos legisladores y los buenos gobiernos elevarse por encima de las restricciones impuestas por el clima y legislar para las necesidades de sus súbditos, del mismo modo que, mediante el trabajo diligente, los suelos infecundos podían llegar a producir "lo que la tierra se niega a entregar espontáneamente". "Cuanto más las fuerzas físicas inclinen a la humanidad a la inacción, tanto más las causas morales deberán apartarlos de ellas", escribió. En consecuencia, a pesar de las muchas afirmaciones que parecen indicar lo contrario, Montesquieu mostró que la naturaleza podía ser permisiva y no sólo prohibitiva, que la moralidad, así como el clima, podía modelar la sociedad y el esfuerzo humanos. El estudio de los ejemplos de sociedades tan alejadas entre sí como Holanda, Egipto y China, el control del agua y las modificaciones de la naturaleza que esto acarreaba parecía ilustrar el potencial de los paisajes modificados por la mano humana. "La humanidad, gracias a su industria, y por la influencia de las buenas leyes, ha convertido a la Tierra en un lugar mejor para utilizarlo como su morada", declaró Montesquieu. "Vemos que los ríos fluyen donde ha habido lagos y marismas." Éste era un "beneficio que la naturaleza no había donado", aunque seguía siendo "un beneficio mantenido y abastecido por la naturaleza".[12]

[10] Citado en Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State*, Londres, 1979, p. 465.

[11] Montesquieu, *The Spirit of the Laws*, publicado por primera vez en 1748, Nueva York, 1975, p. 269.

[12] *Ibid.*, pp. 273-274.

Montesquieu se atrevió a exponer con tanta seguridad sus argumentos ambientalistas porque era muy poco lo que se sabía del clima y sus efectos, o de la naturaleza y la evolución de las sociedades, del pasado y del presente. "La ignorancia", subraya Glacken hablando de las teorías climáticas de Montesquieu y sus contemporáneos, "les permitió hacer generalizaciones de tal amplitud".[13] Tampoco fue Montesquieu un pensador particularmente original. A muchas de sus ideas deterministas se había anticipado, por ejemplo, Jean Bodin, siglo y medio antes. Su importancia está en su capacidad para absorber y sintetizar las ideas ambientalistas que entonces circulaban en Europa, para presentarlas de una forma atractiva y relativamente coherente, y para sacar algunas conclusiones morales de gran vehemencia. No todos los escritores estuvieron de acuerdo con los puntos de vista más extremos de Montesquieu, y muchos de sus contemporáneos prefirieron ver el clima tan sólo como uno de muchos factores que afectaban el carácter humano, o un factor de más importancia en las sociedades primitivas que en las civilizadas, aunque, en conjunto, *El espíritu de las leyes* reflejara y fortaleciera la obsesión ambientalista de la época.

Se ha dicho que Montesquieu fue influido profundamente en sus puntos de vista de un Asia "eterna" e "inmutable", supuestamente falta de propiedad privada de la tierra y llena de gobernantes despóticos, por los escritos de François Bernier, francés que hizo extensos viajes por la India, Persia y los dominios otomanos del siglo XVII, y en cierto momento fue médico de Aurangzeb, el gran emperador mogol.* Pero ideas similares se encuentran en los escritos de muchos otros autores del periodo, como sir John Chardin, cuyo *Travels into Persia and the East Indies* se publicó en 1686, o Tavernier, otro viajero francés que también recorrió la India de los mogoles. La accesibilidad, cada vez mayor, de la palabra impresa hizo que tales relatos fueran fáciles de conseguir para los filósofos de escritorio de Europa. Así como los mercaderes y los financieros europeos estaban luchando por controlar todo el comercio lucrativo del mundo de esa época, los intelectuales europeos pugnaban por formar, con el conocimiento fragmentario que del mundo exterior tenían, un sistema coherente de orden y control. Montesquieu ilustra la evidente utilidad del enfoque ambientalista en la tarea de incorporar y sistematizar el conocimiento relativo a sociedades tan diversas y relativamente desconocidas como la India, China y América del Norte. La creencia de que tales sociedades sólo podrían entenderse en el contexto de sus medios físicos, y que éstos les daban forma a sus características morales

[13] Glacken, *Traces on the Rhodian Shore*, p. 620.

* Se llama Gran Mogol, no mongol, el título de varios soberanos de una dinastía musulmana de la India. *[E]*

y materiales, hasta un grado no igualado por la propia Europa, fue uno de los temas recurrentes en el pensamiento de la Ilustración, profesada por igual por los filósofos y por los administradores en funciones. El intento más celebrado fue el de la *Enciclopedia* de Francia, realizada entre 1751 y 1765, pero no menos importantes fueron los innumerables manuales, gacetas, encuestas estadísticas y reportes censales, inspirados por el mismo ideal enciclopedista, producidos en el Egipto ocupado por Francia o en la India sometida a Inglaterra. Ahí también los escritos relativos al clima, la topografía, la vegetación y el suelo sirvieron de marco a los estudios de la historia, la cultura y la etnografía locales, a la vez que fijaron los parámetros de estos últimos.

Las ideas ambientalistas elaboradas por Montesquieu con respecto a la distinción entre Europa y Asia vinieron a ser "de ahí en adelante, un legado capital para la economía política y la filosofía",[14] y encontraron lugar en obras originales y de gran influencia como *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, y en la *Filosofía de la historia*, de Hegel. Las afirmaciones de que por razones climáticas y topográficas Asia era "intemporal" e "inmutable", de que carecía de propiedad privada de la tierra e invariablemente estaba subyugada por gobiernos autocráticos encontraron también su lugar en los escritos de Marx y Engels y en sus tan debatidas referencias al "despotismo oriental" y el "modo de producción asiático".

En el aproximadamente un siglo que siguió a la publicación de *El espíritu de las leyes* hubo incontables escritores—historiadores, geógrafos, topógrafos médicos, etnógrafos coloniales—que ansiosamente llevaron adelante el determinismo ambiental de Montesquieu, y mediante sus propios trabajos trataron de aportar pruebas de su validez universal. En su mayoría tendieron a argumentar, aún más que su mentor, que aunque otras sociedades habían sido conformadas por sus medios y seguían regidas por éstos, Europa, en virtud de su intelecto e industria, había logrado romper los grilletes de las limitaciones climáticas.

Uno de los ejemplos más leídos y citados, en parte por haber sido obra de un historiador, fue *History of Civilization in England*, de H. T. Buckle. Fue publicada en tres volúmenes entre 1857 y 1861, un siglo después de *El espíritu de las leyes* y en una época en que el dominio de Europa sobre la naturaleza estaba siendo proclamado cada vez con mayor confianza. A pesar del título y el tema al parecer muy delimitados del libro, Buckle se sintió incapaz de realizar la tarea que se proponía sin antes exponer los efectos de ciertas "leyes físicas" —como el clima, el suelo y los desastres naturales— sobre el desarrollo de la

[14] Anderson, *Lineages of the Absolutist State*, pp. 465-466.

civilización. Se caracterizó por ilustrar sus tesis con el añejo contraste entre Europa y Asia. La civilización, en Asia, sostuvo, tenía varias desventajas naturales, particularmente la abundancia de suelo fértil contenido en sus anchurosas cuencas fluviales y sus deltas. Europa había sido menos favorecida, pero ahí, a diferencia de Asia, la "causa determinante" de la civilización era "no tanto estas peculiaridades físicas, sino la destreza y la energía del hombre. Al principio, los países más ricos fueron aquellos donde la naturaleza era más generosa; luego, los países más ricos fueron aquéllos donde el hombre era más activo". Europa había aprendido (pero Asia evidentemente no) a compensar las "deficiencias" de la naturaleza. "De estos hechos", argumentaba Buckle, "puede inferirse con toda justeza que el avance de la civilización europea se caracteriza por una influencia decreciente de las leyes físicas, y una influencia creciente de las leyes mentales".[15] Así, en razón de su singular capacidad para superar y subordinar las fuerzas de la naturaleza, se midió el creciente sentido que Europa tenía de su superioridad y fuerza respecto de Asia y el resto del mundo.

"La raza lo es todo"

En los años cincuenta del siglo pasado, época en que Buckle redactaba su obra, la popularidad de esas ideas, tan crudas, del determinismo climático y geográfico tal y como las había expuesto Montesquieu estaban empezando a desvanecerse y a ser dejadas de lado o incorporadas a un nuevo paradigma, el de raza. La preocupación de los siglos XVIII y XIX por la raza como forma de explicar la dinámica de la historia y la cultura se originó por varias causas. En primer lugar, el problema de la esclavitud y su abolición desató intensos debates a ambos lados del Atlántico sobre si los africanos pertenecían o no a una subespecie humana distintiva, presuntamente inferior. En segundo lugar, la creciente ascendencia militar y económica de Europa se tomaba como signo de que los europeos eran de una raza superior, especialmente cuando su llegada a muchas partes del mundo fue seguida por el precipitado descenso y aun la extinción de los pueblos indígenas. En tercer lugar, el siglo XVIII y los principios del XIX asistieron a un rápido crecimiento de las ciencias biológicas, lo que a su vez fomentó el interés en las diferencias entre las razas y entre los seres humanos y el resto del mundo natural.

A mediados del siglo XIX, todos estos factores se combinaron para

[15] Henry Thomas Buckle, *History of Civilization in England*, Londres, ed. de 1883, vol. I, p. 156.

producir una nueva y agresiva idea de raza. Cada vez fue más frecuente ver el concepto en términos de competencia y de evolución, acontecimiento doble asistido por la publicación de *El origen de las especies* de Charles Darwin, en 1859. Con su insistencia en la lucha perpetua entre especies y en la "supervivencia del más apto", pareció como si Darwin rechazara la idea de naturaleza como algo fijo, armonioso y donado por Dios. Las ideas evolutivas de Darwin se extendieron rápidamente a los humanos y se emplearon para apoyar la concepción de que las diferentes razas representaban estados diferentes del proceso evolutivo y de que las diferentes condiciones ambientales habían sido factor significativo de esa diversificación.

La ciencia y la historia de mediados del siglo XIX también comenzaban a influirse e imitarse una a otra. Al rechazar que la Creación hubiera ocurrido en fecha relativamente reciente y al atender al testimonio de las rocas y los fósiles, los científicos empezaron a descubrir el tiempo, aunque el tiempo en una escala mucho más extensa que la utilizada por los historiadores. Los *Principios de geología*, de Charles Lyell, cuyo primer volumen apareció por primera vez en 1830, y la obra de biología evolutiva *El origen de las especies*, de Darwin, impugnaron el punto de vista aceptado de que la Tierra no tenía más que unos cuantos miles de años de edad y que todos sus seres poseían caracteres fijados e inmutables desde el principio de los tiempos. Lejos de eso, se argumentó que la naturaleza no era inmutable, sino que cambiaba de continuo a lo largo de los inmensos eones de historia de la Tierra, conforme se levantaban y descendían los continentes y los océanos; los climas oscilaban entre el calor del desierto y el frío ártico; y los trilobites y los dinosaurios se extinguían y otras especies se apresuraban a ocupar sus nichos ecológicos. La biología y la geología empezaron a asemejarse a la historia en su interés por los procesos de cambio y los efectos consecutivos del tiempo: en realidad "lo que Darwin hizo fue incorporar a la ciencia una manera de razonar inventada por los historiadores".[16] La analogía que en tiempos de Newton y Descartes solía hacerse entre la humanidad y las máquinas fue sustituida por la encontrada "entre los procesos del mundo natural tal y como los estudiaban los científicos de la naturaleza y las vicisitudes de los asuntos humanos tal y como las estudiaban los historiadores.[17] Fue un tráfico en dos sentidos. Los historiadores, en su búsqueda de autoridad y significado, se esforzaban por imprimirle autenticidad científica a su trabajo importando a su ciencia la historia de las razas y las ideas de las naciones respecto de la evolución y la

[16] David Knight, *Ordering the World: a History of Classifying Man*, Londres, 1981, p. 16.
[17] R. G. Collingwood, *The Idea of Nature*, Oxford, 1945, p. 9.

"supervivencia del más apto", conceptos tomados de la ciencia darwiniana. Las civilizaciones no eran especies inmutables: evolucionaban y decaían en respuesta a ciertas condiciones ambientales; batallaban, como los dinosaurios, por la supremacía y la supervivencia.

Tal y como había ocurrido con el clima un siglo antes, la raza se convirtió en obsesión. Se empleó lo mismo para explicar todas las modalidades de circunstancias históricas y culturales, que para constituir un marco de referencia dentro del cual incorporar el conocimiento, en expansión constante, del mundo exterior a Europa. En 1874, Benjamin Disraeli, en su novela *Tancred*, observó: "Todo está en la raza, no hay otra verdad." Tres años después, Robert Knox, uno de los más fervorosos e influyentes teóricos victorianos de la raza, fue todavía más epigramático, al concretarse a declarar: "La raza es todo."[18]

Y, sin embargo, aunque a menudo se vio como una dinámica suficiente y evidente en sí misma, empleada para explicar y justificar la superioridad de los europeos a escala planetaria, también se utilizó el determinismo geográfico para reforzar los argumentos raciales. Alfred Russel Wallace hizo en 1864 una afirmación en apoyo de la evolución humana. Argumentó que aunque la Tierra pudo haber estado habitada alguna vez por una raza humana homogénea, al propagarse por el planeta fue sometiéndose a la influencia de medios diferentes. La diversidad de la naturaleza dejó su sello en las diferencias raciales. Los suelos pobres y las estaciones inclementes fueron un estímulo para la evolución de una raza más vigorosa, más previsora y social (los europeos), que la raza de quienes vivían en la abundancia durante todo el año. Wallace se pronunció a favor de la superioridad de las razas que habían evolucionado en la zona templada al preguntarse:

> ¿No es un hecho que en todas las épocas y en cada rincón del globo, los habitantes de las regiones templadas han sido superiores a los de las regiones tropicales? Todas las grandes invasiones y todos los grandes desplazamientos han sido de norte a sur, pero no al revés; y no tenemos registro de que alguna vez haya existido, como tampoco hoy existe, un solo caso de civilización intertropical.[19]

Wallace, junto con Darwin coautor de la teoría de la "selección natural", aseveró que la "gran ley" de la "preservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida" acarrearía ineluctablemente la extinción de

[18] Citado en Michael D. Biddiss (comp.), *Images of Race*, Leicester, 1979, p. 12.

[19] A. R. Wallace, "The origin of human races and the antiquity of man deduced from the theory of 'natural selection'", *Journal of Anthropological Society*, 1864, en Biddiss (comp.), *Images of Race*, p. 47.

"todas aquellas poblaciones inferiores y subdesarrolladas mentalmente con las cuales entraran en contacto los europeos". Aludiendo a una pauta de rápida decadencia demográfica entre los pueblos indígenas como consecuencia de la llegada de los europeos, Wallace alegaba que los indios norteamericanos y los de Brasil, los aborígenes australianos y de Tasmania y los maoríes de Nueva Zelanda "se extinguieron no por ninguna causa especial sino por los efectos inevitables de una lucha mental y física desigual. Las cualidades intelectuales y morales, así como físicas, de los europeos son superiores..."

Es significativo también, a la luz tanto del pensamiento evolutivo victoriano como del conocimiento histórico más reciente, que, según Wallace, este proceso de despoblación y de desplazamiento de los pueblos del sur por una raza septentrional superior tenía un paralelo exacto entre los animales y las plantas. Una psique, un intelecto y una cultura superiores permitieron que los europeos conquistaran a "los salvajes" y

> crecieran a expensas de éstos, igual que las variedades más favorables medran a expensas de las variedades menos favorables en los reinos vegetal y animal, y lo mismo que las hierbas de Europa desalojan a las de América del Norte y de Australia, haciendo que se extingan los productos nativos por el vigor heredado de su organización, y por su mayor capacidad de existencia y multiplicación.[20]

Así, pues, se veía que la superioridad racial entre los humanos tenía su correspondiente en la naturaleza, y se vindicaba al imperialismo haciendo referencia a un proceso paralelo de conquista y colonización entre las plantas y los animales.

Wallace no fue historiador, pero sus referencias a la civilización —o la carencia de ésta en los trópicos (tema al que retornaremos en el capítulo VIII)— muestran con qué presteza los historiadores de la época victoriana hacían equivaler el imperio de la naturaleza con el imperialismo humano. No sorprende que muchos historiadores de la época asimilaran tales ideas científicas de determinismo biológico y las incorporaran a su propio trabajo, o que por sus escritos históricos le hicieran propaganda a la creencia de que la humanidad estaba envuelta, como las plantas y los animales, en una lucha similar por la "supervivencia del más apto".

Civilización y clima

Ya para concluir el siglo XIX, los naturalistas, los antopólogos y los historiadores reformulaban las ideas ambientalistas para satisfacer los im-

[20] *Ibid.*

perativos ideológicos de una nueva era imperial. También los geógrafos participaban activamente, espoleados por un sentido naciente de profesionalismo y por su participación en un imperio como proyecto geográfico. Quizá sea verdad que los geógrafos han sostenido siempre la creencia de que los seres humanos son "creaciones de su medio",[21] pero la impetuosa combinación de darwinismo racial con imperialismo occidental en pleno ascenso empujaron las ideas ambientalistas hasta una posición de influencia y prominencia excepcionales entre los años noventa del siglo XIX y finales de los años veinte del presente siglo.

Es significativo que, en vista de su propia elevación a potencia imperial, en Estados Unidos se produjo durante esta época una de las afirmaciones más enfáticas acerca del determinismo geográfico. En 1911, por ejemplo, Ellen Churchill Semple publicó un estudio, muy citado, sobre la influencia del "medio geográfico". Su libro comenzaba con una grandilocuente declaración sobre la supremacía de la naturaleza:

> El hombre es un producto de la superficie de la tierra [...] la tierra lo dio a luz, lo alimentó, le impuso tareas, dirigió sus pensamientos, lo enfrentó a dificultades que fortalecieron su cuerpo y aguzaron su ingenio, le puso problemas de navegación e irrigación y al mismo tiempo le susurró indicios para solucionarlos [...] No se puede estudiar científicamente al hombre aislado del terreno que labra, o de las tierras por las que viaja, o de los mares a través de los cuales comercia, del mismo modo que no puede entender al oso polar o al cacto fuera de sus hábitats.[22]

Invocando a Montesquieu, a Buckle, pero por encima de todos a Darwin, Semple se propuso ilustrar esta hipótesis determinista con ejemplos tomados de todas partes del globo y de diferentes etapas de la historia humana.[23] Comparó, pues, la historia de la Gran Bretaña y de Japón, partiendo de la premisa de que ambas eran islas y, por tanto, estaban expuestas a influencias ambientales —y en consecuencia históricas— semejantes. Ella trató de definir toda la historia de un país como España exclusivamente en función de sus características geográficas. Lo que no se pudo explicar con facilidad por la geografía se explicó por la raza, aunque por lo regular se vio que la una reforzaba a la otra. Una fuerte tendencia se traslucía en sus escritos, como cuando describía la lucha por la tierra entre inmigrantes y nativos: "Luchar por la tierra significa luchar por la mejor tierra, que por tanto queda en manos de los

[21] Margaret T. Hodgen, *Early Anthropology in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Filadelfia, 1964, p. 288.

[22] Ellen Churchill Semple, *Influences of Geographic Environment on the Basis of Ratzel's System of Anthropo-Geography*, Londres, 1911, pp. 1-2.

[23] *Ibid.*, pp. 12-13.

pueblos más fuertes. Los débiles debían contentarse con los suelos pobres, las regiones inaccesibles de la montaña, el pantano o el desierto. Ahí empezaban a decaer o, en el mejor de los casos, crecían o progresaban con gran lentitud."[24]

Aún viva Semple, su obra fue muy criticada por sacar conclusiones extremistas de datos al azar y por su manifiesta insensibilidad al cambio histórico. ¿Cómo podían explicar la misma geografía y la misma temperatura de la misma isla cada giro y cada vuelco de la historia británica desde los anglosajones hasta la Carta Magna, o desde Cromwell hasta la derrota de Napoleón? Sin embargo, Semple, al igual que Montesquieu 150 años antes, había dado expresión a ideas y actitudes muy extendidas. Hubo otros geógrafos con inclinaciones hacia la historia que llegaron a conclusiones semejantes. El más influyente de ellos fue otro estadounidense: Ellsworth Huntington.

En sus primeras obras, escritas en los primeros dos decenios del siglo XX, Huntington trató de demostrar de qué modo el clima afectaba profundamente la historia humana. Como tantos ambientalistas que lo precedieron, empezó por mirar hacia el oriente, buscando en el clima y en el cambio climático la explicación de las diferencias entre el dinamismo del oeste y el anquilosamiento del este. En 1907 postuló que el surgimiento y, más particularmente, la caída de las civilizaciones estaba relacionada íntimamente con el cambio climático y factores asociados, como el hambre y las enfermedades endémicas. Escribiendo al final de una época que había atestiguado cómo muchos países asiáticos se debatían entre la sequía y la hambruna, Huntington subrayó el papel de la escasez de lluvia y del hambre en ocasionar un "estado de irritabilidad" en la sociedad. La presión del hambre durante largo tiempo y la inquietud y la insurrección resultantes, arguyó, deben de provocar una inestabilidad permanente en las sociedades asiáticas, inhibiendo así su capacidad de tener gobiernos estables y vida civilizada. Huntington no afirmó que las sociedades occidentales fueran por entero inmunes a los efectos de la variabilidad climática: al contrario, recordó que "durante los años en que el Turkestán chino tuvo sus migraciones y revueltas, Persia sus hambrunas y Turquía sus amotinamientos y masacres", Estados Unidos había experimentado pánico financiero e intranquilidad política. Si aun la estabilidad de Estados Unidos pudo ser afectada por el cambio climático temporal y las consiguientes malas cosechas, cómo no iban a resultar afectadas generación tras generación de asiáticos por la sequía y la hambruna.

En tiempos anteriores a la obra de Lyell, los escritores ambientalistas

[24] *Ibid.*, p. 113.

suponían que, aparte del ciclo de las estaciones, el clima era constante. En realidad, una de las críticas que le hicieron a Montesquieu fue la referente a la dificultad de explicar la decadencia de la antigua Grecia en términos ambientales, considerando que el clima había sido el mismo durante el apogeo de esta civilización. Pero Huntington le dio un nuevo giro a la fábula determinista (el cual desde entonces fue adoptado por muchos climatólogos y geógrafos físicos) argumentando que el clima *había cambiado* significativamente en tiempos históricos con el resultado de que muchas sociedades, estables en cierto tiempo, habian sido incapaces de adaptarse y sobrevivir. "En todas partes de las regiones áridas encontramos pruebas", escribió, "de que el desecamiento ha causado hambrunas, despoblación, incursiones de saqueo, guerras, migraciones y la decadencia de la civilización". Donde en otros tiempos se levantaron imperios poderosos —como en Asia central— hoy sólo quedan bandas de pastores nómadas. Ni siquiera la antigua Roma, con todos sus logros, había resultado inmune al cambio climático, y había terminado por caer presa de la propagación subsiguiente de la escasez de alimento y de la malaria. Los cambios climáticos de larga duración se identificaron así como "una de las causas que controlan el surgimiento y la caída de las grandes naciones del mundo".[25]

Hacia 1915 Huntington pasó a analizar, con más amplios alcances, la correlación entre civilización y clima. Tomando sus ejemplos esta vez de América Central y de Asia, Huntington repitió su afirmación de que los cambios de largo plazo explicaban el surgimiento y la caída, de otro modo enigmáticos, de civilizaciones como la maya de América Central. "Muchas de las grandes naciones de la antigüedad", escribió, "parecen haber surgido o caído en concordancia con condiciones de clima favorables o desfavorables". Huntington, al igual que Semple, creía que sólo ciertos climas eran propicios para la vida civilizada. Cuando los miembros de las razas "civilizadas" abandonaron sus ambientes ancestrales estuvieron propensos a "degenerarse"; lo anterior, prosiguió Huntington, fue lo que le ocurrió a los "blancos pobres" de las Bahamas. "Cuando el hombre blanco emigra a climas menos estimulantes que los natales, parece perder energía tanto física como mental." Pero, por el contrario, era escéptico en cuanto a los beneficios que los miembros de las razas tropicales obtendrían mudándose a climas templados. En caso de ser posible, serían necesarias muchas generaciones para que un nuevo clima los elevara hasta el nivel de las razas "civilizadas".[26]

A la raza se le dio un lugar aún más prominente en *Civilization and*

[25] Ellsworth Huntington, *The Pulse of Asia: a Journey in Central Asia Illustrating the Geographic Basis of History*, 2ª ed., Boston, 1919, pp. 374-381.

[26] Ellsworth Huntington, *Civilization and Climate*, New Haven, 1915, pp. 6, 33.

Climate, en 1915, que en *The Pulse of Asia* unos cuantos años antes, con las virtudes de "los teutones" contrastadas una y otra vez con las presuntas deficiencias de "los negros". Se esgrimió la teoría ambientalista para apoyar y legitimar los supuestos preexistentes sobre la inferioridad inherente de las razas no blancas y su dominio inevitable por los blancos o su confinamiento a las zonas del globo menos favorables para la civilización. Con objeto de darle fundamento "científico" a estas afirmaciones, Huntington empezó la tarea de representar en un mapa, de alcance planetario, lo que llamó los niveles de energía y creatividad humanas en relación con el clima. Dadas sus premisas originales, no debe causar sorpresa que haya llegado a la firme conclusión de que los niveles de civilización eran superiores en la Europa occidental y el noreste de Estados Unidos, pero inferiores en los trópicos y en las regiones de frío extremo. Se demostró así que el clima ideal para la civilización era (de modo muy parecido a lo dicho por Montesquieu 150 años antes) el de aquellos lugares donde los veranos eran tibios pero no tórridos, y en donde los inviernos eran tonificantes pero no demasiado rigurosos. Las naciones favorecidas con tales climas poseían un alto grado de fuerza de voluntad y energía, capacidad para el progreso y para gobernar a los demás.

Aunque hoy se ven con gran escepticismo los métodos y las conclusiones de Huntington, su trabajo sigue siendo de interés como muestra extrema, pero no atípica en su época, de la forma en que el determinismo ambiental podía aliarse con el racismo y el imperialismo y, en términos más generales, de la manera como las explicaciones ambientales se habían empleado para sostener argumentos de cuya validez el autor estaba de antemano firmemente convencido. Quizá la índole claramente partidista de las investigaciones de Huntington acerca de las influencias climáticas, ha sido de mayor valor para persuadir a los historiadores de que sean más precavidos y no se dejen arrastrar a explicaciones climatológicas de los complejos procesos de cambio histórico.

El reto ambiental

Cuanto más se esforzaron los historiadores por abordar los asuntos más amplios de la historia y el surgimiento y la caída de las civilizaciones, tanto más se sintieron obligados a ocuparse de temas como los del ambiente y la raza. Arnold J. Toynbee, en su *A Study of History*, el primero de cuyos tres volúmenes fue publicado en 1934, nos lleva a dos décadas dentro del siglo XIX, hasta una época en que ya no era tan segura la confianza en la superioridad de Occidente y en que las ideas raciales estaban adquiriendo una forma excepcionalmente oprobiosa en la

doctrina de la superioridad de los arios y el antisemitismo nazis. En un regreso al gran estilo decimonónico de escritura histórica y a su preocupación por la civilización (aunque esta vez como especie amenazada antes que triunfante), Toynbee trató de romper con la historia trazada exclusivamente en función de la raza y del surgimiento del estado-nación. Él se propuso retornar a las raíces culturales de la humanidad, y establecer los factores en que se fundaba la historia de la civilización misma.

Al principio, Toynbee se sintió impulsado a impugnar lo que vio como dos de las explicaciones más populares de la formación de las civilizaciones. La primera de éstas, inevitablemente, era la raza. Argumentó que éste era un concepto de origen relativamente reciente, nacido del intento por explicar las diferencias que los europeos veían entre ellos mismos y los pueblos con que se habían encontrado en sus viajes de descubrimiento a partir del siglo XV. Ideólogos como el conde de Gobineau y Houston Stewart Chamberlain le habían impreso su forma moderna. Toynbee no creía que la raza, tal y como entonces se la entendía, explicara el origen y ascenso de las civilizaciones que habían florecido cientos y hasta miles de años antes, durante los cuales había habido gran diversidad étnica, según lo demostraban los datos existentes. No podía aceptar que se atribuyera la aparición de las civilizaciones en sociedades tan ampliamente distribuidas en el tiempo y el espacio a "alguna cualidad especial de la raza de cierta fracción de la humanidad".

Pero si la raza no explicaba nada, ¿entonces sí lo hacía la segunda teoría popular, el ambiente? Toynbee estableció que el origen de esta idea se remontaba a los griegos Hipócrates y Herodoto, y la encontró, comparada con la teoría de la raza, "más imaginativa, más racional y más humana". Pero, a pesar de que el ambientalismo no provocaba "la repugnancia moral de la teoría de la raza", tampoco era más convincente: se asemejaba en realidad a la teoría de la raza en su pretensión de explicar la gran diversidad y complejidad de la historia humana partiendo de una sola causa. A partir de ejemplos de mucho mayor amplitud en cuanto al espacio y al tiempo, que los aportados por Montesquieu y Huntington, Toynbee observó que si la civilización maya había sido capaz de florecer en una parte de los trópicos, precisamente en América Central, no había razón lógica, en caso de ser válida la teoría del ambiente, para que civilizaciones similares no pudieran haber surgido en regiones semejantes de África y el sudeste de Asia —pero, sostenía, no había ocurrido así—. Dos mil años después de haber florecido en México y Guatemala la civilización maya, había pueblos que seguían viviendo en las cuencas silvícolas del Amazonas y el Congo "en los niveles más primitivos del salvajismo", mientras que en el sudeste de Asia la civilización de Camboya no era indígena, sino que había llegado ahí procedente

de la India. Del mismo modo, razonaba, dejando atrás los climas cálidos, la civilización ortodoxa rusa no se había repetido en las gélidas vastedades de Canadá, aunque ahí había condiciones ambientales semejantes a las rusas: ríos caudalosos, bosques inmensos e inviernos prolongados y rigurosos. Los climas, las vegetaciones y los suelos comparables no producían pautas o niveles comparables de realizaciones humanas. Toda explicación convincente de la génesis de las civilizaciones tenía que ser, pues, "no simple, sino múltiple".[27]

Y aun así fue imposible para Toynbee excluir por completo el ambiente de su análisis. Identificó los factores ambientales entre los "retos" que contribuyeron a darle forma a la historia humana y provocaron las "respuestas" que ayudaron a crear las civilizaciones del mundo. El estímulo de los ambientes "difíciles" y las soluciones técnicas y sociales creativas que tales ambientes exigían fueron, según él, parte de una pauta universal. Domeñar las destructivas inundaciones del Río Amarillo, aprender la forma de contener su curso turbulento y aprovechar sus aguas para el cultivo del arroz fueron, en consecuencia, algunas de las influencias formativas que participaron en la creación de la civilización china. Del mismo modo, en América, los mayas tuvieron que invertir ingentes cantidades de trabajo para talar las densas selvas tropicales, igual que lo hicieron los incas y sus antecesores para poder cultivar la tierra de la meseta andina. La civilización le fue arrancada por la fuerza a una tierra avara.

Partiendo de ejemplos como los descritos, Toynbee llegó a la afirmación general acerca de "el estímulo y las tierras difíciles": "cuanto más benigno el medio, tanto más débil el impulso que hacia la civilización el dicho medio proporciona al hombre", mientras que, a la inversa, "el estímulo hacia la civilización se intensifica en la misma proporción en que el medio se vuelve más difícil".[28] Pero a pesar de que Toynbee vio el medio como ilustración importante en las civilizaciones antiguas del principio de que "a mayor reto, mayor respuesta",[29] no lo consideró sino como otro más de los factores que intervienen en la evolución de la vida civilizada, y el cual disminuía en importancia a medida que avanzaba la historia. En los primeros capítulos del volumen 3 de su estudio de 12 volúmenes, cuando ya había dejado atrás la mayor parte del mundo antiguo, Toynbee afirmó que las sociedades civilizadas habían terminado por ganar control sobre sus medios físicos, y volvió su atención hacia el papel de otros factores formativos. En 1920, en una nota preliminar de su enorme estudio, observó:

[27] Arnold J. Toynbee, *A Study of History*, vol. I, Londres, 1934, pp. 207-244, 249-271.
[28] *Ibid.*, vol. II, p. 31.
[29] *Ibid.*, vol. II, p. 259.

> Creo que el desarrollo humano es un proceso en que los individuos humanos son modelados cada vez en menor grado por el ambiente [...] y adaptar su ambiente cada vez más a sus propios deseos. [Se llega a un punto en que] más bien súbitamente, las leyes humanas suplantan las leyes mecánicas del ambiente como factor que gobierna la relación.[30]

Hay mucho en el análisis de Toynbee sobre el ambiente en la historia que hoy parece curiosamente anticuado, incluso discordante. Por principio de cuentas, él está inequívocamente del lado de la civilización, y tiene poca simpatía para aquellos a los que clasifica como "salvajes". Desde los años treinta, han avanzado mucho las ideas sobre qué es lo que constituye la civilización de África. Del mismo modo, aunque él escribió los primeros volúmenes de su obra apenas hace unos sesenta años, retuvo una idea antigua de lo difícil y precario que era el dominio de la naturaleza por parte del hombre: en primer lugar era difícil de lograr; en segundo lugar, difícil de conservar indefinidamente. En el análisis de Toynbee, una lucha darwiniana por la supervivencia se da entre todas las civilizaciones, y las fuerzas de la naturaleza figuran entre los adversarios más adaptables. Rechazó la idea de que la civilización se desarrollaba en ambientes que eran particularmente favorables para el hombre; por el contrario (como Hipócrates sugirió hace mucho tiempo), las tierras que habían sido bendecidas con suelos fértiles y abundancia natural producían indolencia, no civilización —como Toynbee creía que había sido el caso en Niasalandia antes de su conquista por los europeos, o bien en las selvas amazónicas—. La idea "falaz" de que las civilizaciones se desarrollaban en medios fáciles pasaba por alto, como en el caso del antiguo Egipto, "el espléndido esfuerzo humano implicado, no sólo en la transformación de la jungla pantanosa y prehistórica del valle del bajo Nilo en la histórica tierra de Egipto, "sino también en la tarea de impedir perpetuamente que esta obra magnífica pero precaria, producto del esfuerzo humano, retornara a su estado original".[31]

Las civilizaciones de todo el mundo, han sucumbido, a la larga, a las inclementes presiones de la naturaleza, como lo evidencian las ruinas de Anuradhapura en Ceilán, las de Angkor Wat en Camboya y los templos y palacios mayas acosados y aplastados por las selvas de América Central. Reflexionando en estas últimas, como si lo hiciera en el destino de algunos ozymandias de la selva tropical, Toynbee escribió:

> Sus únicos monumentos supervivientes son las ruinas de los edificios públicos, inmensos y decorados con magnificencia, que hoy yacen, alejados de

[30] W. H. McNeill, *Arnold J. Toynbee: a Life*, Nueva York, 1989, p. 96.
[31] Arnold J. Toynbee, *A Study of History*, vol. III, Londres, 1934, p. 2.

> toda habitación humana del presente, en las profundidades de la selva tropical. La selva, como boa constrictor, literalmente se los ha tragado, y está desmembrándolos sin prisa, apartando sus trozos de cantera finamente labrados con sus raíces y zarcillos que se contorsionan.[32]

Pero lo anterior fue escrito en 1934. Desde entonces ha cambiado significativamente nuestra visión del equilibrio entre la naturaleza y la cultura.

[32] *Ibid.*, p. 4.

III. LA REVALORIZACIÓN DE LA NATURALEZA

"La Longue Durée"

No deja de sorprender que muchos de los intentos por relacionar la historia y el entorno procedan no de historiadores sino de filósofos, biólogos y geógrafos. En conjunto, los historiadores han sido cuidadosos en su recurrir a la naturaleza para explicar el curso de la historia humana. Se sigue considerando que la materia de estudio "propia" de la historia es la gente, bien los grandes hombres o las grandes mujeres, bien los individuos comunes y corrientes, pero no la interacción del "hombre con la naturaleza". El saber técnico del ecologista, el climatólogo y el epidemiólogo a muchos historiadores les ha parecido que no viene al caso o que es inaccesible. Pero hay excepciones importantes.

Uno de los intentos más elaborados por unificar la historia y el ambiente en creativa asociación es el que se encuentra en la Escuela de los *Annales* en Francia, llamada así por la revista *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, en la cual se publicó gran parte de la obra realizada por dicha escuela. La revista fue fundada por Lucien Febvre y Marc Bloch en 1929, pero el grupo ha incluido a Fernand Braudel y a Emmanuel Le Roy Ladurie entre sus miembros más recientes y distinguidos.

Los "Analistas" *(Annalistes)* han mostrado un interés recurrente en tratar al ambiente como elemento de la historia humana. En parte, este interés se remonta hasta la influencia del geógrafo Paul Vidal de la Blache y su rechazo, más o menos en la época de la primera Guerra Mundial, al determinismo geográfico burdo a favor de una visión centrada en la interdependencia de la gente y el lugar. El "posibilismo" de Vidal se reflejó en el comentario de Bloch de que "contrapesar la complejidad de la naturaleza es la complejidad de las emociones y la razón humana", y en la conclusión de Febvre, emitida unos cuantos años después, de que los lugares y las condiciones geográficos crean lineamientos potenciales de actividad y desarrollo humanos pero sin hacer que nada sea inevitable. También es significativo que Febvre creía que era posible aislar los problemas de la raza del "problema del ambiente".[1] Al mismo tiempo, sin embargo, los pioneros de la Escuela de los *Annales* acerta-

[1] Carole Fink, *Marc Bloch: a Life in History*, Cambridge, 1989, p. 108; Lucien Febvre, *A Geographical Introduction to History*, Londres, 1925, pp. 1, 235-236.

ron en mejorar la posición y la autoridad de la historia estableciendo sus credenciales como ciencia, y su modo, más sistemático y con información suficiente de enfocar el entorno, fue uno de los caminos que siguieron para tal fin.

Muchos de estos objetivos se ven en el estudio que hizo Bloch de la *French Rural History*, publicado en 1931 y hasta hoy muy respetado por los historiadores sociales y económicos. En la base de la investigación documental, apoyada por las observaciones personales de la Francia rural de su tiempo, Bloch empezó por establecer los factores que le habían dado forma a las características físicas y sociales del campo francés entre la disgregación del imperio carolingio y la revolución agraria del siglo XVIII. Para Bloch, la historia era "por encima de todo la ciencia del cambio", y era preciso escrutar los cambios para que el carácter del periodo en estudio se revelara en todos sus pormenores.

De manera tal que se anticipó al estudio que Braudel hizo de "la longue durée", Bloch hizo hincapié en la evolución, tan lenta que se antoja imperceptible, de la vida en la Francia rural, moldeada por la acción recíproca de la gente con su hábitat. Como cambios más importantes consideró la colonización agraria del siglo X en adelante, que se efectuó por el incremento paulatino de la tierra cultivable a expensas de los bosques, las marismas y los baldíos. En esta dialéctica de la gente y el lugar, los bosques fueron "los obstáculos más difíciles de vencer", y durante siglos, en la Francia medieval como en el resto de Europa, los árboles "contuvieron el progreso del arado". Pero fue el campo como medio habitado, no la naturaleza tal cual, lo que le interesó a Bloch. Los bosques, como los poblados, adquirieron su carácter de sus habitantes humanos y de las actividades realizadas por éstos: la cacería, la quema de carbón, la cría de puercos, el bandidaje. La gente se adaptó al paisaje, pero al mismo tiempo lo sometió a su influencia y al control productivo. Bloch argumentó que "las limitaciones a la actividad humana impuestas por el medio físico difícilmente podrían considerarse determinantes de las características fundamentales de nuestra historia agraria", pero sí tendrían que sopesarse cuidadosamente al tratar de explicar, por ejemplo, las diferencias entre las tres principales "civilizaciones agrarias" de Francia.[2]

Los problemas del tiempo, el espacio y la cultura, relacionados entre sí y explorados de modo preliminar por Bloch en su obra sobre la historia rural de Francia, los estudió más sistemáticamente Fernand Braudel en 1949 en su obra *The Mediterranean and the Mediterranean World in*

[2] Marc Bloch, *French Rural History: an Essay on its Basic Characteristics*, Londres, 1966, pp. xxv, 5.

the Age of Philip II, la cual marcó el comienzo de una nueva etapa, más determinista, del desarrollo de la escuela de los *Annales*. Lo que, ambientalmente hablando, había estado implícito en Bloch y en Febvre se hizo más explícito en Braudel. ¡Pobre Felipe! El monarca que durante cuarenta años aspiró a dominar el mundo como un coloso tiene que esperar tras bambalinas a lo largo de todo el primer volumen y hasta bien entrado el segundo de la enorme obra de Braudel, para que le sea permitido entrar en escena —junto con la clase de "historia superficial" que es obligado a representar—. El rey de España representa aquí sólo un aspecto del tiempo histórico, el "tiempo individual", y de la "historia tradicional" que se ha ocupado de las vidas de los "hombres como individuos". Ésta, para *Braudel*, es tan sólo la historia de los sucesos, "las perturbaciones superficiales, las crestas de espuma que las mareas de la historia llevan sobre sus fuertes lomos". El historiador que se sienta en el trono de Felipe II y lee sus documentos ingresa en "un extraño mundo unidimensional", "un mundo de pasiones ciertamente fuertes", pero que es "ciego [...] e inconsciente de las realidades profundas de la historia". Esta otra historia, con sus "realidades profundas", se encuentra, en parte, en el "tiempo social", representado por las actividades de las economías, los estados y las sociedades, pero más especialmente en lo que *Braudel* llama "tiempo geográfico". Ésta es una historia estructurada en torno de montañas, llanuras, islas e istmos; es una historia de estaciones, climas y epidemias; pero por encima de todo es una historia del Mediterráneo, el mar que da vida y carácter a la totalidad de la región que lo envuelve. Aquí se encuentra una historia "cuyo paso es casi imperceptible, cuyo contenido es la relación del hombre con el ambiente; una historia en que todo cambio es lento, una historia de constantes repeticiones, de ciclos siempre recurrentes".[3]

> Durante siglos, el hombre ha sido prisionero del clima, de la vegetación, de la población animal, de cierta agricultura, de un equilibrio general establecido lentamente y del cual no puede escapar so pena de trastocarlo todo. Obsérvese la posición mantenida por el movimiento de los rebaños en las vidas de los montañeses, la permanencia de ciertos sectores de la vida marítima, arraigada en las condiciones favorables instauradas por configuraciones costeras particulares; véase la forma en que los sitios de las ciudades perduran; la persistencia de las rutas y el comercio; y toda la asombrosa fijeza del escenario geográfico de las civilizaciones.[4]

[3] Fernand Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, vol. I, Londres, 1975, pp. 20-21.

[4] "History and the social sciences: the *longue durée*, en Fernand Braudel, *On History*, Londres, 1980, p. 31.

Queda claro aquí, mucho más que en la obra de Bloch, que el entorno confiere a la historia su estructura fundamental y crea un mundo, como uno de los críticos de Braudel observa, al parecer "indiferente al control humano".[5] Proporciona los parámetros físicos estrictos dentro de los cuales los seres humanos son libres de operar. Parece haber poco espacio para el actor humano. La naturaleza impone limitaciones sobre lo que la gente puede y no puede hacer y, como se evidencia aún más en la obra última y más lírica de Braudel, *The Identity of France*, conforma la textura "micro" de su vida material: los alimentos que come, las ropas que usa, las casas que habita y el carácter de cada una de las localidades, los *países* en que Francia está dividida.

Pero sería erróneo ver en Braudel un determinista a la manera de Semple o de Huntington, pues se perdería de vista la naturaleza vasta y variada de su obra en conjunto. En Braudel el ambiente no simplemente *determina* la actividad humana. Al revisar en 1944 un libro sobre "ecología humana", Braudel no sólo manifestó su beneplácito por el intento del autor de relacionar el clima, la geografía y la enfermedad con la historia humana; también lo previno en contra del "determinismo biológico" y de la "reducción sistemática de los problemas del hombre al nivel de su biología". Insistió en que no era propio tratar la ecología humana como si se estuviera tratando con la ecología del olivo o de la uva: era menester ocuparse de las dimensiones tanto culturales como biológicas de la existencia humana. El hombre "en toda su complejidad —en toda la densidad de su historia, en toda su cohesión social y con todas las restricciones impuestas por la costumbre y el prejuicio"— y no sólo el hombre biológico —era la materia propia de la indagación histórica.[6]

Para Braudel, el concepto de la *longue durée* tuvo un contexto histórico específico aun cuando lo presentó como un enfoque general de la interpretación y de la metodología de la historia. En esencia, aplica el término al periodo de la historia de Europa comprendido entre el siglo XIV y mediados del XVIII no apartándose mucho de la periodización hecha por Bloch en *French Rural History* ni de los parámetros aproximados de su propia obra académica. Ésta, para él, fue una época en que los campesinos constituyeron el grueso de la población del mundo, y vivían de la tierra y estaban atados al "ritmo, la calidad y la deficiencia" de sus cosechas. Siglos enteros, "la actividad económica dependió de poblaciones demográficamente frágiles". A pesar de todos los cambios que los afectaron, estos cuatro o cinco siglos mantuvieron "cierta coherencia,

5 J. H. Elliott, citado en Peter Burke, The French Historical Revolution: The Annales School, 1929-1989, Cambridge, 1990, p. 40.

6 "Is there a geography of biological man?" en Braudel, *On History*, p. 110.

hasta las rebeliones del siglo XVIII y la revolución industrial".[7] Al igual que Bloch, Braudel veía la estabilidad relativa de la época anterior a la suya más turbulenta; veía una era en que el equilibrio entre la naturaleza y la humanidad era más prominente y más precario.

La obra de Braudel, especialmente *The Mediterranean and the Mediterranean World* y su análisis de *"la longue durée"*, ha ejercido un efecto profundo en los historiadores que trabajan en muchos campos diferentes. Ha sido un estímulo a los intentos por integrar el ambiente, como quiera que sea definido, con otros aspectos de la historia humana. Su estudio del Mediterráneo, y su posición central dentro de un contexto geográfico, social y comercial que lo abarca, ha impulsado a otros historiadores a mirar con ojos nuevos diferentes sistemas marítimos y ribereños. Pero al abrirse a los parámetros espacial y temporal de la historia, ampliando el paradigma ambientalista y dándole nueva credibilidad dentro del saber histórico, la obra de Braudel ha presentado también varios problemas y provocado toda una variedad de respuestas críticas. ¿Examinar la relación *a largo plazo*[*] entre la gente y el entorno es necesariamente el modo más eficaz e informativo de estudiarla? ¿No serían ciertos episodios y sucesos de corto plazo (esa despreciada historia de "las perturbaciones superficiales") los que sacarían a relucir con más claridad que el curso sinuoso de *la longue durée*, y de una manera más matizada social y políticamente, la naturaleza problemática de la interacción humana con el ambiente? Y aun cuando la idea de una *longue durée*, que se extiende cosa de cuatro o cinco siglos, sea de valor para el mundo mediterráneo y para Francia, ¿es igualmente válida para otras sociedades —como América en el momento de la llegada de Colón; o aun la Gran Bretaña inmediatamente antes de sus revoluciones agraria e industrial— en que la esencia de la historia ambiental podría ser de interés no por las continuidades, ni los ciclos recurrentes, ni los cambios lentos y casi imperceptibles, sino por las divergencias radicales y las catástrofes irrevocables? Por el contrario, para algunos ecologistas y otros tantos antropólogos con orientación hacia la historia, la *longue durée* parecería demasiado breve como para permitir que las continuidades y los cambios más importantes se manifestaran por sí mismos. Hay temas que se repetirán con frecuencia en este libro. Pero antes de que tratemos de abordarlos, sigamos considerando la contribución de la escuela de los *Annales* al paradigma ambientalista.

[7] Fernand Braudel, *Capitalism and Material Life, 1400-1800*, Londres, 1973, p. 8; "History and the social sciences", p. 32.

[*] Es decir, en la *longue durée*. *[T.]*

El clima y la historia

Las investigaciones de Braudel acerca de la relación entre la humanidad y el ambiente han sido proseguidas por varios de sus asociados y discípulos, en especial por Emmanuel Le Roy Ladurie (aunque debe hacerse notar que éste, como Bloch antes que él, nunca se ha dedicado exclusivamente al ambiente o a la historia agraria). En *The Peasants of Languedoc* y *The French Peasantry, 1450-1660*, Ladurie llevó adelante los estudios iniciados por Bloch y Braudel referentes al campo francés en el largo plazo, rastreando en detalle, con el uso de datos demográficos y estadísticos de otra clase, la manera como las masas campesinas lidiaron con el mundo material en que les tocó vivir. El cuadro que surge es el de una lucha amarga, ganada precariamente —una lucha constante en contra del hambre, la enfermedad y la perspectiva de muerte prematura—. Antes del siglo XVIII, Francia parecía incapaz físicamente de sostener una población por encima de los 20 millones de personas. Francia era ya, en términos de su población y medios de subsistencia, un "mundo lleno".

En cierto sentido, lo que Le Roy Ladurie presenta, como Braudel, es la imagen de estabilidad relativa de una sociedad humana, condición que se asemeja al estasis, o estado estable, que los ecologistas ven como la marca de un ecosistema maduro. Cuando Francia pareció empezar a rebasar sus límites "naturales", fue contenida por una serie de "restricciones ecológicas", casi del mismo modo como sería refrenada una comunidad de garzas o de peces espinosos si temerariamente crecieran por encima del nivel que les permitiría el abastecimiento de comida. La muerte fue parte necesaria de este ecosistema humano. En el siglo XIV la Peste negra redujo sin misericordia la población del sur de Francia, y también de otras partes de Europa, así como echó atrás el laborioso proceso de expansión agraria que trabajosamente estaba en marcha desde el siglo X. Todavía durante la primera mitad del siglo XVII, la "reconstrucción" rural volvió a ser frenada por el triple azote de la peste, la hambruna y la guerra.

Esta sombría imagen de una Francia casi por completo a merced del hambre y la enfermedad fue confirmada por el trabajo de otros historiadores, en especial Pierre Goubert, en un estudio de la región de Beauvais entre 1600 y 1730, y una descripción de *The French Peasantry in the Seventeenth Century*, publicada en 1982. En la obra de estos estudiosos, la climatología, la demografía y la epidemiología parecen ser instrumentos de análisis más precisos que la geografía expansiva de Braudel, y más todavía que las especulaciones de Montesquieu sobre el clima. En

Le Roy Ladurie y en Goubert, y de ahí en adelante en la obra del historiador economista Ernest Labrousse en los años cuarenta, la suma de la dificultad de la humanidad y la difícil relación con el entorno está expresada principalmente por medio de dos series de datos estadísticos: el movimiento de los precios de los granos y el incremento o el decremento de la mortalidad. En este intento por cuantificar el encuentro humano con la naturaleza y someterlo al escrutinio médico y al meteorológico, puede apreciarse con gran claridad la argumentación de los Analistas para tratar la historia como la ciencia del pasado.

Pero, por potente y cuantificable que pueda ser el efecto del medio, hay renuencia a sucumbir ante una posición demasiado determinista. La humanidad debe ser algo más que un juguete indefenso de la naturaleza: si es que la gente no va a quedar reducida a la categoría de colonias de microbios o plantas, debe desempeñar un papel más consciente en la confección de su propia historia. En otro trabajo, la *Histoire du Climat*, Le Roy Ladurie retomó uno de los temas más queridos de Ellsworth Huntington y examinó las pruebas de los cambios climáticos ocurridos en Europa desde la Edad Media y los posibles efectos de éstos sobre las condiciones económicas y sociales. Si bien encontró datos considerables del cambio climático, rechazó la clase de determinismo asociada con Huntington y criticó penetrantemente el artículo del historiador sueco Gustaf Utterström, quien trató de demostrar que existía cierta correlación entre las condiciones climáticas más frías —desde fines de la Edad Media hasta el siglo XVIII— y las cosechas pobres, una población en descenso o estancada, la hambruna y los altos niveles de mortandad por causa de epidemias. "Detrás de tales teorías", se burló Le Roy Ladurie, "está el postulado, cómodo pero de lo más discutible, de que el clima ejerce una influencia determinante sobre la historia". Y llegó a la conclusión, muy contrariamente al modo braudeliano, de que "en el largo plazo las consecuencias que sobre los humanos tiene el clima parecen ser leves, quizá insignificantes, y ciertamente difíciles de detectar".[8]

Además, en sus estudios de la Francia rural, Le Roy Ladurie no concibe que la presencia opresiva del hambre y la enfermedad continúe indefinidamente. Por el contrario (más bien como Braudel y el fin de la *longue durée)*, hacia el siglo XVIII la población de Francia estaba escapando del atascadero maltusiano y venciendo muchos de los frenos ecológicos que anteriormente habían obstaculizado su progreso. La humanidad estaba entrando a un estado antinatural pero argumentablemente más

[8] Emmanuel Le Roy Ladurie, *Times of Feast, Times of Famine: a History of Climate since the Year 1000*, Londres, 1972, pp. 24, 119.

feliz. Se queda uno, pues, con la impresión de que, aunque el medio haya sido influencia importante en la historia humana, y, como tal, demanda seria consideración histórica, necesita ser integrado a varios factores culturales, a fin de que sea posible trazar un dibujo histórico equilibrado. El dominio de la naturaleza sobre la historia no fue desbaratado en tiempos tan pretéritos como los imaginados por Toynbee, sino que persistió hasta las vísperas de la edad moderna de Europa. En ese punto, sin embargo, en la época de las revoluciones agraria e industrial de los siglos XVIII y XIX, rápidamente disminuyó y su influencia fue aminorando conforme se acercaba al presente. Tal vez ésta sea una visión reconfortante del pasado, pero ¿sigue siendo posible considerarla una visión exacta del presente?

El pesimismo ambiental

Como hemos visto, una manera notablemente persistente de entender el pasado ha sido en función del poder que la naturaleza ha ejercido sobre las vidas humanas: al conformar sus características físicas y mentales, al moldear el carácter de las leyes, las religiones y las instituciones sociales, determinando la supuesta inferioridad o superioridad de las razas, gobernando la formación y la ruina de las civilizaciones. La historia en gran escala —la historia de las civilizaciones, en vez de la historia de los reyes y las reinas— ha tenido que recurrir, pues, a alguna forma de determinismo ambiental para brindar una dinámica crítica o la base de comparación entre sociedades entre sí remotas en el tiempo y en el espacio. Pero la categoría paradigmática del ambiente se puede expresar, y en los últimos dos siglos así se ha venido haciendo de modo creciente, menos en términos de la guía o la influencia controladora de la naturaleza sobre la sociedad humana, que del dominio destructivo y en última instancia autodestructivo de la humanidad sobre la naturaleza. Para entender este cambio de juicio, en realidad prácticamente una inversión, del paradigma ambientalista anterior, es necesario referirse primero a las teorías de la abundancia natural y de su negación.

La creencia en la abundancia intrínseca de la naturaleza, capaz de satisfacer todas las necesidades humanas —alimento, vestido, abrigo, combustible— y planeada así por Dios, es de añejo arraigo en la tradición occidental, igual que en muchas otras culturas. Se pone de manifiesto en las antiguas nociones de Paraíso y Edén y su presencia es constante en la religión, las artes y hasta podría decirse que también en la publicidad y el turismo. La idea de un paraíso terrenal se nutrió y se sostuvo gracias a las impresiones que los europeos se hicieron de otras partes del globo, especialmente de los trópicos (como veremos en el

capítulo VIII), a partir del siglo XV. Para Colón fue difícil, por ejemplo, no creer que por casualidad se habia topado con el jardín del Edén a su arribo a las Antillas en 1492. Del mismo modo, cuando en la segunda mitad del siglo XVIII empezaron a llegar a Europa los informes sobre la isla de Tahití, situada en el océano Pacífico, a muchos les pareció que se había redescubierto el paraíso en una isla y entre gente libre del hambre, la miseria y la enfermedad (cosa que Europa desde luego no era). "Pensé que había sido transportado al jardín del Edén", comentó el navegante francés Louis Antoine de Bougainville a su llegada a Tahití en 1768. Su compañero Philibert Commerson, no menos extático, declaró que Tahití era una verdadera Utopía:

> habitada por hombres sin vicios, ni prejuicios, ni carencias ni disensiones. Nacidos bajo el más vivificante de los cielos, los sostiene un suelo tan fértil, que apenas sí hace falta cultivarlo, y los gobierna más bien una especie de familia, que un monarca [...] no reconocen otro dios que el Amor. Todos los días están consagrados a él y la isla entera es su templo [...][9]

Pero la idea de abundancia natural en los trópicos pareció hallarse en franco contraste con la parsimonia de la naturaleza en Europa, o no ser más que un cuento chino nacido de la imaginación de hastiados viajeros marítimos. En su *Ensayo del principio de la población*, publicado por primera vez en 1798 pero revisado a fondo en ediciones subsiguientes, T. R. Malthus adoptó un punto de vista pesimista de la naturaleza y de los límites impuestos por ésta. Identificó lo que supuso tendencia natural de los seres humanos (compartida significativamente por poblaciones vegetales y animales) a multiplicarse exponencialmente hasta ser restringidos por las existencias de alimentos. La consecuencia inevitable —tan inevitable según él, que constituía una ley de la naturaleza— fue una serie de contenciones, principalmente en la forma de enfermedades, guerras y hambrunas, que forzaron a las poblaciones a retornar al tamaño que las limitadas existencias de alimentos podían sostener. Las sociedades humanas podrían prever prudentemente la aparición de estas contenciones "positivas" recurriendo a estrategias "preventivas" de su propia invención. Algunas de éstas —como el infanticidio— fueron la marca del salvajismo y no tuvieron cabida en los países civilizados, donde frenos morales y sexuales, concretados en el celibato y el matrimonio tardío, limitarían por sí solos el número de nacimientos y con ello el número de bocas que alimentar. Clérigo de formación, Malthus creía que ésta era la forma en que Dios premiaba la industria y la moderación.

[9] Citado en Richard H. Grove, *Green Imperialism: Colonial Expansion, Tropical Island Edens and the Origins of Environmentalism, 1600-1860*, Cambridge, 1985, p. 238.

Sólo trabajando duro y no abandonándose a la haraganería, y sólo conteniendo las pasiones que producían más hijos de los que los padres podían alimentar, era posible que la gente sobreviviera y cumpliera con las expectativas divinas.

En Malthus, la naturaleza desempeña doble papel. En primer lugar, representa la plenitud y la fecundidad, la tendencia de todos los seres vivos —animales, plantas, personas— a reproducirse más allá de lo que les permiten sus medios de subsistencia. En segundo lugar, sin embargo, representa las fuerzas destructivas —el hambre, las plagas y las enfermedades— que están actuando constantemente con la finalidad de contener este libertinaje.

Cuando Malthus escribía, lo hacía teniendo en mente ante todo su propia sociedad y la necesidad de restringir lo que él veía como el crecimiento de la clase social de desempleados pobres, en crecimiento incesante y dependiente de la caridad, pero que a pesar de ello seguía reproduciéndose por encima de sus medios de subsistencia. Pero lo que no deja de asombrar, especialmente en las últimas ediciones de su ensayo, es la medida en que Malthus, de modo muy semejante a lo hecho por Montesquieu cincuenta años antes, recurrió a una extensa variedad de ejemplos tomados no sólo del mundo clásico (Grecia y Roma) y de la Europa de su época, sino también de informes recientes de la vida entre los pueblos nativos de África, Asia y América. Pero, en contraste con Montesquieu, a quien ocasionalmente citaba para criticarlo, Malthus concedió poca importancia al clima y otros factores ambientales. Según él, era la población, y no el clima, el verdadero determinante de la historia: lo que separaba a la civilización del salvajismo no era la presencia o la ausencia de un clima suficientemente estimulante, sino la capacidad de regular la población al tenor de la capacidad para producir alimentos. Malthus rechazó el determinismo climático al tiempo que se burló de las ideas de abundancia natural. Desde su perspectiva, Tahití, lejos de ser el paraíso terrenal, estaba asolada por la guerra, el hambre y la enfermedad y, víctima de un imprudente abandono al dios del amor, no podía controlar el tamaño de su población por otros medios que no fueran los bestiales frenos del infanticidio y los sacrificios humanos.[10]

El legado de Malthus ha resultado notablemente duradero: "en la historia del pensamiento occidental pocos hombres han ejercido una influencia comparable a la suya".[11] Su ensayo impactó profundamente a otros dos de los padres fundadores del ambientalismo moderno, Humboldt y

[10] T. T. Malthus, *An Essay on the Principle of Population*, 1ª ed. 1798, Londres, 1973, pp. 44-58.

[11] Clarence J. Glacken, *Traces on the Rhodian Shore: Nature and Culture in Western Thought from Ancient Times to the End of the Eighteenth Century*, Berkeley, 1967, p. 637.

Darwin. Worster describe la lectura que Darwin hizo de la obra maltusiana en 1838 como "el acontecimiento aislado más importante en la historia del pensamiento ecológico angloamericano".[12] Y el propio Darwin describió la lucha por la supervivencia en la naturaleza como

> la doctrina de Malthus aplicada con fuerza multiplicada a la totalidad de los reinos animal y vegetal; pues en este caso no puede haber incremento artificial de alimentos, ni restricción prudente del matrimonio. Aunque en este momento puedan estar incrementándose con mayor o menor rapidez las poblaciones de algunas especies, no todas pueden hacerlo así, pues sencillamente el mundo no las sostendría.[13]

Hasta qué punto Darwin fue influido realmente por Malthus sigue siendo asunto de disputa. Quizá lo único que encontró en Malthus fue la confirmación oportuna de la idea de la competencia por recursos de magnitud finita, idea que había empezado a desarrollar como resultado de las observaciones hechas durante el viaje del *Beagle* unos años antes. Lo cierto es que la idea de que la Tierra es incapaz de sostener los incrementos exponenciales de las poblaciones humanas o animales, tal y como Malthus la expuso por primera vez y Darwin la secundó, ejerció un efecto inmensamente potente en todo el pensamiento ambientalista que la sucedió. Si una parte de la ecología hace hincapié en el equilibrio y la armonía de la naturaleza, otra ve la competencia por recursos finitos entre y dentro de especies como el mecanismo capital para el control de las poblaciones y para forzarlas a escoger entre la adaptación y la extinción.

El propio Malthus mostró escaso interés en las potencialidades de la modificación del ambiente por la mano del hombre y al mismo tiempo poca fe en la capacidad de la agricultura para mantenerse al mismo ritmo del crecimiento demográfico —actitud curiosa para alguien a quien le tocó vivir en una época en que el paisaje inglés estaba sufriendo transformaciones sin precedente con las revoluciones agrícola e industrial—. Pero más o menos una generación después de Malthus hubo otros que poco a poco fueron tomando conciencia de los cambios ambientales atribuibles a la acción humana, y también de sus efectos. Quizá en ninguna otra parte se notó tanto la "modificación de la naturaleza por la acción del hombre" como en Estados Unidos, donde lo que había sido extensos bosques, en pocos años estaba convertido en tierra agrícola y poblados florecientes. En Europa, para que ocurrieran cam-

[12] Donald Worster, *Nature's Economy: a History of Ecological Ideas*, Cambridge, 1985, p. 149.

[13] Charles Darwin, *On the Origin of Species*, 1ª ed. 1859, Harmondsworth, 1968, p. 117.

bios semejantes, se habían necesitado siglos; en Estados Unidos ocurrían prácticamente de la noche a la mañana. En 1864 George Perkins Marsh fue uno de los primeros escritores estadounidenses que pusieron estas preocupaciones en letra impresa. Para muchos estadounidenses ambientalistas, Marsh se ha convertido en un héroe del ecologismo, en el pionero de lo que desde entonces ha sido el movimiento conservacionista, el precursor de un cambio profundo en la actitud de Occidente hacia la naturaleza.

Pero en su libro *Man and Nature*, Marsh se mostró menos interesado por el destino de las plantas, los animales y demás inquilinos del planeta, que por sus habitantes humanos. Esgrimió ejemplos históricos lo mismo que contemporáneos para ilustrar su premisa básica de que "la Tierra se está convirtiendo rápidamente en hogar inadecuado para sus habitantes más nobles", superlativo con el que, claro está, aludía a la humanidad. Al paso que muchos escritores pensaban que "la Tierra hacía al hombre", Marsh era de la opinión de que "de hecho, el hombre hacía a la Tierra ", y la manipulación y la interferencia por parte de éste amenazaba ahora con destruir a la naturaleza junto con él.[14] *Man and Nature* no sólo fue de amplios alcances; también abarcó una gama impresionantemente grande de temas. Los títulos de sus capítulos parecen ser el temario de una conferencia actual sobre asuntos ecológicos: "Transferencia, modificación y extirpación de especies vegetales y animales", "Los bosques", "Las aguas", "Las arenas". Y, no menos importante, para un hombre que había presenciado los efectos de la tala de árboles en su Vermont natal, fue el lugar destacado que les concedió a los bosques y a la deforestación en la destrucción y la degradación ambiental. Ciertamente la postura de Marsh no era única —el efecto de la deforestación sobre el clima y el suelo había sido asunto de interés científico cada vez mayor durante 200 años—, pero *Man and Nature* contribuyó a marcar el ingreso en las modernas discusiones ecológicas de los árboles, lo mismo como símbolos de la naturaleza que como eslabones vivos, indispensables para sostener el equilibrio entre la naturaleza y la humanidad.

UNA HISTORIA "VERDE"

Desde Marsh, el ambientalismo había generado muchos tipos de enfoque e indagación históricos. Pero, como muestra concluyente de pesimismo ambiental, pasemos, por último, a Clive Ponting y su *Green History of the*

[14] George Perkins Marsh, *Man and Nature: or Physical Geography as Modified by Human Action*, por primera vez publicado en 1864, Cambridge, Mass., 1965, p. ix.

World. Es asombroso el contraste con los escritores anteriores. A diferencia de Toynbee o Huntington, ésta no es una historia centrada en el desarrollo y la decadencia de las civilizaciones. Es una iracunda descripción de lo padecido por el planeta bajo el dominio humano. No es ni el clima ni la enfermedad lo que representa al ambiente, sino todas las formas de la naturaleza, animada e inanimada al mismo tiempo, y los peligros a los cuales han quedado expuestas en un mundo cada vez peor gobernado por la humanidad.

Malthus, más que cualquier otro padre fundador del pensamiento ambientalista, motiva la agenda de Ponting: se hace contrastar una historia del libertinaje inherente y a fin de cuentas sin sentido de los seres humanos, con los límites del espacio finito y los recursos limitados. La Tierra, igual que en la visión de Malthus, es un "cuarto cerrado": está en peligro de también convertirse en una tumba. Ponting explica de qué modo, para satisfacer su creciente población, los seres humanos pasaron de la caza y la recolección a la agricultura sedentaria alrededor de 10 000 años antes de nuestra era. Esto tuvo consecuencias trascendentales y a menudo destructivas para el ambiente, como se puso de manifiesto en el destino que tuvieron algunas de las primeras civilizaciones. Pero persistió el problema de alimentar a una población en incesante expansión. Se hicieron más y más innovaciones para resolver el problema, pero éstas tuvieron también efectos negativos. La expansión de Europa hacia ultramar se convirtió en "el saqueo del mundo", con la consiguiente destrucción en gran escala de la vida silvestre nativa, la introducción de especies extranjeras y la creación de una economía global dilapidadora de recursos. La segunda "gran transición", mayor aún que la revolución neolítica, siguió a la primera con el uso de combustibles fósiles y la expansión industrial. Sin embargo, a pesar de estos expedientes, y en parte a causa de ellos, la población humana creció todavía con más rapidez. Fueron necesarios dos millones de años, señala Ponting, para que la población humana mundial alcanzara los 1 000 millones de personas (en 1825), pero sólo fue preciso otro siglo para que llegara a los 2 000 millones y apenas 35 años para que sumara 3 000 millones (en 1960). Los siguientes 1 000 millones se alcanzaron en sólo 15 años y a los 5 000 millones se arribó en un tiempo aún menor, hacia fines de los años ochenta.[15]

El crecimiento de la población mundial a partir de la primera Guerra Mundial es, qué duda cabe, uno de los factores principales que debe tomarse en cuenta al considerar los problemas ambientales del presente. Pero, ¿qué tan válido es proyectar las preocupaciones maltusianas de

[15] Clive Ponting, *A Green History of the World*, Harmondsworth, 1992, p. 240.

hoy sobre etapas anteriores de la historia? Ponting (como Malthus, su mentor) está convencido de que la población es uno de los factores decisivos en toda la historia humana y ve sus efectos y su importancia en el pasado más remoto. La estela de destrucción, al contrario de lo que pudiera pensarse, no comienza con la industrialización y la urbanización del siglo XIX, sino que es un proceso implacable que se inicia hace unos 10 000 años, en los orígenes mismos de las sociedades sedentarias. Lo que para Toynbee fue el heroico parto de la civilización, que surge de los medios "difíciles" y una naturaleza adaptable, para Ponting es la destrucción irreparable de ecosistemas frágiles desde la Mesopotamia y el valle del Indo antiguos en adelante.

Dado tal enfoque presentista de la historia, no cabe sorprenderse de que Ponting rechace el antiguo eslabonamiento, vivo aún en Toynbee o en Huntington, entre civilización y dominio de la naturaleza por el hombre, y en lugar de eso ve casi toda clase de actividad humana como ataque funesto contra el precario equilibrio de los ecosistemas naturales. La humanidad se halla tan apartada de la naturaleza que su existencia misma es inherentemente una amenaza a la supervivencia de cualquier ecosistema natural. Ésta, además, es la historia global, en que la Tierra entera comparte un destino común. Lo que para Hipócrates, en el siglo V a.C., o para el pensamiento neohipocrático del siglo XVIII, fue la influencia maligna de algunos aires, aguas y lugares, se ha convertido en el planeta erosionado, contaminado y sobrepoblado de fines del siglo XX, en la toxicidad de virtualmente todos los aires, aguas y lugares.

Ponting comienza, en lo que para nosotros sería un sentido retórico, con las "lecciones" de la Isla de Pascua. Las islas, en particular las tropicales, han tenido desde hace mucho (y Tahití es una muestra) un nicho emocional e intelectual en el pensamiento ambientalista, por la singularidad y la fragilidad de sus ecosistemas aislados y por su significado como "cuartos cerrados" con espacio y recursos finitos. Cuando en el siglo XVIII los navegantes europeos visitaron por primera vez la Isla de Pascua, separada de la tierra habitada más cercana por más de 1600 kilómetros de océano Pacífico, se asombraron y quedaron desconcertados ante las gigantescas estatuas de piedra que ahí encontraron. Parecía inconcebible que los 3 000 habitantes "primitivos" que vivían en chozas de carrizo y en cuevas, en una isla de apenas 390 kilómetros cuadrados y casi por entero desprovista de árboles, hubieran sido capaces de esculpir y levantar más de 600 estatuas, muchas de ellas de más de seis metros de altura. Parecía más probable que los autores hubieran sido miembros de alguna civilización de fuera.

De hecho, explica Ponting, sí fueron los isleños los autores de las estatuas, pero al talar gran número de árboles con objeto de trasladarlas de

las canteras a los sitios donde iban a erigirlas despojaron de su vegetación a la isla. Una población máxima estimada de 7000 personas, alrededor de 1550 decreció rápidamente, y los supervivientes fueron incapaces de sostener su nivel de civilización anterior. Como no tenían ningún otro lugar hacia donde dirigirse en busca de alimento y demás recursos, se estancaron en la condición de "cuasibarbarie" en que los encontraron los europeos.

La Tierra, advierte Ponting, es también un "sistema cerrado", amenazado de sufrir un "colapso ambiental autoinfligido". "Green history" es una historia de la locura y la destructividad humanas: pues en vez de destino de la Isla de Pascua léase destino del planeta Tierra. Pero, como ya vimos, los historiadores, aun en el pasado reciente, no siempre retrataron la relación entre la naturaleza y la cultura en términos tan sombríos, dicotomizados e ineluctablemente maltusianos. Para muchos, la relación no tan sólo es más compleja, sino también mucho más ambivalente.

IV. EL AMBIENTE COMO CATÁSTROFE

Continuidad y crisis

En la historia, como en la ecología, hay una tensión constante entre la estabilidad y el cambio. Los ecologistas tienden a favorecer la idea de la naturaleza como sistema que se autorregula y es estable —mientras no haya interferencia externa que altere el balance—. Alexander von Humboldt, naturalista alemán y pionero del pensamiento ecológico contemporáneo, capturó esta visión de la naturaleza al describir el cosmos como "un todo ordenado armoniosamente", "una armonía que combina unos con otros todos los seres de la creación, no importa qué tan disímiles en cuanto a forma y atributos parezcan ser; un gran todo animado por la respiración de la vida".[1] Pero, como él mismo reconoció al examinar el registro geológico, y como Darwin vio en América del Sur e incorporó a su descripción de la "lucha por la existencia", en la naturaleza no todo era armonía y estabilidad. Los volcanes y los terremotos ocasionaban cambios violentos en la faz de la Tierra; los mares y las cordilleras se levantaban y se hundían; las especies de organismos eran llevadas a la extinción por la competencia o por la destrucción de sus hábitats.

Muchos ecologistas de los tiempos recientes piensan que hay lugar tanto para el cambio evolutivo lento como para las transformaciones rápidas, incluso revolucionarias. James Lovelock, en su controvertida tesis de Gaia, donde representa a la Tierra como un organismo vivo, complejo y aislado, argumenta que "desde el punto de vista en gran escala de Gaia, la evolución del ambiente se caracteriza por tiempos de reposo marcados por tiempos de cambio abrupto y repentino". El ambiente, dice él, nunca fue tan inhóspito como para amenazar la extinción completa de la vida sobre la Tierra, pero durante los periodos de cambio acelerado "las especies residentes sufrieron catástrofes cuya escala fue tal que, por comparación, una guerra nuclear total se antoja tan trivial como lo es una brisa de verano respecto de un ciclón".[2]

Y lo ocurrido en la ecología es lo mismo que ha ocurrido en la historia. Hay historiadores que se han sentido atraídos por el momento revo-

[1] Alexander von Humboldt, *Cosmos: a Sketch of a Physical Description of the Universe*, vol. I, publicado por primera vez en 1845, Londres, 1901, pp. 2-3.

[2] James Lovelock, *The Ages of Gaia: a Biography of our Living Earth*, Oxford, 1989, pp. 153-154.

lucionario y las más encarnizadas luchas por la supervivencia, al paso que otros han encontrado más significado en la lenta evolución de las ideas y las instituciones humanas. Y correspondientemente, muchos historiadores han enfocado de modos diferentes a la naturaleza y a las formas en que ésta afecta a las sociedades humanas. Un historiador representa el efecto de la naturaleza como gradualista o cíclico; otro lo ve catastrófico. Para el primero, la naturaleza tiende a ser una fuerza que actúa tras bambalinas o una presencia que se va acomodando cada vez más. Opera por el ciclo recurrente de las estaciones, o por el surgimiento de un equilibrio extenso entre la gente y su entorno. La sociedad es influida tanto por las condiciones locales como por las fuerzas generales del cambio. El clima, el suelo, la vegetación, los animales domesticados, la enfermedad y el uso de la tierra por los humanos se combinan para producir un paisaje físico y social distintivo, así como formas culturales consonantes con dicho paisaje. Ésta es la concepción de la historia ambiental que da forma a gran parte de los escritos de la escuela de los *Annales*, especialmente la obra de Fernand Braudel sobre el Mediterráneo y Francia. Es también, con matices más suaves y en tonos menos académicos, la comprensión dulcificada de la naturaleza y sus relaciones armoniosas con la vida humana que se encuentra en la *Natural History of Selbourne* de Gilbert White, publicada por primera vez, paradójicamente, en 1789, el año de la revolución.

La segunda concepción de la naturaleza podría aceptar la significación a largo plazo de los factores ambientales como modeladores callados del carácter general de la historia humana; pero no se conforma con llegar hasta ahí. Ve que el flujo uniforme y los ritmos cíclicos de la historia son de tiempo en tiempo interrumpidos de modo generalizado por grandes crisis y descoyuntamientos ambientales. Por una vez, las fuerzas de la naturaleza salen de las sombras para desempeñar un papel directo y temporalmente decisivo en los asuntos humanos. Ocurre la catástrofe, y el viejo orden es trastornado, quizá de modo definitivo. Puede que el acontecimiento ecológico, en sí, sea de corta duración, pero su efecto reverbera por generaciones. En casos excepcionales, la historia entera de una región, aun de todo un continente, es desviada por nuevos senderos, o bien tendencias incipientes reciben un impulso imprevisto (aunque para el historiador persiste el problema de decidir cuáles fueron los alcances del acontecimiento ecológico que causó cambios de tales dimensiones, o si dicho acontecimiento constituyó a lo más la oportunidad de que sucedieran los cambios).

Reflejadas en estos enfoques de la naturaleza están dos actitudes diferentes y más generales hacia la historia: la historia de una sociedad resumida o transformada por momentos de crisis más que por la evolu-

ción lenta y titubeante de ideas, instituciones y prácticas. En una época en que son evidentes los cambios ambientales rápidos y la crisis incipiente —en la destrucción de las selvas tropicales y la capa de ozono de la estratosfera y en el inicio del calentamiento global— se antojaría más a propósito un enfoque cataclísmico de la relación entre la historia humana y el medio físico, que el de una historia en cámara lenta que poco a poco va desplegándose sobre la inmensidad de *la longue durée*. Pero tiene sus bemoles recurrir al catastrofismo. Al momento saltan a la mente las imágenes del Diluvio universal o de las plagas de Egipto. La Peste negra se convierte en el arquetipo de cualquier otra epidemia, real o imaginaria. Las crisis ambientales, hoy igual que ayer, se entienden en términos apocalípticos o se vuelven el vehículo de suposiciones declaradamente maltusianas o darwinistas sobre la forma en que funcionan las sociedades, siempre bamboleantes al borde del abismo ecológico. Aunque blandiendo la objetividad de la ciencia, revestimos al ambiente y a la historia de severos mensajes morales: una epidemia o un terremoto se convierte en una construcción hecha por nosotros mismos, en un vehículo de nuestra subjetividad.

La historia ambiental (como la ecología) plantea también complejos problemas de escala. Si bien es posible concentrarse en las relaciones microcósmicas entre la gente y la naturaleza dentro de una sola localidad y un breve lapso de tiempo, muy a menudo los historiadores ambientales se sienten tentados a especular a escalas mucho mayores, haciendo muy difícil determinar la causa y el efecto y evitar hacer generalizaciones a partir de pruebas limitadas. En la escala parroquial del calmoso poblado de Hampshire, de Selbourne, la "gran tormenta" de 1703 (diecisiete años antes del nacimiento de Gilbert White) fue una especie de calamidad, un suceso digno de ser recordado sesenta años después. La "asombrosa tempestad" arrancó de cuajo un "enorme roble", un "árbol venerable" que había sido "la delicia de viejos y jóvenes, y lugar muy frecuentado en las tardes de verano". De seguro, también, hasta su destrucción, había sido lugar de refugio de muchos de los pájaros e insectos de Selbourne.[3] En una escala humana mucho mayor, el terremoto de Lisboa, de 1755, no sólo causó alrededor de 40000 muertes, sino que, como prueba de la impredecibilidad y de la fuerza destructiva de la naturaleza, lanzó ondas de choque culturales por toda Europa, tal y como lo atestigua el *Cándido* de Voltaire. Pero las catástrofes de que se ocupa comúnmente la historia ambiental suelen ser de mayor magnitud —a algunos historiadores los atrae la búsqueda de los orígenes y los agentes del cambio a escala continental y aun global.

[3] Gilbert White, *The Natural History of Selbourne*, 1ª ed. 1789, Londres, 1887, pp. 6-7.

Los terremotos, las inundaciones y las erupciones volcánicas han sido identificados como acontecimientos que ejercen efectos profundos en la sociedad humana; pues perturban el clima y ponen en peligro las siembras a lo largo y a lo ancho de vastas regiones, dan el tiro de gracia a las civilizaciones enfermas o, tanto por ser imprevisibles como por su magnitud, sus repercusiones trascienden la región inmediata afectada. En la literatura reciente hay muchas muestras de esta búsqueda de grandes causas ecológicas. John D. Post afirma que las sociedades europeas de la era preindustrial fueron particularmente vulnerables a las fluctuaciones climáticas repentinas como las gigantescas nubes de polvo que arrojó el monte Tambora del archipiélago indonesio cuando hizo erupción en abril de 1815. Se cuenta que la subsiguiente fase de tiempo húmedo y frío produjo tres años de malas cosechas, hambre y conmociones sociales en Europa y otras partes del mundo. Aunque cuidándose de no caer en "suposiciones simplistas", como las hechas por Huntington sobre correlaciones directas entre cambio climático e historia humana, Post, partiendo del ejemplo descrito, argumenta que

> es demostrable que ciertas crisis resultan de condiciones meteorológicas adversas. El nexo dinámico no es difícil de elaborar: tiempo adverso, malas cosechas, apuros económicos, desnutrición o hambruna, pocos casamientos, reducción de la tasa de natalidad, aumento de la tasa de mortalidad, aumento de la mendicidad, aumento de la vagancia y enfermedad epidémica.[4]

Pero sigue siendo dudoso determinar hasta qué punto tales episodios espectaculares y de duración relativamente breve provocan realmente cambios significativos y duraderos en, por ejemplo, las prácticas agrícolas o la vida política. Como señala, más bien cáusticamente, uno de los críticos de Post, concentrarse en tales "conmociones singulares y exógenas", pero sin cuantificar en qué proporción las desgracias contemporáneas son atribuibles directamente a esos acontecimientos, es como escribir la historia de la banca tan sólo en función de los asaltos bancarios.[5]

Es frecuente que los historiadores del clima se sientan más confiados al explorar los cambios de largo plazo en vez de las convulsiones aparatosas. Al cambio climático se le atribuyen, por ejemplo, efectos trascendentales sobre la Europa de la Edad media. Durante varios siglos, el

[4] John D. Post, "Meteorological historiography", *Journal of Interdisciplinary History*, 3, 1973, p. 725; véase también *The Last Great Subsistence Crisis in the Western World*, Baltimore, 1977.

[5] Jan de Vries, "Measuring the impact of climate on history: the search for appropriate methodologies", en Robert I. Rotberg y Theodore K. Rabb (comps.), *Climate and History: Studies in Interdisciplinary History*, Princeton, 1981, p. 23.

norte y el occidente de Europa se habían beneficiado de un clima relativamente benigno y de condiciones agrícolas favorables. Pero, a principios del siglo XIV, las temperaturas empezaron a descender, en promedio uno o dos grados centígrados por abajo del actual, cambio suficiente para acortar significativamente la duración de la estación de desarrollo y hacer de las zonas altas y yermas lugares impropios para el cultivo de cereales. Los efectos de ese cambio climático, que se intensificó durante la "meteorología desagradable" de la pequeña glaciación de los siglos XVI y XVII, últimamente ha sido objeto de debate entre los historiadores. Entre los efectos posibles están la disminución de las cosechas, el incremento de la mortandad por epidemias y la obstaculización del viaje de Noruega por el Atlántico del norte a Islandia, Groenlandia y Terranova. El clima más frío y el desplazamiento hacia el sur de los hielos polares flotantes contribuyeron al abandono de Groenlandia en el siglo XIV a la ruina de la agricultura islandesa. Este cierre de la frontera del Atlántico norte aseguró también que cuando Colón inauguró una nueva ruta marítima por el oeste en 1492 ello fue en latitudes más cálidas y en carabelas ibéricas, no en los largos barcos noruegos.

Pero aunque se sigue discutiendo si el clima —en particular los cambios súbitos que Post identifica— es uno de los factores que posiblemente influyen en la historia del hombre en una escala vasta, tanto desde la perspectiva humana como de la geográfica, es más común que los estudiosos recurran más a las epidemias que a las erupciones de volcanes remotos para representar a la naturaleza y su impacto sobre la historia. Los últimos dos mil años de historia han estado marcados por epidemias y pandemias en número suficiente como para que haya ejemplos relativamente bien documentados de su capacidad de destrucción y dislocamiento a escala gigantesca. Con frecuencia sus efectos han sido tan inmediatos y aun así de tan largo alcance, que ha sido imposible negar su repercusión sobre la historia, incluso si los historiadores se esfuerzan por encontrar los medios adecuados para entender sus causas y valorar sus efectos. Al incrementarse su saber sobre el ambiente, los historiadores se han visto forzados a adquirir mayor formación técnica, y a servirse libremente de la climatología, la epidemiología y la ecología. Pero, igual que ocurre con la valoración histórica de otros fenómenos naturales, sigue siendo difícil evaluar los datos complejos y a menudo contradictorios relativos a las enfermedades epidémicas, así como hacer el balance de lo que es "natural", por un lado, y lo que es de "factura humana", por el otro. Algunos historiadores, por su formación técnica, se inclinan a darle precedencia a la naturaleza sobre la cultura, mientras que otros, ansiosos por conservar enfocado lo humano, subrayan la importancia de la experiencia y la respuesta humanas. Persiste, pues, el

interrogante de si incluso los más grandes "desastres naturales" no están determinados a fin de cuentas más bien por la cultura que por el ambiente.

La "mayor crisis ambiental" de Europa

Se ha argumentado que la mayor crisis ambiental que ha padecido Europa (igual que buena parte del Medio Oriente y el norte de África) en los últimos 2000 años fue la Peste negra, la epidemia de peste bubónica que entre 1346 y 1351 dejó una estela de mortandad desde el mar Negro hasta el Báltico y desde Egipto hasta Islandia. Se estima que, tan sólo en Europa, perecieron 20 millones de personas. Según Robert S. Gottfried, fue éste "el mayor cataclismo ecológico": "Los efectos de este desastre natural y humano cambiaron profundamente a Europa, quizá más que cualquier otra serie de acontecimientos. Por esta sola razón la Peste negra debe conceptuarse como el mayor acontecimiento biológico-ambiental de la historia, y como uno de los principales puntos de inflexión de la civilización occidental."[6]

La Peste negra no fue la primera gran epidemia, ni siquiera de peste bubónica, que devastó a Europa. En el año 430 a. C. Atenas sufrió una "peste" causada por una enfermedad desconocida, mientras que epidemias de, según se cree, viruela y sarampión asolaron al imperio romano en sus postrimerías. En 541 y 542 Constantinopla y el Mediterráneo oriental sufrieron lo que se llamó "la plaga de Justiniano", brote de peste bubónica que parece haberse originado en África oriental y la porción superior del Nilo. Se estima que el saldo mortal fue de 20-25% en la Europa meridional y oriental, y persistió en partes de la cuenca del Mediterráneo durante los siguientes 200 años, causando muchas muertes y mucha desolación, sin volverse nunca completamente endémica.

Pero la Peste negra azotó a Europa con intensidad sin precedente, y causó una mortandad excepcional en la historia de cualquier otra enfermedad. Se estima que mató cuando menos a la tercera parte de la población y en algunas áreas a una porción aún mayor. Aunque la epidemia necesitó seis años para recorrer toda Europa de uno a otro confín, localmente la mayor parte de la mortandad ocurrió en un lapso de unos cuantos meses. Los que más padecieron fueron los puertos, los poblados grandes y las ciudades, así como las partes de mayor densidad de población y más actividad comercial. La peste le arrebató al puerto de Génova entre 30 y 40% de sus 100000 habitantes. Siena perdió quizá la

[6] Robert S. Gottfried, *The Black Death: Natural and Human Disaster in Medieval Europe*, Londres, 1984, p. 163.

mitad de sus 60 000 pobladores, y Florencia la tercera parte o más de sus ciudadanos en tan sólo seis meses. En la totalidad de Italia murió quizá hasta 40% de la población. El sur de Francia también sufrió lo indecible. Se estima que tan sólo en Languedoc, una de sus provincias más ricas, falleció casi la mitad de la población. En el sur de Europa pereció entre 35 y 40% de la población.

Una mortandad de la tercera parte de la población o más se registró también en partes del norte de Europa: en Normandía, los Países Bajos y Escandinavia. En Inglaterra, donde se ha examinado con más pormenores la mortandad debida a la peste, bien puede haber muerto 40% de los 50 000 habitantes de Londres, y en Bristol, por su tamaño la segunda ciudad de Inglaterra, se sufrió una pérdida de escala similar. La rural East Anglia fue afectada con igual severidad, pues ahí las tasas de mortalidad estuvieron próximas a 50. En contraste, algunas partes de Europa, especialmente el centro y el este, resultaron relativamente poco afectadas —Polonia, por ejemplo, donde la Peste negra llegó tardíamente y causó una mortandad inferior a 25%. Pero en la totalidad de Europa el impacto demográfico fue demoledor: la tercera parte de sus 75 millones de habitantes resultó muerta en cinco años. "Murieron tantos", se lamentaba de su afligida ciudad Agnolo di Tura, cronista de Siena, "que todos creían que era el fin del mundo".[7]

Aun así no hubo respiro duradero. La Peste negra de 1346-1351 fue tan sólo el prólogo de la prolongada historia de la segunda pandemia. En 1361 la peste llegó por segunda vez a Europa, llevándose a la tumba a muchos de los apenas nacidos después del primer ataque de la epidemia. Arremetió de nuevo en 1369, matando otro 10-20% de la población de Europa. De ahí en adelante, y hasta bien entrado el siglo XVI, la peste volvió en promedio cada diez o doce años a rondar por Europa y a cobrar su cuota mortal. Hasta el siglo XVII no aflojó su garra: la Gran Peste de Londres, de 1665, fue uno de los brotes más intensos habidos en el noroeste de Europa, aunque Marsella sufrió una seria epidemia todavía en 1720. Se afirma que no fue tanto la primera y devastadora epidemia de los años cuarenta del siglo XIV lo que hizo de la peste una fuerza trascendental dentro de la historia de Europa, sino sus repetidos asaltos, que mantuvieron por generaciones a la población de este continente en magnitudes inferiores a las prevalecientes antes del primer brote. Al mismo tiempo, la plaga pasó de suceso epidemiológico y demográfico aislado a fenómeno cíclico, factor recurrente, aliado de la guerra y la hambruna, del "desequilibrio endémico" que caracterizó al *ancien régime* demográfico de Europa hasta fines del siglo XVIII.

[7] *Cronica Senese di Agnolo di Tura*, citado en *ibid*, p. 45.

Se han documentado y analizado ampliamente los efectos de la Peste negra y su secuela epidémica. Basta aquí con un bosquejo para describir el enorme efecto que se le atribuye a ésta, "la más cataclísmica de todas las enfermedades epidémicas".[8] En el campo europeo había estado en marcha un proceso de expansión agrícola durante cuatro siglos, el cual, como señala Marc Bloch en el caso de Francia, consistió en transformar bosques, terrenos baldíos o yermos, brezales y pantanos en terrenos cultivables y sometiendo al corte del arado hasta la tierra sólo productiva marginalmente. La llegada de la Peste negra y la resultante despoblación rural, sin embargo, puso "punto final a la primera gran oleada de colonización medieval".[9] Fueron abandonados pueblos completos, muchos de ellos para siempre, y tierras en otro tiempo cultivadas fueron desatendidas y dejadas a las ovejas como pastizales. Una enfermedad tan destructiva de la vida humana dio al menos un respiro a la vida silvestre de Europa (incluida su menguante población de lobos) y les dio a los bosques y a las tierras húmedas, en trance de desaparición, la oportunidad de sobrevivir y recobrarse.

También en los frentes social y político la peste fue de consecuencias trascendentes. En particular en la Gran Bretaña, la peste marcó el fin del feudalismo, acelerando el cambio de una sociedad fundada en el servicio personal a otra basada en una economía dineraria. En una situación en que la tierra era abundante pero escasa la fuerza de trabajo, decayó el sistema señorial, permitiendo que los siervos se convirtieran en campesinos ricos y, con el tiempo, en pequeños terratenientes. Los de las clases inferiores que sobrevivieron a las reiteradas epidemias de peste bubónica disfrutaron de niveles de vida más altos que los que tenían antes de la desgracia. Hacia mediados del siglo XV, los salarios reales de Inglaterra eran dos veces y media mayores que los de principios del siglo XIII, y pueden haber sido superiores en el siglo XV que en cualquier época anterior al siglo XX. Es posible que la peste haya contribuido a transformar la Edad media en la "época de oro" de los trabajadores.

Encaradas con los ingresos en descenso y los déficits de mano de obra, las élites urbana y rural lucharon por restaurar los niveles salariales y las prácticas laborales de antes de la peste. En Inglaterra, el Parlamento introdujo primero el Decreto (1347) y después la Ley de los Trabajadores (1351) en un intento por imponer lo que hoy se llamaría "congelación salarial por ley". Pero tales medidas generaron su propia reacción, ya que su implantación desencadenó una oleada de descon-

[8] Andrew A. Appleby, "Epidemics and famine in the Little Ice Age", en Rotberg y Rabb (comps.), *Climate and History*, p. 67.

[9] W. G. Hoskins, *The Making of the English Landscape*, 1ª ed. 1955, Harmondsworth, 1958, p. 85.

tento y revueltas populares, tipificadas por el levantamiento de los obreros y los artesanos de Ciompi en Florencia en 1378, y la *jacquerie* (revuelta) de los campesinos en Francia en 1358, y la Rebelión de los campesinos de Inglaterra en 1381. La peste desencadenó cambios de largo alcance en la agricultura, la manufactura y el comercio. Antes de la Peste negra, la producción de bienes agrícolas e industriales dependía de que existiera mano de obra barata y abundante. Después de ella, empezó a dependerse cada vez más de la técnica refinada y de un uso más prudente del escaso suministro de mano de obra: se puede argumentar que ésta fue una de las formas en que Europa estaba empezando a depender grandemente de la innovación tecnológica y a divergir de las sociedades populosas de Asia oriental y meridional.

La vida religiosa resultó afectada también. La Iglesia católica no sólo perdió una gran proporción de sus sacerdotes y eruditos, sino que hubo descontento creciente por la incapacidad del clero, que no supo dar ayuda ni consuelo durante los años de la peste. En una época de profunda crisis espiritual, las ideas religiosas populares adoptaron un tono morboso, milenarista y herético, ejemplificado por los flagelantes, que vagaban por los pueblos y villas, azotándose a sí mismos y predicando el arrepentimiento para detener el divino castigo de la peste. Algunas de las semillas de duda e insatisfacción hacia la Iglesia católica establecida, sembradas por la peste, se manifestarían en el movimiento de Reforma, que ocurriría 150 años después. Las actitudes populares adoptaron también formas con efectos igualmente duraderos. En muchas poblaciones y principados alemanes, y también en el sur de Francia y España, se culpó a los judíos por el surgimiento de la peste. Fueron destruidas docenas de comunidades judías establecidas desde mucho tiempo atrás, y miles de judíos se vieron obligados a huir hacia el este, hasta Polonia y Rusia, de lo que resultó una significativa reubicación de la población judía y una redefinición de su papel en la historia de Europa. En el arte y la literatura, la muerte y el dolor acallaron los sentimientos gozosos y oscurecieron las actitudes de tolerancia: "terminaron por prevalecer los climas de opinión y los sentimientos más sombríos".[10]

Los historiadores afirman que la Peste negra fue un factor de cambio en las relaciones de Europa con sus vecinos, pues les imprimió un curso nuevo y vital. Aunada a los cambios climáticos ya mencionados, la peste contribuyó a romper los vínculos con Groenlandia; y en 1369 zarpó el último barco de un puerto de Bergen fustigado por la epidemia. En la península ibérica, al igual que en la escandinava, la Peste negra puso punto final a una fase del expansionismo europeo: mucho de lo descu-

[10] William H. McNeill, *Plagues and Peoples*, 1ª ed. 1976, Londres, 1979, p. 159.

bierto en el Atlántico del norte se olvidó o relegó a la categoría de mito. Por el contrario, y en el capítulo siguiente volveremos al punto, el déficit de mano de obra, causado por la pérdida de la tercera parte de la población, hizo crecer la demanda de esclavos en el sur de Europa. Tal demanda ya no pudo ser satisfecha, como antes, desde la región del mar Negro, que también había sido despoblada gravemente por la peste y además aislada de los comerciantes europeos por la caída de Constantinopla a manos de los turcos otomanos en 1453. Los mercaderes italianos y los aventureros portugueses vieron en África una nueva fuente de esclavos, dándoles así impulso a las correrías de captura de esclavos y a las exploraciones hacia puntos cada vez más lejanos de la costa occidental de este continente. Si en algunos aspectos la peste engendró introspección y duda, "la gran era de la muerte" hizo que Europa volviera hacia afuera los ojos en busca de esclavos, oro y especias.

La peste estimuló también un nuevo enfoque a la observación y la interrogación médicas, al tiempo que alentó la implantación de nuevas medidas sanitarias, como las cuarentenas en los puertos y el aislamiento de las casas infectadas. A largo plazo, estas prácticas en contra del contagio bien pueden haber ayudado a limitar la exposición de Europa a una enfermedad que persistió en el Medio Oriente hasta el siglo XIX, mucho tiempo después de su desaparición en Occidente. Si bien tales medidas sanitarias arrojaron pocos resultados inequívocos, lograron localmente éxitos suficientes para fomentar la confianza en que gracias a la acción humana era posible controlar la enfermedad; que los seres humanos podían incluso contrarrestar las incursiones de adversario tan poderoso.

Consecuentemente, a todo lo largo de un amplio espectro de la vida social, económica y política, la peste dejó una marca imborrable en la Europa de fines del Medievo y principios de la época moderna —o en términos generales así se piensa—. La forma precisa de las respuestas humanas a la peste dependió necesariamente de las condiciones sociales y económicas preexistentes (tales como la debilidad del sistema señorial o el antisemitismo latente), y podría variar de una cultura a otra (las actitudes islámicas ante la peste no reflejaron las respuestas de los cristianos, y tampoco hubo la misma reacción en ambas tradiciones religiosas). Sin embargo, en general se le atribuye a la peste el haber iniciado o acelerado el cambio en gran escala en Europa. Si, para decirlo en términos de Toynbee, la Peste negra fue un gran "reto" ambiental de la civilización europea, entonces debe considerarse sin la menor duda que la capacidad de sobrevivir a ella y de darle a la experiencia uso constructivo fue uno de los episodios formativos más importantes en el nacimiento de la Europa moderna.

Desde este punto de vista, la Peste negra ilustra en forma clara —y

arquetípica— cómo el curso de la historia puede cambiar no tanto por afanes individuales o por sucesos políticos o ideológicos como por la influencia del ambiente —incluso si, como en este caso, la enfermedad no es más que un incidente humano y, por lo tanto, dicha influencia resulta puramente fortuita. Vale la pena profundizar en el punto. La peste es causada por un bacilo, el *Yersinia pestis*, microorganismo que vive en varias especies de roedores. Es trasmitida por pulgas que chupan sangre, normalmente pulgas de ratas, pero posiblemente en ciertas circunstancias también por pulgas de humanos. Los bacilos se multiplican en el estómago de la pulga hasta que ya no pueden ingerir más sangre sin regurgitar grandes cantidades de ellos dentro de su víctima. Los bacilos son capaces de sobrevivir largo tiempo en las comunidades de roedores, sin convertirse en un peligro para sus vecinos humanos. Pero, periódicamente, por razones que aún no se entienden bien, la enfermedad se propaga de sus anfitriones normales, las ratas, a otros roedores menos tolerantes a la infección, causando entre ellos gran mortandad. Conforme mueren los roedores anfitriones, las pulgas se mudan de éstos a la gente, trasmitiendo el bacilo de la peste al morder a las personas. Así la peste, como enfermedad humana, es el resultado de la transferencia a los humanos de un agente patógeno que normalmente sólo vive en ciertos roedores. Es una enfermedad que depende de una combinación, ecológicamente muy compleja, de bacilos, ratas, pulgas y seres humanos, reforzada por las condiciones climáticas propicias.

Tanto el carácter como la oportunidad de la epidemia están relacionados estrechamente con la ecología del bacilo de la peste. En los humanos la peste se presenta en tres formas principales: bubónica, neumónica y septicémica. De éstas, la bubónica fue históricamente la más común. Aproximadamente seis días después de la infección por mordedura de la pulga, en el sitio afectado, debajo de la piel, aparece una mancha negruzca. Los nodos linfáticos de las ingles, las axilas o el cuello comienzan a hincharse por la acumulación en esos sitios de tejido muerto y desechos celulares, formando los característicos "bubones" o "bubas", tumefacciones que dan a la enfermedad su nombre. De los así infectados, morirá probablemente 60%, por lo regular en un lapso de diez días. Aunque quizá ésta fue la forma más común de la peste del siglo XIV, también estuvieron presentes las otras dos formas, contribuyendo a que ocurrieran los altos niveles de mortandad registrados y a que la enfermedad se propagara con gran rapidez. En su forma más infecciosa, la de peste neumónica, el bacilo pasaba directamente de una persona a otra a través del aire espirado y no por mordedura de pulgas, mientras que en la peste septicémica el bacilo ingresaba directamente en el torrente sanguíneo, multiplicándose vertiginosamente dentro de los órga-

nos del cuerpo, causando rápidamente la muerte. En esta últimas formas de la peste, a menudo la mortandad fue mucho mayor de 95% de las personas infectadas.

Una de las característica de la segunda pandemia de la peste parece haber sido la presencia de las formas neumónica y septicémica, lo cual indica que el contacto personal o la transmisión por las pulgas de humanos, en vez de la infección previa de comunidades de roedores residentes, pueden explicar la propagación tan rápida de la enfermedad por toda Europa. Pero uno de los problemas de la historia de las enfermedades es que éstas no necesariamente siguen siendo iguales con el paso del tiempo ni se comportan de modo idéntico en diferentes localidades. La forma en que la peste bubónica se diseminó durante el siglo XIV sugiere una pauta bastante diferente de incidencia y transmisión, de la tercera pandemia observada más minuciosamente y que empezó en el Oriente de Asia en los años noventa del siglo XIX.

La peste no ha tenido a Europa por hogar permanente. Históricamente, sus reservorios de infección han estado en otras partes: el centro de Asia, el suroeste de China, el Medio Oriente y África oriental. Sin embargo, durante los siglos XIV y XV la enfermedad se aposentó entre los roedores de Europa, y de ahí las epidemias recurrentes del período señalado. Algo de novela policíaca ha tenido la tarea de establecer cuándo y cómo escapó de su aislamiento ecológico para causar tal mortandad y pánico en Asia y Europa.

Se piensa que en el imperio panasiático de los mongoles,* que iba de China a la India y hasta las fronteras orientales de Europa, se dio la oportunidad singular de que la peste iniciara las más extensas de sus peregrinaciones. En su cenit militar y político, ocurrido entre 1279 y 1350, el imperio mongol facilitó el comercio entre Oriente y Occidente, a través de la estepa y también a través de la más antigua Ruta de la seda. Permitió que la caballería pasara rápidamente la enfermedad de unos a otros medios, hasta ese momento aislados entre sí. Los jinetes transportaron en sus alforjas, y con el botín conquistado, los agentes patógenos y sus vectores obligados. Desarrollando una tesis más general sobre el papel de las estepas asiáticas en la historia de Eurasia, W. H. McNeill argumenta que los soldados mongoles, al penetrar por el sur en la provincia china de Yunán y en las regiones vecina de Birmania a mediados del siglo XIII, pisaron una región donde el bacilo de la peste era ya endémico. De ahí, la enfermedad fue llevada de regreso a los cuarteles mongoles situados en Karakorum, Mongolia, mezclada con el

* *Mongols*, en este caso, porque se refiere a Mongolia, aunque esta palabra se escribe con *n* intermedia por influencia del francés. *[E.]*

grano o con la ropa llena de pulgas infectadas, y fue así como resultaron infectados los roedores de la estepa. Desde ese reservorio estratégico de la infección, la peste, según McNeill, inició su carrera expansionista, que llegó hasta territorios mucho más lejanos que los alcanzados por los propios mongoles. En primer lugar llegó a China (país donde se sabe que hubo intensa mortandad desde los años treinta del siglo XIV, aunque no se sabe a ciencia cierta la causa); luego a la India y de ahí a la región del Mar Negro, hacia 1346. Desde ahí, dada la intensa actividad comercial de Italia con Crimea y el Levante, la propagación de la enfermedad por el sur de Europa fue rápida y fácil.[11]

En muchos aspectos, la tesis de McNeill es sumamente especulativa. ¿Fue necesario que la peste fuese importada de Yunán, o ya era endémica en los roedores de Asia Central antes del siglo XIV? ¿Fue el cambio climático, en vez de la intervención humana, lo que causó que los roedores se mudaran de su hábitat habitual, incrementando la posibilidad de que los humanos quedaran expuestos a ellos y por tanto al agente patógeno? ¿Fue la peste la causa de la mortandad en China en los años treinta y cuarenta del siglo XIV, o fue alguna otra enfermedad? ¿ La plaga llegó de Asia central al Mar Negro o brotó de algún otro foco de infección más cercano como la India o el Oriente Medio? Sin embargo, aunque siguen imprecisos los orígenes de la pandemia de peste, de lo que no hay duda es de la importancia de los factores culturales, definidos ampliamente, en la propagación de la peste en cuanto llegó a Europa. El volumen y la dirección del tráfico marítimo en la Edad Media (y los cargamentos de grano y telas que contribuyeron a la migración por barco de las ratas y las pulgas) desde el Mar Negro por las concurridas aguas del Mediterráneo hasta el Atlántico, el Mar del Norte y el Báltico, tienen mucho que ver como elementos explicativos de la rápida propagación de la peste y también de las líneas principales de su diseminación.

Del mismo modo, la peste, o más bien las ratas y las pulgas que portaban el mortal bacilo, aprovecharon las condiciones de hacinamiento e insalubridad prevalecientes en las ciudades europeas y asiáticas de aquellos tiempos. La propagación de la rata negra, y su propensión a vivir en la cercanía de las viviendas humanas, se han citado con frecuencia como factores propiciatorios de la transferencia repetida de la peste de los roedores a los humanos. Igualmente se ha sugerido que la naturaleza cambiante del ambiente urbano, con el uso cada vez mayor de ladrillos y piedra como materiales de construcción, sustitutos de la madera, la argamasa y la paja, contribuyeron a separar a la gente de las

[11] *Ibid.*, pp. 141-184.

ratas y los agentes patógenos que portaban y con ello a disminuir la frecuencia y la severidad de las epidemias de peste en la Europa de los siglo XVII y XVIII.

"Madura para la catastrofe"

Los historiadores que han tratado de relacionar la Peste negra con tendencias demográficas y agrarias subyacentes han recurrido a una visión más instrumentalista de la interacción de los factores humanos y ambientales, y muy probablemente es aquí donde el estudio de la peste se ha incorporado a otras agendas en su mayor parte maltusianas. Se ha argumentado que con el rápido crecimiento de la población, Europa se encontraba ya al borde de una crisis ambiental y demográfica, aun antes de que la peste realmente acometiera. Como señala Le Roy Ladurie, "En 1348 [el año en que la peste se propagó por Francia] todo estaba maduro para el desencadenamiento de la catástrofe".[12] Se dice que hacia principios del siglo XIV Europa había crecido desmedidamente: era un "mundo lleno" que carecía de los medios materiales para sostener a una población que había crecido enormemente durante los pasados 300 años. En Inglaterra, la población se había triplicado desde el censo de 1086, llamado del Juicio Final,[*] y hacia 1340 se estimaba en cuatro millones de personas. Las tierras que se hacían cultivables eran de calidad cada vez menor, y los altos rendimientos obtenidos en los suelos recién abiertos al cultivo disminuían rápidamente a falta de técnicas eficaces para conservar su fertilidad. Consecuentemente, la expansión agrícola ya estaba deteniéndose por sí sola antes de que la peste descargara su primer golpe.

Quizá el clima también hizo lo suyo. Las condiciones de más frío y humedad, con las consiguientes malas cosechas, habían hecho que Europa se excediera en la explotación de su frágil base de subsistencia, y tal vez expliquen la hambruna que rondó a Europa en 1315-1316, así como la terrible mortandad que causaría la peste 30 años después. "Qué espléndido campo de acción para la Peste negra de 1348", observa Le Roy Ladurie, "ese holocausto de los desnutridos".[13] Philip Ziegler, a tenor maltusiano, afirma que:

[12] Emmanuel Le Roy Ladurie, "A concept: the unification of the globe by disease (fourteenth to seventeenth centuries)", en *The Mind and Method of the Historian*, Brighton, 1981, p. 51.

[*] Por orden real salieron funcionarios a contar principalmente a la gente y al ganado y los resultados se registraron en el *Doomsday Book* (Libro del Juicio Final). De ahí el nombre de este censo. *[T.]*

[13] Emmanuel Le Roy Ladurie, *The Peasants of Languedoc*, Urbana, 1974, p. 13.

no puede negarse que [la peste] encontró esperándola en Europa a una población singularmente mal equipada para resistirla. Enfrascado en guerras, debilitado por la desnutrición, agotado por su lucha por sobrevivir a expensas de su porción insuficiente de suelo cada vez menos fértil, el campesino medieval estaba listo para sucumbir desde antes de recibir el golpe.[14]

Pero la idea de un campesino medieval que es "presa fácil" de la peste peca de convenientemente maltusiana. La enfermedad no respetó a ninguna clase social: flageló a ricos y pobres por igual, a la nobleza y al clero, lo mismo que al campesinado; atacó a las ciudades aún con más encarnizamiento que a la campiña. Como ya se indicó, muchos campesinos y jornaleros en realidad salieron beneficiados de la escasez de mano de obra, disfrutaron de salarios más altos, y por ende sus condiciones de vida mejoraron. Pero a pesar de esas ganancias económicas y de la disminución de la población a niveles muy por debajo de los existentes antes de la peste, prosiguió la tremenda mortandad. Incluso puede verse en la peste un "desprestigio permanente del modelo maltusiano", pues estuvo "lejos de resolver los problemas de un mundo que la gente había supuesto poblado en demasía".[15]

Por otro lado, se ha esgrimido hace poco el argumento de que la peste fue "en su mayor parte exógena, o externa, al sistema sociodemográfico; que actuó independientemente de los modos de organización social, de los niveles de desarrollo, la densidad de población, etc. El poder de la peste para infectar y matar no tuvo relación ni con el estado de salud, ni con la edad, ni con el nivel de nutrición".[16] Lo anterior, seguramente, es una exageración. Pues es de lo más difícil negar la conexión entre una enfermedad epidémica y los patrones de organización social. Más que el campesinado, fueron los puertos, las villas y las ciudades los que pagaron el tributo más alto. Con frecuencia fueron el punto de partida de la invasión de la epidemia, y las condiciones de aglomeración e insalubridad permitieron que la afección se esparciera con gran rapidez y que repitiera sus brotes frecuentemente. El avance de la peste hacia la campiña obedeció más al pánico urbano —de los que pudieron huir hacia la pretendida seguridad del campo y llevaron consigo el bacilo—, que a la miseria y la desnutrición rural, o a la existencia, por ejemplo en la Toscana y en East Anglia, de redes comerciales bien desarrolladas y de rutas comerciales muy frecuentadas. Algunos de los puertos más prósperos de Europa fueron reinfectados una y otra vez por la peste, y su intenso comercio con el Oriente los hizo sufrir terriblemente. Se estima

[14] Philip Ziegler, *The Black Death*, Londres, 1982, p. 35.
[15] Pierre Chaunu, *European in the Later Middle Ages*, Amsterdam, 1979, p. 62.
[16] Massimo Livi-Bacci, *A Concise History of World Population*, Oxford, 1992, p. 48.

que todavía en 1630-1631 Venecia, una de las ciudades más ricas de Europa, perdió la tercera parte de su población por causa de la peste, y de seguro no fue accidental que Marsella, puerto con conexiones comerciales con el oriente del Mediterráneo, haya sido el lugar donde se dio el último gran brote de peste en Europa occidental.

No se puede tratar a la Peste negra como mero "accidente ambiental", ni tampoco como simple freno maltusiano a una Europa sobrepoblada. Saber cómo brotó la peste y cómo su bacilo se trasmite de las ratas a los seres humanos, o de una a otra persona, ayuda a comprender mejor la forma en que la epidemia afectó a las sociedades humanas, y también por qué afectó de modos diferentes a sociedades diferentes. Pero, por sí sola, la epidemiología no puede explicar las diversas reacciones sociales y culturales que la peste produjo, ni las formas en que la crisis afectó tendencias históricas de largo plazo. Aun cuando en ciertos respectos la peste haya sido "un trágico accidente en discrepancia con el curso normal de los acontecimientos",[17] tal suceso impredecible tuvo también sus antecedentes sociales y suscitó reacciones que estaban predeterminadas culturalmente. La peste fue un choque tremendo, pero la Europa de la época fue capaz de absorberlo y sobrevivir.

[17] Elizabeth Carpentier, citado en Ziegler, *Black Death*, p. 34.

V. EL CRUCE DE LAS FRONTERAS BIOLÓGICAS

La unificación del planeta por medio de la enfermedad

La Peste negra ha terminado por adquirir importancia grande y creciente en la historia económica y social de la Europa medieval. Pero también se la ha tomado como modelo del papel, muy amplio, que tienen las enfermedades epidémicas. Se ha recurrido a la Peste negra para mostrar cómo las epidemias pueden tener un efecto súbito y de enorme magnitud en el curso de la historia humana; pero también se la ha visto como un nodo de una red en expansión de "intercambios" transoceánicos, que implica a la gente, las plantas y los animales al mismo tiempo que a las enfermedades.

W. H. McNeill, Emmanuel Le Roy Ladurie y otros piensan que la Peste negra marcó una etapa importante de un proceso de "unificación microbiana", la integración de un solo "fondo común" compartido por Europa, Asia y África del Norte.[1] La viruela, el sarampión y la peste figuran entre varias enfermedades que al parecer se originaron en Asia, donde habían residido por largo tiempo entre sociedades principalmente urbanas y con gran densidad de población, cuyos miembros vivían en estrecha proximidad con animales domésticos y con los parásitos y los vectores que compartían sus campos y viviendas. Mientras los principales centros de la civilización de Europa y Asia permanecieron verdaderamente aislados unos de otros por selvas, desiertos, montañas y mares, fue poco probable que una enfermedad que había evolucionado en un ambiente dado se pudiera transplantar a otro. Pero las conquistas militares, la migración y el comercio a largas distancias, como el que acercó a la India y China a Europa durante los primeros siglos de la era cristiana, y de nuevo durante el periodo mongol, permitieron que enfermedades como la viruela y la peste se mudaran de sus localidades tradicionales a lugares situados más al oeste. Al principio sus efectos fueron, en términos humanos, sumamente destructivos, como lo muestra la historia de la peste bubónica en Europa y el Medio Oriente en el siglo XIV. Pero, con el tiempo, crecieron los niveles de resistencia humana (o de los vectores), o bien ocurrieron cambios en el ambiente, de modo que

[1] William H. McNeill, *Plagues and Peoples*, 1ª ed. 1976, Londres, 1979; Emmanuel Le Roy Ladurie, "A concept: the unification of the globe by disease (fourteenth to seventeenth centuries)", en *The Mind and Method of the Historian*, Brighton, 1981.

esas enfermedades se volvieron menos letales y pasaron de la categoría de agentes de destrucción en masa a la de enfermedades de la infancia.

Después de esta confluencia de las enfermedades del Viejo Mundo, proceso que, según se ha visto, fue cumplido en su mayor parte por la Peste negra, siguió la segunda etapa, a la que Le Roy Ladurie llama de "la unificación del planeta por medio de la enfermedad". Esto ocurrió más o menos entre 1500 y 1700 con el comienzo de la exploración oceánica y el comercio realizado por los europeos mediante los "viajes de descubrimiento". Enfermedades que en aquel entonces se hallaban bien establecidas en Eurasia, cruzando el Atlántico como polizones, llegaron al Nuevo Mundo, donde desencadenaron una oleada de destrucción epidémica comparable a la que Europa apenas acababa de padecer con la Peste negra. Según algunos historiadores, la devastación fue todavía mayor, y equivalió a un "genocidio bacteriológico", pues América experimentó en unas pocas décadas la exposición a agentes patógenos nuevos que Europa había conocido uno por uno y en el curso de mil años de contacto y contagio.

Este episodio del Nuevo Mundo fue, a su vez, el comienzo de un movimiento más amplio aún. En una etapa posterior de "unificación planetaria", que empieza a mediados del siglo XVIII, las mismas enfermedades del Viejo Mundo, especialmente la viruela, el sarampión y la influenza, hicieron incursiones destructivas en otras sociedades (Australia, Nueva Zelanda, las islas del Pacífico), que habían quedado dentro del radio de acción del comercio y el control europeos. En tanto, nuevas enfermedades empezaron a brotar de Asia, como el cólera a principios del siglo XIX, y a recorrer rápidamente el planeta, confirmando así el hecho de que el mundo efectivamente estaba unido por sus enfermedades.

Tales "intercambios" transoceánicos y sus consecuencias humanas y biológicas han atraído considerablemente la atención en los últimos tiempos. Han contribuido a que sean introducidos nuevos enfoques en la historia universal, y recorrido buen trecho hacia el reemplazo de las teorías del determinismo climático, otrora tan en boga. En estos nuevos enfoques se introduce un gusto histórico por lo dramático, así como por lo científico, y pasan a formar parte de una literatura creciente en que se ve que los factores ambientales y biológicos ejercen un efecto profundo, incluso determinante, en las sociedades humanas de todo el mundo. Entre los escritores de más influencia dentro de esta corriente figuran indudablemente W. H. McNeill, cuyo *Plagues and Peoples* fue publicado en 1976, y Alfred W. Crosby, cuyo libro *The Columbian Exchange* apareció cuatro años antes. Tema central de la explicación de Crosby es la importancia de los factores biológicos en la historia. "El hombre", dice, "es una entidad biológica, antes que católico romano, o capitalista, o

cualquier otra cosa". "El primer paso para entender al hombre consiste en considerarlo una entidad biológica que ha existido sobre este planeta, afectando a los organismos que comparten con él el ambiente, y al mismo tiempo siendo afectado por éstos, durante miles de años." Y sigue diciendo que

> Antes que el historiador pueda juzgar sabiamente las habilidades políticas de los grupos humanos, o la fuerza de sus economías, o el significado de sus literaturas, debe empezar por conocer hasta qué punto los seres humanos que constituyen tales grupos han logrado sobrevivir y reproducirse. Debe tener alguna idea de cómo sus esfuerzos por cumplir estas tareas han afectado la totalidad de sus ambientes y también a los demás organismos que forman parte de dichos ambientes.[2]

Crosby ilustró esta pretensión radical de reorientar la historia subrayando el notable tráfico, de ida y vuelta, de plantas, animales y enfermedades que se dio a través del Atlántico como consecuencia de la llegada de Colón a las Américas en 1492. Además de diversos animales y plantas, desde los caballos hasta el trigo, desde cerdos a duraznos, introducidos deliberadamente en América, los europeos también trajeron consigo inadvertidamente enfermedades infecciosas como la viruela, el sarampión, el tifo y la influenza. Con el tráfico de esclavos a través del Atlántico, al mencionado cargamento mortal de enfermedades, África Occidental le agregó la fiebre amarilla y la malaria falcipárum. Pero, en cuanto a los aspectos epidemiológicos de este "intercambio", no hubo mucho tráfico en sentido contrario. Pues con la posible excepción de la sífilis, América exportó a través del Atlántico pocos agentes patógenos que llegaran a infestar África y Eurasia. Lo que en realidad ocurrió fue todo lo contrario: el Nuevo Mundo contribuyó generosamente al bienestar del Viejo Mundo, no sólo con la abundancia mineral de su oro y su plata, sino también poniendo a la disposición del resto del mundo productos agrícolas vitales como las papas, el maíz, los frijoles y la yuca, y así también muchas sustancias medicinales, como la quinina y la ipecacuana.

Lo que se sabe a ciencia cierta es que, por haber vivido durante tanto tiempo aislada de Europa y Asia, América era totalmente ajena a las principales enfermedades del Viejo Mundo. Mucho tiempo hacía que los continentes (debido a —válgase la redundancia— la deriva continental), como amigos de la infancia, se habían apartado unos de otros y perdido todo contacto mutuo. Los ancestros de los amerindios, inmi-

[2] Alfred W. Crosby, *The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492*, Westport, 1972, pp. xiii-xiv.

grantes de Asia vía el estrecho de Bering, sólo podrían —razona Crosby dentro de la corriente darwiniana— haber soportado el frío cruce de Siberia a Alaska si hubieran sido en extremo resistentes y si se hubieran quitado de encima sus enfermedades más serias: "En el sentido más crudo de la expresión, la vida de los primeros americanos fue asunto de la supervivencia del más apto."[3] De ahí que, aunque tal vez padecieron diversas enfermedades de la nutrición y por parásitos, se piense que los americanos nativos estaban libres de las muchas enfermedades infecciosas que habían acosado a Eurasia durante cientos y acaso miles de años. El "nivel subdesarrollado" de las enfermedades de los amerindios, según Crosby y McNeill, forma parte de la "vulnerabilidad biológica" que afectaba en general a los americanos nativos, factor que tuvo consecuencias calamitosas para su capacidad de supervivencia en cuanto entraron en contacto con Europa y África.

EL "HOLOCAUSTO" DEL NUEVO MUNDO

El argumento relativo a la "vulnerabilidad biológica" de los amerindios con frecuencia se eslabona con afirmaciones sobre las grandes poblaciones que, al pensar de muchos, habitaban América en vísperas de la conquista española. Antes de la segunda Guerra Mundial se suponía que, en 1492, la población de América debió de haber fluctuado entre los ocho y los quince millones, no más. Pero después del trabajo de los demógrafos W. W. Borah y S. F. Cook, a partir de 1940 estas estimaciones fueron incrementadas abruptamente, hasta llegar a cifras de entre 75 y 100 millones de personas, con aproximadamente 25 millones en cada una de las regiones más populosas, México y los Andes. Desde estos niveles tan altos, el descenso demográfico durante las primeras décadas del dominio español no puede considerarse sino catastrófico. Hacia 1568, cuando aún no habían transcurrido 50 años contados a partir de la invasión del imperio azteca por Hernán Cortés y su tropa de aventureros, la población del México central había caído en picada, según estimaciones de Cook y Borah, de 25 millones a aproximadamente un millón.

En grado mayor aún que en Europa después de la mortandad de la Peste negra, la recuperación demográfica fue extremadamente lenta entre los nativos americanos —claro, los que lograron sobrevivir—. En las Antillas, donde también se suponía que habían existido altos niveles poblacionales antes de 1492, la caída fue tan vertiginosa que se volvió

[3] *Ibid.*, p. 31.

definitiva. De los siete a ocho millones de arauacos que de acuerdo con las estimaciones de Cook y Borah habitaban la isla de La Española (hoy ocupada por Haití y la República Dominicana), para 1508 quedaban unos 100 000, y hacia los años cuarenta de este mismo siglo apenas 500. Se piensa que otras islas del Caribe y las tierras bajas tropicales de América Central también experimentaron descensos poblacionales tan precipitados. A mediados del siglo XVIII la población de los americanos nativos se había precipitado de los 75 a 100 millones estimados como población previa a la conquista a tan sólo 250 000. A esto se le ha llamado el "peor holocausto humano jamás presenciado por el mundo".[4]

¿Cuál fue la causa de éste "holocausto"? El mero uso de la palabra invita inevitablemente a compararlo con la matanza genocida cometida por Hitler en contra de los judíos. Pues a ese acto repetitivo y deliberado de destrucción en masa le reconocemos responsabilidad humana; pero, ¿a quién echarle la culpa del "holocausto" amerindio?, ¿o no fue trágica pero inevitablemente otro "accidente" biológico como la Peste negra?

Durante siglos, una de las explicaciones del rápido decremento de la población de americanos nativos ha sido la "leyenda negra" de la brutalidad y la explotación por parte de los españoles. En varios aspectos, la Peste negra y la "leyenda negra" se yerguen como interpretaciones contrarias de los dos grandes "holocaustos" de fines del medievo y principios del mundo moderno: la primera representa el "accidente" biológico y la segunda, la culpabilidad humana. Se afirma que durante la conquista e inmediatamente después, la población indígena fue acosada por los españoles, explotada, privada de alimento y forzada a trabajar en las condiciones en extremo arduas que prevalecían en las haciendas y en las minas. Hay dos objeciones principales a esta mala interpretación. La primera de ellas es que lo de la "leyenda negra" fue propaganda producida principalmente por los rivales protestantes de España o por críticas como las del dominico fray Bartolomé de las Casas. El otro obstáculo, de más influencia en estos días, es que la magnitud verdadera de las poblaciones que ahora se atribuyen a la América precolombina pone en tela de juicio la capacidad de la sola crueldad de los españoles para haber causado tal matanza. Para explicar el colapso demográfico de tan aterradora magnitud, algunos demógrafos e historiadores han hecho a un lado la "leyenda negra" y han preferido atenerse a la potencia letal de la enfermedad epidémica. McNeill llegó a la conclusión de que

> la violencia y la negligencia humanas, por brutales que hayan sido, no fueron la causa primordial del decremento incontenible de las poblaciones amerindias.

[4] David E. Stannard, *American Holocaust: Columbus and the Conquest of the New World*, Nueva York, 1992, p. 146.

> Después de todo, los españoles y demás europeos no estaban interesados en que disminuyeran ni el número de posibles pagadores de impuestos ni la cantidad de mano de obra. La principal acción destructiva fue seguramente desempeñada por enfermedades epidémicas.[5]

Hay varios argumentos que apoyan esta explicación epidemiológica. Uno de ellos es maltusiano. A pesar de su evidente éxito en adaptarse a las variadas ecologías de las Américas y en domesticar vegetales como el maíz y las papas, se dice que los americanos nativos poseían una base de subsistencia muy limitada. De acuerdo con McNeill, "Las poblaciones amerindias estaban luchando en contra de los límites impuestos por las existencias de tierra cultivable tanto en México como en Perú al arribo de los españoles"; o, como apunta Le Roy Ladurie, habían llegado al punto de la "saturación maltusiana"[6] Se considera que América Central y América del Sur, a la llegada de los españoles, se encontraban en situación tan precaria como la del "mundo lleno" de Europa en los momentos inmediatos a la acometida de la Peste negra, y con frecuencia se cita la escala y el precedente de la pandemia de peste en Europa como prueba de la inmensa capacidad destructiva de las enfermedades que asolaron a América. Crosby, por ejemplo, al describir una epidemia de viruela, que según él debe de haber desempeñado un papel muy importante en la destrucción de las poblaciones amerindias en 1519-1520, dice que tuvo "una influencia en la historia de América [...] tan incuestionable y espectacular como la de la Peste negra en la historia del Viejo Mundo".[7]

Se dice que la vulnerabilidad de los amerindios al ataque de las epidemias también se manifiesta de otras maneras. Aparte de los llamados conejillos de Indias y las llamas, los aztecas y los incas tuvieron pocos animales domésticos, y nada de ganado ovino o bovino que sacrificar como despensa de emergencia. La falta general de animales domésticos fue doble desventaja, pues mientras que los pueblos de Eurasia habían estado adquiriendo, durante miles de años, muchas infecciones y parásitos de sus perros, cerdos y ganado en general, y habían aprendido a convivir con ellos, los amerindios no habían estado sujetos a tal exposición endurecedora. En realidad, la "fiebre porcina" puede tener la dudosa distinción de haber sido la epidemia traída del Viejo Mundo con que empezó la despoblación de América. Un brote en La Española, causado por la importación de cerdos de las islas Canarias en el segundo viaje de Colón a las Antillas, ocurrió en 1493-1494.

[5] McNeill, *Plagues and Peoples*, pp. 191-192.
[6] *Ibid.*, p. 188; Le Roy Ladurie, "A concept", p. 72.
[7] Crosby, *Columbian Exchange*, p. 42.

Crosby y otros explotan a placer el efecto de las llamadas epidemias en lo que llaman "suelo virgen" —frase que, independientemente de que pueda tener o no valor científico, connota la supuesta inocencia biológica de los americanos nativos en un mundo depredador—. Se afirma que una población sin experiencia de una enfermedad dada y, por tanto, carente de inmunidad natural a ella, es particularmente vulnerable y se halla expuesta a sufrir altos niveles de mortandad si es acometida por la misma. En contraste, se sabe que en una población expuesta durante mucho tiempo a enfermedades infecciosas como la viruela y el sarampión, cuando tales enfermedades atacan probablemente los niveles de mortandad serán bajos. La gente y los microbios llegan, pues, con el tiempo, a cierto grado de equilibrio ecológico, de coexistencia pacífica, gracias a lo cual ambos sobreviven.

Crosby añade que lo importante no se circunscribe a la naturaleza de la enfermedad, sino que también tiene que ver con la manera como los individuos reaccionan a ella. Los aztecas desconocían absolutamente la viruela y otras enfermedades que empezaron a agredirlos con la invasión de los españoles, y no tenían idea de cómo tratarlas. Lo mismo psicológica que biológicamente estaban desorientados. Lo cierto es que, como muchas otras sociedades antes y después que la azteca, no reconocieron como enfermedad a la viruela, sino más bien como castigo divino. La falta de cuidados adecuados, el efecto desgarrador de la morbilidad y la mortandad masivas sobre la vida social y económica, la incapacidad incluso de levantar las cosechas y conseguir agua, todo esto se aunó para intensificar el efecto de una epidemia en "suelo virgen".

Crosby asegura que la viruela fue especialmente destructiva, pues la mortandad que causó fue superior a 40% entre las personas que la padecían por primera vez. Fue una enfermedad que se hallaba establecida desde hacía mucho tiempo en Eurasia, y los que ahí la padecieron, a menudo como enfermedad de la infancia, poseían la inmunidad de la que carecían los amerindios. Además, la viruela no necesitaba pulgas ni ningún otro insecto como vector para trasmitirse de una persona a otra. El contagio ocurría a través de las gotitas infectadas espiradas por los seres humanos, y de ese modo pasaba rápidamente de una persona a otra de modo tal que podría devastar a una población no inmunizada. La consecuencia de esa matanza epidemiológica, dice Crosby, fue abrumadora para los amerindios: rápidamente se generalizaron el colapso político y la desmoralización, dejando el camino libre a la conquista y a la colonización por los europeos. En la viruela encuentra, por tanto, una respuesta al parecer lo suficientemente amplia a la pregunta de "¿Por qué los europeos pudieron conquistar América con tanta facilidad?"

La rápida derrota de los imperios azteca e inca por pequeñas bandas

de aventureros españoles intriga desde hace mucho a los historiadores. ¿Cómo fue posible que Cortés, a la cabeza de unos cuantos cientos de hombres, sometiera al imperio de Moctezuma, quien se hallaba al frente de varios cientos de miles de hombres? Se atribuye el éxito de los conquistadores a muchas causas. Una de ellas es la susceptibilidad cultural y psicológica de los aztecas "fatalistas" y el oportunismo de los invasores, que supieron explotar las divisiones entre la élite azteca y sus súbditos descontentos. Esta explicación se justifica hasta cierto punto. Pero otros historiadores ven el mismo fenómeno como un choque de tecnologías —las espadas, las armas de fuego y las armaduras de los españoles contra las armas de la "Edad de piedra" de sus antagonistas—, o bien el resultado del temor y la sorpresa causada por los caballos y las armas de fuego de los españoles. Pero la naturaleza "primitiva" de las sociedades azteca e inca y su incapacidad de enfrentarse a las pequeñas y andrajosas partidas de invasores ha comenzado a entenderse en términos biológicos. El éxito de los conquistadores se atribuye a los efectos devastadores de sus "aliados biológicos", especialmente la viruela. Se piensa que esta enfermedad se propagó desde los campamentos españoles de la isla La Española en 1518, con la segunda expedición que se unió a la de Cortés en 1520. En la coyuntura crítica de que los españoles acababan de ser expulsados de Tenochtitlan, la capital de los aztecas, fue cuando atacó la viruela, cobrando miles de víctimas, impidiendo la acción eficaz de sus defensores y permitiendo que Cortés rehiciera su ejército y se dispusiera a asestar el golpe final a la castigada ciudad. "Está claro", observa McNeill, "que si la epidemia de viruela no hubiera comenzado en el momento en que lo hizo, los españoles no habrían podido vencer a los aztecas".[8] Se sostiene que también en Perú la epidemia de viruela pudo haber socavado la resistencia de los incas, desde antes de la llegada de los españoles. Se piensa que el inca reinante había muerto de dicha enfermedad y también su hijo y heredero, por lo cual no había un sucesor legítimo. Pizarro fue capaz de explotar la consiguiente desunión para realizar su propia y rápida conquista.

Tales explicaciones biocéntricas, compartidas por tantos estudiosos que han escrito sobre la conquista española y la despoblación amerindia, tienden a restarle importancia a la culpabilidad y a una ejecución humana consciente, las cuales incluso niegan. Estas "extinciones" masivas (como impersonalmente se describen) se ven como un accidente ecológico, no diferente de la transferencia de la peste de las ratas a la gente en la Eurasia del siglo XIV. En un artículo que ejemplifica esta

[8] McNeil, *Plagues and Peoples*, p. 192. Para una interpretación de la conquista española que logra combinar lo biológico con lo cultural y lo psicológico, véase Tzvetan Todorov, *The Conquest of America: the Question of the Other*, Nueva York, 1992.

posición, Donald Joralemon llega a la conclusión de que "un tercer protagonista no invitado" acompañó a los europeos en su ingreso a América. "No cabe aquí asignar responsabilidad; no puede culparse a nadie. La tragedia parece ser resultado necesario de la interacción humana cuando se cruzan fronteras biológicas."[9] Este "holocausto", al parecer, no tuvo autor humano.

Pero se han despertado dudas sobre lo creíble de esta explicación biológica. Aunque pocos escritores ponen en tela de juicio que la enfermedad desempeñó un papel importante tanto en la conquista española como en la consiguiente despoblación, algunos de ellos se inclinan más a buscar una combinación más amplia de factores, a ser precavidos en cuanto a una explicación simple de episodio histórico y demográfico tan complejo. Parte del problema está en que los datos relativos al nivel de la población inicial y la subsecuente mortandad en América es mucho más deficiente que los correspondientes a Europa en la época de la Peste negra, sobre la cual se dispone de extensas fuentes escritas y, por ésta entre otras razones, el hacer paralelismos directos con la pandemia de peste en Eurasia puede conducir a error. Es razonable dudar, por ejemplo, de que la población existente antes de la conquista de México haya sido de los 25 millones que aseguran Cook y Borah: se ha sugerido como cifra más realista cinco o cuando mucho diez millones. De ser así, no se aplicarían entonces necesariamente ni el argumento sobre la presión de población extrema y la vulnerabilidad maltusiana antes de 1492, ni tampoco la supuesta escala del colapso demográfico alrededor de 1600. Tampoco sería necesario invocar la enfermedad, *deus ex machina*, para explicar el colapso súbito y desconcertante de las sociedades amerindias.

Al argumentar en contra de la brutalidad de los españoles como posible explicación del colapso demográfico, Crosby observa que la explotación por parte de los europeos no tuvo tiempo de destruir la salud de los amerindios antes de que intervinieran la viruela y otras enfermedades. Pero en la discreta descripción de Carl O. Sauer, de la historia de La Española, publicada por primera vez en 1966, se muestra claramente lo destructivas que para la vida humana fueron las políticas y prácticas impuestas en la isla desde el principio mismo y cómo, a resultas de la guerra, las masacres, los trabajos forzados, la destrucción de la agricultura indígena y la introducción de animales herbívoros, la población indígena empezó a reducirse tajantemente desde antes de la llegada de la viruela en 1519. En la primera década de dominio español, el gobier-

[9] Donald Joralemon, "New World depopulation and the case of disease", *Journal of Anthropolical Research*, 38, 1982, p. 125.

no de Colón hizo disminuir drásticamente la población nativa, "en parte por ineptitud", advierte Sauer, "en parte por medidas violentas e irreflexivas".[10] Los españoles implantaron un sistema de explotación del trabajo que sólo pudo haberse mantenido "tratando a los nativos como material gastable". "No fue la brutalidad desenfrenada [...] lo que diezmó a los nativos, sino un sistema erróneo y estúpido" de control y administración del trabajo, cuyos efectos fueron exacerbados por el trastorno de su dieta y el derrumbe de su estructura social.[11] Los primeros veinte años transcurridos desde la llegada de Colón en 1492 bastaron para que "una sociedad nativa bien estructurada y ajustada se convirtiera en un proletariado amorfo y esclavizado, despojado de sus hábitos y goces de vida". Habían perdido hasta la voluntad de vivir y reproducirse.[12] En La Española, y probablemente también en las demás islas antillanas, la viruela aceleró un proceso de desmoralización y decadencia ya de por sí precipitado, pero no lo inició.

En cuanto a México —el foco del análisis biocéntrico de Crosby—, Francis Brooks ha examinado en detalle las fuentes de la presunta epidemia de viruela de 1520, y se muestra escéptico en cuanto a que constituyan pruebas históricas confiables de tal brote. La fuente en que han abrevado los cronistas e historiadores posteriores, la *Historia de los indios de la Nueva España* de Motolinia, debe mucho al espíritu partidista del autor y a una analogía implícita entre el destino de los aztecas y el relato bíblico de las plagas de Egipto. Brooks supone que la "catástrofe" real que experimentó Tenochtitlan en 1520-1521 fue la guerra, no la enfermedad. La viruela, si es que llegó a presentarse, o la escala a que ocurrió, fue meramente "incidental". Por ello, mientras que este investigador no encuentra pruebas concluyentes de que una epidemia generalizada de viruela hubiera matado a la tercera parte o más de los aztecas, hay datos de que quizá unos 100 000 murieron durante la encarnizada lucha que acompañó al sitio impuesto a la ciudad en 1521.[13]

Las dudas surgidas sobre una explicación del colapso y la despoblación amerindios basada principal, aunque no exclusivamente, en el efecto de las enfermedades del Viejo Mundo han llevado a un cambio de acento, de catástrofe ambiental a desastre de factura humana, o cuando menos a una visión más equilibrada de la forma en que la enfermedad y el comportamiento humano pudieron haber operado conjuntamente

[10] Carl Ortwin Sauer, *The Early Spanish Main*, Berkeley, 1966, p. 155.

[11] *Ibid.*, p. 203.

[12] *Ibid.*, p. 204.

[13] Francis J. Brooks, "Revising the conquest of Mexico: smallpox, sources, and populations", *Journal of Interdisciplinary History*, 24, 1993, pp. 1-29. Para una respuesta, véase Robert McCaa, "Spanish and Nahuatl views on smallpox and demographic catastrophe in Mexico", *Journal of Interdisciplinary History*, 25, 1995, pp. 397-431.

para llevar la muerte y la destrucción en gran escala a los americanos nativos. Aun cuando se acepta que la enfermedad pudo haber sido el instrumento inmediato de la mortandad, se piensa que la causa fundamental y la responsabilidad final recaen en la acción humana —la rapiña de los invasores y colonizadores españoles aunada a su desprecio por la vida de los amerindios—. Mientras que Europa había tenido tiempo y oportunidad de recobrarse de la matanza ocasionada por la Peste negra, y no había tenido que enfrentarse simultáneamente con una invasión humana y otra microbiana, en América la pérdida de la tierra, la destrucción de los sistemas sociales y los efectos de la conquista y la colonización impidieron durante siglos la recuperación demográfica, en tanto que el poder de los europeos se hallaba afianzado firmemente. La despoblación de América no fue, consiguientemente, tan sólo un accidente ecológico, la consecuencia no deliberada de una epidemia y una "invasión microbiana" en "suelo virgen". Fue también resultado del desprecio racial de los europeos, de políticas económicas brutales y de su avidez de tierra y riquezas. Su despiadada búsqueda de riquezas equivalió, en la frase condenatoria de Stannard, a nada menos que un "genocidio deliberado".[14]

"El imperialismo ecológico"

En *The Columbian Exchange*, A. W. Crosby se concentra en lo ocurrido en América desde 1492 y en el tráfico de ida y vuelta de enfermedades, plantas, animales y personas que se dio entre el Viejo Mundo y el Nuevo. Su *Ecological Imperialism*, publicado en 1986, representa un significativo cambio de foco, así como de metáfora, de intercambio a imperio, y hace una relación todavía más extensa de la dinámica biológica oculta detrás del expansionismo europeo.[15] Crosby empieza observando que los primeros intentos de los europeos por extender su influencia más allá de las playas de su continente terminaron en la frustración. Los aventureros y comerciantes noruegos del Atlántico y de América del Norte fueron derrotados por el clima y por la falta algunas "armas biológicas" que les dieran cierta ventaja sobre sus adversarios humanos y ambientales. Los cruzados que incursionaron en el Levante fueron vencidos no tanto por sus chascos militares y políticos como por su incapacidad de crearse un nicho ecológico adecuado en un medio desconocido y, para ellos, inhóspito. Los intentos de los europeos por establecerse en las regiones tropicales de África, Asia y América estuvieron de igual

[14] Stannard, *American Holocaust*, p. xli.

[15] Alfred W. Crosby, *Ecological Imperialism: the Biological Expansion of Europe, 900-1900*, Cambridge, 1986.

modo predeterminados a malograrse. Tales tierras estuvieron "al alcance" pero "no se dejaron atrapar". Considerando las enfermedades a las que eran susceptibles, las plantas que pretendieron cultivar y los animales que intentaron criar, los europeos no tuvieron ventaja alguna sobre los nativos de *Vinland*,* el Levante o los trópicos tórridos y húmedos.

Sin embargo, en los siglos XIV y XV, cuando los portugueses y los españoles volvieron su atención a las islas del noroeste de África, la situación resultó asombrosamente diferente. En Madeira y las islas Canarias el efecto de la biota del Viejo Mundo —enfermedades, plantas y animales combinados— fue espectacular y, una vez iniciada, sin vuelta atrás. Las islas fueron transformadas por los cerdos, las cabras, los conejos y otros animales que, sin depredadores, tuvieron absoluta libertad para devorar a sus anchas la vegetación; y también por la introducción de trigo, uvas, caña de azúcar y otras plantas de cultivo, así como por el arribo de colonizadores europeos que desplazaron a los guanches, los nativos de las islas Canarias.

El éxito ecológico de la colonización de las islas del Atlántico por los europeos se repitió en mucho mayor escala por todas partes, particularmente en aquellas regiones del globo a las que Crosby llama las "Neoeuropas": América del Norte, Argentina y partes de Chile y el sur de Brasil, Australia y Nueva Zelanda, en donde la flora y la fauna nativas fueron desalojadas por las plantas y los animales procedentes de Europa y en donde los descendientes de los europeos desplazaron a los indígenas y hoy en día constituyen la mayoría de la población. Aunque a miles de kilómetros de Europa, sus productos agrícolas y sus diversas clases de ganado, sus enfermedades, malezas y plagas gozaron de ventaja ecológica. Sin depredadores que mantuvieran a raya el tamaño de sus poblaciones, los puercos, las ovejas, el ganado y los caballos medraron y se reprodujeron a menudo con mayor rapidez que en Europa. Las yerbas europeas, los cereales, las vides y las frutas resultaron prolíficas y apuntalaron el establecimiento de la forma de vida europea. Tanto éxito tuvieron las "Neoeuropas" en la actividad agrícola, que con el tiempo llegaron a suministrarle al mundo gran proporción de sus alimentos vitales. No todos los entes biológicos de origen europeo fueron introducidos deliberadamente en las "nuevas" tierras, algunos de ellos ni siquiera deseados: las malezas del Viejo Mundo emprendieron por su cuenta sus propias carreras expansionistas; los puercos y los conejos arrasaron las siembras o engulleron los pastos destinados al ganado o al uso humano. Pero, por encima de todo, el equilibrio ecológico se había inclinado decisiva y provechosamente a favor de los europeos.

* Voz escandinava: Tierra del vino, probablemente la actual Nueva Escocia. *[E.]*

La lucha por la supervivencia

Igual que en *The Columbian Exchange*, en su último libro Crosby identifica la enfermedad con la punta de lanza del "imperialismo ecológico". Retorna al ejemplo de Cortés y la caída de Tenochtitlan, uno de los episodios culminantes de la historia del expansionismo europeo (aunque irónicamente México no pasó a las filas de las "Neoeuropas"), pero analiza también los estragos causados por las enfermedades del Viejo Mundo, especialmente la viruela, sobre las poblaciones igualmente vulnerables de Australia y Nueva Zelanda. En la opinión de Crosby, esta conquista epidemiológica explica de qué modo grupos tan pequeños de europeos pudieron vencer a números muchísimo mayores de maoríes y amerindios, y también cómo los colonizadores fueron capaces de transformar algunas partes de América y Australasia en las "Neoeuropas".

El mensaje aplastante de *Ecological Imperialism*, igual que el de *The Columbian Exchange*, es que las relaciones de Europa con el resto del mundo han estado determinadas por factores sobre los cuales los europeos tuvieron poco control práctico o consciente y, por tanto, no son moralmente responsables de las calamidades ocurridas. Fue el virus de la viruela y no Cortés el culpable de la destrucción de los aztecas; la maleza invasora, las ovejas y el ganado mayor colonizaron las llanuras de las Américas del Norte y del Sur y de Nueva Zelanda con mucho mayor rapidez y eficacia que los propios colonizadores blancos. El "éxito" de los imperialistas europeos en ultramar se adscribe correspondientemente a las "realidades biogeográficas" en vez de a las ambiciones de aquellos que alguna vez fueron aclamados como conquistadores. "Fueron sus gérmenes", escribe Crosby, "no los imperialistas en sí, por brutales y despiadados que hayan sido, los responsables del exterminio de los indígenas y de la apertura de las Neoeuropas a la toma del poder demográfico."[16]

Está claro que el determinismo biológico de Crosby difiere de muchas maneras de las clases anteriores de determinismo de que ya nos ocupamos. No se basa principalmente en el clima ni en el cambio climático. Al clima no se le adscribe un efecto determinante directo, aunque, como la distinción entre tierras templadas y tropicales es elemento clave de la argumentación de Crosby, sí afecta indirectamente qué áreas del planeta son adecuadas para ser colonizadas por la biota europea. Pero significativamente, en las "Neoeuropas" no es el ambiente preexistente el que dicta el resultado final, sino la ventaja de la biota invasora. Lo que aquí cuenta no son las continuidades de la *longue durée*, ni la simbiosis, for-

[16] *Ibid.*, p. 196.

mada en un proceso prolongado, entre la gente y el ambiente. No: lo que importa es el descoyuntamiento abrupto, la revolución biológica que transforma el paisaje y el lugar que el humano ocupa dentro de él. El "imperialismo ecológico" rechaza el viejo determinismo al estilo de Hipócrates o de Montesquieu, reemplazándolo con un ambientalismo colonizador innovadoramente agresivo.

Hay, claro está, muchas virtudes en los razonamientos de Crosby. Logra integrar el estudio de las enfermedades a otros factores del cambio ambiental, especialmente las plantas y los animales, para establecer una "valija" ecológica, un juego completo de importaciones que funcionan conjuntamente para transformar a las "Neoeuropas" en duplicados biológicos de Europa. Del mismo modo, la obra de Crosby ayuda a sintetizar y popularizar el trabajo de varios geógrafos, botánicos, ecologistas y epidemiólogos, y también a insertar firmemente sus hallazgos en el dominio de la historia.

Pero, por mucho que se respeten estos logros, el determinismo biológico de Crosby debe someterse a crítica por varias razones. Como con cualquier explicación esencialmente monocausal, Crosby se siente tentado a atribuir demasiado a un solo conjunto de fuerzas y a adscribir también demasiado a la biología y muy poco al hacer humano consciente. Como ya vimos en páginas anteriores de este mismo capítulo, no fue del todo un mero accidente biológico que los españoles empezaran la destrucción de los americanos nativos, o que los europeos introdujeran sus propios animales, con los cuales estaban familiarizados, en tierras que creyeron desprovistas de animales productivos. Es indudable, y así se evidenció desde el segundo viaje de Colón en 1493-1494 (y aun desde el primero, realizado dos años antes), que estuvo presente la intención de dominar las nuevas tierras para europeizarlas, si bien el resultado de tal iniciativa fue con frecuencia impredecible. Crosby proyecta una sombra de inevitabilidad biológica acerca de lo que a menudo fue resultado de intención humana deliberada.

También *Ecological Imperialism* recibe un poderoso apuntalamiento darwiniano, y ello ocurre repetidamente, cuando se ponen, una tras otra, ideas de cambio biológico y cambio humano. Crosby cita, como una de las piedras angulares de su libro, el comentario hecho por Darwin en 1836 durante su visita a Australia: "Dondequiera que el europeo ha puesto el pie, la muerte parece perseguir al aborigen. Podemos pasear los ojos por las inmensas extensiones de las Américas, Polinesia, el Cabo de Buena Esperanza y Australia, y veremos siempre el mismo resultado."[17] En el capítulo 2 notamos cómo Alfred Wallace, cofundador, con

[17] Charles Darwin, *Voyage of the Beagle*, Harmondsworth, 1989, p. 322.

Darwin, de la teoría de la selección natural, no sólo elaboró esta visión de las cosas con respecto a la competencia entre razas presuntamente más débiles y más fuertes, sino que estableció también una relación, como la hecha por Crosby, entre la colonización europea y la propagación de las plantas y los animales europeos a expensas de sus contrapartes nativas más débiles. Sea conscientemente o no, Crosby es heredero de una corriente científica e histórica que identifica la expansión europea con la diferencia racial y la pretendida inevitabilidad de la supremacía racial del hombre blanco.

No hay que mirar muy lejos en la literatura histórica, geográfica y epidemiológica para encontrar expresados estos sentimientos. Los manifestó, por ejemplo, P. M. Ashburn en los años cuarenta en un libro citado tanto por Crosby como por McNeill. Ashburn afirmó también que América fue conquistada "substancialmente por la enfermedad" y que los amerindios fueron derrotados "no sólo porque no tenían armas de fuego ni caballos ni hierro, sino porque estaban faltos de inmunidad a la mayoría de las enfermedades que el hombre blanco trajo consigo". Pero Ashburn agregó significativamente que "no [es] fantasía pensar que quizá la raza blanca ha sido y es grande por las dificultades que ha vencido o parcialmente vencido en el pasado". Contrastó este éxito en las Américas con el lento avance y las incursiones limitadas de los europeos en África y Asia, en donde las otras razas tenían ventajas epidemiológicas: el hombre blanco "ha tratado ante todo con pueblos que fueron sus inferiores biológicos, en parte al menos, por su menor inmunidad a las enfermedades".[18] Acaso Crosby no usa el mismo lenguaje, pero al describir a los amerindios, a los maoríes y a los aborígenes australianos como "indefensos biológicamente", está aduciendo una explicación similar del fracaso de estos pueblos en la competencia por sobrevivir ante una raza "superior".

La concepción darwiniana de la naturaleza en función de la supervivencia del más apto es la que al parecer Crosby apoya de todo punto —lo mismo en términos humanos que biológicos—. Una de las consecuencias de tal posición es que no escatima mirada retrospectiva hacia la gran pérdida de vidas humanas y las sociedades ricas y diversas despilfarradas por el avance del "imperialismo ecológico". Se desentiende del notable éxito de las sociedades precolombinas en vencer sus propios retos ambientales —como la domesticación del maíz y las papas, productos agrícolas de los cuales Europa, Asia y África fueron los beneficiarios finales—, o en la construcción de complicados sistemas de terrazas

[18] P. M. Ashburn, *The Ranks of Death: a Medical History of Conquest of America*, Nueva York, 1947, pp. 210-212.

y canales de agua para hacer productivas las empinadas laderas de los Andes. Crosby marcha con los ejércitos conquistadores; no se queda con los perdedores de la naturaleza. El "imperialismo ecológico" parece ser menos semejante de la derrota que del triunfo.

Basta con observar lo que pasa más allá de los límites geográficos e históricos inmediatos impuestos por Crosby para poner en duda la validez de sus afirmaciones ecológicas. ¿Fue sólo en las "Neoeuropas" templadas donde Europa encontró el "éxito"? En la India, en África y en muchas otras partes del mundo, los europeos encontraron condiciones aún más ajenas a aquéllas a las que estaban acostumbrados y en ocasiones hasta inhóspitas, que las prevalecientes en el Levante de las Cruzadas, y sin embargo eso no los disuadió de su empeño. Al contrario, idearon otras formas de ganar dominio sobre la tierra y sus productos, diferentes de la introducción de colonizadores blancos o de la propagación de plantas y animales europeos. Establecieron plantaciones para cultivar los productos que Europa no podía suministrar; transfirieron plantas de una parte de los trópicos a otra para facilitar su explotación comercial. En las regiones donde no prosperaron, o prefirieron no trabajar, movilizaron esclavos o contrataron braceros que laboraran por ellos; reclutaron ejércitos de cipayos o hicieron levas de nativos para que guerrearan a favor de ellos para así soportar la doble carga de la guerra y la enfermedad. En lugares diferentes de las "Neoeuropas" donde sí trabajaron y colonizaron, los europeos inventaron recursos médicos y sanitarios para protegerse de los peores efectos de un ambiente hostil. Y en las regiones donde la enfermedad y el imponente arsenal de la biota europea fracasaron en el intento de allanarles total o parcialmente el camino, los dichos europeos recurrieron al genocidio calculado, como lo ilustra el destino de los últimos tasmanios en los años treinta del siglo XIX. El "imperialismo ecológico" parece ser, en última instancia, una interpretación eurocéntrica, extrañamente unidimensional, de los procesos del expansionismo europeo, leyenda que pone en guardia contra los peligros de adjudicarle a la biología lo que pertenece más propiamente al dominio de los actos humanos.

La esclavitud

La Peste negra en Europa y la despoblación de América se han visto como fenómenos análogos, en los que el papel de la peste en reducir la población de Europa en un tercio o más equivale al exterminio parcial y en algunos casos total de los amerindios. También se han visto como fenómenos vinculados. Es opinión común que con la Peste negra las

diferentes cuotas de enfermedad de Eurasia terminaron por constituir un fondo patógeno común; la despoblación de América —por causa de la viruela, el sarampión, el tifo, la influenza y otros padecimientos— marcaron la extensión de este proceso unificador más allá del Atlántico, hasta América, y subsiguientemente a Australasia y el Pacífico. Y hay un eslabón más entre ambos procesos: la esclavitud.

El argumento es doble. En primer término, hasta la llegada de la Peste negra, Europa había suplementado su población con esclavos traídos de Asia y la región del Mar Negro en particular. La pandemia de peste interrumpió esta fuente de abastecimiento, aunque (al contrario de lo que dicta el argumento maltusiano de una Europa sobrepoblada), incrementando la demanda de esclavos para reemplazar las poblaciones perdidas, especialmente en Portugal. Europa empezó a ver hacia África occidental como fuente de mano de obra cautiva para satisfacer sus necesidades y, hacia los siglos XV y XVI, las de las economías en expansión de las islas del Atlántico y América. De este modo, dos sucesos humanos y ecológicos de importancia trascendental —la Peste negra y el tráfico de esclavos africanos— vinieron a quedar históricamente unidos.

Otra modalidad de esta misma argumentación toma la historia del otro lado del Atlántico. El rápido decremento de las poblaciones amerindias de la Antillas y la tierra firme de América del Centro y América del Sur dejó a los españoles y demás europeos frente a un enorme déficit de mano de obra. Para poder explotar la riqueza del Nuevo Mundo, necesitaban verdaderos y gigantescos ejércitos de trabajadores —para que trabajaran en las mortales minas de plata de Potosí y Zacatecas y para satisfacer la aparentemente insaciable demanda de brazos en las plantaciones y en las haciendas, especialmente con el apresurado desarrollo de la caña de azúcar como producto agrícola en el siglo XVII—. Aunque al principio los primeros europeos estuvieron presentes como trabajadores y agricultores en pequeño en varias islas del Caribe, con la llegada de la revolución del azúcar la sociedad antillana se fue polarizando entre los esclavos negros y la clase de los plantadores blancos. En Barbados, principal productor de azúcar en las Antillas de aquellos tiempos, el número de blancos descendió de 30 000 en 1650 a 15 500 cincuenta años después, mientras que el número de esclavos africanos ascendió a más de 41 000. El comercio de esclavos a través del Atlántico, iniciado desde 1518, había crecido hacia fines del siglo XVII hasta alcanzar proporciones gigantescas, y continuaría, a pesar de la abolición de la cuota británica del comercio de esclavos en 1807, hasta la segunda mitad del siglo XIX. Se estima que dicho comercio totalizó la esclavización y el transporte de alrededor de 20 millones de africanos.

El porqué de que África haya sido —y durante siglos— la fuente de

ese tráfico enorme e inhumano se ha explicado de varios modos: la proximidad geográfica de África occidental a las sociedades del Caribe, de Brasil y del sur de Estados Unidos que demandaban esclavos; el hecho de que los africanos, duchos en las artes de la agricultura sedentaria y en los cultivos de azadón, tenían las habilidades indispensables para trabajar en plantaciones; la existencia previa de formas de esclavitud en África occidental que los comerciantes europeos pudieron explotar y alimentar por medio de la venta de armas de fuego, telas y otras mercancías; y más sencillamente, el racismo de los europeos, que sólo a regañadientes estaban dispuestos a considerar algo humanos a los "negros" y a los "paganos", y que a las vidas de estos seres les concedían, cuando mucho, valor comercial.

Los historiadores siguen discutiendo la importancia de éstas y otras explicaciones. Pero un agregado importante a estas teorías ha nacido del floreciente interés en la historia de la enfermedad y la relación que se percibe que tiene con el expansionismo europeo. Se argumenta, por ejemplo, que aunque los portugueses y otros europeos tuvieron contacto comercial con la costa occidente de África desde mediados del siglo XV, tanto la enfermedad (la fiebre amarilla y el paludismo) como la resistencia política y militar les impidieron extender su influencia tierra adentro. Incluso el comercio de esclavos infligió grandes pérdidas a los traficantes, a los soldados y a los marineros europeos que visitaron la costa o que residieron temporalmente en los fuertes enclavados a lo largo de la línea costera de África occidental. Se dice que hasta el siglo XIX, con el incremento del uso de quinina para mantener a raya la malaria, los europeos no pudieron sostener permanentemente su presencia en África occidental. La extracción de mano de obra africana por medio del tráfico de esclavos para ponerla al servicio del Nuevo Mundo fue, pues, uno de los pocos modos que tuvo Europa de apropiarse los recursos de esta región —especialmente los recursos humanos.

Pero se afirma también que los africanos tuvieron ciertas ventajas biológicas que los hicieron más aptos para sobrevivir en las Antillas y en las plantaciones de la América continental, que los amerindios y los inmigrantes blancos. ¿Por qué las regiones del Caribe y circunvecinas de la América tropical no se convirtieron, para decirlo en los términos de Crosby, en una "Neoeuropa", a pesar de los efectos iniciales de las enfermedades, las plantas y los animales del Viejo Mundo? La primera generación de conquistadores y colonizadores europeos encontró que la región era relativamente saludable, y fue poco afectada por las enfermedades infecciosas del Viejo Mundo, en contra de las cuales los amerindios estaban "biológicamente inermes", pero con el tiempo el ambiente patogénico se volvió decisivamente en su contra. Las recurrentes epide-

mias de viruela cobraron una onerosa cuota de vidas entre los colonos que carecían de inmunidad natural por no haberla sufrido en la infancia. Más significativo aún es que la relación entre África occidental y América, iniciada por medio del tráfico de esclavos, sirvió también para introducir en el Caribe enfermedades que eran igualmente mortales para los europeos. La peor de ellas fue la fiebre amarilla, enfermedad trasmitida por mosquitos y establecida desde hacía mucho tiempo en África occidental, pero que por lo general no se encontraba al norte del Sahara, y una malaria de una cepa mucho más mortífera (la malaria falcipárum) que la malaria vivax, o fiebre palúdica, con la cual los europeos no estaban familiarizados.

A fines del siglo XVII, cuando se empezaron a importar hacia la región grandes cantidades de esclavos africanos, la fiebre amarilla comenzó a afectar las islas azucareras de Barbados y Guadalupe, antes de pasar a Cuba y a las costas mexicanas. A mediados del siglo XVIII la fiebre amarilla estaba causando altos niveles de mortandad entre la población blanca de las Antillas, en especial entre quienes, como los soldados y los marineros recién llegados, no habían sido inmunizados por ataques previos de la enfermedad. Los brotes de fiebre amarilla entorpecieron seriamente las campañas navales y militares libradas entre los ingleses, los españoles y los franceses a mediados del siglo XVIII. Entre 1793 y 1796 los británicos perdieron 80 000 efectivos en las Antillas (más que en las campañas de la guerra peninsular del duque de Wellington), más de la mitad de ellos víctimas de la fiebre amarilla. Cuando Francia envió un ejército comandado por Leclerc, cuñado de Napoleón, a Santo Domingo (La Española) en 1802 para recuperar la isla, en tan sólo diez meses fallecieron 40 000 oficiales y soldados, incluido su comandante, por causa de la fiebre amarilla.[19] El subsiguiente retiro de las fuerzas armadas francesas permitió que se estableciera en Haití la primera nación negra independiente de América. Ante tales pérdidas, inaceptables, Napoleón abandonó sus ambiciones de expandirse al Nuevo Mundo, y terminó vendiendo la Louisiana a Estados Unidos en 1803. Se ha visto, pues, que el papel de la fiebre amarilla en la política de la región fue "determinante de resultados" de las operaciones militares que se realizaron en la región y del patrón general de la colonización europea, una ilustración más del poder de las enfermedades para conformar la trayectoria de la historia humana.[20] (De paso, debe notarse, sin embar-

[19] Kenneth F. Kiple y Kriemhild Conee Ornelas, "Race, war and tropical medicine in the eighteenth-century Caribbean", en David Arnold (comp.), *Warm Climates and Western Medicine: the Emergence of Tropical Medicine, 1500-1900*, Amsterdam, 1996, pp. 70-71.

[20] Francisco Guerra, "The influence of disease on race, logistics and colonization in the Antilles", *Journal of Tropical Medicine and Hygiene*, 69, 1966, pp. 23-25.

go, que esta severa mortandad entre los blancos no quedó sin que éstos tomaran medidas para contrarrestarla; pues se remedió en parte formando regimientos de negros para que lucharan en las Antillas en la última década del siglo XVIII y en parte acomodando a los soldados en barracas construidas en lugares más sanos.)

Pero, aun cuando se incrementaron el número de enfermos europeos y la mortandad entre éstos, pronto se descubrió que los esclavos de origen africano eran en gran proporción inmunes a ciertas enfermedades. K. F. Kiple observa que esta resistencia de los africanos a la enfermedad

> hizo que aumentara el valor de los negros como esclavos. Los indios morían de enfermedades europeas y africanas, los blancos morían de enfermedades africanas, pero los negros sobrevivían a ambas, y no les tomó mucho tiempo a los europeos llegar a la conclusión de que los africanos estaban diseñados especialmente para trabajar en las regiones tórridas.[21]

En las tierras bajas tropicales del Nuevo Mundo la malaria y la fiebre amarilla no sólo aceleraron la mortandad de los amerindios, sino que también impidieron la existencia de poblaciones blancas sostenibles. Por eso la mano de obra blanca fue reemplazada por la mano de obra esclava africana en todos aquellos lugares donde los efectos de la enfermedad eran verdaderamente críticos. Pero no debe olvidarse que, con el inicio de las grandes plantaciones de caña de azúcar, la mano de obra blanca ya estaba en trance de desaparición en el Caribe. Fue la importación masiva de esclavos en aras de satisfacer la insaciable demanda de mano de obra para esas plantaciones lo que causó las condiciones epidemiológicas adversas, y no al revés. Se originó en una elección cultural fundada en la economía de la producción de azúcar y el valor relativo impuesto a las vidas y a la libertad de los blancos por comparación con las de los negros. La caña de azúcar ni siquiera era nativa de la región, sino producto agrícola cuyos orígenes inmediatos se encontraban en la Europa mediterránea y las islas del Atlántico.

Pese a lo dicho, no debe entenderse que los africanos se las arreglaron para escapar de la pesada carga de mortandad que entrañaba la producción de azúcar. Las vidas de los africanos se perdían en cantidades prodigiosas desde el acto inicial de la esclavización; luego en los cobertizos costeros de África occidental, en atestados y malsanos barcos cargados de esclavos y en la propia América, a causa de enfermedades como la frambesia, la lepra y la filariasis, importadas de África. Incluso es posible que la viruela haya comenzado a llegar cada vez más de la propia África

[21] Kennet F. Kiple, "Disease ecologies of the Caribbean", en K. F. Kiple (comp.), *The Cambridge World History of Human Disease*, Cambridge, 1993, p. 499.

occidental y ya no de Europa, y "el Caribe se transformó prácticamente de la noche a la mañana en una extensión de un medio propicio para las enfermedades africanas, por oposición a las europeas". Los esclavos sufrieron también niveles escandalosamente bajos de nutrición, "probablemente los principales destructores de vidas esclavas" en las plantaciones.[22]

Se argumenta, sin embargo, que de muchas maneras los africanos fueron más "adecuados" que los blancos para vivir y trabajar en la islas antillanas. De ahí que sea la biología, y no el racismo blanco ni la economía de la producción azucarera, el lugar de donde sale la explicación fundamental de la importación de esclavos negros durante siglos. Pero, como en el análisis de la obra de Crosby, es difícil no sentirse incómodo en relación con los argumentos neodarwinianos que ponen de relieve la "debilidad" biológica de una raza (los indios) destinada a la extinción, la "aptitud" de otra (los africanos) para la esclavitud y la de otra más (los europeos) para el dominio y la explotación. Todo esto tiene demasiado sabor a determinismo biológico, racionalización retrospectiva de la esclavización de millones de africanos y una cómoda liberación de los europeos y los americanos blancos de la carga de la responsabilidad moral por la esclavitud.

[22] *Ibid.*, pp. 500-501.

VI. LA FRONTERA ECOLÓGICA

La tesis de la frontera

Es posible considerar la historia ambiental como si estuviera compuesta de dos elementos relativamente fijos y en su mayor parte independientes —el humano y el natural— que trabajan e interactúan durante grandes lapsos de tiempo. Pero, ¿qué ocurre cuando esta relación simbiótica se desbarata o es alterada en lo esencial porque el propio ambiente cambia o porque la gente emigra a tierras muy diferentes ambientalmente hablando? Si bien gran parte de los escritos sobre el ambiente se han dirigido al contraste entre sociedades fijas, habituadas a climas y topografías diferentes (como clásicamente se ve en las comparaciones que hace Montesquieu entre Europa y Asia), hay siempre un interés por lo que les ocurre a los nativos de una localidad cuando se mudan a otra (como en el estudio de la primera parte de *Aires, aguas, lugares*). En ese texto se supuso que los individuos que se trasladan de una localidad a otra quedan sometidos a nuevas fuerzas ambientales —vientos ajenos a los acostumbrados, aguas extrañas— y sus cuerpos afectados (o atribulados) correlativamente.

Por el contrario, las teorías de la migración y la colonización, con frecuencia han hecho hincapié en la transformación radical del ambiente que se produce con la llegada de pueblos foráneos. En una versión extrema de esta posibilidad, Crosby, en su *Ecological Imperialism*,[1] argumenta que, en las partes templadas de América y Australasia, la llegada de los europeos trajo consigo cambios sustanciales para el ambiente en cuanto las plantas, los animales y las enfermedades emprendieron su propio proceso de colonización, haciendo posible con ello que los europeos lograran establecerse y mantener un estilo de vida preponderantemente europeo. Los ambientes, por consiguiente, no son de suyo entidades fijas a las cuales los extraños tienen o que acomodarse o que perecer. No están, por así decirlo, arraigados a un punto: también pueden cruzar los mares, marchar con los ejércitos y conquistar continentes enteros.

Estamos, pues, frente a dos distintas posibilidades. ¿Las sociedades de inmigrantes son forzadas a adaptarse y conformarse a un ambiente local, o traen con ellas su propio equipaje ambiental? ¿Fuerza el "reto"

[1] Alfred W. Crosby, *Ecological Imperialism: the Biological Expansion of Europe, 900-1900*, Cambridge, 1986.

(para decirlo al modo de Toynbee) de un ambiente nuevo a abandonar las viejas ideas y prácticas culturales y estimula la creación de otras más adecuadas al nuevo entorno? ¿o están las tradiciones culturales atrincheradas tan firmemente, que son difíciles de hacer a un lado y sobreviven hasta en un territorio aparentemente hostil?

Una de las formas en que los historiadores han atacado el problema de la fijeza y el cambio, de la cultura antigua trasplantada a un ambiente nuevo, consiste en la "tesis de la frontera" tal y como la formuló inicialmente el historiador estadounidense Frederick Jackson Turner. Aunque gran parte de la discusión de la tesis de Turner se ha erigido en torno de debates relativos a la historia de Estados Unidos, sirve, como el estudio de la Peste negra o la enfermedad y la despoblación de América, de modelo que puede aplicarse o ensayarse también en relación con muchas otras sociedades. Se puede argumentar en términos más generales que la idea de una frontera que avanza es una de las principales formas en que los historiadores se han propuesto conceptuar el proceso de interacción y conflicto entre dos conjuntos de gente culturalmente distintos y las ideas y las prácticas ambientales que representan. La frontera ha servido además de dispositivo, en parte derivado de las ideas darwinianas de evolución, para expresar el carácter dinámico de las sociedades europeas (o derivadas de las europeas) y contrastarlas con las sociedades, presuntamente primitivas e inmutables, y las ecologías a las que desplazaron.

Hace cosa de un siglo, en julio de 1893, Frederick Jackson Turner presentó su celebrado artículo "The Significance of the Frontier in American History" ante la Asociación Norteamericana de Historia. La tesis de Turner ha merecido llamarse la "explicación ambiental del norteamericanismo",[2] y ha resultado ser ciertamente una de las declaraciones más influyentes de determinismo ambiental en la historia de la humanidad. Turner empezó por observar un boletín reciente, publicado por el Superintendente del Censo que, en efecto, declaró el fin de la tierra inculta en Estados Unidos y así, según Turner, el fin de la frontera estadounidense. Esto representó

> el desenlace de un gran momento histórico. Hasta nuestros días la historia de Estados Unidos ha sido hasta cierto punto la historia de la colonización del Gran Oeste o Lejano Oeste. La existencia de una región de tierra libre, su retroceso continuo y el avance de la colonización norteamericana en dirección oeste explican el desarrollo de Estados Unidos.[3]

[2] David M. Potter, *People of Plenty: Economic Abundance and the American Character*, Chicago, 1954, p. 22.

[3] "The significance of the frontier in American History", en Frederick Jackson Turner, *The Frontier in American History*, Nueva York, 1953, p. 1.

Turner estaba reaccionando en contra de los puntos de vista de aquellos historiadores, incluido su maestro Herbert Baxter Adams, que creían que los orígenes de las instituciones estadounidenses, incluida su democracia, estaban en Europa y especialmente, como era común en ese tiempo, en las instituciones tradicionales germánicas. Mucho trabajo le costó a Turner rechazar tal relación y en su lugar afirmar la singularidad de la experiencia histórica de Estados Unidos. Sostuvo que en la mayoría de las naciones el desarrollo de las instituciones había ocurrido en el marco de un área geográfica delimitada o, en caso de expansión, la nación se había topado con otros pueblos, y había tenido que conquistarlos. Estados Unidos, por lo contrario, había evolucionado de una situación en que siempre había tierra "libre", y la frontera, "el punto de encuentro entre lo agreste y la civilización", se había movido incesantemente hacia el oeste, a medida que los territorios antiguos eran acomodados a un sistema de agricultura y de gobierno más estables. De esta interacción con el ambiente de la frontera vino un proceso constante de renacimiento y renovación, conforme los estadounidenses se despojaban de ideas e instituciones heredadas y se adaptaban al reto y al estímulo de una nueva situación. De ahí que Turner haya declarado que "la historia de esta nación no está en la costa del Atlántico" —la región del primer poblamiento y lugar de los vínculos geográficos y culturales con el Viejo Mundo— "está en el Gran Oeste", y desde su punto de vista ninguno de los temas principales de la historia de Estados Unidos, incluida la esclavitud, podrían entenderse bien a menos que se reconociera debidamente este hecho fundamental.

Se le ha criticado mucho a Turner su falta de rigor en el uso del término "frontera". Hace poco un historiador comentó que a pesar de ser fundamental en su trabajo, Turner lo usó "descuidadamente o, mejor dicho, indiscriminadamente".[4] ¿Se refería a un lugar geográfico en particular —las dos terceras partes de Estados Unidos en comparación con la costa oriental—? ¿O quería decir un proceso más bien que un lugar, una etapa de la evolución histórica por la que terminó por pasar cada parte de lo que más tarde sería Estados Unidos antes de arribar a una forma de vida estable? La elusividad de Turner sobre este punto ha inspirado, lo mismo que irritado, a las posteriores generaciones de historiadores. Pero desde nuestra perspectiva es importante ver en su concepto de frontera una amalgama de fuerzas físicas y culturales, como el propio escritor lo indicó en 1893:

[4] Roger L., Nichols (comp.), *American Frontier and Western Issues: a Historiographical Review*, Nueva York, 1986, Introduction, p. 2.

La frontera es la línea de norteamericanización más rápida y eficaz. Lo salvaje domina al colono. Encuentra a un europeo en cuanto a vestido, industrias, herramientas, modos de viajar y de pensar. Lo toma del vagón de ferrocarril y lo pone en la canoa de abedul. Le quita el ropaje de la civilización y lo viste con la camisa y los mocasines de cazador. Lo instala en la cabaña de troncos de los cheroquis y los iroqueses y erige en torno suyo la palizada india. Desde hace mucho está plantando maíz indio y labrando la tierra con un garrote puntiagudo; profiere el grito de guerra y corta cueros cabelludos al estilo indio ortodoxo. En suma, en la frontera el ambiente es al principio demasiado riguroso para el hombre. Debe aceptar las condiciones que impone, o perecer [...][5]

Pero Turner no está resucitando a Rousseau. Aquí no hay salvajes nobles. La frontera fuerza al inmigrante a desprenderse de su pasado europeo (de modo muy parecido a como Francis Parkman describió a los emigrantes de la Senda de Oregón tirando como lastre "mesas antiguas con patas que simulaban garras" y "estorbosos burós de roble tallado" mientras se dirigían al oeste en caravanas de carretas entoldadas cruzando las praderas).[6] La carga de las costumbres y las convenciones heredadas se arroja a la basura, y por el momento "el ambiente es [...] demasiado fuerte para el hombre". Pero no permanece indefinidamente en el nivel del primitivismo indio, arrancando cabelleras y remando en canoas de abedul. Poco a poco el hombre de la frontera (y Turner pensaba ante todo en hombres, no mujeres, que se enfrentaban a la situación de la frontera y ésta los transformaba) comienza a invertir el balance entre el ambiente y la cultura y a "transformar lo salvaje". Habiendo aprendido del indio lo que necesitaba para su propia supervivencia, pronto lo despoja y suplanta. Empezando en la costa este, "todavía la frontera de Europa en sentido muy real", la línea de avance se fue desplazando cada vez más y más hacia el oeste, haciéndose, en el proceso, "cada vez más y más estadounidense". "En consecuencia, el avance de la frontera", escribió Turner, "ha significado un alejamiento constante de la influencia de Europa, un constante crecer de la independencia conforme a lineamientos norteamericanos". Pero, aunque la frontera avanzó, y dejó tras de sí regiones colonizadas, con granjas, caminos y poblaciones, esas regiones conservaron algo del carácter de la experiencia de haber sido frontera.

Las sucesivas etapas del avance de la frontera hacia el oeste dejaron la impronta de ciertas "líneas fronterizas naturales", que "sirvió para dibujar e imprimir las características" de la frontera móvil. En el siglo XVII la frontera se hallaba en la "línea topográfica de cambio de nivel" de la costa

[5] Turner, "The significance of the frontier", pp. 3-4.

[6] Francis Parkman, *The Oregon Trail: Sketches of Prairie and Rocky-Mountain Life*, 1ª ed. 1849, Londres, 1944, p. 60.

oriental; en el siglo XVIII, ya estaba en los montes Allegheny; hacia el primer cuarto del siglo XIX la frontera llegaba hasta el río Misisipi (y aparte del salto a California) y a mediados del mismo siglo alcanzó el Misuri, hasta tocar por fin los pastizales áridos y las montañas Rocosas en los dos últimos decenios del dicho siglo. Éstos fueron no tan sólo obstáculos naturales y físicos que había que salvar: también marcaron las etapas sucesivas de la dilatada lucha en contra de los indios. Dice Turner que las guerras contra los indios fueron el estímulo de una fuerza unificadora: congregaron a los estados en una acción unificada; funcionaron como si hubieran sido escuelas de entrenamiento militar; y sirvieron para desarrollar "las cualidades de bravura y rudeza del hombre de la frontera". Según los puntos de vista de este escritor, los indios eran parte del ambiente, allegados de la naturaleza, tan primitivos como obstaculizadores, pero también con calidad de fuerza formativa, igual que los bosques, los ríos, los pasos de las montañas. Eran barreras que hubo que salvar, para que florecieran en condiciones ventajosas las instituciones y los valores de los Estados Unidos blancos.

La frontera en evolución

Turner estaba impugnando, por un lado, los argumentos raciales y geneticistas de la escuela de Adams y su insistencia en los orígenes europeos de las instituciones estadounidenses (orígenes a los que despectivamente llamó "gérmenes germanos"); pero, por otro lado, estaba justificando la idea de que los indios eran pueblos inferiores que tenían que ser conquistados y excluidos de la ulterior historia de los Estados Unidos blancos. La frontera fue frontera de subordinación racial y luego de exclusión. Hubo en esto una consciente y penetrante estocada darwiniana. La frontera fue no sólo la matriz cultural de la cual nacieron los nuevos Estados Unidos de América; fue también un "registro de la evolución social", como la llamó Turner, desde el indio primitivo hasta la fábrica, la granja y el tribunal de los blancos civilizados. En un celebrado pasaje de su artículo de 1893, que identifica claramente este proceso evolutivo en pleno funcionamiento, Turner observó:

> Párate en el paso de Cumberland y contempla el desfile de la civilización, que marcha en fila india —el búfalo que sigue la trocha de los manantiales de agua salada, los indios, el tratante de pieles y el cazador, el criador de ganado, el granjero pionero— y la frontera ya pasó. Plántate en el Paso del Sur de las Rocosas un siglo después, y mira la misma procesión, pero ahora con intervalos más largos entre uno y otro desfilante.[7]

[7] Turner, "The Significance of the frontier", p. 12.

El papel que desempeñaron los principales sistemas fluviales en la apertura del Oeste y en determinar la ubicación de sus puertos y ciudades principales, así como la forma en que los antiguos caminos indios se han convertido en las carreteras comerciales de Estados Unidos, hicieron a Turner reflexionar en que "en este progreso que se inicia en las condiciones del salvajismo primitivo están los asuntos del evolucionista". Y tres años después, en un ensayo sobre "The Problem of the West", en términos que reflejan la impronta de las ideas evolutivas y ecológicas sobre el pensamiento histórico en la última década del siglo pasado, Turner advirtió que la historia de las instituciones políticas y la democracia de Estados Unidos no era una historia ni de imitación ni de apropiación de elementos europeos, sino "una historia de la evolución y adaptación de órganos en respuesta a un cambio de ambiente, una historia del origen de nuevas especies políticas."[8]

De la experiencia formativa de la frontera nació el espíritu de la democracia estadounidense, resumido para Turner por Andrew Jackson, de Tennessee, cuya democracia "provino no de los sueños de los teóricos del bosque alemán", sino que surgió "íntegra y fuerte y llena de vida, del bosque estadounidense". De los territorios de la frontera vinieron también los privilegios democráticos de principios del siglo XIX y el igualitarismo de las ideas y las instituciones occidentales, comparados con los del Este aristocrático que añoraba Europa. Allí se forjó también el sentimiento de identidad nacional. En el crisol de la frontera fue donde los inmigrantes de varias tierras europeas se conjuntaron y mezclaron en una "nacionalidad mixta", "norteamericanizada, liberada y fundida en una raza miscelánea, que no fue inglesa ni en nacionalidad ni en sus características". Por tanto, "el desarrollo del nacionalismo", como la evolución de las instituciones políticas estadounidenses, dependió de la frontera en marcha.

Pero, correspondientemente, el paso de la frontera en la década final del siglo pasado fue para Turner asunto de pesadumbre y preocupación. Si el ambiente de la frontera había desempeñado tal papel crítico en la creación del espíritu y las instituciones estadounidenses, su consumación podía amenazar su vitalidad futura, a menos que la marea del poder estadounidense estuviera destinada —como podría ser todavía el caso con el expansionismo de los años noventa del siglo XIX— a ser siempre ascendente. En su ensayo de 1896 sobre "The Problem of West", escrito meses antes de que el estallido de la guerra hispanonorteamericana volcara la atención de Estados Unidos hacia el Caribe y el Pacífico, Turner llegó a esta conclusión:

[8] "The problem of the West", en Turner, *The Frontier in American History*, p. 206.

> Durante casi tres siglos el hecho dominante de la vida estadounidense ha sido la expansión. Con la colonización de la costa del Pacífico y la ocupación de las tierras libres, este movimiento quedó interrumpido. Afirmar que estas energías de expansión ya no operarán más sería una predicción apresurada, y las demandas de una vigorosa política exterior, de un canal interoceánico, de una revitalización de nuestro poder sobre los mares y de la extensión de la influencia estadounidense a las islas remotas y los paises próximos, son indicaciones de que el movimiento continúa.[9]

Escrito poco antes de que otros dos estadounidenses, Ellen Semple y Ellsworth Huntington, presentaran sus propias versiones de determinismo geográfico, Turner estaba articulando el espíritu de una era con pretensiones imperiales y orgullosa de la raza. Su tesis fue formulada en el contexto de "un *ethos* nacionalista, impregnado de darwinismo social y del ascenso de Estados Unidos a la categoría de gran potencia mundial".[10] Pero al mirar en retrospectiva la frontera y la "tierra libre" que por siglos había estado proveyendo, Turner también estaba dándole expresión a la idea de que América del Norte se había convertido ya en "espacio cerrado" y a la aprehensión de que el añejo espíritu de la frontera no podría ser encendido de nuevo en los bosques tropicales y en las sabanas de América Central ni en las islas del sur de Asia. Presintió seguramente, igual que Semple y Huntington, que se anunciaban en el horizonte limitaciones ambientales y políticas a la expansión estadounidense hacia territorios cultural y físicamente ajenos. La frontera en expansión del norte reñía con su antítesis tropical; volveremos a la condición-de-ser-otra-cosa de la "tropicalidad" en el capítulo VIII. Después de 300 años de avanzar hacia el oeste, cruzando la porción templada de Estados Unidos, parecía que ya no quedaban "tierras nuevas" que ocupar —o, cuando menos, que valiera la pena conquistar.

Se expande la tesis de la frontera

La "tesis de frontera" de Turner había tenido un efecto notable en la escritura y en la conceptualización de la historia de Estados Unidos, dotándola de un fuerte sentido de cronología por desplegarse y de cohesión nacional. Desde la vuelta del siglo hasta principios de los años treinta, la tesis de Turner fue, y esto no debe sorprender a nadie, "virtualmente incuestionable, como si se tratara de las Sagradas escrituras de la histo-

[9] *Ibid.*, p. 219.

[10] Howard Lamar y Leonard Thompson, "Comparative frontier history", en H. Lamar y L. Thompson (comps.), *The Frontier in History: North America and Southern Africa Compared*, New Haven, 1981, p. 4.

riografía de Estados Unidos".[11] De ahí en adelante, se desencadenó una reacción en su contra y empezó la crítica a Turner, en especial por parte de escritores de tendencia izquierdista, por los muchos factores que no había tomado en cuenta, como el papel del conflicto de clases, la urbanización y la industrialización, en el proceso de darle forma al destino histórico de Estados Unidos. Richard Hofstadter atacó fieramente el "mito de la frontera" por dar cuerpo a la "concepción predominante del pasado estadounidense" y por no tomar en consideración muchos otros factores que habían influido en el pasado de Estados Unidos. Él fue uno de los pensadores que no aceptó que los ideales democráticos de la revolución de independencia se hubieran originado en las regiones remotas y silvestres del territorio estadounidense. Y mostró que dichos ideales no habían brotado del encuentro con la naturaleza salvaje, sino que "provenían del republicanismo inglés del siglo XVII —notablemente, desde luego, de Locke—". Fueron las ciudades, no el campo, las que recibieron a la masa de los inmigrantes, y fue ahí, en ese crisol de razas y no en el de la frontera, donde empezó verdaderamente el proceso de construcción de la nación.[12]

En los años sesenta la reputación de Turner como historiador se había ido a pique. Su representación del Oeste y su papel en la historia de Estados Unidos fue juzgada inexacta, improcedente o bien —cuando se la tomó en serio— carente de importancia por "racista, sexista e imperialista" en su descripción de la expansión y colonización del Oeste.[13] Desde entonces, sin embargo, se ha reavivado marcada, aunque delimitadamente, el interés por el tema, en parte por el impulso ecológico que se encuentra detrás de la tesis de Turner. Aun cuando la frontera no haya hecho a Estados Unidos en el sentido defendido por Turner, sí es claro que fue el escenario de muchos de sus episodios formativos, y expresó otros tantos de sus ideales más elevados y sus ilusiones más extravagantes. Un historiador ha llegado incluso al extremo de afirmar que la historia ambiental de Estados Unidos es de muchos modos "una extensión moderna de la lógica de la historiografía turneriana de la frontera", aunque, como el mismo escritor advierte, la celebración que hace Turner de la destrucción de lo salvaje y la vida silvestre, y la conversión de la tierra "libre" en tierra agrícola o de uso industrial, vista desde nuestros días se antoja la cima del mal gusto ambientalista.[14] La

[11] Ray Allen Billington (comp.), *The Frontier Thesis: Valid Interpretation of American History*, Nueva York, 1966, Introduction, p. 3.

[12] Richard Hofstadter, "Turner and the frontier myth", en *ibid.*, pp. 100-106.

[13] William Cronon, George Miles y Jay Gatlin, "Becoming West: towards a new meaning for Western history", en W. Cronon, G. Miles y J. Gatlin (comps.), *Under an Open Sky: Rethinking America's Western Past*, Nueva York, 1992, p. 4.

[14] John Opie, "The environment and the frontier", en Nichols (comp.), *American Frontier*, p. 7.

historia escrita por Turner puede verse ahora como la descripción de un cambio ambiental despiadado e irreversible, y, por su fulgurante rapidez y vasta escala, con pocos paralelos en la historia universal.

No obstante que Turner subrayó la unicidad de la experiencia estadounidense y no hizo muchas observaciones comparativas, ni siquiera en el ámbito de las Américas (su ceguera a las experiencias canadiense e hispanoamericana es una de las razones por las que se le ha criticado con más frecuencia), su tesis ha sido empleada como modelo para la investigación y el análisis de otras regiones que pasan por procesos, en términos generales comparables, de cambio cultural y ambiental, asociado con la expansión europea desde el siglo XV —aunque nunca con la eficacia ni el aplomo de que en su patria ha gozado la tesis de Turner—. Parte del atractivo de la tesis de Turner dentro de Estados Unidos —tanto para discípulos como para detractores— ha sido la amplia perspectiva que brinda para el estudio de la historia de Estados Unidos en su conjunto, y que al mismo tiempo proporciona —con la frontera móvil— la vara para medir procesos de cambio locales.

Si bien personalmente Turner esquivó la historia comparada, pudiera argumentarse que la naturaleza de su hipótesis y la convicción con que la expuso tuvieron un efecto profundo sobre las subsiguientes generaciones de historiadores que tratan de situar la historia de Estados Unidos en el marco de la historia universal, y su preocupación por hacerlo no meramente mediante una historia de las ideas, las instituciones y las migraciones, sino también por medio de una historia del contexto y el impacto ecológicos. Para Turner, naturalmente, ésta fue una historia de la singularidad estadounidense: los bosques y la frontera hicieron que los Estados Unidos fueran distintos de Europa y presumiblemente de otras sociedades, incluso de las Américas. Pero desde los días de Turner otros historiadores han rechazado su chauvinismo ambiental aunque reteniendo el atractivo generalizado del determinismo ambiental. En el *Ecological Imperialism* de Crosby, por ejemplo (véase capítulo V), la frontera, todavía experiencia fecunda de la cual surgieron los Estados Unidos, se convierte en una frontera ecológica, una marea ascendente no tan sólo de pioneros humanos, sino también de plantas, animales y sobre todo agentes patógenos del Viejo Mundo, que desalojan a los indígenas y establecen sus colonias no sólo más allá de los Alleghanys y en las Grandes planicies, sino por todas las "Neoeuropas". América y las demás regiones del planeta de las que Crosby se ocupa representan, como el Oeste para Turner, "tierras vírgenes", sociedades cultural o biológicamente menos avanzadas que el Viejo Mundo y, por consiguiente, abiertas a la invasión real. La América de Turner y las "Neoeuropas" de Crosby proceden de una búsqueda compartida del excepcionalismo histórico y ecológico.

Dibujan un nítido contraste entre lo que ocurre en las "tierras vírgenes" y lo que ocurre ya sea en Eurasia o en los trópicos, donde se aplican otros imperativos culturales y ambientales. Fundándose, pues, en la experiencia estadounidense tratan de definir los patrones más amplios de la historia, ya sea para hacer generalizaciones o para identificar las excepciones.

La "gran frontera" de Europa

Los historiadores estadounidenses han buscado otras maneras de expandir o enmendar la tesis de Turner. Uno de los intentos más ambiciosos fue el de Walter Prescott Webb en su *The Great Frontier*, publicado en 1952. Webb pagó tributo generoso a la importancia del trabajo de Turner para la historiografía estadounidense, asegurando que si cada nación sólo tuviera que hacer una contribución al conocimiento del mundo, entonces, según él, la de Estados Unidos sería la tesis de la frontera. Agregó, sin embargo, que hacía falta rescatar el concepto de su estrecho contexto estadounidense para aplicarlo a la evolución de la civilización occidental en su conjunto desde 1500. Pero aunque expandiendo los parámetros geográficos de la idea de la frontera a dimensiones no muy disímiles a las de las "Neoeuropas" de Crosby, Webb conservó el sentido de Turner del valor de la tierra "libre" y la identificación de los indígenas con lo primitivo y, consecuentemente, afirmó que

> El concepto de una frontera en movimiento es aplicable a todos aquellos lugares donde un pueblo civilizado está internándose en una región primigenia, no colonizada, o bien poblada de modo disperso por gente primitiva. Fue la suerte de tierra en la que penetraron los bóeres en África del Sur, los ingleses en Australia y los estadounidenses y canadienses en su progreso hacia el oeste atravesando América del Norte. El movimiento de la frontera es la invasión de una tierra que se supone vacante, para distinguirlo de la invasión de un país ocupado o civilizado, un avance en contra de la naturaleza más bien que en contra de seres humanos [...] Inherente al concepto estadounidense de una frontera en movimiento es la idea de un cuerpo de tierra libre que está ahí para tomarla.[15]

Pero ahí donde Turner dio la espalda al Viejo Continente y a los orígenes populares germánicos, Webb (quizá atento a la deuda que este continente había contraído con los recursos militares y económicos de Estados Unidos en la segunda Guerra Mundial y después de ella) vio que Europa y las sociedades de la frontera compartían un destino común.

[15] Walter Prescott Webb, *The Great Frontier*, 1ª ed. 1952, Austin, 1964, p. 3.

Ambos fueron los beneficiarios conjuntos de la experiencia de la frontera. El descubrimiento de América por Colón se convierte así, por su consideración, en un momento crítico tanto en la historia de Europa como en la del Nuevo Mundo (modo de ver las cosas al que los historiadores europeos tendían a resistirse). Para Webb, la frontera era "casi tan importante en determinar la vida y las instituciones de la Europa moderna como en imprimirle rumbo al curso de la historia de Estados Unidos". Sin la frontera, la Europa moderna sería "tan diferente de lo que es, que sería muy difícil poderla considerar moderna".[16]

Su punto de partida fue esa clase de perspectiva maltusiana sombría de fines de la Europa medieval que encontramos en el capítulo IV, y que de seguro encuentra sus ecos en la Europa devastada por la guerra, de fines de los años cuarenta y principios de los cincuenta, en que Webb estaba formulando su versión de la tesis de la frontera. En 1500 Europa era una sociedad de 100 millones de personas, relativamente estable pero apremiada por lo limitado de sus medios de subsistencia: era un continente pobre y hambriento, y apenas estaba curándose del trauma de la Peste negra. Luego, con el descubrimiento de América, "llegó el milagro que iba a cambiarlo todo, el emancipador cargado de ricos presentes de tierra y más tierra, de oro y plata, y de nuevos alimentos para los estómagos vacíos y nuevas telas para cubrir toda espalda semidesnuda". Las riquezas de la Gran frontera, empezando con América, pero continuando con África del Sur y Australia y Nueva Zelanda, fueron suficientes, dice Webb, "para enriquecer a todas las metrópolis".[17]

En términos de los tres factores críticos —la población, la tierra y el capital— la Gran frontera inclinó la balanza decisivamente a favor de Europa. En 1500 había 10 personas por kilómetro cuadrado de territorio europeo. Con la apertura de la Gran frontera, Europa ganó poco más de 32 millones de kilómetros cuadrados, más de cinco veces su superficie, y con ello no sólo se incrementaron enormemente sus riquezas, sino también la tierra. De esto último resultó una reducción de la densidad de población enormemente benéfica. La frontera representó así un "un vasto cuerpo de riqueza sin propietarios", una extensión de "tierra vacía", equivalente a varias veces el tamaño de Europa occidental, una tierra "cuyos recursos todavía no habían sido explotados". Webb creía que esta adquisición, como caída del cielo, generó una oleada de prosperidad que duró hasta fines del último decenio del siglo pasado. Rescató a Europa de la trampa maltusiana y estimuló el pensamiento original y la innovación.

[16] *Ibid.*, p. 7.
[17] *Ibid.*, pp. 8-9.

Ésta no es una visión que compartan muchos historiadores europeos que, en lugar de ella, propenden a subrayar la continuidad de las tradiciones y recursos económicos de la propia Europa, poniendo en duda los beneficios financieros que los lingotes de oro del Nuevo Mundo hayan podido traer a las naciones de ese continente y permanecen escépticos respecto al valor de la contribución estadounidense a la economía y la cultura europeas. En realidad, parte del propósito que hay detrás de *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, de Braudel (analizado en el capítulo III), fue precisamente poner a discusión la excesiva importancia que se había concedido a la economía del Atlántico, que surgía, y el restablecimiento de la dinámica interna —ambiental, económica o política— de la región del Mediterráneo. Como Braudel proclamó en tono casi degaullista en 1967: "*L'Amerique ne commande pas seule*": Estados Unidos no son los únicos que mandan.

Pero, en los años cincuenta, lejos estaba de ser éste el punto de vista de Webb. Encontraba las manifestaciones del espíritu de la frontera "presentes en todas partes" en las sociedades creadas o afectadas por la Gran frontera —"en el gobierno democrático, en la política vocinglera, en la agricultura explotadora, en la movilidad de la población, en el descuido de las convenciones, en las maneras rudas y en el optimismo desenfrenado"—. Retomando un tema turneresco, pero dándole un nuevo giro, Webb declaró que mientras Europa podía tomar el crédito por el mercantilismo, el capitalismo y el industrialismo, "las fronteras habían dado a luz la democracia". Sus orígenes estaban no en Europa, sino "en los claros de los bosques del Nuevo Mundo", y especialmente a lo largo de la costa oriental "donde los ingleses habían llegado a levantar sus casas".[18]

Como Turner, Webb miró en retrospectiva el cierre de la frontera en la última década del siglo XIX, y lamentó que ya fuera cosa del pasado. Ya no quedaban nuevas tierras: el Brasil tropical y la Alaska helada eran, según él, pobres prospectos; y tampoco confiaba mucho en la capacidad de la ciencia y la tecnología para inventar fronteras nuevas mediante el uso eficaz de los recursos existentes. Se declaró, como muchos otros estadounidenses, "nostálgico" de la era ida de la Gran frontera, y con ansiedad se preguntaba qué sería sin ella del futuro de la civilización occidental.

Aún más enfáticamente que Turner, Webb vio en el encuentro con la naturaleza, representado por la frontera, una de sus características más importantes. En Europa, la vida del hombre estaba dominada por el contacto con otros hombres: en la forma de leyes, instituciones y gobierno.

[18] *Ibid.*, pp. 5, 30.

"Hacia dondequiera que volviera los ojos veía que la gran lucha era del hombre contra el hombre. La naturaleza, pasiva y recesiva, había sido empujada tras bambalinas por la civilización." En contraste, en las Américas, y en las otras líneas avanzadas de la Gran frontera, el hombre se enfrentaba sólo a la naturaleza, a una vasta naturaleza primigenia, al parecer vacía de seres humanos. "Lo que el hombre le había hecho al hombre ahora se desvanecía de un instante a otro: en ninguna parte había ningún policía, ni sacerdote, ni amo, que lo estuvieran hostigando". Prácticamente nadie reconoció que éstos eran territorios ya ocupados por culturas preexistentes y por prácticas de uso de la tierra. "En Europa", sacó Webb en conclusión, "el tema de la vida era el hombre contra el hombre, el hombre contra la civilización; pero en la frontera el tema era el hombre contra la naturaleza".[19] Pero tales intentos por hacer caso omiso de la existencia de los indígenas no pudieron persistir sin ser impugnados ni siquiera en la historia de América.

"Los paisajes indios"

Webb, como su mentor, mostró poco interés por la historia de América antes de Colón o siquiera de Jamestown. Lo que le atraía era el tiempo de cambio rápido que siguió al llamado descubrimiento. No era el único que actuaba así. El punto de vista prevaleciente en el siglo XIX, e incluso después, fue el de que "las razas salvajes no tienen historia". Como lo declaró un etnólogo inglés un cuarto de siglo antes de que Turner diera a conocer su tesis de la frontera: "cada siglo las ve [a las 'razas salvajes'] en la misma condición en que estaban en el anterior, sin aprender nada, sin inventar nada, sin mejorar nada, viviendo en la misma sórdida miseria y bestial ignorancia [...] Sin pasado ni futuro, condenadas [...] a una extinción inevitable".[20]

Pero una de las revisiones —y refutaciones— más sustanciales de la tesis de Turner ha sido la de ver la historia de Estados Unidos desde otro lado de la frontera ecológica, y rescatar a los amerindios del estado de naturaleza y posición de inferioridad del salvajismo darwiniano en la cual los encajonaron Turner, Webb y otros. Tanto el estrecho marco temporal como el etnocentrismo de la tesis de Turner-Webb, junto con la ceguera ecológica, han sido, pues, impugnados de raíz. Michael Williams, por ejemplo, ha refutado la idea, tan poderosamente arraigada en el pensamiento de Turner y muchos de los primeros que escribie-

[19] *Ibid.*, pp. 31-32.

[20] Frederic William Farrar, "Aptitudes of races", *Transactions of the Ethnological Society*, 1867, en Michael D. Biddiss (comp.) *Images of Race*, Leicester, 1979, p. 148.

ron sobre la frontera de Estados Unidos, de que América era una tierra virgen cuando los primeros europeos desembarcaron en las costas de América del Norte. Por el contrario,

> los indios fueron un factor ecológico potente, si no es que decisivo, en la distribución y composición del bosque. Sus actividades de milenios hacen difícil de sostener el concepto de "vegetación natural". Esto no quiere decir que no haya habido bosques intactos [...] sino que la idea del bosque en estado prístino de equilibrio con el resto de la naturaleza, en espera de la llegada de la mano transformadora del europeo, ha sido aceptada con demasiada facilidad como generalización reconfortante y marca desde la cual medir todos los cambios que sobrevinieron. Cuando los europeos llegaron a América del Norte, el bosque ya había sido cambiado radicalmente.[21]

Otro escritor hace una aportación semejante. "América no comienza", observa, "en las riberas del río bautizado como James (en 1607), sino más bien en el momento en que pueblos de Asia cruzan el estrecho de Bering hace alrededor de 15 000 años".[22] Lo que los europeos tomaron por territorio vacío con su paisaje "natural", hoy se revela como algo trabajado y modificado por los amerindios durante miles de años antes de la llegada del hombre blanco. Hubo un paisaje preeuropeo que representó los errores y logros de incontables generaciones, y a este paisaje cultural los euronorteamericanos superponen sus pautas de uso de la tierra y colonización.[23]

Este enfoque de tipo ecológico y largo plazo, que sitúa la experiencia de la frontera en medio (en vez de al principio) de la historia de Estados Unidos, está bien representado en la obra de dos escritores anteriores, Carl O. Sauer y James C. Malin. En sus diferentes estilos, estos dos estudiosos objetaron muchos de los supuestos básicos de la tesis de Turner en un momento en que aún éste se halla en posición dominante dentro de la historiografía estadounidense y, al hacerlo así, contribuyeron a ampliar las investigaciones en el campo de la historia ambiental de Estados Unidos.

Con formación en antropología y geografía (pero con fuertes intereses históricos), Sauer investigó de los años veinte en adelante para rechazar la clase de determinismo ambiental representado por Turner y su escuela, aunque continuó trabajando con el concepto de "la frontera" que Turner puso en primer plano. Sauer repudió la idea de que los pri-

[21] Michael Williams, *American and their Forests: a Historical Geography*, Cambridge, 1989, p. 49.

[22] Karl W. Butzer, "The Indian legacy in the American landscape", en Michael Conzen (comp.), *The Making of the American Landscape*, Boston, 1990, p. 27.

[23] *Ibid.*, 28.

meros europeos encontraron un paisaje natural en América. "Ni siquiera a los pueblos más primitivos, ignorantes de la agricultura", escribió en 1957, "se les puede considerar como ocupantes meramente pasivos de nichos particulares en su ambiente de bosques".[24] Por el contrario, él vio los paisajes como productos culturales, amoldados en diversos grados por la actividad humana, y no menos por los efectos del fuego y la domesticación de plantas y animales. En lugar de una sucesión darwiniana, que avanza de ocupantes y usos de la tierra primitivos a civilizados, Sauer vio el paisaje como una especie de palimpsesto en el cual aparecen las "signaturas" desvanecidas y semiborradas de diferentes culturas sucesivas: india, española, inglesa y estadounidense.

Él ubicó a la frontera no en alguna interacción mística entre los pioneros occidentales y la naturaleza prístina, sino en las características físicas del paisaje, en las pautas de la vegetación y el poblamiento. La "mano transformadora del hombre" se puso de manifiesto por primera vez en los "paisajes indios", aun cuando los primeros europeos hayan sido culturalmente ciegos a su existencia o decidieran desentenderse de ellos en su deseo de demostrar que ésta era una tierra "libre", no usada, no ocupada y por tanto para que ellos se la apropiaran sin más. Para Sauer, aun más que en las fugaces referencias de Turner al "maíz indio" y a las "cabañas de troncos", los europeos fueron los beneficiarios de sus predecesores amerindios, especialmente en el este, donde los hombres de la frontera estadounidense "se apoderaron de los cultivos, los métodos y los campos de los agricultores indios".

La continuidad percibida entre amerindios y europeos fue lo principal para Sauer en cuanto que, a diferencia de Turner, prestó especial atención a México y a Centroamérica, donde las sociedades indias siguieron existiendo, subordinadas a los españoles, pues no fueron ni destruidas ni expulsadas por una frontera avasalladora, como ocurrió más al norte. Para Sauer, la colonización de México y el oeste de América del Sur por los españoles fue una apropiación directa de los pueblos indígenas, y con ellos de su tierra, de modo tal que la región conservó aspectos de las características sociales y ambientales que poseía antes de la conquista.[25]

Uno de los temas de la obra de Sauer —y a partir de entonces de muchos historiadores y geógrafos— fue que lo que ocurrió en la frontera no consistió en un desprenderse de una piel cultural europea, ya obsoleta, y una vuelta o redescubrimiento de cierto modo de existencia primi-

[24] Carl O. Sauer, "Man in the ecology of tropical America", en John Leighly (comp.), *Land and life: a Selection from the Writings of Carl Ortwin Sauer*, Berkeley, 1963, p. 187.
[25] Carro O. Sauer, "Historical geography and the Western frontier" (1930), en *ibid.*, pp. 47-48.

tivo, más próximo a la naturaleza. Lejos de eso, importaron valores, que se habían nutrido en otra parte, que mezclaron o superpusieron a los existentes y ya arraigados en el paisaje americano. Aun entonces no hubo respuesta uniforme entre los recién llegados. Al enfrentarse a lo "primigenio" americano, diferentes grupos de europeos respondieron de modos marcadamente diferentes. Además, la propia frontera no fue un paisaje único, y de ahí lo improbable de que *per se* produjera una sola respuesta entre los inmigrantes. Las misiones de la frontera española, enclavadas en California, fueron muy diferentes de las de los tramperos franceses y los colonos campesinos de Canadá, o de los colonizadores ingleses, alemanes y escandinavos que salieron (cada uno con sus características propias de prácticas agrícolas, construcción, habla y vestimenta) de sus centros de difusión (u "hogares culturales") a lo largo de las costas americanas orientales. El resultado fue una compleja mezcla de la naturaleza y la cultura, como Sauer sugirió en 1930: "La naturaleza de la sucesión cultural que fue iniciada en cualquier área fronteriza estuvo determinada por el carácter físico del país, por la civilización que llegaba y por el momento histórico en que ocurriera."[26]

Volvemos así al rechazo de un modo, estrechamente determinista, de enfocar el ambiente y sus efectos sobre la historia humana, y a expresar de nueva manera la importancia de examinar la interdependencia a largo plazo de la cultura con el ambiente. Al mismo tiempo, reinsertar a los amerindios (y a otros pueblos indígenas de otras partes) en la historia, y hacer destacar su duradero efecto cultural y ecológico sobre el paisaje, hace disminuir todavía la singularidad que Turner y otros vieron en la experiencia de Estados Unidos y la frontera en expansión.

James C. Malin, biólogo y ecologista, así como historiador profesional, se rehusó también a aceptar la miope escala temporal y el enfoque etnocentrista que Turner dio al ambiente. Confrontó el periodo de historia registrada sobre el telón de fondo de los tiempos prehistórico y geológico. Expandió también los parámetros culturales de la tesis de Turner viendo en el paisaje algo que ofrece varios posibles usos humanos. El medio físico de una región ciertamente impone límites a lo posible, pensaba Malin, pero dentro de esos límites la gente tiene considerable libertad de elección, y podría emplear su ingenio para vencer incluso sus mayores y evidentes limitaciones.

Malin, como muchos escritores después de Turner, hizo hincapié en la gran diversidad de las ecologías de lo que hoy es el territorio de Estados Unidos: no hubo solamente un Oeste, un ambiente uniforme ni típico de frontera. Para Turner, nativo de Wisconsin, la frontera consistía

[26] *Ibid.*, p. 49.

en el medio oeste boscoso y la porción superior del valle del Misisipi con los cuales estaba familiarizado; pero para Malin la frontera fue el ambiente muy diferente de las planicies semiáridas de Kansas. Fue ésta un área que los europeos meridionales, o los acostumbrados a los bosques de la costa este, encontraron difíciles de apreciar o de saber explotar. Malin cita un pasaje revelador de la crónica que hizo el capitán R. B. Marcy de una expedición realizada en 1849 a lo largo de lo que hoy es el límite entre los estados de Texas y Nuevo México. Marcy informó que:

> Ni un árbol, ni un matorral, ni ningún otro objeto, animado o inanimado, aliviaban la abrumadora monotonía de aquellos lugares; era una extensión vasta e ilimitada de planicie desértica: el reseco "Llano estacado" de Nuevo México; o, en otras palabras, el desierto del Sahara de América del Norte. Es una región casi tan vasta y sin caminos como el océano— una tierra donde ningún hombre, ni salvaje ni civilizado, fija su domicilio permanente [...] una comarca, vasta y sin árboles, de soledad inhabitada.[27]

La región no era de ningún modo objetivo "deficiente" ni "inadecuada", pero así les parecía a los no familiarizados con tal paisaje aparentemente vacío y estéril. Como consecuencia, muchos de los primeros colonos evadieron por completo las llanuras o se congregaron en los pocos lugares donde había árboles y podía encontrarse agua. Pero con el tiempo, como mostró Malin, los granjeros inmigrantes encontraron formas de hacer productiva la tierra en sus propios términos, principalmente mediante la construcción de pozos artesianos para hacer subir el agua a la superficie y la adopción de semillas de cereales capaces de prosperar en condiciones semiáridas. De ahí Malin sacó la conclusión de que cuando un grupo de gente transfiere su cultura de una localidad a otra, sólo tendrá éxito si utiliza las plantas y los animales que ya viven en esa región o que se adapten con facilidad a las condiciones locales. La naturaleza no predeterminó una sola solución cultural —los colonos blancos podrían cultivar trigo donde en otros tiempos los amerindios cazaron búfalos— pero el ambiente sí restringiría la gama de opciones posibles. La civilización fue entonces consecuencia de la adaptación ecológica eficaz y tuvo "éxito" en la medida en que los colonos inmigrantes fueron capaces de armonizar su herencia cultural con la ecología local.

Desde esta postura "posibilista", Malin rebatió otra de las suposiciones ambientalistas de Turner: la idea pesimista de "espacio cerrado" creada por la conclusión del proceso de la frontera y por la consiguiente

[27] James C. Malin, "Grassland, 'treeless', and 'subhumid': a discussion of some problems of the terminology of geography", en *History and Ecology: Studies of the Grassland*, Lincoln, Nebraska, 1984, p. 23.

pérdida de la tierra "libre" en los años noventa del siglo XIX. Según Malin, un área como las planicies de Kansas nunca estuvo "cerrada" por completo. Siempre estuvo abierta a nuevas posibilidades culturales, pues la tierra puede ser utilizada de muy diferentes maneras. Lo que a los ojos de cierta cultura era visto como inútil, podía ser recurso valioso para otra. Así esquivó Malin el escenario maltusiano.

VII. LA REVOLUCIÓN AMBIENTAL

UN "ACONTECIMIENTO DECISIVO"

PERO PODRÍA UNO PREGUNTARSE si Turner no tuvo al menos en parte la razón al ver la frontera como un proceso singularmente transformador. En términos ambientales, así como culturales, ¿no fue lo que hoy es el territorio de Estados Unidos un lugar cambiado en cuanto la frontera de la expansión recorrió toda la tierra en su avance hacia el oeste? Tres historiadores estadounidenses han comentado que "independientemente de las contradicciones y errores de su saber", Turner estuvo "acertado seguramente" en que la gran invasión de América del Norte (a la que pronto se agregaron África y Asia) por los europeos, y la resistencia que contra ella ofrecieron sus habitantes nativos, fue el "acontecimiento decisivo de la historia de Estados Unidos".[1]

La investigación de Sauer, Malin y otros ha contribuido a establecer el rancio abolengo, las formas culturales y las continuidades ecológicas del paisaje norteamericano, y al mismo tiempo, ayuntando la historia con la antropología, la arqueología y la ecología, tales estudiosos ayudaron a derribar la barrera cultural de escritores como Turner, que vio América del Norte como vacía de gente y vacía de historia antes de la llegada de la frontera que avanzaba hacia el Oeste. Aunque aparentemente desconocedores del paralelismo, Sauer y Malin acercaron la historiografía estadounidense a los *Analistas* de Francia, con su hincapié en la asociación creativa de la historia y la geografía, la estructura física detrás de la historia humana, y las continuidades fundamentales de una *longue durée* estadounidense muy extendida.

Al mismo tiempo, el proceso mismo de recuperar el pasado precolombino, así como recobrar el "paisaje indio" del descuido y la oscuridad, en algunos aspectos ha profundizado y marcado todavía más el sentido de discontinuidad y descoyuntamiento de la historia ambiental de Europa, cuyo fluir presenta menos interrupciones. Sauer no fue ciego a esta paradoja de continuidad y descoyuntamiento. Reconoció, por ejemplo, que la "personalidad" de México, como de gran parte de la América hispánica, ha sido afectada profundamente por dos factores. Uno de ellos es el pasado precolombino "profundo, rico", y la aún vi-

[1] William Cronon, George Miles y Jay Gatlin, "Becoming West: towards a new meaning for Western history", en W. Cronon, G. Miles y J. Gatlin (comps.), *Under an open Sky: Rethinking America's Western Past*, Nueva York, 1992, p. 6.

viente "continuidad con las eras idas"; el otro, el efecto abrupto pero duradero de los cambios radicales introducidos por los españoles que invadieron México en el siglo XVI.[2]

Los historiadores de América del Norte siguen impresionados por la profundidad de la transformación ecológica y cultural que sobrevino a la llegada de los europeos. En un estudio de la frontera trans-Apalaches a fines del siglo XVIII y principios del XIX, Malcolm J. Rohrbough comentó (todavía bajo la influencia parcial de Turner) los grandes cambios que afectaron al valle de Ohio después de la llegada de los primeros colonos europeos:

> Los indios habían vivido en estas tierras durante mil años y las habían cambiado muy poco. Ahora, los pioneros norteamericanos las transformarían en el transcurso de una sola generación. La gran migración tuvo muchas de las características de una revolución: para los americanos nativos que fueron hechos a un lado; para los pioneros que se apoderaron de la tierra y la explotaron; para la tierra misma.[3]

El carácter y las consecuencias de esa "revolución" —que hizo partícipes a los pueblos indígenas, a los colonos europeos y a la ecología— son algo que la historiografía reciente ha tratado de captar (también en la historia de África y Australasia, así como en las Américas). Si el interés de Turner fue por lo que la naturaleza hizo por el hombre de la frontera —dándole democracia, individualismo y una identidad estadounidense inconfundible—, en lo que hoy se insiste es en lo que el hombre de la frontera y el colono les hicieron a los indios y a la tierra, o en la forma en que los blancos y los americanos nativos representaron modos radicalmente distintos de ver y usar el mismo paisaje disputado.

En un revelador estudio de la Nueva Inglaterra colonial, que resume la tendencia general de mucho del saber reciente de historia ambiental fuera de Europa, William Cronon observa que, aunque pudiera ser tentador creer que cuando los europeos llegaron por primera vez a América se enfrentaron a una "tierra virgen", en realidad: "Nada podría estar más alejado de la verdad. En la reveladora frase de Francis Jennings, la tierra era menos virgen que viuda dejada. Los indios habían vivido en el continente durante miles de años, y en grado significativo habían modificado el ambiente para adaptarlo a sus propósitos."[4]

[2] Carl O. Sauer, "The personality of Mexico" (1941), en John Leighly (comp.), *Land and Life: a Selection from the Writings of Carl Ortwin Sauer*, Berkeley, 1963, p. 105.

[3] Malcolm J. Rohrbough, *The Trans-Appalachian Frontier: Peoples, Societies, and Institutions, 1775-1850*, Nueva York, 1978, p. 158.

[4] William Cronon, *Changes in the Land: Indians, Colonists, and the Ecology of New England*, Nueva York, 1983, p. 12.

De varias maneras, Cronon demuestra la interacción india y la modificación del entorno. Por ejemplo, los indios se valían del fuego para destruir la maleza vieja y estimular el crecimiento de yerba nueva y retoños, con lo que se atraían animales de caza (práctica seguida también por los aborígenes de Australia, otra tierra supuestamente vacía). Hace ver cómo en la Nueva Inglaterra los indios llevaban una forma de vida que exigía un conocimiento íntimo de la ecología local, gracias a lo cual sobrevivían durante las diferentes estaciones, pues sabían cuándo pescar, cuándo cazar o sembrar o levantar la cosecha. Su vida era consonante con la diversidad y con los ritmos estacionales de la ecología, pero al mismo tiempo le imponía algunas modificaciones —mediante el uso del fuego, abriendo claros en los bosques y seleccionando ciertas plantas para cultivarlas—. Cuando en el siglo XVII llegaron los primeros colonos, prácticamente fueron incapaces de percibir la destreza de los indios para explotar el ambiente y satisfacer sus necesidades de subsistencia, y se maravillaron de su aparente pobreza en una tierra que, después de Inglaterra, aparecía colmada de la abundancia de una naturaleza pródiga. Sin embargo, esos mismos colonos al principio resultaron ser ineptos en sus intentos por vivir del paisaje de la Nueva Inglaterra, especialmente en invierno. Sólo gradualmente pudieron establecerse, adaptarse a las nuevas condiciones y luego imponer sus propio sistema de uso de la tierra basado en los métodos agropecuarios y las nociones de propiedad inglesas, y así expulsaron a los indios y reemplazaron el uso de la tierra propio de éstos con el inglés. Al respecto, Cronon comenta: "La destrucción de las comunidades indias [...] produjo algunos de los cambios ecológicos más importantes que siguieron a la llegada de los europeos al nuevo continente. La elección no es entre dos paisajes, uno con influencia humana y otro sin ésta, sino entre dos formas humanas de vida, dos maneras de pertenecer a un ecosistema."[5]

Aunque los historiadores siguen criticando la postura indiferenciada y darwiniana de Turner respecto a la frontera y a los cambios que produjo, continúan viendo el avance de la frontera ecológica como una serie de etapas, no todas ellas presentes en todas partes ni con el mismo orden de importancia, pero sí como entidades moderadoras de un proceso, profundo y relativamente rápido, de transformación ambiental y cultural. Y aunque la secuencia quizá haya sido analizada extensamente en el contexto de la frontera de Estados Unidos, se trata de un modelo —como, Crosby y otros señalan— que encaja en otras partes de América (incluidos Canadá, las Antillas y América Latina) y, en ciertos aspectos, también en África del Sur, Australia y Nueva Zelanda.

[5] *Ibid.*

PIELES Y BOSQUES

Uno de los cambios ecológicos más inmediatos y trascendentes —la enfermedad— ya se estudió en el capítulo V, pero es importante recordar el papel continuado de la enfermedad en socavar física y culturalmente a las sociedades indígenas, así como su capacidad para resistirse o ajustarse a la invasión de los europeos. Otra etapa en el avance de la frontera ecológica, especialmente en Canadá y el noroeste de América, pero con estrechas semejanzas con otros lugares por mar y por tierra, fue el tráfico de pieles. En Europa la demanda de pieles para calentarse, por la moda o por posición social parecía insaciable. Hacia el siglo XVII Europa había agotado casi totalmente su propia provisión de pieles, teniendo casi al borde de la extinción a muchos de los animales a los que se las arrancaban. Sólo en Siberia seguía siendo posible atrapar a tales animales en números importantes (una de las razones de que el comercio con Moscovia [la antigua Rusia] fuese tan buscado por los tratantes ingleses de los tiempos de los Tudor). La posibilidad de que los ingleses y los franceses pudieran llegar a Canadá por la bahía de Hudson, el río San Lorenzo y los Grandes Lagos mantuvo la perspectiva de una fuente de pieles, en particular de castor, lucrativa y al parecer inagotable. El tráfico resultante fue de proporciones inmensas y terribles. En sólo un año, 1742, Fort York manejó 130 000 pieles de castor y 9 000 de marta; en los años sesenta del siglo XVIII, uno de los fuertes de la Compañía de la Bahía de Hudson suministró alrededor de 100 000 pieles de castor. También puede juzgarse la magnitud de la matanza por el volumen de pieles que llegaban a Europa. En 1743 tan sólo en el puerto francés de La Rochelle se descargaron 127 000 pieles de castor, 30 000 de marta, 12 000 de nutria, 110 000 de mapache y 16 000 de oso.[6]

Frente a una matanza de tan desmedidas proporciones, pronto se extinguieron muchos de los animales que proporcionaban pieles en las partes más orientales de América del Norte, y los traficantes y los tramperos tuvieron que irse desplazando cada vez más hacia el oeste en busca de sus presas. Hacia 1831 se había extinguido el castor en la porción septentrional de las Grandes Praderas, y en los años treinta del siglo XIX sólo se pudieron recolectar 2 000 pieles al año en la zona de las montañas Rocosas. En los años veinte y treinta del siglo XIX, cuando apenas habían transcurrido 200 años de caza y recolección de pieles, el tráfico de pieles en América del Norte era asunto acabado. Ya no quedaban animales que atrapar, y toda una rica variedad de la vida silvestre de América del Norte había desaparecido.

[6] Clive Ponting, *A Green History of the World*, Harmondsworth, 1992, p. 181.

Los historiadores han discutido mucho sobre el tráfico de pieles, pues el tema coincide en parte en varias narraciones que en apariencia son diferentes. En términos políticos, la competencia por las pieles desencadenó entre ingleses y franceses varios episodios de conflicto en América del Norte. El atractivo comercial del tráfico estimuló la exploración geográfica y que los tramperos, comerciantes y misioneros jesuitas entablaran relaciones con los indios de la región de los Grandes Lagos y más allá. Pero, desde nuestra perspectiva, es también una de las muestras más ilustrativas de la forma en que fue transformada la ecología de América, mas no por la invasión de plantas y agentes patógenos del Viejo Mundo, sino por la rapiña deliberada en un ambiente que era rico antes de la penetración europea. Ésta es una ilustración, tan vívida como la de las plantaciones de azúcar en los trópicos, de la forma en que la búsqueda despiadada de lucro por los europeos pudo transformar, e incluso destruir, ambientes distantes, que la mayoría de los consumidores de Europa nunca vería y cuya existencia quizá ni siquiera se detuviera a considerar. Éste fue el imperialismo de la codicia y la oportunidad, no de la naturaleza.

Etapa posterior de la expansión de la frontera ecológica, especialmente en América del Norte, y aún de mayor escala en cuanto a sus efectos ambientales, fue la destrucción de los bosques. Éste fue también un acto de apropiación y desplazamiento de carácter humano, del cual resultó la expulsión de los indios que hasta entonces habían administrado el ecosistema bosque de acuerdo con sus propias necesidades. Con la destrucción de los árboles se esfumaron los medios materiales de que habían vivido. Y simultáneamente los animales perdieron abrigo y fuente de alimentos. Como ocurrió con el tráfico de pieles, con la desforestación la naturaleza se convirtió en mercancía, madera para mástiles y vergas de barcos, las maderas duras como la caoba en materia prima para confeccionar muebles. Europa, despilfarradora de sus propios bosques, encontró en América un aserradero al parecer inagotable para mantener a flote sus barcos, y sus salones provistos de mesas, sillas y escritorios elegantes. En América la madera era tan barata y abundante que se la utilizó como combustible, para la construcción y para casi cualquier artículo de uso cotidiano. En muchas partes de la costa oriental y en el medio oeste se vio a los árboles como un obstáculo que había que vencer tan rápidamente como fuera posible a fin de crear tierra agrícola. La transformación visual, así como la ecológica, no pudo ser más impactante, ni más en contraste con el progreso lento e intermitente de la desforestación en Europa durante los siglos que antecedieron a la Peste negra.

"Aparte de la creación de ciudades", observa Michael Williams, "es

posible que el factor más importante en la evolución del paisaje americano haya sido la tala de los bosques que cubrían casi la mitad del país".[7] Según sus cálculos, aproximadamente 45% de la superficie ocupada hoy por Estados Unidos era de bosques en el siglo XVII. Hacia 1920 tal cifra se había reducido a la mitad, y gran parte de la destrucción inicial —121 millones y medio de hectáreas— ya se había realizado a principios del siglo XX. Haber presenciado tan rápido y destructivo proceso de desforestación fue lo que impulsó a George Perkins Marsh (como se comentó en el capítulo III) a hacer sus advertencias en *Man and Nature* en los años sesenta del siglo XIX. Para Marsh, como para muchos otros estadounidenses, desde entonces, la desforestación ha sido el aspecto más trascendente y significativo del cambio ambiental.

La transformación de las Antillas

La importancia de la desforestación y los cambios ecológicos y sociales que van con ella no fue algo que ocurrió sólo en Estados Unidos. De ciertos modos fue una devastación aún más calamitosa en los ecosistemas insulares, más frágiles, de las islas antillanas, tal y como lo describió Carl Sauer y, más recientemente, David Watts. Antes de la llegada de los españoles en 1492, la población indígena de las islas, los arauacos y los caribes, vivían principalmente de abrir claros en los bosques para cultivar raíces como la mandioca y el camote en arriates conocidos como *conucos*. Su dieta fue complementada con los productos obtenidos, según la estación, de la pesca y la recolección de frutas. Los indígenas de las islas hicieron así uso total de lo que Watts llama un "entorno beneficioso pero a veces difícil". No sólo su dieta fue relativamente nutritiva, sino que (a pesar de los números improbablemente grandes atribuidos a ellos por Cook y Borah) su acción sobre la ecología de las islas quizá fue relativamente modesta, desde luego comparada con la depredación que estaba por desencadenarse, aunque es muy importante evitar la tentación de subestimar el grado de cambio que estaba dándose en las ecologías antillanas precolombinas con objeto de que el subsiguiente proceso de destrucción parezca de mayores proporciones. Seguramente Watts se siente tentado a pintar un cuadro exageradamente idealizado cuando al hablar de los arauacos dice: "Parece que vivían en casi total armonía con ellos mismos y con su entorno."[8]

[7] Michael Williams, *Americans and their Forests: a Historical Geography*, Cambridge, 1989, p. XVII.

[8] David Watts, *The West Indies: Patterns of Development, Culture and Environmental Change since 1493*, Cambridge, 1987, p. 53.

Muy aparte del proceso continuado de destrucción y regeneración de la selva causado por los huracanes y las tormentas tropicales, los propios indígenas dependieron de la destrucción localizada a fin de abrir espacios para sus siembras. Quemar la vegetación para abrir sitios al cultivo fue un modo importante de devolver al suelo los nutrimentos captados por la vegetación. Como los indios de la tierra firme estadounidense, los arauacos cultivaron varias especies vegetales en sus *conucos*, aumentando así al máximo el uso de los nutrimentos y reduciendo al mínimo los peligros de la erosión del suelo por causa de las lluvias torrenciales. Al descender su fertilidad después de unas cuantas temporadas, se abandonaban las áreas cultivadas, y no se sembraban durante unos 30 años, tiempo que permitía que creciera la selva secundaria y durante el cual el suelo quedaba protegido de la erosión fluvial.

Con la llegada de los españoles, y luego de otros europeos, se produjeron cambios fundamentales en el estilo de vida indígena. La duración real de la conquista del Caribe fue corta, de 1492 a 1519, pero, igual que los huracanes, terriblemente devastadora. Los españoles saquearon las islas en busca de oro y esclavos; las enfermedades importadas atacaron desenfrenadamente; y la crueldad y los trabajos forzados redujeron aún más la población. Luego, habiendo despojado a las islas de sus formas de riqueza más accesibles, los colonos y los aventureros españoles volvieron su atención a la tierra firme de América, con la expedición de Cortés a México en 1519. Pero los efectos de la invasión española fueron duraderos y profundos y cerraron toda oportunidad de que las antiguas culturas amerindias y los ecosistemas se restauraran por sí mismos.

A la primera incursión de enfermedades siguió rápidamente el "cambio de especies" con la importación de nuevas plantas y animales. Al devorar las cosechas, multiplicarse rápidamente y regresar al salvajismo después de escapar a la selva, los cerdos constituyeron una nueva amenaza a la supervivencia de los indígenas. Bartolomé de las Casas, que llegó a La Española en 1502 y se acongojó ante la destrucción en gran escala de la forma de vida previa a la conquista, escribió que "había grandes números de cerdos que se alimentaban de camotes y frutas delicadas [...] los cerros estaban llenos de ellos".[9] Finalmente, en el siglo XVII, mucho tiempo después de que los indios habían sido prácticamente exterminados, los cerdos salvajes fueron sometidos a control. Los europeos los cazaron a tiros por deporte o para usarlos como alimento. Si bien los españoles fueron incapaces de establecer en el Caribe algunos de los elementos más preciados de la biota del Mediterráneo, como el trigo y el ganado ovino (aunque este último se propagó en otras partes, como Mé-

[9] Citado en *ibid.*, p. 117.

xico y Chile), se logró introducir el plátano, trayéndolo de las Islas Canarias, y el ganado bovino, introducido por Colón en su segundo viaje, el de 1493, se propagó por todas las islas, agregando a los efectos destructivos de los cerdos el hecho de que con sus pezuñas compactaban el terreno, causando escurrimiento rápido, que impedía la infiltración de agua de lluvia al subsuelo, y erosión severa.

Como ocurrió con los nativos de Nueva Inglaterra y Virginia, al principio los europeos tuvieron mucho que aprender de los indígenas de las islas. Recién llegados, su supervivencia dependió de los alimentos producidos mediante el procedimiento del *conuco*, del mismo modo que aprendieron a matar árboles de madera dura quitándoles un anillo de corteza y quemándolos, en vez de tratar de cortarlos con hachas que rápidamente se embotaban. Aprendieron a cultivar la mandioca, a dormir en hamacas y a elaborar licor de camote fermentado (hasta que, con el auge de la producción de azúcar, pudieron producir ron barato). Pero poco a poco los europeos fueron borrando del paisaje a los indígenas y desechando su sistema de uso de la tierra. A principios del siglo XVII, prácticamente por ningún lado se veía un *conuco*. Los colonos se dedicaron al tabaco y luego a la caña de azúcar, con lo cual, más que con ninguna otra innovación, se transformó la ecología de las islas antillanas.

El desarrollo de las plantaciones de caña de azúcar basado en mano de obra esclava fue motivado claramente por la búsqueda de lucro. Estimulada por el capital holandés y por la introducción de nuevos procedimientos de producción importados de Brasil, la industria azucarera se propagó rápidamente por las islas antillanas a partir de los años cuarenta del siglo XVII. A fines de esa centuria, las importaciones de azúcar superaron el valor combinado de toda la restante producción colonial de Inglaterra, y fue tal la demanda de azúcar en Europa que durante gran parte del siglo XVIII las plantaciones antillanas produjeron 25% de todas las importaciones británicas. El auge de las plantaciones de caña de azúcar tuvo tres efectos ambientales íntimamente relacionados: apresuró la destrucción de lo que quedaba de los ecosistemas insulares precolombinos; estuvo acompañada de la importación masiva de esclavos africanos y la eliminación o marginación de las poblaciones de amerindios y blancos pobres; y preludió la introducción de nuevas plantas (por encima de la propia caña de azúcar) y nuevas enfermedades (en especial, como vimos en el capítulo V, la fiebre amarilla). En cada uno de estos frentes, el azúcar representó un avance significativo de la frontera ecológica.

En ningún otro lugar fueron tan evidentes los efectos ambientales de la revolución azucarera como en Barbados, donde a mediados del siglo XVII las últimas porciones de selvas precolombinas fueron taladas para abrir

el campo a plantaciones de caña de azúcar. Una isla que en otros tiempos estuvo cubierta por espesa selva se convirtió en paisaje abierto, entregado casi íntegramente al cultivo de la caña de azúcar. Quedó tan poco de la cubierta arbolada, aun en zonas relativamente inaccesibles, que la oportunidad de regeneración de la flora y la fauna nativas fue virtualmente anulada. Se extinguieron las plantas, las aves y los mamíferos nativos, y los pocos que sobrevivieron fueron pronto exterminados como "mala yerba" y "plagas". Privado de su cubierta de árboles y de los nutrimentos que éstos proporcionaban, y sometido a las implacables exigencias del cultivo de la caña de azúcar, el suelo se empobreció y desapareció por efecto de la erosión. Si bien la rapidez y la extensión del cambio ambiental ocurrido en Barbados representa un caso extremo, incluso en las Antillas, su historia de pérdida y sustitución de especies, de la transformación total del paisaje y la eliminación de las huellas culturales previas, da un ejemplo claro y bien documentado de qué tan extenso puede ser un proceso de cambio ambiental. En las Antillas, como en otras regiones tropicales, las plantaciones fueron uno de los agentes de cambio más poderosos. El caso de Barbados pone de relieve también la importancia de la esclavitud, del control sobre la gente y el territorio, para la historia del cambio ambiental en América, África, Asia y el Pacífico desde principios del siglo XVI.

"Una naturaleza primigenia que aúlla"

¿Cuál fue la fuerza que impulsó la expansión de la frontera ecológica? Se han ofrecido tres explicaciones generales pero que no necesariamente se excluyen unas a otras. Una de ellas, la de Crosby y McNeill, habla de que la fuerza impulsora fue biológica en lo esencial. En lugar de un conflicto entre culturas, hubo un enfrentamiento de ecologías, en que las enfermedades, las plantas, los animales y además la gente del Viejo Mundo actuaron de modo combinado para explotar condiciones biológicamente favorables y establecerse a expensas de sus rivales indígenas. Pero, como ya se ha sugerido, esta respuesta parece pecar de incompleta. En muchos casos, el éxito de lo biológico dependió de lo cultural, de la capacidad o determinación de los europeos —como en el caso de las plantaciones de las Antillas— para reencauzar las condiciones económicas, sociales y políticas y acomodarlas a sus intereses comerciales. Las sociedades amerindias no fueron destruidas por la viruela sola, por virulenta que ésta haya sido; ni tampoco por los cerdos y el ganado mayor, pese a lo dañinos que puedan haber sido para los sistemas preexistentes de uso de la tierra, sino por la imposición de una forma de

vida completamente nueva y también por una forma nueva de explotar y alterar el entorno.

La segunda posibilidad, que ya se tocó de pasada pero que se manifiesta en buena parte de la literatura del expansionismo europeo y de la frontera que avanza y avanza, fue la fuerza impulsora del capitalismo apoyada por sus miriadas de agentes científicos y técnicos. En este sentido, la historia ambiental de América no fue sino una extensión de la historia económica de Europa, en donde el capitalismo les había arrebatado desde tiempo atrás a los señores feudales y a las órdenes monásticas la responsabilidad de transformar la tierra "baldía" en terrenos agrícolas productivos y de extraerle beneficio comercial a la naturaleza ociosa. El espíritu del capitalismo se reveló en sí mismo en América en muchas y diversas formas humanas, igual que lo había hecho en Europa, pero la percepción del Nuevo Mundo como tierra de oportunidad y riqueza, propiedad y lucro fue una rama común a todas ellas y distinguió a los invasores y a los inmigrantes de los nativos americanos, a los cuales aquéllos sometieron, expulsaron o exterminaron. En última instancia, pues, puede argumentarse que fue la economía antes que la biología lo que determinó la historia ambiental de América posterior a la conquista.

Existe, sin embargo, una tercera posibilidad, que también merece considerarse. Es la idea, en discrepancia con la de Turner y Crosby, de que la expansión de la frontera ecológica fue producto del determinismo cultural, de valores derivados directamente de Europa, los cuales, al ser transferidos al Nuevo Mundo, tuvieron un efecto transformador sobre la frontera americana. Esta explicación, indudablemente, no por fuerza tiene que estar divorciada de la económica, aunque al darle prioridad a la cultura sobre el comercio se le confiere, en efecto, autonomía.

En una de sus formas más concisas, se ha empleado esta interpretación para explicar el carácter específico de la conquista de México y Perú por los españoles. El año del desembarco de Colón, 1492, fue también, con la caída de Granada, el año de la etapa final de la reconquista de la península ibérica que a la sazón se hallaba en manos de los moros, y lógicamente se ha ligado un fenómeno con otro. Los españoles llegaron a América con espíritu de cruzados, con la confianza nacida de la creencia de que eran el pueblo elegido por Dios para luchar en contra de los incrédulos y sostenida por los mitos y leyendas de la cristiandad del Medioevo. Para muchos conquistadores, "la conquista de América fue simplemente una extensión de la reconquista de la península".[10]

Acostumbrados en España a una frontera militar, abundante en esca-

[10] Alistair Hennessy, *The Frontier in Latin America History*, Londres, 1978, p. 28.

ramuzas, la conversión de los "gentiles" y la colonización por medio de la fundación de poblados, Cortés y sus sucesores siguieron también esta pauta familiar en el Nuevo Mundo. Más que eso, España fue excepcional en la Europa de esa época por seguir atada a una economía pastoril. Grandes áreas de las provincias de Extremadura y Andalucía, de las cuales partieron tantos de los conquistadores y quienes los sucedieron, estaban dominadas por gigantescos rebaños de ovejas y enormes manadas de bovinos. Esta economía pastoril fue la que España transfirió a América en 1493, con los devastadores efectos sociales y ambientales ya descritos. Además, la cultura del pastoreo, incansable y nómada, fue tan intrínsecamente ajena a los aztecas y a los incas, con sus campos sin cercar y sus siembras vulnerables, que las sociedades sedentarias, "ligadas a la tierra", de los amerindios fueron desmoronadas rápidamente. No fue ni el ganado, ni los cerdos y ni las ovejas *per se*, como Crosby quiere que imaginemos, sino el propio sistema cultural diferente que representaron lo que podría aducirse como explicación del rápido colapso de las sociedades amerindias de las Américas Central y del Sur.

Éste es un caso específico, pero la dinámica cultural oculta detrás del avance de la frontera ecológica se ha identificado, mucho más en general, con la civilización europea y la tradición cristiana y no sólo con el catolicismo ardiente e incansable de los conquistadores españoles. En 1967, en un momento en que el movimiento ecologista de Estados Unidos estaba empezando a ganar impulso después de la publicación de *Silent Spring* de Rachel Carson, Lynn White escribió un artículo provocador e influyente sobre "las raíces históricas" de la crisis ambiental contemporánea. Argumentó que las visiones occidentales del mundo natural habían sido influidas profundamente por la tradición judeocristiana, que ve a un Dios que entrega a la humanidad el dominio sobre la naturaleza. White (y otros que siguieron su modo de argumentación) encuentra en el Génesis los orígenes de tal visión: "Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra [...]."

Con base en tales sentimientos, White creía que la figura de san Francisco de Asís fue en verdad excepcional dentro de la tradición cristiana. A él le pareció que la cristiandad, lejos de amar a las aves, las plantas y los demás animales, era "la religión más antropocentrista que ha visto el mundo", una religión que mostraba una "arrogancia sin paralelo hacia la naturaleza", que deliberadamente se dio a destruir las creencias religiosas paganas que habían servido para proteger los árboles, los animales y la propia tierra de la explotación y la destrucción inmisericordes por obra de los humanos. "Destruyendo el animismo pagano",

observa White, "la cristiandad hizo posible explotar a la naturaleza con una actitud de indiferencia hacia los sentimientos de los sujetos naturales". Llegó a la conclusión de que, "a pesar de Darwin, nosotros *no* somos, corazón adentro, parte del proceso natural. Nosotros somos superiores a la naturaleza, la despreciamos, y estamos dispuestos a usarla para satisfacer aun el menor de nuestros caprichos".[11]

Las afirmaciones de White han suscitado una respuesta potente y a menudo emocional en muchos ecologistas, y han estimulado la reapreciación crítica de las actitudes hacia la naturaleza en las tradiciones judía y cristiana y una voluntad de ver con ojos más favorables las credenciales verdes de otros credos. Pero no todos han encontrado posible concordar con las generalizaciones de White, ni tampoco que tales ideas seguirán manteniéndose en pie después de someterlas al escrutinio de la historia. Se ha puesto en duda, razonablemente, si la cristiandad es uniformemente hostil a la naturaleza: se ha señalado que, por ejemplo, hay una rama de la cristiandad medieval que glorificó a Dios en la naturaleza y vio en ésta la evidencia de la obra divina, o que subrayó la tutela humana y no el dominio sobre el mundo natural. Quizá hasta los siglos XVII y XVIII no se perdieron estas ideas, avasalladas por el cambio económico, científico y técnico y por el espíritu rapaz del capitalismo y sus ansias de lucro. Del mismo modo, aunque la idea de que el budismo, el hinduismo y otras religiones no occidentales son mucho más amistosas con el ambiente que la cristiandad, ha ganado terreno y se ha convertido en parte de la crítica ecologista de la civilización en muchas regiones del mundo, la realidad que se oculta detrás de esa retórica con frecuencia no es convincente. Hay una enorme discrepancia entre lo que los textos religiosos prescriben y lo que las sociedades campesinas, abrumadas por la necesidad, realmente practican, y la "naturaleza" que es ensalzada y venerada en las culturas asiáticas no es la "naturaleza tal cual", sino la de la clase selectiva y antropocentrista de que se ocupan el poeta, el pintor, el médico y el constructor de jardines y palacios. Sin embargo, el ensayo de White tocó una fibra que ha encontrado eco en la literatura ambientalista ulterior, y ha contribuido a establecer la idea, *contra* Turner, de que los europeos llevaron consigo ideales ambientales y prejuicios bien establecidos que ayudaron a transformar un paisaje ajeno.

En un estudio hecho conforme a los lineamientos descritos, de largos alcances, aunque excesivamente unidimensional, Frederick Turner (al que no hay que confundir con el Frederick Jackson Turner de los años noventa del siglo XIX), argumentó que la dinámica cultural o, como él

[11] Lynn White, "The historical roots of our ecologic crisis" en *Machina Ex Deo: Essays in the Dynamism of Western Culture*, Cambridge, Mass., 1968, pp. 75-94.

prefería decir, la dinámica espiritual, implícita en las actitudes occidentales hacia la naturaleza se remonta a la historia antigua del Medio Oriente y a la antipatía que ahí se desarrolló entre la civilización y las ciudades, por un lado, y el desierto, lo salvaje y la naturaleza primigenia y hostil. Fue ahí, dice Turner, donde "los seres humanos empezaron a representar el sueño de dominar el mundo natural", sueño que más tarde fue incorporado al Antiguo Testamento y por tanto a la tradición cristiana. El desierto fue, como lo percibió Moisés, un "lugar grande y terrible", y conquistarlo era tarea del hombre. Tales ideas, "codificadas e incorporadas a las Escrituras", viajaron al Nuevo Mundo con los Padres peregrinos, y contribuyeron a darles forma a los impulsos destructivos de los primeros colonos y su profunda antipatía hacia lo "primigenio" del bosque que encontraron.[12]

La tradición judeocristiana y el Medio Oriente de la Antigüedad no es el único lugar donde los autores estadounidenses han tratado de localizar imaginativamente los orígenes de las actitudes del Nuevo Mundo hacia la naturaleza y lo primigenio. Roderick Nash, en un trabajo muy respetado y que publicó por primera vez en 1967, hizo ver que tales actitudes negativas hacia el ambiente estaban profundamente arraigadas en la mente del hombre occidental, principalmente por la experiencia de vivir durante siglos en los bosques sombríos y casi interminables de la Europa septentrional. El miedo y la repulsión generada por estos bosques, con sus asociaciones con el mal, el libertinaje, sucesos extraños y habitantes amenazadores (¡es irónico que se nos haga regresar precisamente a los bosques y pueblos germánicos que Frederick Jackson Turner estaba tan ansioso de dejar atrás!), crearon una reacción persistente en contra de la selvatiquez. El término mismo de "selvatiquez" o "primigenio", señala Nash, fue una invocación del salvajismo y la estupefacción; pues representaba "lo desconocido, lo desordenado, lo incontrolado" en los humanos y en la naturaleza, y una "gran porción de las energías de las primeras civilizaciones se dirigió a derrotar el salvajismo de la naturaleza y a controlarlo en la naturaleza humana".[13] En contraste con los bosques oscuros y amenazantes del norte, Europa, desde la época de los griegos, se mostró favorable hacia el idilio pastoril, un paisaje cultivado, luminoso y ordenado, de la clase que alabaron Lucrecio, Horacio y Virgilio. La Biblia reforzó este ideal para el Occidente cristiano, para que "cualquiera con una Biblia tuviera a la mano una extensa lección sobre el significado de la tierra virgen".[14] En la época medieval y principio

[12] Frederick Turner, *Beyond Geography: the Western Spirit against the Wilderness*, New Brunswick, 1983, pp. 21-2, 41.
[13] Roderick Nash, *Wilderness and the American Mind*, 3ª ed., New Haven, 1982, p. xi.
[14] *Ibid.*, p. 8.

de la moderna, la selvatiquez de que habla la Biblia, abrasada por el sol, pedregosa y árida, terminó por confundirse con la tierra "temible" e "incierta" que la saga de *Beowulf* describe, una soledad "aullante" de árboles, marismas y seres sobrenaturales, igual que el paraíso bíblico llegó a mezclarse con la idea pérsica e islámica de un jardín paradisiaco.

Esta dicotomía que se percibe entre la naturaleza como selvatiquez o paraíso, escribió Nash, cruzó el Atlántico con los primeros colonos europeos. William Bradford, que llegó en el *Mayflower* en 1620 no fue sino uno de los tantos que en el Nuevo Mundo hallaron no el Paraíso esperado sino una "selvatiquez espantosa y desolada". "Había", observa Nash secamente, "demasiada selvatiquez como para que fuera apreciada".[15] Los viejos temores y las añejas inseguridades revivieron ante aquella selvatiquez vasta y amenazadora: había el temor de perder por entero el sostén de la civilización, de volverse salvaje, sin ley y sin dios. Michael Wigglesworth expresó en 1662 que, aparte de los pocos poblamientos que existían en la Nueva Inglaterra, no había más que

> Una soledad yerma y aullante,
> No habitada por nadie
> Sino por bestias infernales y hombres brutales
> que veneraban a los demonios.[16]

Los primeros europeos vieron en la selvatiquez americana un páramo tanto moral como físico, que imploraba ser hecho cristiano y ser conquistado. En las mentes de los puritanos, esta selvatiquez bíblica era una prueba de su fe y resistencia; la suya era la tarea divina de transformar la selvatiquez "negra" y "aullante" en un paraíso terrenal ordenado. Tales signos continuaron, dice Nash, dominando las respuestas de los estadounidenses hacia la selvatiquez hasta la segunda mitad del siglo XIX. Sólo entonces, con el cierre de la frontera en 1890 y años siguientes, cambiaron las actitudes de los estadounidenses y empezó a surgir un nueva preocupación por conservar la naturaleza por medio del movimiento pro parques nacionales. Esta transición final, de la destrucción a la conservación, fue "nada menos que revolucionaria", pues, según Nash, atacó la historia entera del "antiguo prejuicio [del hombre occidental] en contra de la naturaleza primigenia". En contraste con tan larga tradición, "la apreciación actual de la naturaleza primigenia representa una de las revoluciones intelectuales más notables en la historia del pensamiento humano acerca de la tierra".[17]

[15] *Ibid.*, pp. xii, 23-24.
[16] Citado en Hans Huth, *Nature and the American: Three Centuries of Changing Attitudes*, 2ª ed., Lincoln, Nebraska, 1990, p. 6.
[17] Nash, *Wilderness*, p. xii.

Aceptemos o no los razonamientos de los escritores posturnerianos sobre el antiguo linaje de las ideas estadounidenses acerca la naturaleza y la selvatiquez (y muchos de ellos parecen ser indebidamente simplistas), lo que sí es seguro es la necesidad de reconocer la importancia de los argumentos culturales en lugar de los puramente económicos o ecológicos de las actitudes occidentales hacia el ambiente. Uno de los modos de realizarlo consiste en retornar a la idea del paisaje como construcción cultural en vez de puramente física. La frontera ecológica fue también, puede argumentarse, una frontera de la mente, un paisaje cultural en desarrollo.

"El continente de la naturaleza"

Es posible emplear el término de "paisaje cultural" de dos diferentes maneras. Cuando Sauer utilizó la expresión en los años treinta en conexión con la frontera estadounidense, aludió a un paisaje físico que había sido sometido con el tiempo a una sucesión de diferentes presencias culturales, cada una de las cuales —la indígena, la hispánica, la angloamericana— dejó su huella en la tierra, quizá en forma de túmulos mortuorios o en los antiguos caminos a los que siguieron las carreteras modernas y las vías de ferrocarril, o las clases de plantas que cultivaron o los animales que criaron. El paisaje representa así la acumulación de varios vestigios culturales sobrepuestos que, en conjunto, constituyen el paisaje visible. W. G. Hoskins abordó, de modo no diferente, la "construcción del paisaje inglés" en los años cincuenta: hizo un estudio de la "evolución histórica" del paisaje como algo de "factura humana" en lugar de "creación" puramente natural. Pero lo menos que los historiadores, los geógrafos y otros probablemente piensan hoy es que el paisaje sea algo "inventado" o "imaginado" antes que algo construido físicamente. Se trata más bien de un artefacto cultural , producido por la imaginación artística, científica o política, que de una entidad física real. El paisaje existe no tanto "ahí afuera", para trabajarlo y pisarlo, como algo que está en las mentes de quienes lo ven y lo interpretan, quizá meramente escriben sobre él desde una distancia conveniente, y lo dotan de asociaciones, conexiones simbólicas y significados metafóricos que son de su propia invención.

Se considera a veces, dentro de esta perspectiva, que América no fue "descubierta" ni por Colón ni por nadie más, sino que tuvo que ser "inventada". Colón buscaba las islas de las especias y China cuando por casualidad se topó con las costas de América. Ni siquiera después de varios viajes de exploración se dio cuenta de que había llegado a un continente desconocido para los europeos. Sólo paulatina y fragmentaria-

mente y después de muchas exploraciones se fueron dibujando los contornos geográficos de América; y las islas, los lagos y las montañas tuvieron que ser introducidos en la conciencia de Europa dándoles nombres y ubicándolos en los mapas. Sólo así se pudo determinar la identidad de América como continente, con categoría geográfica semejante a la de Europa, Asia y África. Pero más allá de su forma geográfica, todavía tuvo que establecerse la identidad cultural de este nuevo continente. Durante siglos, los filósofos e historiadores de Europa, desde Hipócrates y Herodoto hasta Montesquieu y Hegel, le habían dado a Europa, Asia y África sus significados e identidades respectivas. Pero, ¿qué significaba este nuevo mundo de América?

Como veremos con más claridad cuando lleguemos a estudiar la obra de Alexander von Humboldt en el capítulo VIII, se vino a ver el ambiente como parte esencial de lo que hacía que América fuera distinta de sus primos continentales. La vastedad del paisaje y la grandeza de sus caracteres naturales, la abundancia de su vida silvestre, al parecer ilimitada, pero también el carácter aparentemente primitivo de sus habitantes indígenas, todos éstos parecían ser los rasgos primordiales de América. Éste era el "continente de la naturaleza", y Frederick Jackson Turner en los años noventa del siglo XIX siguiendo, inconscientemente quizás, la tradición de Montaigne en el siglo XVII y la de Rousseau en el XVIII, creyó que en América había una correspondencia singular entre la gente y el lugar. Para Montaigne y Rousseau la forma de vida de los indígenas, al menos en abstracto y contemplada desde la distancia, tenía que ser admirada y contrastada con las restricciones y la artificialidad de la civilización europea. Para Turner era una vida primitiva, más próxima a la naturaleza intacta que la sociedad civilizada, pero de la cual tenían mucho que aprender el pionero y el hombre de la frontera. Pero esa naturaleza era una presencia vital, aun dominante, en las Américas.

EL PAISAJE Y LA IDENTIDAD NACIONAL

La importancia de que se apreciara el propio país por medio de sus vistas y maravillas naturales, así como por sus plantas, aves y animales terrestres representativos (y no por las bestias míticas del mundo medieval) empezó a formar base importante para el surgimiento de las identidades nacionales en Europa desde el siglo XVI. A fines del siglo XVIII, en Inglaterra hubo un sentido creciente de orgullo por esta "tierra verde y placentera". Un sentimiento similar de identificación emocional e ideológica se trasluce en los paisajes pintados por Constable y Turner y, más íntimamente, en los cuadros de Samuel Palmer, así como en la obra de los

incontables acuarelistas de la época. En un momento en que Wordsworth y los poetas románticos estaban nutriendo un compromiso apasionado con la naturaleza y el campo inglés, la Revolución francesa y las guerras napoleónicas restringieron el acceso de los pintores a los paisajes de Italia, llena de alusiones literarias e históricas, y los alentó a reflexionar sobre el campo cercano al hogar. El gusto por las vistas "sublimes" o "pintorescas" de la naturaleza fue satisfecho con escenas de la belleza de la "tierra de los lagos" o la celebración de un paisaje rural inglés, aun no tocado por el desordenado crecimiento urbano ni por la revolución industrial.

Invocaciones similares al paisaje como identidad encontraron expresión al otro lado del Atlántico, en donde la celebración de la naturaleza se convirtió en marca importante de la autoestima estadounidense y el orgullo nacional en pleno surgimiento. Ésta es una historia que se ha bosquejado muchas veces, y acertadamente se le ha dado crédito a la contribución estética y científica de Thomas Jefferson, primero por medio de sus *Notes on the State of Virginia*, publicadas en 1781, y en segundo lugar por haber nombrado en 1804, siendo presidente, a Lewis y Clark para la expedición al noroeste de Estados Unidos. El ideal del "paisaje jeffersoniano" colocó a la tierra en el centro de la vida y la ideología estadounidense, fomentando la idea de que Estados Unidos era una nación de granjeros terratenientes y un "jardín verde y bien ordenado, amplificado a escala continental".[18] Jefferson también invocó el paisaje natural del Nuevo Mundo como parte integral del espíritu y orgullo estadounidense, dudando (ante escépticos europeos como Buffon) que saliera perdiendo al compararlo con los paisajes de Europa, afamados y más familiares. Era un placer "sublime" y un verdadero "embelesamiento", decía, contemplar el Puente Natural de Virginia, "arco tan bello, tan elevado, tan ligero, como si quisiera remontarse al cielo". O en el punto donde el río Potomac se abre paso por el Blue Ridge, cerca del transbordador de Harper, para unirse al Shenandoah, y presentaba "quizá una de las escenas más prodigiosas de la naturaleza". Jefferson no resistió la tentación de agregar que esta escena "bien valía un viaje a través del Atlántico".[19]

Aunque sin duda la influencia personal y política de Jefferson fue considerable, no estuvo solo en su expresión de entusiasmo por el paisaje y la historia natural de Estados Unidos. Los paisajistas de la Escuela del río Hudson expresaron en los años veinte del siglo XIX una nueva sensibilidad romántica ante el paisaje estadounidense, encontrándolo buen asunto artístico y patriótico a pesar de la falta de asociaciones históricas

[18] Leo Marx, *The Machine in the Garden: Technology and the Pastoral Ideal in America*, Nueva York, 1964, p. 141.

[19] Citado en Huth, *Nature and the American*, pp. 19-20.

o mitológicas. La "selvatiquez" estaba empezando a emerger en las mentes de muchos estadounidenses como algo único, sin contraparte en el Viejo Mundo, y fuente de virilidad y orgullo. William Cullen Bryant, uno de los más fervorosos creyentes en el atractivo característico de la selvatiquez estadounidense, expresó su decepción cuando visitó Italia en 1834, comentando que "si la mano del hombre ha hecho algo por embellecer el paisaje, más ha hecho por deformarlo [...] la simplicidad del paisaje natural [...] está destruida".[20] Un año después, en un "Essay on American Scenery", Thomas Cole, uno de los pintores de más renombre de la Escuela del río Hudson, contrastó el paisaje romano con el del oeste estadounidense. Ahí también era posible sentir "la emoción de lo sublime", pero, a diferencia de Italia y su paisaje rico en alusiones clásicas y sembrado de ruinas de una civilización antigua, en el Oeste era "lo sublime de un océano sin costas y sin las islas de los registros del hombre".[21]

La identificación con la grandiosidad y con la belleza intocada de un paisaje que se hallaba todavía muy cerca de la naturaleza virgen se puso de manifiesto también en las novelas de James Fenimore Cooper y en los poemas de Walt Whitman. En su novela *The Pioneers*, publicada en 1822, Cooper dio una descripción virtualmente jeffersoniana de una sociedad de granjeros "quienes respetaban a la naturaleza aun cuando la transformaban". Para Cooper, el paisaje de Estados Unidos no era la "soledad aullante" de los Padres peregrinos, amenazadora, repugnante y fea, sino lugar de maravillas, de belleza y aventura. Anticipándose 30 años al *Walden* de Henry David Thoreau, Cooper encontró una influencia moral en "la honradez de los bosques" y una rica fuente de autodescubrimiento.[22] Esta delicia visual y moral en un paisaje distintivamente estadounidense que se extendía incesantemente hacia el oeste, una frontera cultural de apreciación estética y orgullo nacional, que avanzaba para abarcar el Niágara, las Grandes llanuras, las montañas Rocosas, el Gran Cañón y Yosemite. Generaciones de novelistas, poetas, pintores, fotógrafos y cineastas de Estados Unidos han seguido explorando esta poderosa asociación de la identidad estadounidense con la naturaleza, y a menudo, como en las películas de vaqueros, con la propia frontera.

Fue así como se vio que la identidad y el destino de Estados Unidos estaban íntimamente ligados a su medio natural —influencia que se refleja tanto en la historiografía como en la propia historia—. Pero hubo un punto en que cesó esta identificación, cuando el paisaje dejó de ser el mismo y adoptó las formas ajenas de la otredad, de lo otro.

[20] Citado en *ibid.*, p. 33.

[21] Citado en Katherine Emma Manthorne, *Tropical Renaissance: North American Artists Exploring Latin America, 1839-1879*, Washington, 1989, p. 93.

[22] David, C. Miller, *Dark Eden: the Swamp in Nineteenth-century American Culture*, Cambridge, 1989, p. 136; Nash, *Wilderness*, p. 76.

VIII. LA INVENCIÓN DE LA TROPICALIDAD

LA "OTREDAD"

EN ESTUDIOS RECIENTES se ha tratado de conceptualizar la relación entre Europa (o el Occidente) y otras partes del mundo en términos de un principio de la "otredad", de "lo otro". En su original estudio del orientalismo, Edward W. Said expuso que el Oriente no era un "hecho" geopolítico, sino una creación política y cultural de Occidente. El orientalismo fue "un sistema de representaciones enmarcado en un conjunto de fuerzas que incorporaron el Oriente al saber occidental, a la conciencia occidental y posteriormente al imperio occidental". Fue (y según Said sigue siendo) una manera de ver, de pensar en el Oriente y de representarlo, caracterizándolo en función de ciertos rasgos estereotípicos, definiéndolo de modos que simultáneamente expresan tanto su diferencia como su inferioridad respecto al Occidente.[1]

Las interpretaciones de la otredad han tendido a concentrarse en las representaciones de los pueblos no occidentales y sus culturas en vez de en la otredad de los ambientes no europeos. Es de argumentarse, sin embargo, que los paisajes ajenos estuvieron impregnados de tanta importancia como la de los propios pueblos o culturas. A los paisajes y a otros aspectos del medio físico, como el clima y la enfermedad, se les dotó de gran significación moral. Se creía en general que el ambiente tenía influencia determinante sobre las culturas: el salvajismo, como la civilización, estaba asociado a ciertos rasgos climáticos o geográficos. La naturaleza, cuando menos más allá de las privilegiadas costas europeas, prescribía la cultura.

Se dirá aquí que una de las manifestaciones principales de la otredad en el pensamiento europeo desde el siglo XV ha sido en función de una distinción en el desarrollo entre tierras tropicales y tierras templadas, y que el complejo de ideas y actitudes que aquí llamaremos "tropicalidad" representa el ambientalismo en una de sus formas más influyentes y duraderas. Parte de la significación de "tropicalidad" reside en su profunda ambivalencia. En parte sueño fascinante de opulencia y exuberancia —islas paradisíacas en mares resplandecientes—, los trópicos significaron al mismo tiempo un mundo extraño de crueldad y enfermedad, de opresión y esclavitud.

[1] Edward W. Said, *Orientalism*, Londres, 1978, pp. 202-203.

LOS PARAÍSOS TROPICALES

Para empezar a entender esta clase de otredad necesitamos entender los trópicos como espacio conceptual y no sólo físico. ¿Qué fue lo que le dio forma al uso del término "los trópicos"? Hay, claro, un gran cuerpo de literatura geográfica, ecológica y médica que no tropieza con ninguna dificultad conceptual en la idea de que los trópicos realmente existen. La región está localizada en las latitudes medias del planeta (entre los trópicos de Cáncer y Capricornio, 23 1/2 grados al norte y al sur respectivamente), pero no se olvide la frecuente observación de que las condiciones tropicales o subtropicales prevalecen en un área considerablemente mayor. Los trópicos tienen sus propios rasgos climáticos y ecológicos, pero se pueden dividir todavia más en los tórridos trópicos húmedos (como las cuencas del Amazonas o el Congo) y las áreas alpinas (como los altos Andes). Fue, sin embargo, el primero de éstos el que más característicamente representó la tropicalidad que aquí nos interesa.

Llamarle "los trópicos" (o "región ecuatorial" o "zona tórrida", que son términos equivalentes) a una parte del planeta se convirtió con el paso de los siglos en una manera occidental de definir, con respecto a Europa (y especialmente la septentrional y otras partes de la zona templada), algo culturalmente ajeno y ambientalmente distintivo. Los trópicos existían sólo en yuxtaposición mental a alguna otra cosa —la normalidad percibida de las tierras templadas—. La tropicalidad fue la experiencia de los blancos septentrionales penetrando en un mundo ajeno —ajeno en cuanto a clima, vegetación, gente y enfermedades—. Y este sentido de las consecuencias físicas y culturales de trasladarse de una zona a otra se sintió más agudamente en el mundo Atlántico, donde la transición de lo templado a lo "tórrido" era relativamente rápida y estaba ligada estrechamente al tráfico de esclavos más a través de este océano que al de los océanos Índico o Pacífico.

Puede decirse que la historia de la tropicalidad se remonta al menos sobre 500 años a los primeros viajes de descubrimiento que los europeos realizaron a África, Asia y América, si bien sólo se desarrolló íntegramente desde el siglo XVIII, con la presencia cada vez mayor de la Europa septentrional (y luego Estados Unidos) en las regiones ecuatoriales. Es posible que el sentido de otredad tropical no haya sido idea prominente en las mentes de los primeros viajeros y aventureros europeos, que en su mayoría provenían del sur de Europa, y para quienes las regiones subtropicales y ecuatoriales del globo no aparecían cortantemente diferentes del clima, la vegetación y la vida animal del Mediterráneo y África del Norte, con los cuales estaban familiarizados.

Durante su primer viaje al Caribe, Colón se muestra indeciso: ¿era ése un mundo conocido o extraño? En su diario comparó muchas veces los árboles, las aves y los peces que vio con los que conocía en España: algunos le parecían familiares, otros asombrosamente extraños y sugerentes de un paraíso terrenal. El 17 de octubre de 1492, sobre el lugar al que llamó "Isla Grande", escribió en el diario de navegación:

> Durante ese tiempo caminé entre los árboles, que eran los más hermosos que había yo visto hasta entonces. Eran tan verdes como los de Andalucía en mayo. Pero todos estos árboles son tan diferentes de los nuestros como el día de la noche, y así lo son también las frutas y las plantas y las piedras, y todo lo demás. Es verdad que algunos árboles eran de especies que se podían encontrar en Castilla, y sin embargo eran muy diferentes. Pero hay muchas otras variedades que nadie podría decir que son como las de Castilla ni compararlas con éstas.[2]

Dos días después, luego de visitar la "Crooked Island", se refleja en sus anotaciones la misma incertidumbre:

> Todo lo que hay en estas costas es tan verde y hermoso, que no sé a dónde ir primero, y mis ojos nunca se cansan de mirar esta exquisita vegetación, que es tan diferente de la de nuestra tierra. Creo que muchos de los árboles y las plantas que aquí se dan serían sumamente apreciados en España como tintes y especies medicinales. Pero lamento decir que no los reconozco. Cuando llegué a este cabo [al que llamó Hermoso], el aroma de las flores y los árboles llegaba costa afuera y fue lo más delicioso del mundo.[3]

En su búsqueda de Catay, ¿se había topado Colón con el paraíso terrenal? "El canto de los pajaritos es tan dulce", anotó el 20 de octubre, "que nadie quería irse de aquí". Tal fue su fascinación por el ambiente que a duras penas se dio cuenta de que tenía habitantes humanos, y si acaso los notó fue de pasada, como parte del paisaje, entre las aves y los árboles. Hasta que las relaciones entre los españoles y los arauacos se agriaron y culminaron en la violencia, la gente que encontró Colón parecía armonizar perfectamente con la inocencia del lugar, y su semidesnudez era el signo claro de su cercanía a la naturaleza.

Si en América los primeros encuentros de los exploradores blancos con los trópicos evocaron imágenes del Edén, en Asia fueron asociados a la abundancia de la naturaleza de los trópicos y las clases de riquezas con que Europa hasta entonces sólo había soñado. En 1527 Robert Thorne, inglés que se hallaba en Sevilla, informó que había oído que las

[2] M. M. Cohen (comp.), *The Four Voyages of Christopher Columbus*, Londres, 1988, p. 66.
[3] *Ibid.*, pp. 68-69.

Indias Orientales eran "fértiles en clavo, nuez moscada, macia y canela", y que en las islas también abundaba "el oro, los rubíes, los diamantes, los jacintos y otras piedras y perlas". Agregó significativamente que tal y como "en todas las demás tierras que están abajo o cerca de la línea equinoccial".[4]

Los visitantes al sur y al sureste de Asia se maravillaron ante la vegetación exuberante, los colores deslumbrantes y la diversidad de las aves y los animales tropicales, y la dulce fragancia de las flores y las especias que les daban la bienvenida desde que se aproximaban a las costas de Malabar, Sumatra y las Molucas. Un escritor del siglo XVI describió la isla de Ceilán (Sri Lanka), con sus palmares, árboles de canela, agua pura y naranjas dulces, "como si la naturaleza los hubiera convertido en huertos abundantes en agua"; otro dibujó Bengala, con sus siembras abundantes, ganado y animales de caza, como una tierra "grande, fértil y sana".[5] Para tales observadores los trópicos eran, en contraste con una Europa precariamente libre de hambrunas y pestes, un mundo en que la naturaleza era "generosa" y el clima "saludable".

El tiempo —y el conocimiento de cerca— sirvieron para fortalecer al menos algunas de estas impresiones de los trópicos benignos y pródigos, y la propagación de tales ideas por medio de la imprenta les dio amplia validez en Europa. Como observó Philip Curtin, "todo un mito de exuberancia tropical" había cobrado existencia en Europa en la época en que "el mundo entre los trópicos era mucho más un 'Nuevo Mundo' de lo que lo había sido América del Norte".[6] Ciertamente las impresiones que los europeos tenían de los trópicos húmedos y calientes se inclinaban mucho más hacia lo paradisíaco que hacia lo pestilente. Esta percepción del paraíso se fortaleció más todavía con los encuentros de los europeos con las islas del Pacífico, en especial Tahití, en la segunda mitad del siglo XVIII. Los naturalistas, al igual que los novelistas, vieron en su entusiasmo por los trópicos una fuente de placer y un bienvenido escape de la Europa fría y abrumada de preocupaciones. Curtin cita a Henry Smeathman, quien visitó África en una expedición botánica y más tarde recordaba:

> Escenas placenteras de belleza primaveral, exuberancia tropical, donde los frutos y las flores derrochan su fragancia ¡todos ellos en la misma rama! Ahí

[4] Richard Hakluyt, *Voyages and Discoveries: the Principal Navigations, Voyages, Traffiques and Discoveries of the English Nation*, edición compendiada, Harmondsworth, 1972, p. 49.

[5] Donald F. Lach, *India in the Eyes of Europe: the Sixteenth Century*, Chicago, 1968, pp. 343, 416.

[6] Philip D. Curtin, *The Image of Africa: British Ideas and Action, 1780-1850*, Madison, 1964, pp. 58-60.

> la naturaleza anima a todo embrión de la vida; y reinando en la perfección vegetal o en la animal, brilla perpetuamente ¡en todo su esplendor y madurez no cultivada! [...] Contemplo los años que pasé en ese Elíseo terrestre como los más felices de mi vida.[7]

Pero Alexander von Humboldt, después de sus viajes a Centro y Sudamérica, realizados entre 1799 y 1804, articuló una tropicalidad afirmativa y de gran influencia, que combinaba el gusto por lo exótico, lo romántico y lo científico. Seguramente fue él quien más hizo por "inventar" los trópicos como campo de investigación científica y como dominio estético, así como para nutrir una percepción positiva de los trópicos en los debates ambientales más amplios. Su experiencia de los trópicos lo dejó con impresiones, casi abrumadoras, de "riqueza orgánica" y "fertilidad abundante". "En estos climas", escribió, "la naturaleza aparece más activa, más fecunda, puede incluso decirse que más pródiga de vida". La fecundidad y la diversidad de los trópicos alimentó sus pensamientos de cómo "una sola e indisoluble cadena mantiene unida a toda la naturaleza", formando un único "todo ordenado armoniosamente", al cual llamó Cosmos.

Impelido tanto por un apetito romántico por la sensación y el sentimiento como por el espíritu de la Ilustración, de la indagación objetiva, Humboldt encontró en la América tropical, con sus montañas de nevadas cumbres, sus selvas húmedas y vastas llanuras, un "espectáculo grandioso e imponente" que excitó en él "sentimientos de pasmo y temor reverente".[8] Lo entusiasmaban los trópicos, a los que consideraba sitios privilegiados desde los cuales observar y experimentar la naturaleza: "En ninguna otra parte nos impresiona más profundamente con la sensación de su grandiosidad, en ninguna otra parte nos habla con más fuerza." Pero, como Mary Louise Pratt dijo hace poco, Humboldt (por todo su interés en la civilización del México prehispánico) fue inspirado mucho más por el paisaje que por sus habitantes, quienes le parecían empequeñecidos por el poderío y la majestad de sus montañas, sus ríos y planicies. Si, como ella indica, Humboldt fue responsable de "reinventar" América, fue la América como naturaleza y no como lugar poblado desde tiempo atrás.[9]

Por medio de sus voluminosos escritos, Humboldt inspiró a incontables naturalistas, artistas y viajeros para ver los trópicos con ojos lim-

[7] *Ibid.*, p. 59

[8] Katherine Emma Manthorne, *Tropical Renaissance: North American Artists Exploring Latin America, 1839-1879*, Washington, 1989, p. 13; Alexander von Humboldt, *Cosmos: a Sketch of a Physical Decription of the Universe*, vol. I, Londres, 1901, pp. 3, 5, 13-14.

[9] Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, Londres, 1992, pp. 119-130.

pios y maravillados. Concediéndole igual importancia a la "imaginación poética de la humanidad" como a la realidad objetiva, paladeó las descripciones del Caribe hechas por Colón y disfrutó las representaciones históricas de las escenas tropicales. Pero afirmó que aún quedaba en los trópicos "un tesoro inagotable", aún no inaugurado por el pintor paisajista",[10] y lo mismo en Europa que en América del Norte sus escritos causaron una conmoción sin precedente por la América tropical y sus paisajes. En los años cincuenta y sesenta del siglo XIX un grupo de paisajistas estadounidenses emprendió un peregrinaje artístico a la región con el propósito de llevar al lienzo lo que Humboldt había descrito tan inspiradamente en palabras. Entre ellos estuvo Frederic Church, ex alumno de Thomas Cole de la escuela pictórica del Valle de Hudson, de Nueva Inglaterra. Su enorme cuadro *The Heart of the Andes*, exhibido en Nueva York en 1859 (por coincidencia el mismo año en que murió Humboldt), marcó uno de los momentos culminantes del interés artístico de América del Norte en los trópicos. Pintar paisajes tropicales fue un intento por capturar el "encanto novelesco" de las regiones en cuestión. Pero tales pinturas se han entendido también (en la época de la doctrina Monroe y el Destino manifiesto) como una expresión de orgullo por todo el continente americano y, aún más, del sentirse propietario de tan vasta región. Y, significativamente, en estos paisajes grandiosos pero vacíos apenas sí aparecen seres humanos. Aquí estaba la naturaleza prácticamente no tocada por "la mano transformadora del hombre".

Se considera que las descripciones de los naturalistas que acompañaron a Cook en los viajes que al Pacífico realizó en los años sesenta y setenta del siglo XVIII, junto con las relaciones científicas y de viaje de Humboldt por América Latina, marcan el punto en que "el gran mundo de los trópicos" empieza a ejercer excepcional influencia sobre las concepciones que los europeos tenían de la naturaleza. Los trópicos parecían acercar a los científicos, igual que a los artistas, a los secretos de la naturaleza. Si no del Paraíso, los trópicos contribuían a intuir los misterios de la creación. Se dice que fue Charles Darwin quien más influido resultó por Humboldt y su singular visión romántico-científica de los trópicos. Posteriormente, Darwin manifestó que el "curso entero" de su vida "se basó en haber leído y releído" la *Personal Narrative* de Humboldt en su juventud. Cuando aquél visitó Brasil en 1833 durante el viaje del *Beagle*, observó con fervor digno de Humboldt: "Aquí fue donde por primera vez vi una selva tropical en toda su sublime grandeza —nada sino la realidad puede dar una idea de lo maravilloso, lo magnífico que es [...] Antes admiraba a Humboldt; ahora casi lo venero; es el único

[10] Humboldt, *Cosmos*, vol. II, pp. 370-372, 449.

que expresa la idea de qué se siente... al entrar por primera vez a los trópicos."[11]

Al hacer escala en Bahía en su viaje de regreso en 1836, Darwin reparó en que en los trópicos, aun en la vecindad de los poblados, "la salvaje lozanía de la naturaleza [...] sobrepuja en cuanto a efecto pintoresco la labor artificial del hombre". Pero todavía le era difícil comunicar en palabras su emoción.

> Epíteto tras epíteto resulta ser demasiado pálido para trasmitir a quienes no han visitado las regiones intertropicales la sensación de deleite que experimenta la mente [...] La tierra es un invernadero primigenio, desordenado, exuberante, que la naturaleza hizo como su propio jardín zoológico, pero del cual el hombre ha tomado posesión, y llenado de casas festivas y jardines formales. Cuán grande sería el deseo de todo admirador de la naturaleza contemplar, si tal fuera posible, otro planeta; sin embargo, para cada quien en Europa, puede ser verdad decir que en la distancia de unos cuantos grados de su suelo nativo, las glorias de otro mundo están abiertas a él.[12]

La respuesta de los naturalistas a los trópicos tuvo clara importancia estética. La biología y la ecología resultaron afectadas profundamente por este encuentro del siglo XIX con los trópicos, si bien sorprende que, mientras que Humboldt encontró en los trópicos muestras de un cosmos en esencia armonioso, Darwin recogió pruebas de una lucha, ferozmente maltusiana, por la supervivencia.

La "zona tórrida"

Es claro, pues, que a partir del siglo XV para muchos europeos los trópicos, y en especial lo que Richard Grove describió como las "islas paradisíacas del trópico",[13] eran un escape del ambiente monótono, opresivo y exageradamente humanizado. Sugerían un mundo en que la naturaleza era, como lo había sido en el paraíso terrenal, una utopía verde, hermosa y pródiga, donde la gente vivía en armonía con el entorno. Sin embargo, argumenta Grove, la fragilidad de estos ecosistemas insulares del trópico se fue haciendo cada vez más visible para los europeos que los visitaban, en particular en lugares tales como Santa Helena y Mauricio. La destrucción y el agotamiento causados por la intervención europea —concretada en la tala de árboles, la cacería de aves y mamíferos

[11] Donald Worster, *Nature's Economy: a History of Ecological Ideas*, Cambridge, 1985, pp. 132, 137.

[12] Charles Darwin, *Voyage of the Beagle*, Harmondsworth, 1989, pp. 366-368.

[13] Richard H. Grove, *Green Imperialism: Colonial Expansion, Tropical Island Edens and the Origins of Environmentalism, 1600-1860*, Cambridge, 1995.

hasta exterminarlos y la instauración de plantaciones— fueron creando conciencia en los administradores y los naturalistas holandeses, franceses y por último británicos de los extremos peligros del rápido cambio ecológico. Grove razona que así se desarrolló una conciencia ambiental y una temprana creencia en la necesidad de medidas de conservación en tales avanzadas oceánicas durante los siglos XVII y XVIII, mucho antes de que George Perkins Marsh expresara su preocupación por la degradación del continente americano en los años sesenta del siglo XIX. Según Grove, "las semillas del conservacionismo moderno se desarrollaron como parte integrante del encuentro de los europeos con los trópicos".[14]

Pero sería erróneo imaginar (como Grove parece hacerlo) que existió una sola imagen edénica de los trópicos y que el ecologismo, en el sentido moderno, fue la respuesta prevaleciente, incluso entre los naturalistas. Por el contrario, detrás del temor reverente y las sugerencias de un paraíso terrenal, se agazapaba una constante sensación de peligro, enajenación y repugnancia, sentimientos expresados de modo incomparable por Joseph Conrad en su novela *Heart of Darkness*, con mucho mayor elocuencia que en las descripciones que Bougainville o Cook hicieron de Tahití. Conrad escribía siglo y medio después de esos pioneros del Pacífico, cuando el interior de África central estaba pasando al dominio europeo, pero el cual, para las mentes europeas, era una presencia oscura y perturbadora. El largo viaje río Congo arriba para encontrar al misterioso Kurtz (como lo describe Conrad) presenta un contraste obsesionante y amenazador respecto de las anteriores descripciones de Tahití y sus habitantes. La diferencia no es sólo entre el Pacífico y África (pues África también tuvo sus asociaciones edénicas). Lejos de eso, fue una diferencia entre dos modos de comprender el mundo tropical.

Para este lado oscuro de la tropicalidad hubo una historia casi tan larga y compleja como la edénica. Y es de nuevo la naturaleza la que impone el tono. Sir Walter Raleigh, quien fundándose en sus aventuras en Guyana [antes Guayana inglesa] habló del asunto con cierta autoridad, comentó en 1614 que "si hubiera sobre la tierra un lugar de naturaleza, belleza y deleites semejantes a los del Paraíso, ese lugar debería de encontrarse en [...] los *Tropicks*". Pero al mismo tiempo reconocía que los trópicos tenían otra cara, menos atractiva, pues ahí era donde estaban "los temidos y peligrosos truenos y relámpagos, los horribles y frecuentes terremotos, las malignas enfermedades, la multitud de animales venenosos".[15]

Desde mediados del siglo XVIII, las representaciones negativas de los

[14] *Ibid.*, pp. 3, 240, 277, 475, 483.

[15] James Prest, *The Garden of Eden: the Botanic Garden and the Re-creation of Paradise*, New Haven, 1981, p. 34.

trópicos se empezaron a convertir en lugares comunes de los relatos de los viajeros e incluso en la ficción. Grove cita *Robinson Crusoe* como ilustración de la fascinación literaria por las islas tropicales (aunque es difícil calificar la vida de Crusoe en su isla con otro adjetivo que no sea el de arriesgada). No debe olvidarse, sin embargo, que mucho antes de que el héroe de Daniel Defoe naufragara providencialmente frente a las costas de Brasil, él [Robinson Crusoe] había sido tratante de esclavos. África occidental era el prospecto de la riqueza, pero también significaba el riesgo de ser convertido en esclavo o de ser comido por el "prodigioso número de tigres, leones, leopardos y otros furiosos animales que ahí habitaban". Las imágenes violentas de los trópicos abundaban también en las literaturas médica y topográfica que estaba empezando a surgir de los enclaves comerciales que los europeos habían sembrado a lo largo de las costas de África occidental y en el Caribe. Los escritores de esa época, con frecuencia ponían en guardia sobre los peligros del clima inclemente y toda esa clase de animales que roen, que rugen y muerden. En África, escribió el cirujano naval británico James Lind:

> toda la naturaleza parece estar enemistada con el hombre. [A los hombres] les impide caminar en la selva por los tigres [...] y si [...] tienen que escapar de éstos, se exponen a que los vean las serpientes venenosas [...] El río hierve de cocodrilos; la tierra tiene hormigas blancas, el aire está lleno de fieras abejas, mosquitos simúlidos, mosquitos comunes.[16]

No es de sorprenderse que en un ambiente tan adverso hacia la comodidad humana, las enfermedades del trópico azotaran "con peculiar violencia". Algunas de éstas se asemejaban a las conocidas fiebres de Europa, pero, como escribió en Jamaica en 1788 el doctor John Hunter, las de los trópicos, comparadas con las enfermedades de Europa, eran "enormemente violentas en sus ataques, más rápidas en su avance y más a menudo con desenlaces mortales".[17] Hay aquí una importante cronología. En las primeras obras sobre historia natural y enfermedades de las islas antillanas, tales como la de Thomas Trapham publicada en 1679 y la de Hans Sloane unos 30 años después, no se vio nada excepcionalmente insalubre o amenazante en las islas señaladas. Pero en 1759, cuando William Hillary escribió su obra de medicina *Observations in Barbadoes*, delineó un pronunciado contraste entre los climas templado y tropical y sus enfermedades. Durante los 50 años que siguieron se

[16] James Lind, *An Essay on the Diseases Incidental to Europeans in Hot Climates*, Londres, 1768, pp. 44.

[17] John Hunter, *Observations on the Diseases of the Army in Jamaica*, Londres, 1788, pp 14-15.

continuó profundizando en dicho contraste en toda la multitud de tratados de medicina que a la sazón fueron publicados. El término "tropical" se empleó cada vez más para expresar esa otredad negativa, como en el caso del *Treatise on Tropical Diseases and on the Climate of the West Indies*, publicado por Benjamin Moseley en 1787, obra en la cual hizo referencia a que la transición de los climas templados a los calientes era "molesta para la naturaleza humana" y en sí causa de predisposición a mala salud. Además, en estos textos de medicina se prestó cada vez mayor atención a la salud de los esclavos africanos, lo mismo como asunto de curiosidad científica que como fuente de peligro para los europeos. Los peligros de los trópicos empezaban a identificarse con la raza y al mismo tiempo con el lugar.

Detrás de este cambio de acento de lo paradisíaco a lo pestilente hubo, desde luego, un proceso de cambio real que se dio con la importación masiva de esclavos africanos como resultado de la revolución azucarera y la correspondiente transformación de la ecología de las enfermedades de la Antillas. Pero lo que se alteró fundamentalmente fue la percepción de los trópicos, con consecuencias importantes para otras partes del mundo tropical.

Aunque la "inmoderación", "la carnalidad" y el vestir deshonesto, la dieta y el comportamiento se piensa que se agregaron a la vulnerabilidad de los europeos a la enfermedad, fue el clima tropical lo que se identificó casi universalmente como la causa cardinal de las fiebres y los flujos mortales. Se creía que el calor, la humedad y los cambios de temperatura bruscos, propios del trópico, tenían un efecto maléfico sobre las constituciones físicas de los europeos (aunque se suponía que los pueblos "nativos" estaban en su mayor parte acostumbrados a tales efectos), y que los predisponían a las enfermedades, aun cuando en realidad no las causaran. En el siglo XVIII fueron resucitadas las teorías hipocráticas del ambiente y la enfermedad, de lo cual resultó un apoyo a la representación negativa de la región que nos ocupa, pues se pensó que los trópicos calientes producían miasmas mórbidos a tal escala e intensidad que no tenían paralelo con Europa. Lind notó cómo, después de que las inundaciones anuales se habían retirado de las planicies de Bengala, "el aire está [...] enormemente contaminado por los vapores que despiden el limo y el barro dejados por el Ganges, y por la putrefacción de los peces y otros animales muertos".[18] No debe causar sorpresa, pues, que Bengala fuese una víctima tan notoria de las fiebres pestilentes. Se infiere también que los médicos y los cirujanos, lejos de ser los abogados de la conservación que Grove describe, a menudo se mostra-

[18] Lind, *Essay on the Diseases*, p. 79.

ron a favor de la destrucción de la maleza y la selva para mejorar la ventilación y disipar la propagación de los miasmas dañinos. James Lind, en los años setenta del siglo XVII, pensaba que Barbados se había vuelto mucho más sana después de que su superficie fue limpiada de árboles a fin de hacerles lugar a las plantaciones de azúcar. En los años treinta del siglo XIX James Ranald Martin, pionero de la topografía médica en la India, recomendó la tala de toda la porción selvática de los Sunderbunds, de 52000 kilómetros cuadrados de extensión, para mejorar la salud y el clima de Calcuta (aunque no hay pruebas de que el gobierno bengalí haya tomado en serio la proposición).

A pesar de los avances sanitarios y médicos del siglo XIX, para las mentes europeas la enfermedad siguió siendo una de las características intrínsecas del mundo tropical. El surgimiento de la "medicina tropical" como especialidad médica hacia la última década del siglo XIX y primera del XX sirvió tanto para celebrar la creciente sensación de dominio de los europeos sobre los trópicos como la duradera idea de la diferencia tropical. Las ideas mismas de "enfermedades tropicales" y "medicina tropical" —siempre difíciles de justificar en términos puramente epidemiológicos, pues pocas enfermedades eran de veras peculiares de los trópicos— resumieron la forma en que la ciencia médica de la edad imperial daba su propio apoyo a la idea de otredad tropical.

Para los europeos, se pensaba, el mero hecho de vivir en los trópicos era un tormento físico y mental. A principios del siglo XX, los médicos identificaron lo que se dio en llamar "neurastenia tropical", el estado de ansiedad aguda inducida por la sola residencia en los trópicos. El morador, escribió el doctor H. S. Stannus en 1926,

> está exiliado de su hogar; a menudo separado de su familia [...] sufriendo en muchos casos de soledad y de falta de una sociedad amiga [...] Vivir entre una población de nativos le causa molestia a cada paso, porque nunca se ha propuesto entender su idioma y su psicología. De la mañana al anochecer se halla en estado de inquietud —hormigas en el desayuno, moscas en el almuerzo y termitas en la comida, con una nueva especie de palomilla cada tarde en su café—. Acosado todo el día por un calor húmedo, del que no puede escapar, y las incesantes atenciones del mundo voraz de los insectos, se va a la cama con su lámpara que es apagada por las hordas que vuelan de noche, sólo para ser mantenido despierto por el chillido insistente del ave de la fiebre cerebral o el coro local de ranas. Nunca hay descanso. Siempre hay que estar en guardia.[19]

[19] H. S. Stannus, "Tropical neurasthenia", *Transactions of the Royal Society of Tropical Medicine and Hygiene*, 20, 1927, p. 330.

Se creía ampliamente que aunque los europeos, arriesgando su salud física y mental, podrían encontrar hogar temporal en los trópicos, les sería imposible domiciliarse ahí permanentemente. Si bien se reconoció un proceso de "adaptación" y "aclimatación", lo que en general se sostenía fue que en los climas cálidos los europeos estaban destinados a seguir siendo "exóticos". Lind explicó que:

> A los hombres que intercambian así su clima nativo por otro distante se les puede considerar afectados de modo análogo a las plantas que son llevadas a suelo extraño, caso en que se requiere del cuidado y la atención más escrupulosos para mantenerlas sanas, y habituarlas a la nueva situación. Trasplantados así, debe ocurrir algún cambio y alteración en la constitución de ambos. Algunos climas son saludables y benéficos para las constituciones de los europeos. Pero los países que están más allá de los límites de Europa y son los visitados con más frecuencia por los europeos son muy insalubres, y a menudo el clima resulta ser mortal para ellos.[20]

Se pensó también que la residencia en los trópicos implicaba graves peligros morales y raciales para los blancos. Se creía que en condiciones tan adversas los europeos no podrían reproducirse más de una o dos generaciones o, cuando lo consiguieran, sería en forma enfermiza y degenerada. También se creía que a la laxitud física causada por el calor y la humedad tropicales estaba asociada una laxitud moral. Ahí donde los viajeros del siglo XVIII vieron la libertad sexual como uno de los atributos más atractivos de la sociedad de los mares del sur, los escritores de fines del siglo XIX y principios del XX se mostraron en exceso reprobatorios y ansiosos por la decadencia moral y el "mestizaje". Ellen Semple, cuyos puntos de vista deterministas se comentaron en el capítulo II, sostuvo en 1911 que "La transferencia a los trópicos tiende a relajar las fibras mental y moral, induce la indolencia, el desenfreno y varios excesos que desgastan el tono físico [...] La presencia de una población nativa inferior y más o menos servil, relaja tanto la conciencia como la energía física cuando que lo que ambas necesitan es un tónico".[21] Huntington advirtió de igual modo que "cualquier hombre blanco joven con sangre roja en las venas está en peligro de que sufra deterioro del carácter y de su eficiencia más por las mujeres de los trópicos que por cualquier otra causa".[22]

No sólo la moral sino también la estética se reflejó en la profunda ambivalencia de Europa hacia los trópicos. Los escritores de los siglos

[20] Lind, *Essay on the Diseases*, pp. 2-3.

[21] Ellen Churchill Semple, *Influences of Geographic Environment on the Basis of Ratzel's System of Anthropo-Geography*, Londres, 1911, p. 626.

[22] Ellsworth Huntington, *Civilization and Climate*, 3ª ed., New Haven, 1924, p. 74.

XVIII y XIX que se ocuparon de los trópicos por lo regular recurrieron al lenguaje de apreciación estética desarrollado por Edumund Burke en su *Inquiry into the Origin of our Ideas of the Sublime and Beautiful* y en la noción de lo "pintoresco", de William Gilpin. En los pasajes de Darwin citados en páginas anteriores, por ejemplo, se emplean los adjetivos "sublime" y "pintoresco" para describir los paisajes y la vegetación de Brasil. Con frecuencia se alabó a las islas antillanas y a las costas de África occidental por su belleza natural y su "exuberancia salvaje". Pero esta apreciación de lo "sublime" y lo "pintoresco", lejos de contradecir la imagen de los trópicos como región peligrosa, paradójicamente sirvió para hacerla más vivida, pues detrás de cada vista seductora se agazapaba un miasma letal. Los trópicos eran tan traicioneros como peligrosos, y su belleza, engaño mortal. Alexander Bryson, cirujano naval y estadístico médico, de origen británico, de la isla de Fernando Po, frente a las costas de África occidental, dijo con gran entusiasmo en los años cuarenta del siglo XIX que "La isla, en conjunto, es quizá una de las más bellas que existen sobre la faz de la tierra", y se la veía tan sublime y grandiosa, que pocos rivales podía tener en otras partes. Y, sin embargo, las estadísticas médicas confirmaban implacablemente que la enfermedad reinaba ahí, y que "en ningún otro lugar del mundo conocido era tan perjudicial para la salud".[23]

Durante sus cuatro años de viajes por el Amazonas, Alfred Russel Wallace se formó una impresión mixta de la "naturaleza tropical". Partió para Brasil en 1848 con "un deseo serio" de visitar un país tropical, para ver la "exuberancia de la vida vegetal y animal que, según se decía, existían ahí", y para presenciar "todas esas maravillas de las que tanto había disfrutando al leer las narraciones de los viajeros". Él encontró ciertamente muchas cosas que estimularon su interés científico —en el "vigor de la vegetación", en la diversidad de plantas y árboles y en la mera vastedad de la selva amazónica—, aunque, como muchos otros escritores de la época, fue el potencial comercial de las selvas lo que encendió su imaginación. Si bien Wallace sentía que había "grandeza y solemnidad" en las selvas del Amazonas, encontró poco de la belleza que esperaba.[24]

> Los apuntalamientos de los árboles gigantescos, los troncos surcados de fisuras, las extraordinarias raíces aéreas, las enredaderas retorcidas y encarrujadas y las elegantes palmas, todo esto fue lo que acaparó la atención y llenó la

[23] Alexander Bryson, *Report on the Climate and Principal Disease of the African Station*, Londres, 1847, pp. 21-22.

[24] Alfred Russel Wallace, *A Narrative of Travels on the Amazon and Rio Negro*, publicado por primera vez en 1853, Nueva York, 1969, pp. xi, 2, 305.

mente de admiración y sorpresa y temor reverente. Pero todo es lóbrego y solemne, y se siente uno aliviado cuando vuelve a ver el cielo azul y a sentir los ardientes rayos del sol.[25]

Estaba nostálgico de los "matices cambiantes del otoño" y de los "tiernos verdes de la primavera". Según él, lo mejor de la vegetación tropical no podía equipararse a la belleza sutil de la primavera inglesa —los manzanos silvestres en flor, los castaños de Indias y las lilas—. Él pensaba que había "en las regiones templadas una masa de colorido luminoso y belleza pintoresca, producida por las plantas, mayor que en las regiones tropicales".[26]

Wallace no era el único en opinar así. Las selvas tropicales podían inspirar admiración, pero con frecuencia eran incapaces de atraer a los que se sentían más en casa con los paisajes templados. Henry Marshall, cirujano que estuvo en Ceilán con las fuerzas británicas de 1808 a 1821, observó con algo de pesar que el interior de la isla estaba casi en su totalidad cubierto de selva.

La escena era extremadamente deslucida y uniforme. No había nada para diversificar la perspectiva. Una selva sucedía a otra, dividida sólo por angostas franjas de superficie sin árboles, que en su mayor parte permanecen incultas. El viajero que va por el campo llano permanece kilómetros y kilómetros rodeado por espesas selvas. Mientras avanza, espera en vano encontrar algo de variedad, alguna circunstancia, relacionada con la felicidad o las ocupaciones del hombre, para que sus sentimientos se interesen [...] El silencio de la selva rara vez es interrumpido, como no sea por el arrullo de las palomas torcaces o el murmullo de los animales salvajes, únicos habitantes de las junglas insondables.[27]

Un siglo más tarde, el novelista Aldous Huxley se empeñó en encontrar algo "wordsworthiano" en la naturaleza de los trópicos. Admitió que la selva de América Central podría haber sido "maravillosa, fantástica, hermosa", pero también "terrorífica" y "siniestra a más no poder". La masa de vegetación entrelazada que prácticamente había hechizado a Humboldt, fue para Huxley "ajena al espíritu humano". Llegó a la conclusión de que sólo era posible "adorar" a la naturaleza en un país donde hubiera sido "totalmente o casi dominada por el hombre".[28]

[25] *Ibid.*, pp. 305-306.

[26] *Ibid.*, pp. 307-308.

[27] Henry Marshall, *Notes on the Medical Topography of the Interior of Ceylon*, Londres, 1821, pp. 2-3.

[28] Aldous Huxley, "Wordsworth in the tropics", citado en David C. Miller, *Dark Eden: the Swamp in Nineteenth-century American Culture*, Cambridge, 1989, p. 141.

En cuanto a tropicalidad, los gustos han cambiado. Hoy identificamos prestamente los trópicos con selvas lluviosas que están desapareciendo y con tigres al borde de la extinción, todo un mundo de la naturaleza amenazado por el afán de lucro y la indiferencia humanos. Pero es saludable recordar de qué modo tan diferente, de qué modo tan negativo, fue percibido y entendido el ambiente tropical hace menos de un siglo.

La civilización en los trópicos

Se vio en los trópicos no sólo el lugar de una naturaleza exótica y opulenta, por un lado, o de bestias feroces y fiebres mortales por el otro. También se identificaron los trópicos con la gente que habitaba las regiones ecuatoriales. De esto resultó inevitablemente que se hicieran comparaciones entre las zonas templadas y las tropicales y que se tratara de descubrir hasta qué punto los pueblos no europeos que habitaban tales regiones habían sido moldeados adversamente por el clima y la enfermedad. En un grado que hoy se antoja extraordinariamente ciego e intolerante, hasta los años cincuenta prevaleció entre los escritores occidentales la creencia de que los trópicos eran en sí una región impropia para la civilización, al paso que las zonas templadas eran las idealmente propicias para ella. Uno de los supuestos fundamentales era el de que, habida cuenta de que los trópicos eran tan fecundos, las pocas necesidades de los pueblos "nativos" podían ser satisfechas con poco esfuerzo físico y mental. Smeathman, a quien ya citamos, observó de África occidental en 1786:

> Tan benigno es el clima y tan fértil el país, que un hombre que posea una muda de ropa, un hacha, un azadón de madera y una navaja de bolsillo pronto se encontrará en situación agradable y cómoda. No necesita más ropa que la que la decencia requiere; y no hace falta cavar más de unos cuantos centímetros, con un azadón ligero, para cultivar cualquier clase de grano.[29]

Se pensaba, pues, que los pueblos del trópico tenían una existencia fácil. Pero, ¿era ésta una situación deseable? Los europeos se fueron convenciendo más y más de que una vida así era de indolencia y carente de todo estímulo para trabajar, acumular riqueza y construir una civilización acorde con el modelo europeo aprobado. La primera envidia por los climas, la vegetación y los suelos más generosos que los de Europa pronto dio paso a los reproches amargos y al profundo desdén moral. En una Europa orgullosa de su dedicación a la industria, era imposible

[29] Citado en Curtin, *Image of Africa*, p. 61.

no considerar que la abundancia tropical era una clara desventaja cultural. Curtin cita a James Steuart en 1770:

> Si el suelo fuera inmensamente rico, estuviera situado en un clima cálido e irrigado de modo natural, entonces las producciones de la tierra serían virtualmente espontáneas, de lo cual resultaría que sus habitantes serían flojos. La flojera es el mayor de los obstáculos al trabajo y la industria. Las manufacturas nunca prosperarían aquí [...] En los climas menos favorecidos por la naturaleza, y donde el suelo produce sólo para quienes trabajan, y en proporción con la industria de cada quien, es donde podemos esperar encontrar grandes multitudes.[30]

En el sur de Asia, los europeos se mostraron igualmente desdeñosos al describir los efectos del ambiente sobre la cultura. En Malaya, Frank Swettenham fue uno de los principales comentaristas británicos que escribió sobre el tema:

> Menos de uno de doce meses de trabajo intermitente, una canasta de pescado en el río o en el pantano, una hora de tirar la red por la tarde, le daría de comer a un hombre. Un poco más de esto y tendría para vender. Probablemente ello explica la flojera inherente de los malayos; eso y un clima que inclina al cuerpo a la comodidad y al descanso, y a la mente a la contemplación monótona, antes que al trabajo asiduo, extenuante y persistente.[31]

Esos puntos de vista sobre la vida y el trabajo en los trópicos no estuvieron limitados a los moralistas del siglo XVIII o a los administradores coloniales del siglo XIX. Ellsworth Huntington era un fervoroso creyente en la inferioridad ambiental de los trópicos y su capacidad ya fuera para producir sus propias sociedades avanzadas o para suministrar un hogar adecuado a los blancos civilizados. Había consenso, decía, en cuanto a que "las razas nativas de los trópicos son torpes de pensamiento y lentas en la acción". ¿Por qué?

> El progreso de la civilización demanda que la gente produzca toda una variedad de alimentos y materias primas, y acumule un excedente del cual vivir mientras hace descubrimientos y da nuevos pasos hacia adelante. Exige también que la gente pueda viajar fácilmente con objeto de obtener ideas y materiales de otras partes. Todo esto es más difícil en las tierras tropicales que en las templadas. Además el incentivo de hacerlo es menor que en los países fríos. No sólo hay menos necesidad de vestido, abrigo y fuego, sino que ni siquiera

[30] *Ibid.*, pp. 61-62.

[31] Frank Swettenham, *British Malaya*, citado en Syed Hussein Alatas, *The Myth of the Lazy Native: a Study of the Image of the Malays, Filipinos and Javanese from the 16th to the 20th Centuries*, Londres, 1977, p. 43.

existen los contrastes estacionales que son de los mayores estímulos de la actividad.[32]

Independientemente de las razones que adujeran, los comentaristas no dudaron de que la civilización era rara, cuando no imposible, en los trópicos. Cuando existía, sólo podía ser resultado de la migración e invasión procedentes de las zonas templadas, como (se decía) era el caso de Vietnam o la India. De qué modo la civilización maya había logrado florecer en las selvas del sur de América del Norte y parte de la Central era un enigma persistente.

No obstante que al identificar la otredad tropical se hizo gran hincapié en la incomodidad y en los sentimientos de enajenación que sufrían los europeos, la dependencia de la mano de obra no blanca fue también parte importante de la manera como los occidentales percibieron los trópicos y reaccionaron a ellos. En particular, la presencia de la esclavitud ocupó lugar central en las ideas y las imágenes de los trópicos tal y como éstas fueron surgiendo entre los siglos XVI y XIX. Por un lado, se veía que la esclavitud era "natural" en estas regiones. Con una naturaleza tan pródiga, sólo podía generarse un excedente de personas que eran "flojas por naturaleza" y capaces de satisfacer sus necesidades con esfuerzo mínimo mediante alguna forma de coerción. Del mismo modo, el clima y las enfermedades hacían imposible que los europeos constituyeran la mano de obra necesaria (a pesar de las pruebas históricas de poblados blancos en las Antillas). Por consiguiente, la esclavitud no sólo era una solución práctica al problema del trabajo, sino que simbolizaba la otredad de los trópicos, las tierras donde no se aplicaban las leyes ordinarias del trabajo.

Pero, en contra de quienes argumentaban que la esclavitud era "natural" y necesaria en los trópicos, hubo, a fines del siglo XVIII y principios del XIX, cada vez más quienes consideraron que la esclavitud era una plaga impuesta a la naturaleza verdadera de los trópicos —su agitación y su exuberancia—. Para Humboldt, la naturaleza era un "dominio libre", y le dolía ver las plantaciones del Caribe "regadas con el sudor de los esclavos africanos". La vida rural perdió su encanto cuando se volvió "inseparable de los sufrimientos de nuestra especie".[33] Por su parte, Darwin encontró en Brasil que la esclavitud estaba aflictivamente reñida con la alegría que la naturaleza del trópico le inspiraba. Maria Graham, inglesa que visitó Brasil durante la segunda década del siglo pasado, vivió un conflicto similar. En Pernambuco (Recife) en 1821, la "enfermó

[32] Ellsworth Huntington, *The Human Habitat*, Nueva York, 1927, pp. 96-97.

[33] Alexander von Humboldt, *Political Essay on the Kingdom of New Spain*, 1ª ed. 1811, Nueva York, 1972, p. 92.

completamente" la mera vista de un mercado de esclavos, que junto con sus compañeros la hizo huir a su barco con el corazón adolorido y con la resolución de que "nada que hicieran por abolir o aliviar la esclavitud habrían de considerarlo ni demasiado poco ni excesivo". Pintora aficionada, se solazó en los paisajes tropicales aunque lamentando la condición de los esclavos y haciendo frecuentes referencias a "los males de la esclavitud", de lo que resultó una mezcla incongruente de los males citados con la delicia de las "plantas vistosas", las aves "más vistosas aún" y la multitud de las flores tropicales "dulcemente perfumadas".[34] Esta yuxtaposición de la esclavitud brutal con el esplendor natural fue parte primordial e inquietante de las imágenes que los extranjeros se formaron del mundo tropical.

Hubo, sin embargo, quienes presentaron la civilización en los trópicos en términos más afirmativos. A menudo se consideró que Brasil, donde la esclavitud persistió hasta la penúltima década del siglo XIX, representaba algunos de los aspectos más negativos de la vida tropical, pero también pudo vérsele como representativo de sus aspectos más atrayentes y creativos. En realidad, la tropicalidad de Brasil se convirtió en una especie de expresión positiva de una identidad nacional en formación. La significativamente llamada Escuela Tropicalista de científicos médicos, de Bahia, entre los años sesenta y los noventa del siglo XIX buscó maneras de demostrar que Brasil no tenía que ser tan insalubre ni tan atrasado como suponían muchos europeos. Medio siglo después, el sociólogo Gilberto Freyre aclamó con entusiasmo a Brasil como "el nuevo mundo de los trópicos". Vio en la civilización brasileña una mezcla singular del talento portugués para la exploración y la asimilación con los pueblos de los trópicos y las cualidades físicas distintivas del mundo ecuatorial. Para él, Brasil era más que un avance subdesarrollado de Europa. Era una nueva clase de civilización que estaba surgiendo y adaptándose a "condiciones y posibilidades" que eran "no europeas sino tropicales: clima tropical, vegetación tropical, paisaje tropical, luz tropical, colores tropicales". Freyre elogió el trabajo de los científicos brasileños que habían contribuido a vencer dos de las mayores aflicciones del país: la malaria y la uncinaria. "Estas grandes victorias de Brasil en la humanización de los trópicos", observó, "han contribuido en mucho a destruir la idea europea de que estos males son inseparables de las condiciones tropicales". Hasta llegó a sugerir la creación de una ciencia nueva, que sería la "tropicología", que se ocuparía de "la adaptación de la ciencia y la tecnología europeas a las situaciones tropicales". Tal acti-

[34] Maria Graham, *Journal of a Voyage of Brazil, and Residence There, during Part of the Years 1821, 1822, 1823*, publicada por primera vez en 1824, Nueva York, 1969, pp. 105-10, 116.

vidad tendría que ver con problemas de salud, agricultura, urbanización y planeación regional de los trópicos, pero también con la educación, la política, la fisiología y la "higiene mental", pues "se tiene que considerar, en algunos de sus aspectos, el comportamiento del hombre en los trópicos en relación con situaciones y condiciones peculiares del ambiente tropical".[35] Pero la de Freyre fue una voz excepcional: rara vez se han expresado tan positivamente las virtudes y las potencialidades de la civilización en los trópicos.

La apropiación de los trópicos

Hasta aquí hemos analizado la tropicalidad como idea e imagen, pero es importante recordar que los trópicos fueron algo más que una construcción cultural, un "otro" exótico inventado e imaginado por los europeos. En sentido muy práctico, los trópicos fueron también transformados físicamente bajo la tutela europea, en una escala y de un modo comparables a lo que ocurrió con las "Neoeuropas" templadas del Nuevo Mundo y Australasia. Pero éstos no fueron transformados en réplicas de Europa. No: se volvieron economías y ecologías complementarias, proyectadas para satisfacer necesidades y deseos que las tierras templadas no podían lograr. De tres maneras principales los europeos se empeñaron en incorporar y subyugar a los trópicos: controlando los recursos naturales (especialmente los productos vegetales); movilizando la mano de obra no blanca y aprendiendo a dominar las "enfermedades tropicales". Cada una de estas formas interrelacionadas de apropiación y control tuvo consecuencias ambientales importantes y, como lo sugirió Freyre, requería soluciones que de ordinario fueron diferentes de las adoptadas en Europa. Del trabajo y de las enfermedades ya hablamos; pasemos ahora al tercer factor de la ecuación tropical, la explotación de las plantas tropicales.

Aunque estos tres factores de la transformación de los trópicos tienen asociaciones estrechas, los eslabones entre la botánica y la medicina fueron particularmente sólidos. En la Europa medieval, el estudio de las plantas estuvo motivado en gran parte por su uso medicinal, como lo muestran los herbarios ilustrados de la época. Durante los siglos XVII y XVIII, en muchas escuelas de medicina se consideró que el estudio de la botánica y la historia natural era parte indispensable de la formación del médico, y por lo regular los galenos de Eliden y Edimburgo fueron

[35] Gilberto Freyre, *New World in the Tropics: the Culture of Modern Brasil*, Nueva York, 1959, pp. 7, 145-146.

también botánicos expertos. Muchos de los primeros estudios de plantas de América fueron motivados por este interés práctico de la medicina. Aquella Europa azotada por la sífilis (¿regalo del Nuevo Mundo al Viejo?), así como por la malaria, la peste y otras enfermedades, tenía la esperanza de encontrar en otros continentes la cura de sus aflicciones, mientras que los europeos que vivían en el extranjero creían que tenían mucho que aprender de los médicos locales en el tratamiento de enfermedades y afecciones desconocidas.

Pese a que suele suponerse que la ciencia, la técnica y la medicina occidentales se desarrollaron autónoma y por tanto independientemente de las tradiciones intelectuales y las necesidades prácticas de Europa, cada vez es más claro que gran parte de ese desarrollo fue estimulado por el expansionismo europeo y que cobró forma en su contacto con otras culturas. Tal es el caso de la botánica. La primera cátedra de botánica fue creada en la universidad de Padua en 1533, y el establecimiento de jardines botánicos para el estudio sistemático y el uso de plantas en centros tales como Padua, Leiden, Leipzig, París, Upsala y Edimburgo siguió muy de cerca a la primera fase de la expansión de Europa y a la importación de plantas de América y de Asia no conocidas en ese continente. La botánica se esforzó por incorporar y sistematizar este conocimiento vasto y a veces desconcertante, y ya no pudo confiar en los textos antiguos ni en el empirismo folklórico como guía para la recién descubierta riqueza del mundo de las plantas. Los primeros "jardines médicos" fueron lugares donde se cultivaban plantas de todas partes del mundo para aprovechar sus propiedades medicinales. Al principio, mientras Europa seguía sumida en su ensoñación medieval, fue posible pensar que en esos jardines se estaba reuniendo los fragmentos dispersos del Edén perdido, congregando la creación vegetal de Dios por primera vez desde la Caída. Pero, hacia el siglo XVIII, se fueron desvaneciendo esas ideas conforme los jardines botánicos se transformaban en las vanguardias de la investigación científica: en Upsala con la dirección de Linneo; en el Jardin du Roi de París con la de Georges Buffon y en los Jardines Kew de Londres con la de Sir Joseph Banks y sus sucesores.

El estudio de la botánica en Europa corrió a la par de las actividades de ultramar, a la vez que fue auxiliado por éstas. Una de las primeras y más originales investigaciones fue la obra del médico portugués García d'Orta en el oeste de la India. En un libro publicado después de su muerte, acaecida en 1563, D'Orta describió unas 60 plantas medicinales y dio una extensa descripción de las enfermedades locales y de su tratamiento por los doctores hindúes. Es significativo que D'Orta describió muchas plantas y fármacos desconocidos para los escritores griegos de cuyo saber Europa había dependido tanto. En un ejercicio similar reali-

zado a principios del siglo XVII, el holandés Jacob Bondt (Bontius) dio una descripción detallada de las plantas, los animales y las drogas medicinales de la península malaya. Tampoco fue olvidado el Nuevo Mundo: en realidad constituyó por sí sólo la fuente más grande de conocimiento sobre nuevos fármacos. A partir del siglo XVI, aparecieron textos en español, inglés y otros idiomas europeos, en los que se abogaba por el uso de fármacos americanos como el sasafrás, el tabaco, la zarzaparrilla y el guayaco (estos dos últimos recomendados especialmente para el tratamiento de la sífilis).

La importancia práctica de estos vínculos botánicos entre Europa, América y Asia fue enorme, pues gracias a ellos se empezó el proceso de conocer la naturaleza y las propiedades de las plantas de otras partes del mundo, y con ello de su explotación con fines económicos y médicos. La plantas representan un ejemplo de la forma en que los europeos no sólo adoptaron para su propio uso elementos de otros medios (incluido el tropical), sino que también absorbieron partes del conocimiento indígena sobre esos medios. En su mayoría, los fármacos, alimentos y otros productos vegetales no fueron "descubiertos" en primera instancia por europeos. Los pueblos indígenas poseían ya conocimiento de sus usos y propiedades y sólo ulteriormente los europeos se los apropiaron y los incorporaron a su botánica. Una ilustración de esto fue la quinina, la "corteza peruana" adoptada de los indios de los Andes por los jesuitas para el tratamiento de las fiebres y más tarde constituida en la base para el tratamiento europeo y prevención de la malaria. Lo que en otro tiempo fue planta silvestre que los indígenas utilizaban como febrífugo básico, hacia fines del siglo XIX se había vuelto uno de los principales cultivos de plantación en las Indias Holandesas y en la India británica y gozaba de la merecida reputación de ser uno de los "instrumentos" esenciales de la expansión imperial.[36]

Los jardines botánicos de Europa y de ultramar (uno de los primeros de éstos fue el establecido por los holandeses en el Cabo de Buena Esperanza en 1654) sirvieron como red de expansión del conocimiento científico y de intercambio de plantas. Desde su base en Upsala, Linneo aprovechó las operaciones y contactos ultramarinos de la Compañía de las Indias Orientales, sueca, para reunir una colección de plantas, de alcance mundial, y para enviar expediciones en busca de nuevas especies. Sir Joseph Banks, en los jardines de Kew, pudo de igual modo utilizar una extensa red de corresponsales, comerciantes de ultramar, el ejército, la armada y los cirujanos de la Compañía de las Indias Orientales. China y

[36] Daniel R. Headrick, *The Tools of Empire: Technology and European Imperialism in the Nineteenth Century*, Nueva York, 1981, cap. 3.

las Américas. En este aspecto muy práctico, el desarrollo del conocimiento botánico estuvo estrechamente conectado con el comercio ultramarino y el poder marítimo de Europa.

También importantes fueron los vínculos que se desarrollaron entre los diferentes territorios tropicales de las Américas, África, Asia y el Pacífico. En virtud de ellos se pudieron reubicar plantas tropicales de un territorio a otro, de modo que sirvieron directamente a los intereses económicos y políticos de las potencias imperiales, pero al mismo tiempo pusieron de relieve la identidad y la función comunes de un mundo tropical cada vez más caracterizado por el azúcar, el café, el algodón, el caucho, la quinina y el sisa. Claro está que estaban ocurriendo intercambios laterales de esta clase desde la fase más antigua del expansionismo europeo. Los portugueses se encargaron de transferir buen número de plantas alimenticias cultivables, como el maíz y la yuca, de las Américas a África, la India, el sudeste de Asia y China. Pero, hacia fines del siglo XVIII, los intercambios de plantas estaban siendo organizados de modo más sistemático y científico, conforme los europeos empezaban a darse cuenta de las recompensas económicas de transferir plantas de una localidad tropical a otra. Actuaban así esperando encontrar una manera más eficiente de alimentar a los esclavos (lo que el capitán Bligh se proponía en su infausto viaje en el *Bounty* era transportar semillas del árbol del pan de Tahití a las Antillas), proteger los ingresos del Estado y prevenir el hambre (uno de los propósitos de introducir en la India las palmas de sagú y otras plantas exóticas), o evadir las abrumadoras restricciones e impuestos que los gobiernos extranjeros dictaban sobre la exportación de mercancías tales como el té, el caucho y la quinina, cultivándolas en posesiones tropicales y haciendo uso intensivo de esclavos y semiesclavos. Para los británicos, últimos en incorporarse a la búsqueda de tierras y recursos tropicales, los intercambios de plantas tuvieron atractivo especial. Se vio que la riqueza de las colonias residía principalmente en la producción tropical, pero hasta fines del siglo XVIII muchas de las regiones más productivas (aparte de las Antillas) estaban en manos de otras potencias europeas o completamente fuera de del control europeo. La adquisición de la India a partir de mediados del siglo XVIII les abrió a los británicos las puertas al mundo tropical, y el conocimiento de botánica se utilizó para desarrollar esas nuevas adquisiciones en beneficio de la economía británica.

Sin embargo, la relación entre la ciencia y el imperio siguió siendo materia de discusión. Algunos historiadores han visto que la relación entre la botánica y el imperio de ultramar fue directa y de mutuo apoyo, pues el conocimiento científico se traducía rápidamente en ganancia económica y poder político. En su estudio del papel imperial de los jardines

botánicos de Kew, Lucile H. Brockway argumentó sobre este punto que "no [hay] manera de trazar la frontera entre la ciencia, el comercio y el imperialismo" en el trabajo de quienes colectaban semillas y plantas para Kew o que ayudaban a transferirlas de una parte del mundo tropical a otra. Los nuevos cultivos de plantaciones así establecidos "complementaron las industrias establecidas en el territorio patrio de la Gran Bretaña para constituir un sistema amplio de extracción de energía e intercambio de energía que durante cierto tiempo, en los siglos XIX y principios del XX, hicieron de esta nación la superpotencia mundial".[37] Brockway funda sus afirmaciones en estudios de tres de las plantas que mayor valor económico tuvieron: el caucho, el sisa y la quinina. De estos tres, la quinina es quizá la más espectacular, pues sus semillas fueron sacadas de contrabando de Perú a mitad del siglo XIX y embarcadas a la India, vía Kew, donde se establecieron plantaciones de quinina a fin de tener una fuente confiable de la sustancia antimalárica, usada para proteger a los soldados europeos destacados en la India y en África. En realidad, argumenta ella, "la penetración colonial de África a fines del siglo XIX por las potencias europeas se logró sólo después de que hubo una fuente barata y confiable de quinina [...] En resumen [saca ella en conclusión] la quinina fue brazo esencial del imperialismo británico maduro".[38]

Posiblemente Brockway exagera la importancia de la quinina para el imperialismo europeo a fines del siglo XIX (y el papel de la malaria en inhibir la expansión europea previa en África), pero en general su razonamiento sobre la asociación de la botánica con el imperio es clara y muy convincente. Pero a muchos historiadores les indigna la mera insinuación de que la ciencia pueda tener un papel tan de instrumento como si hubiera sido el mandadero listo y bien dispuesto del imperio, y han tratado de disociar a la ciencia del pasado censurable del imperio y de destacar el papel de los científicos como desinteresados creyentes en el progreso e incluso como reformadores ilustrados. Richard Grove, por ejemplo, critica a los escritores que, como Brockway, les atribuyen a los científicos motivos "exclusivamente utilitaristas, de explotadores, o ambos". Las ideas de los naturalistas y otros científicos, dice, a menudo fueron contrarias a las políticas comerciales y de lucro de los gobiernos coloniales. Esos hombres fueron motivados por ideales científicos elevados y por preocupaciones humanitarias que frecuentemente hicieron de ellos críticos reales o implícitos del imperio y no sus abyectos servidores.[39]

[37] Lucile H. Brockway, *Science and Colonial Expansion: the Role of the British Royal Botanic Garden*, Nueva York, 1979, pp. 6, 84.

[38] *Ibid.*, pp. 7, 132.

[39] Grove, *Green Imperialism*, p. 8.

No cabe duda de que sería simplista suponer que la ciencia imperial fue monolítica, que no tuvo disidentes y estuvo motivada sólo por el deseo de satisfacer las necesidades económicas y políticas del poder imperial. Pero también es demasiado fácil exagerar el grado de autonomía de que gozaron los científicos o atribuirles los valores actuales y con ello pasar por alto el poder prácticamente avasallador del *ethos* imperial. Como suele ser el caso, todavía no llegamos a una valoración equilibrada del papel de la ciencia, la botánica incluida, en el expansionismo y en el imperialismo europeos. Pero lo que con toda seguridad está claro es el grado en que los europeos se propusieron, desde el siglo XVIII con certeza y en cierto grado desde amtes, manipular y controlar los ambientes tropicales y las plantas, los animales y los pueblos identificados con ellos. Del mismo modo que Europa estaba rehaciendo las regiones templadas del globo, así también rehacía los trópicos de modo que satisficieran las necesidades y los deseos de los propios europeos. Pero ni en términos materiales ni ideológicos fue tratada de igual modo cada parte del mundo no europeo, y vale la pena considerar mediante un breve estudio de caso de la India cómo una región particular fue afectada por la creciente ascendencia ambiental europea.

IX. LA COLONIZACIÓN DE LA NATURALEZA

La India y las "Disposiciones de la naturaleza"

De muchos modos, la India, bajo el dominio británico, fue más o menos resistente a las corrientes más amplias de la tropicalidad descrita en el capítulo anterior, y en tal fenómeno tuvo mucho que ver la geografía. Gran parte del subcontinente está al norte del trópico de Cáncer: una porción mucho mayor de la India que de Brasil está fuera de la zona de los trópicos. Y aunque gran parte de Bengala, en el noreste, y de Kerala, en el suroeste (como vecina de Birmania y Sri Lanka) podría parecer que caben en el modelo de los trópicos húmedos y calientes, las grandes llanuras del Indostán y el Deccan parecen ser bastante incongruentes.

Una razón más decisiva de la tropicalidad elusiva de la India parece ser más bien histórica que geográfica. En sus encuentros con la India desde el siglo xv, los europeos se habían visto forzados a reconocer que estaban tratando con estados poderosos y culturas tenaces, y no sólo con las fuerzas de la naturaleza. Las bien documentadas investigaciones de Sir William Jones y sus colegas orientalistas, realizadas en las postrimerías del siglo xviii y principios del xix, revelaron que la India tenía una antigua civilización, en ciertos aspectos comparable a las de Grecia y Roma. La India, como la América ecuatorial de Humboldt, tenía montañas con cimas nevadas, vastas planicies y densas selvas, pero, a los ojos europeos, no eran éstos sus atributos principales. Era raro que se representara a la India como una especie de paraíso tropical. En los escritos sobre la India comúnmente se invocaba lo "pintoresco" no sólo para describir escenas de naturaleza intacta, sino sus costumbres, sus prácticas religiosas, sus procesiones coloridas, sus escenas de ajetreo callejero, sus templos antiguos y sus palacios casi en ruinas. Fue quizá sólo en los escritos de los hombres dedicados a la medicina, especialmente los que ya habían vivido y trabajado en las Antillas o que habían sido influidos por ese encuentro ambiental y cultural tan diferente, donde a la India se aplicó recurrentemente la palabra "tropical" antes de la segunda mitad del siglo xix.

En la India, los europeos fueron perfectamente conscientes de que este subcontinente de ninguna manera era tierra "virgen" ni "vacía". Sólo en las partes más remotas del país —los altos Himalayas y las más densas selvas de Kerala, de la India Central o de Assam— era posible

concebir la India como "tierra primigenia", como cuando dos ingenieros británicos se encontraron en lo más profundo de los Ghates Occidentales durante los primeros años del siglo XIX y escribieron que:

> La porción más grande de esta región desolada está cubierta en todas direcciones de selvas altas y lujuriantes [...] En conjunto, la escena es sublime; gran parte de este trozo de selva no ha sido explorado por falta de guías y por lo difícil que es penetrar en tales regiones tan extensas como salvajes.[1]

En gran parte de la India, sin embargo, los pobladores nativos ya se habían apropiado física y culturalmente el ambiente desde hacía miles de años, y lo habían hecho de tal modo que ni siquiera los más fervorosos partidarios de la europeización podían dejar de verlo (en realidad la India estaba llena precisamente de la clase de enfermedades del Viejo Mundo que habían resultado ser tan destructivas en el Nuevo), y el paisaje estaba tachonado de marcadores culturales de cada descripción. Los polvosos llanos alrededor de Delhi abundaban en fuertes, tumbas, palacios y jardines de los mogoles y de sus predecesores musulmanes, hinduistas y budistas. Y lo mismo ocurría en gran parte de la India. Cada rincón idílico donde podía realizarse un *picnic* europeo estaba ocupado ya por un santuario hinduista o resguardado por la tumba de un santo sufí. Al pie de la sombra de cada árbol estaba la piedra teñida de bermellón que representaba a una deidad popular que ofrecía protección contra la viruela o el cólera. Las vacas que vagaban por las calles, los pavos reales que faroleaban en los parques, los tigres que rugían en la selva —pocos aspectos del ambiente de la India, animado o inanimado, parecían libres y no poseídos por algún aspecto de la cultura india, en especial la hinduista.

Sin embargo, a fines del siglo XIX, se fue haciendo cada vez más evidente la incorporación de la India a los trópicos. Sus enfermedades, su vegetación, sus suelos, su clima, su agricultura, y hasta su gente, estaban siendo insertados en el marco de la tropicalidad. En parte puede verse que tal fenómeno fue consecuencia de la creciente autoridad de la ciencia imperial y de las conexiones que se estaban haciendo entre las varias partes del imperio tropical. Ya sea que pudiera o no pudiera vanagloriarse de una civilización antigua, la India, como muchos otros estados tropicales, era el lugar donde se estaba cultivando té y café, algodón, caucho y quinina, y los trabajadores indios, esclavos por con-

[1] Benjamin S. Ward y P. E. Connor, *Geographical and Statistical Memoir of the Survey of the Travancore and Cochin States*, Travancore, 1863, pp. 205-206, citado en Richard P. Tucker, "The depletion of India's forests under British imperialism: planters, foresters, and peasants in Assam and Kerala", en Donald Worster (comp.), *The Ends of the Earth: Perspectives on Modern Environmental History*, Cambridge, 1988, p. 120.

trato, estaban reemplazando a los esclavos africanos como la fuente primaria de la mano de obra migratoria en las plantaciones tropicales, desde las Fiji a las Guayanas. También en las mentes de geógrafos como Semple y Huntington la India mostraba muchos de los rasgos característicos de un país tropical: clima agotador, enfermedades debilitantes, ambiente intrínsecamente impropio para la vida civilizada como ellos la entendían. Conforme crecía el poder imperial, y con éste el sentido británico de superioridad racial y técnica sobre la India, así también se invocaba más y más el entorno para explicar el profundo abismo que separaba a una nación de la otra.

Por ejemplo, se le concedió mucha importancia al papel de los monzones de la India. Del ciclo anual de las lluvias de monzón del suroeste y el noreste no sólo se dijo que era el "hecho primario" de la meteorología de la India, sino que en muchos aspectos también lo era de su vida social y económica. De ahí que se les considerara un índice del poder que "las disposiciones de la naturaleza" ejercían sobre la gente de la India. Los monzones daban la lluvia necesaria para sostener la agricultura en gran parte del subcontinente, pero si, como con frecuencia ocurría en la segunda mitad del siglo XIX, las lluvias esperadas no caían, entonces sobrevenían invariablemente la sequía y el hambre. Según el geógrafo imperial T. H. Holdich, el monzón era "la salvación anual" de los millones de indios que vivían de "los frutos del suelo. Un buen monzón u otro mal es el criterio de abundancia o de carestía. Por él vive la India; sin él, hay hambre, muerte y miseria".[2]

En la India del siglo XIX los funcionarios coloniales británicos quizá encontraron que esta correlación entre la falta de lluvias monzónicas y hambre generalizada era particularmente significativa porque la Gran Bretaña apenas acababa de liberarse de una similar sujeción a la naturaleza, pero en esos días se enorgullecía de que tales sucesos catastróficos sólo ocurrían en países atrasados e incultos. En la Gran Bretaña (con la excepción siempre de Irlanda) la naturaleza siempre ha sido domeñada.[3] Pero en la India su influencia no sólo persistía, sino que seguía afectando casi cada trozo de la sociedad y del gobierno. Se notaba, por ejemplo, cómo los motines por la falta de alimento y los delitos contra la propiedad se incrementaban cuando no llegaba el monzón, igual que se elevaban los precios y escaseaban los granos. La falta de lluvias llenaba las prisiones de "gente hambrienta que de ordinario no eran delincuentes". A los hombres desesperados los llevaba al asesinato y al robo, y a las mujeres a las raterías y al suicidio. Desde el punto de

[2] T. H. Holdich, *India*, Londres, 1904, p. 348.

[3] Para una ampliación de este argumento, véase David Arnold, *Famine: Social Crisis and Historical Change*, Oxford, 1988, esp. cap. 6.

vista del imperio, lo positivo era que se convertía en incentivo para que los campesinos pobres y los jornaleros sin tierra abandonaran sus pueblos y emigraran a las plantaciones de té de Assam o a los campos de caña de azúcar de Natal.

Aun cuando el monzón llegara puntualmente, de todos modos se veía que su efecto sobre la salud de las masas seguía siendo enorme. Los informes y las estadísticas de salud pública mostraban cómo con el arribo de los monzones se desencadenaban epidemias de cólera, disentería y otras enfermedades intestinales. Esta correlación entre el clima y la enfermedad hizo que un funcionario de servicios médicos, que escribía en la *Imperial Gazetteer of India*, esbozara en 1909 un contraste ambiental general entre la India y Europa:

> El estado general de la salud pública en cada país depende de la medida en que las relaciones del individuo y la raza están ajustadas al ambiente: cuanto más completo y continuo es el ajuste, tanto mayor será la longevidad. La tendencia de la civilización europea es darle al hombre más y más control completo de su entorno, mientras que en la India éste es real y relativamente más fuerte, más caprichoso e inconfiable que en Occidente, al paso que el individuo es menos resistente y adaptable. Estas influencias han modelado el carácter moral y físico de la gente y su civilización.[4]

La articulación de tales visiones tan extremadamente deterministas crea problemas para el historiador de nuestros días. ¿Deben descartase enteramente estas opiniones como producto de un imperialismo anacrónico y que pretende autojustificarse, o debe reconocerse, en el contexto de una nueva historia social de la India, que tales sucesos y calamidades ambientales, como la llegada o la ausencia del monzón, sí afectaron profundamente las vidas y los medios de subsistencia de la gran mayoría de la población india? En teoría, debiera ser posible separar la retórica imperial del análisis de la realidad material. En la práctica, sin embargo, a menudo es difícil mantener la distinción, pues las fuentes mismas están impregnadas de cierta predisposición, de una manera colonial de entender la naturaleza y representar sus consecuencias humanas.

En la India, además, se reconocía que en un país de proporciones casi continentales era de esperarse que su gran diversidad climática y demás factores ambientales afectaran las mentes y los cuerpos humanos. De ahí que las ideas deterministas se emplearan no sólo para abarcar y caracterizar a la India en su conjunto, sino también para diferenciar sus regiones y pueblos. En un ensayo sobre "Population", aparecido en el

[4] *The Imperial Gazetteer of India*, vol. I, Londres, 1909, p. 500.

mismo volumen de la *Imperial Gazetteer*, E. A. Gait enlazó las ideas de los orígenes e identidad racial con aspectos del medio físico de la India para explicar diferencias importantes entre sus pueblos. Su argumento reflejó la idea, tan vieja como Hipócrates, de que los ambientes difíciles producen individuos duros y llenos de inventiva, mientras que las tierras cálidas y fructíferas fomentan la indolencia. Pero a esta añeja fórmula le agregó el ingrediente de moda, el de la lucha darwiniana por la existencia:

> En el noroeste el clima seco y las luchas incesantes del hombre con la naturaleza en que sólo los más aptos alcanzan a sobrevivir se han combinado para producir una raza valiente y dura, de buena constitución corporal; mientras que la vida fácil de las llanuras sembradas de arroz del delta del Ganges, fértiles y vaporosas, aunque fomenta el rápido crecimiento de su número de habitantes, ha agotado sus energías e impedido su desarrollo. El campesino de Bengala, chaparrito, débil y tímido, difiere del sij alto, resuelto y valiente, o del patano, y tal diferencia es mucho más pronunciada que la del escandinavo respecto del español o la del inglés y el turco.[5]

Desde la perspectiva imperial, era claro el valor de tales modos determinista y reduccionista de razonar. La India estaba sometida a la naturaleza en un grado mucho mayor que Europa: de ahí su atraso, su inferioridad y sus divisiones internas; de ahí también la necesidad de que los británicos gobernaran la India, para introducir en ella "mejoras", "orden" y "progreso", y para liberar a los indios de su sometimiento a la naturaleza. Sin embargo, en una época en que las ideas nacionalistas estaban ganando fuerza en la India, también se podía invocar a la naturaleza para mostrar que la India no era una nación, y no lo sería en el futuro inmediato. Tampoco podía pretender ser una civilización, independientemente de cuáles hubieran sido sus realizaciones en tiempos antiguos. Se invocaron reiteradamente las fuerzas ambientales —en especial el clima y las enfermedades— para demostrar, y al mismo tiempo para explicar, la debilidad moral y física de los hindúes, así como para justificar la continuación indefinida del gobierno imperial.

Conforme a tal visión de las cosas, una de las tareas que los servicios sanitarios y la ciencia médica de la colonia se impusieron a sí mismos fue la de rescatar a los indios de su patético sometimiento a la naturaleza, rescate que, como los hechos lo demostraban, eran incapaces de realizar por sí mismos. Ronald Ross, del Indian Medical Service, más conocido por su descubrimiento, en la última década del siglo XIX, del papel de los mosquitos en la trasmisión de la malaria, observó en sus memo-

[5] *Ibid.*, p. 447.

rias que los europeos que visitaban la India por primera vez a veces se conmocionaban ante el carácter enfermizo de la gente. Parecían capaces de "trabajar duro [...] [y eran] leales, dóciles e inteligentes", y sin embargo en muchas partes del país presentaban "complexiones asombrosamente delicadas, combinadas con gran timidez y el hábito de la obediencia sin chistar". Ross se preguntaba cuál era la causa de esta debilidad. ¿Era la pobreza, el clima o la enfermedad? Su respuesta fue que la malaria, que, con el tiempo, había hecho de los indios "una raza avejentada y desgastada". Mediante sus investigaciones médicas, Ross se proponía descubrir la causa de la malaria, pidiendo, en el curso de unos poemas, "Oh, Naturaleza, concédeme esto a mí". En 1895, cuando Ross culmina su investigación, escribe estos versos triunfantes:

Este día el Dios ideador
ha puesto en mi mano
algo maravilloso. Y Dios
sea alabado. Gracias a Él
he encontrado tus hechos secretos,
oh, Muerte, asesina de millones.[6]

El sentido personal que Ross tenía de su misión puede traducirse, sin exagerar mucho, a un sentido más general del propósito imperial. Si bien la India era un país populoso, y si bien se reconocía que había tenido una antigua civilización cuyos monumentos salpicaban el paisaje, (desde el punto de vista del imperio) había fallado en un aspecto esencial: vencer a las fuerzas elementales de la naturaleza. Así pues, con la transformación del entorno, estableciendo y demostrando potestad sobre la propia naturaleza, los británicos trataron de imponer y legitimar su dominio de la India.

La transformación de la India

En los últimos años, algunos historiadores han comenzado a argumenta que el dominio británico tuvo consecuencias profundas sobre el ambiente hindú. Esta afirmación forma parte de un debate más amplio acerca del efecto de los británicos sobre la India. Se cita el cambio ambiental como prueba de lo penetrante que fue ese impacto, incluso en áreas rurales remotas de los principales centros urbanos del poder y la influencia británicos, en contraste con quienes aseguran que el gobierno colonial ejerció solamente una influencia superficial sobre la India, en especial en el campo. Pero tal impacto no se ve del modo heroico descrito por Ross.

[6] Ronald Ross, *Memoirs*, Londres, 1923, pp. 97, 226.

Lejos de ello, en una significativa inversión de los ideales coloniales y de la retórica de alabanza al imperio, esta vez se destacan las consecuencias negativas del dominio británico en el contexto de la discusión ambiental, y no mediante las "realizaciones" tan pregonadas en otros tiempos.

Al mismo tiempo puede verse en esta revalorización de la historia ambiental de la India una aguda respuesta dada en el marco del debate sobre el "imperialismo ecológico". A todas luces la India no fue transformada en una "Neoeuropa" del mismo modo que, según Crosby, sí lo fueron partes de América y la Australasia. Las puertas de la India no las abrieron de par en par ni las enfermedades ni la invasión de plantas y animales introducidos durante un proceso de colonización. Tampoco fue eliminada la población nativa y ni siquiera marginada demográficamente. La llegada de Vasco da Gama y los portugueses al sudoeste de la India en 1498 no fue, ecológicamente hablando, un suceso trascendente que pudiera compararse, por sus efectos, con la presencia de los españoles en el Nuevo Mundo a partir de 1492. Cierto es que la India sí tuvo parte en los "intercambios" transoceánicos de las primeras fases de la expansión europea. La sífilis llegó a la India procedente de América muy probablemente vía Europa, pero, pese a todos sus horrores, esto puede haber contribuido poco a la suma de la mortalidad hindú. Varias plantas de origen americano, como el chile, el tomate y el cacahuate llegaron a la India y contribuyeron a la creación de su cocina moderna, que es inconfundible, pero la propagación de estos nuevos cultivos, junto con otros también importados, como el tabaco, se dieron, con relativa lentitud y sin causar efectos traumáticos, en el contexto de un sistema de agricultura campesina que ya existía. Sin embargo, considerando un intervalo de tiempo mayor, es de observarse que sí ocurrieron cambios importantes. Sin convertirse nunca en una "Neoeuropa", la ecología de la India fue afectada profundamente por el creciente contacto con los europeos y especialmente por el gobierno colonial a partir de mediados del siglo XVIII. Qué profundidad tuvo este proceso de cambio ambiental es algo que los historiadores están apenas empezando a descubrir. Pero un historiador ha observado que, hacia 1947 (el año en que se marcharon los británicos),

> casi todo el mapa de la vegetación de la India estaba determinado por la intrincada estructura de poder que había evolucionado bajo el poder británico. Las tierras del subcontinente estaban casi en su totalidad domesticadas, bajo el sistema, más complejo, de extracción de recursos que ningún imperio europeo hubiera establecido nunca en el mundo en desarrollo.[7]

[7] Tucker, "The depletion of India's forests", p. 140.

La contribución británica al cambio ambiental de la India es un tema vasto y bastará con unos cuantos ejemplos para ilustrarlo. Ya tocamos los asuntos de la sequía y el hambre, y por tanto conviene empezar con la administración del agua. La India poseyó un extenso sistema de irrigación alimentado por las lluvias o por corrientes, por tanques (depósitos), canales y represas, mucho antes de la llegada de los británicos. Algunos —pero de ningún modo todos— de estos sistemas habían caído en desuso hacia mediados del siglo XVIII, cuando los británicos, por medio de la English East India Company, empezaron a establecerse como un gran poder territorial en el sur de Asia. Desde los años treinta del siglo mencionado los ingenieros británicos empezaron a reabrir las viejas obras de irrigación y a crear otras nuevas, muy grandes. Uno de los proyectos más extensos, el del canal del Ganges, fue inaugurado en 1854; éste fue seguido por otros, que aprovecharon las aguas de los ríos Godavari, Jumla e Indo. La necesidad de contener la sequía y el hambre fue uno de los incentivos que impulsaron esta expansión de las obras de riego, pero también lo fueron motivos de lucro más inmediatos, pues la tierra irrigada podía producir dos o tres cosechas al año en lugar de una sola, y con frecuencia eran estas cosechas las que tenían el valor más alto en el mercado. En la última década del siglo XIX, se había construido en la India británica casi 71 000 kilómetros de canales principales y distribuidores, con los cuales se regaban más de cinco millones de hectáreas. Quince años después, hacia la conclusión del periodo británico, la cifra se había incrementado a 121 000 kilómetros y alrededor de 13 millones de hectáreas, la cuarta parte de las tierras cultivadas de la India. Muchas partes de la India fueron transformadas físicamente durante este proceso, y ninguna más que Punjab, en donde la implantación de un sistema de irrigación intensivo de alimentación fluvial y el establecimiento de "colonias de canales" cambiaron radicalmente la apariencia y el uso de la tierra. El Punjab, inicialmente árido en su mayor parte, se convirtió en una de las regiones cerealeras más prósperas del subcontinente, y sigue siéndolo hasta el presente.[8]

Para los británicos, las obras de irrigación de tan vasta escala y ante enormes dificultades técnicas fueron un monumento sobresaliente a la ciencia y la técnica de Occidente. Condensaron la fe colonial en el dominio de la naturaleza y los beneficios materiales resultantes de ello; fueron una manifestación visible y duradera del poder y los recursos de un estado colonial. Además, al ofrecer una solución ostensible al antiguo problema del hambre, representaron a los ojos británicos y (así se esperaba) a

[8] Elizabeth Whitcombe, "Irrigation", en Dharma Kumar (comp.), *The Cambridge Economic History of India*, vol. II, Cambridge, 1983, pp. 677-737.

los de sus súbditos hindúes, la prueba irrefutable de los beneficios de un régimen firme pero paternalista. Pero, ambientalmente hablando, no fueron siempre benéficos. En cuanto comenzaron a funcionar, los canales presentaron problemas, como inundaciones y salinización (la impregnación del suelo por sales llevadas a la superficie debido a rezumamiento del agua de los canales y los campos irrigados). En muchas partes del norte de la India, a la construcción de los canales siguió la propagación de cepas malignas de malaria, pues las acequias de irrigación y el suelo inundado sirvieron de nidales de mosquitos anófeles. El deterioro de la salud de la India fue una de las consecuencias negativas del cambio ambiental administrado por el gobierno colonial.[9]

Los ferrocarriles son otro ejemplo del carácter y consecuencias del amplio radio de acción de la revolución ambiental de la India. Desde sus modestos comienzos en 1853, el sistema ferroviario del país se expandió rápidamente después de la rebelión de 1857-1858, impulsado por consideraciones estratégicas lo mismo que comerciales, así como por oportunidades de inversión atractivas. Hacia 1910, la India poseía, por su longitud, la cuarta red ferroviaria del mundo, con más de 51 000 kilómetros de vías.[10] Si bien el impacto económico de los ferrocarriles ha sido el principal foco de debate en el pasado, las consecuencias ambientales hoy parecen ser igualmente importantes. Fueron necesarias ingentes obras de ingeniería para atravesar las llanuras inundadas por los ríos de la India, para cruzar las cordilleras o para trepar las pronunciadas pendientes a fin de alcanzar las estaciones de los cerros, como Simla y Darjeeling. En el proceso, se abatieron enormes cantidades de árboles y otras clases de vegetación, y el suelo quedó expuesto a la erosión. Para utilizarlos en la construcción —de puentes y durmientes— y también en un principio como combustible para las locomotoras, se talaron, transportaron y quemaron grandes cantidades de árboles. Las vías abrieron a la explotación comercial selvas hasta ese momento inaccesibles: un acelerado proceso de desforestación fue uno de los legados principales de la era del riel. Como los canales de irrigación, los ferrocarriles tuvieron también efectos adversos que se manifestaron en un ambiente enfermo. Los terraplenes construidos interfirieron en las líneas naturales de drenaje y contribuyeron también a la permanencia de terrenos inundados que sirvieron de criaderos de mosquitos de la malaria.[11] La mayor movi-

[9] Elizabeth Whitcombe, "The environmental costs of irrigation in British India: waterlogging, salinity, malaria", en David Arnold y Ramachandra Guha (comps.), *Nature, Culture, Imperialism: Essays on the Environmental History of South Asia*, Delhi, 1995, pp. 237-259.

[10] John M. Hurd, "Railways", en Kumar (comp.), *The Cambridge Economic History of India*, vol. II, pp. 737-761.

[11] Ira Klein, "Malaria and mortality in Bengal, 1840-1921", *Indian Economic and Social History Review*, 9, 1972, pp. 132-160.

lidad de grupos humanos por ferrocarril facilitó el traslado de las enfermedades de una región a otra: la propagación de la peste bubónica en los años noventa del siglo XIX y de la influenza en 1918-1919 son ejemplos de esta rápida diseminación por medio de los ferrocarriles de la India.

LA EXPLOTACIÓN FORESTAL DURANTE EL IMPERIO

Junto al efecto ambiental de los canales de riego y de los ferrocarriles puede ponerse el destino de las selvas de la India, que según se considera hoy fue uno de los factores principales en convertir la era colonial en lo que Nadhav Gadgil y Ramachandra Guha han llamado acertadamente "parteaguas en la historia ecológica de la India".[12] Como en América del Norte, la desaparición de las otrora vastas selvas de la India representa el cambio ambiental en su faceta más profunda y espectacular. Hoy es casi imposible imaginar la extensión que las selvas de la India tuvieron en el siglo XVIII —y la diversidad de la actividad humana y de las plantas y animales asociados con ella.

Como en Europa, la extensión arbolada de la India ha fluctuado con el paso del tiempo, a resultas de la expansión y la contracción agrarias, y al ritmo que las guerras, las hambrunas y las epidemias han cobrado su cuota. Al decir de muchos escritores, antes de 1800 hubo un relativo equilibrio entre las necesidades y la naturaleza humana, y aunque es fácil exagerar la magnitud de tal armonía, las dificultades de acceso y extracción, el valor comercial limitado de la madera, la resistencia de los pueblos que habitaban las selvas al control externo y la alta incidencia de malaria que privaba en zonas como Terai (junto a la frontera actual entre la India y Nepal), y la protección brindada por las arboledas sagradas y los derechos de caza de los rajás y los mogoles imperiales, todo esto bien pudo haber contribuido a la preservación de largo plazo de las grandes superficies selváticas de la India. Pero aun así, el cuadro no puede ser tan idílico o armonioso como a muchos escritores les gusta imaginar.[13] La necesidad de combustible y materiales de construcción para las ciudades de la India ha impuesto durante siglos inten-

[12] Madhav Gadgil y Ramachandra Guha, *This Fissured Land: an Ecological History of India*, Delhi, 1992, p. 116. Sin embargo, también hubo desforestación y cambio ecológico extensos en algunas partes de la India en los siglos que precedieron al dominio británico; véase Richard M. Eaton, *The Rise of Islam and the Bengal Frontier, 1204-1760*, Berkeley, 1993.

[13] Para una nota de advertencia sobre los peligros de atribuir una moderna conciencia ambiental a los habitantes de las selvas en época precolonial, véase David Hardiman, "Power in the forests: the Dangs, 1820-1940", en David Arnold y David Hardiman (comps.), *Subaltern Studies VIII: Essays in Honour of Ranajit Guha*, Delhi, 1995, pp. 89-147.

sas demandas a los bosques circundantes, y en tiempos de guerra incluso las arboledas sagradas podrían haber sido destruidas por bandas de guerreros o para abrir sendas para la marcha de los ejércitos.

Sin embargo, es indudable que las selvas de la India fueron sometidas a cambios sin precedente durante el curso del siglo XIX. Las mayores presiones resultaron de la expansión de la agricultura campesina, la creación de fincas de té y café y el desarrollo de la industria maderera administrada por el Estado. El valor de la madera hindú, en especial la teca, la sal y el sándalo, creció con la economía de mercado, y por medio de carreteras y vías férreas se hicieron accesibles regiones selváticas hasta entonces intactas. Los británicos empezaron a considerar que los recursos madereros estaban entre los premios más valiosos que podían ganarse mediante las adquisiciones territoriales, incluido el Terai en 1816, la provincia birmana, rica en teca, de Tenasserim en 1826, y el reino septentrional de Awadh en 1856. Desde mediados del siglo XIX, la demanda de madera por parte de la industria ferroviaria era prácticamente insaciable: se decía que para tan sólo kilómetro y medio de vía ancha hacía falta 2000 durmientes, y hacia 1878 se habían utilizado cosa de dos millones en el tendido de vías. Con la expansión de ciudades coloniales del tamaño de Calcuta, Bombay y Madrás hubo una demanda desmedida de combustible y materiales de construcción desde una zona de influencia y abastecimiento siempre creciente, y se abrieron claros en regiones arboladas de las tierras altas, como Assam, en el noreste, y el Nilgiris, en el sur, para sembrar té, café y otros productos de plantación.

Los británicos ayudaron también al avance de esta frontera ecológica por la propagación de la agricultura campesina hacia zonas que antes no se cultivaban o con poca densidad de población, como Birmania Inferior, a fin de incrementar los ingresos del gobierno y para contener la presión sobre la tierra y el hambre prevalecientes en las regiones más populosas. Desde hacía mucho tiempo las selvas de la India habían sido patria de pueblos presuntamente "primitivos", especialmente tribales o *adivasis* ("los habitantes originales") cuyo modo de vida, a los ojos de los británicos del siglo XIX, era improductivo o demasiado atrasado y orientado a la mera subsistencia como para satisfacer las necesidades más amplias de la economía colonial. Muchos de estos pueblos selváticos fueron hechos a un lado en aras del "progreso" y el "perfeccionamiento", designados miembros de "tribus criminales", u obligados a engrosar las filas de los jornaleros. Las selvas fueron vistas como obstáculos al gobierno establecido y a la agricultura productiva en un sentido más: alojaban bandidos, los *Thugs*, y, como lo demostraron los sucesos de la rebelión de 1857-1858 ocurrida en las porciones septentrional y

central de la India, también insurgentes y sublevados. Destruir las selvas fue, pues, una manera de hacer avanzar la frontera del control administrativo eficaz y de reducir al mínimo los sitios a donde no llegaba el brazo de la ley y donde resistían los rebeldes. "Un paisaje llano da poco amparo al rebelde, al fugitivo o al bandido. Del mismo modo que el régimen colonial limpió el campo de armas de fuego después del Gran Motín, así también el desarrollo económico despojó de sus defensas naturales a la sociedad local que estaba en contra del poder del Estado."[14]

Si bien las políticas coloniales hicieron mucho en perjuicio de las selvas y por fomentar su explotación inmisericorde, vale la pena notar que los británicos se vieron a sí mismos exactamente como lo opuesto: como quienes trataban de proteger un recurso natural valioso y de salvar las selvas de un proceso de destrucción continuada. En los años veinte, un alto funcionario de la industria forestal, E. P. Stebbing, argumentó que en la India la "guerra en contra de las selvas" ya tenía varios siglos de duración (según él "3 500 años o más"). Creía que muchas regiones de la India, en otros tiempos densamente pobladas, habían quedado reducidas a selva inhabitable y maleza por "quema de selva en gran escala, continuada e implacable". Durante muchas generaciones, de esto había resultado "el decremento gradual de agua en los grandes ríos [...] el desecamiento de manantiales, arroyos y ríos [...] la disminución paulatina del volumen de las lluvias locales". Como muchos otros funcionarios forestales del gobierno colonial, Stebbing culpó al "pernicioso sistema" de cultivo nómada practicado por muchos de los pueblos selváticos de la India. Según él, "el más despilfarrador de todos los procedimientos de utilización de la selva", del cual resultaba que "miles de kilómetros cuadrados de valiosas selvas" eran arrasados todos los años y "selvas de maderas finas eran sustituidas por malezas inútiles".[15]

Debe ponerse en duda que el cultivo nómada haya hecho tanto daño como aseguraron los británicos, o que sus efectos fueran de magnitud equivalente a los ocasionados por la industria maderera o la agricultura de plantación. Pero, en la sexta y séptima décadas del siglo XIX, el gobierno de la India estaba tan preocupado por el rápido agotamiento de los recursos madereros y las consecuencias, supuestamente dañinas, de la agricultura nómada y prácticas conexas, que se sintió en la necesidad de intervenir en gran escala. En 1864 se funda el Servicio Forestal de la India, y acto seguido se promulgan las Leyes forestales de 1865 y 1878. En esas leyes se ordenó la formación de selvas estatales de reserva, que

[14] J. F. Richards, James R. Hagen y Edward S. Haynes, "Changing land use in Bihar, Punjab and Haryana, 1850-1970", *Modern Asian Studies*, 19, 1985, p. 725.

[15] E. P. Stebbing, *The Forests of India*, vol. I, Londres, 1922, pp. 32, 35-36.

según estimación hecha en 1900 abarcaban la quinta parte de la superficie de la India británica, y también conforme a esas leyes se estableció una de las empresas forestales, de administración gubernamental, más grandes del mundo. Hacia 1947, año de la independencia de la India, el Estado controlaba más de 250 000 kilómetros cuadrados de selva. De las citadas leyes resultó un "grado sin precedente" de intervención en las vidas de los pobladores de la India. En nombre de la conservación forestal, se prohibieron o restringieron severamente el apacentamiento y la agricultura nómada. Se empleó un pequeño ejército de funcionarios forestales de bajo nivel para hacer cumplir tales normas, a menudo ante la enconada oposición de las poblaciones locales, que veían vulnerados sus derechos y sus medios de subsistencia tradicionales. En actos de "resistencia cotidiana" los campesinos y los *adivasis* desafiaron las leyes forestales para conseguir combustible, recoger estiércol para abono o yerba para sus animales. Algunos habitantes de las selva huyeron a los estados gobernados por príncipes hindúes a fin de evadir las nuevas restricciones forestales mientras que otros participaron en la serie de rebeliones que estallaron entre 1870 y 1920 en protesta por la pérdida de sus derechos habituales y así liberarse de restricciones tan fastidiosas.[16]

¿Por qué intervinieron de ese modo los británicos? ¿Estaban motivados por un interés genuino en la conservación de las selvas o simplemente reaccionaron a las consideraciones inmediatas de índole comercial y de lucro? Gadgil y Guha argumentan que los británicos, cuando menos al principio, estuvieron poco interesados en la conservación por sí misma: "los imperativos de la industria maderera colonial", observan, "fueron comerciales en lo esencial".[17] Las selvas administradas por el Estado se convirtieron en importantes fuentes de ingresos en un momento en que las percepciones del gobierno resultaban insuficientes. Además, muchos de los bosques no fueron en realidad conservados, sino administrados comercialmente o incluso transformados en pro de obtener la máxima ganancia, reemplazando, por ejemplo, las selvas mixtas con plantaciones de teca, sal u otras maderas duras valiosas. En contraste con esto, desde una posición muy favorable hacia la ciencia colonial y sus credenciales "verdes", Richard Grove sostiene que los funcionarios forestales británicos de la India en realidad estaban trabajando en contra de los intereses financieros de corto plazo del gobierno y dentro de un compromiso genuino con los principios de la conservación forestal. Según él, "las restricciones ecológicas [...] tuvieron un

[16] Madhav Gadgil y Ramachandra Guha, "State forestry and social conflict in British India", en David Hardiman (comp.), *Peasant Resistance in India, 1858-1914*, Delhi, 1992, pp. 258-295 (publicado por primera vez en *Past and Present*, 123, 1989, pp. 141-177).

[17] *Ibid.*, p. 261.

efecto excepcional sobre lo que está uno acostumbrado a pensar como prioridades económicas del Estado colonial".[18]

LA REAPROPIACIÓN DE LA NATURALEZA

Los cambios materiales e ideológicos, de profundas consecuencias, introducidos por los británicos, y compendiados en el agotamiento o alteración acelerados del carácter de las selvas de la India, sólo pudieron realizarse aplastando las protestas de los indios. El ambiente se convirtió en la India (como en muchos otros territorios coloniales y en la propia Europa) en lugar y fuente de conflicto entre gobernantes y gobernados. Como se dijo, uno de los aspectos de la contienda fue el intento de las poblaciones rurales de la India por defender sus usos consuetudinarios de las selvas en contra de la reglamentación colonial, y los motivos de queja relacionados con las selvas fueron uno de los factores de las revueltas rurales a partir de los años setenta del siglo XIX. La resistencia se dio también en forma de *satyagrahas* de la selva, o campañas de desobediencia civil al estilo de Gandhi, durante los años veinte y treinta, dirigidas contra los guardias y los funcionarios forestales corruptos o tiránicos, y asimismo en contra de las restricciones a la recolección de abono de hojarasca y de combustible, así como al apacentamiento de ovejas, cabras y ganado mayor. Formas similares de resistencia popular, por agravios de hecho y por perspectivas culturales muy diferentes de las de los británicos, ocurrieron también en otras regiones, por ejemplo en contra de las campañas de salud pública emprendidas por el gobierno colonial o por restricciones impuestas a los derechos de pesca y de caza.[19]

Pero estas manifestaciones de resistencia popular ante la intervención y el control ambientales por parte de los británicos no son de ningún modo la historia completa. Hubo también formas de resistencia ideológica, más evidente entre la clase media hindú, contra los intentos coloniales de apropiarse el entorno exclusivamente dentro de un programa

[18] Richar H. Grove, "Colonial conservation, ecological hegemony and popular resistance: towards a global syntheris", en John M. MacKenzie (comp.), *Imperialism and the Natural World*, Manchester, 1990, p. 18. Véase también Mahesh Rangarajan, "Imperial agendas and India's forests: the early history of Indian forestry, 1800-1878", *Indian Economic and Social History Review*, 31, 1994, pp. 147-167.

[19] Para algunos ejemplos de estas diferencias y conflictos, véase David Arnold, "Smallpox and colonial medicine in nineteenth-century India", en David Arnold (comp.), *Imperial Medicine and Indigenous Societies*, Manchester, 1988, pp. 45-65; Peter Reeves, "Inland waters and freshwater fisheries: some issues of control, access and conservation in colonial India", en Arnold y Guha (comps.), *Nature, Culture, Imperialism*, pp. 260-292.

británico de "civilización" y "progreso". En diferentes niveles, los hindúes rechazaron las imágenes y las asociaciones negativas que el concepto occidental de "tropicalidad" les imponía, y afirmaron su propia identidad mediante símbolos y valores relacionados con el ambiente. El uso que dio Gandhi al impuesto a la sal como tema central de su campaña de desobediencia civil de 1930 fue como el emblema de esta resolución generalizada de repudiar el control y la explotación ambientales impuestos por los británicos, y tuvo también importancia práctica. Entendiendo las naciones en el sentido de Benedict Anderson, de "comunidades imaginadas", entonces (como vimos en el caso de Estados Unidos) el uso de ciertas imágenes y símbolos, extraídos del entorno, con frecuencia han sido puntos de poderosa confluencia emocional y foco del cual surge un sentimiento de identidad nacional.

Con su enorme diversidad ecológica así como cultural, fue difícil para la India encontrar un conjunto único de lugares y símbolos ambientales que sirviera para sus fines. La sal, como Gandhi averiguó muy pronto, fue excepcional en cuanto a tener significado para la India toda. Los paisajes, la flora y la fauna de Bengala, y aun las clases de alimento que ahí se consumían, eran muy diferentes de los de la Gujarat de Gandhi en el oeste o de Tamilnad en el extremo sur. Además, muchos de los símbolos naturales de la India portaban connotación religiosa específica, por lo cual no era fácil que fueran aceptados por los practicantes de otros credos. La potente imagen de la vaca, por ejemplo, fue explotada plenamente para congregar a los hinduistas, pero tendió a ejercer efectos divisionistas en las relaciones de éstos con los musulmanes. Tampoco fue posible separar los ríos y las montañas de la India de una geografía sagrada distintivamente hinduista.

Sin embargo, las imágenes relativas al ambiente fueron pieza clave en la formación de una conciencia nacional así como regional o religiosa entre los hindúes, y al mismo tiempo en la repulsa a la dominación cultural y política de parte de los británicos. Por ejemplo, el orgullo por el paisaje de Bengala (así como por su idioma y su cultura) fue rasgo conspicuo de la obra del poeta y novelista Rabindranath Tagore. Su amorosa apreciación del paisaje de su región natal fue una combinación de muchos ingredientes culturales (desde la inspiración del poeta y dramaturgo sánscrito Kalidasa hasta la de los escritores y pintores del romanticismo europeo). Pero, considerando lo despectivos que habían llegado a ser los británicos, hacia fines del siglo XIX, en relación con Bengala y sus habitantes "débiles" y "afeminados", no debe ser motivo de sorpresa que haya habido una nota de patriótico desafío, como el Tagore joven escribió en septiembre de 1894:

> Muchos desdeñan Bengala por ser tan plano, pero para mí los campos y los ríos son las vistas de lo que amo. Con la caída de la tarde, la profunda bóveda del cielo me colma de tranquilidad como una copa de lapislázuli, mientras que la inmovilidad de la tarde, me recuerda el borde de un *sari* de oro que envuelve al mundo entero. ¿Dónde hay otra tierra que haga rebosar así a la mente?[20]

Se encuentra también en Tagore la imagen inversa de este romanticismo patriótico: una invocación nacionalista del ambiente como reflejo de una India deprimida y degradada bajo el dominio extranjero. En una carta que redactó dos días antes de escribir el pasaje citado, Tagore describió, afligido y desesperado, las condiciones que observaba en algunos de los más míseros poblados del Bengala lluvial:

> Todo hogar tiene reumatismo, piernas hinchadas, resfriados o fiebres, o un niño que, víctima de la malaria, llora sin parar, y nadie podrá salvarlo. ¿Cómo pueden los hombres tolerar un minuto tal pobreza infeliz, insalubre irritante? El hecho es que automáticamente admitimos la derrota en cada barrio —sea por la ira de la naturaleza, las extorsiones de nuestros gobernantes, o la opresión de nuestras *shastras* [escrituras]: sea lo que sea, nos falta fuerza para resistirlo.[21]

Hubo otros que reflexionaron también sobre el lastimoso estado de Bengala, ya fuera para culpar la inercia o el derrotismo de los propios bengalíes o para contrastar el estado presente, enfermizo y de debilidad de la región, con una edad dorada precolonial. Hablando en una conferencia sobre salud pública en 1912, Motilal Ghosh, director de un periódico de Calcuta, afirmó que 60 años antes la comarca bengalí era notablemente sana y libre de enfermedades: la fiebre era rara, el cólera prácticamente desconocido y la viruela estaba vencida. En aquellos días, "lo más granado de la nación" vivía en el campo. Los pueblos rebosaban de gente sana, feliz y robusta, a la cual no preocupaba "el asunto del pan o el temor de recibir la visita de una peste mortífera". Pero, sostuvo Ghosh, esos días idílicos son cosa del pasado. Dijo que el "deterioro de la raza" había comenzado con un brote de "fiebre de Burdwan" (malaria) en los años sesenta del siglo XIX. "En los últimos 60 años", dijo, citando como prueba estadísticas oficiales, "la malaria y el cólera acabaron con diez millones de bengalíes. Los que quedaron [...] están más muertos que vivos". Donde una vez reinaron la salud y la alegría, ahora había hambre y los habitantes estaban "muriendo como moscas".

[20] *Glimpses of Bengal: Selected Letters of Rabindranath Tagore*, trad. al inglés, Krishna Dutta y Andrew Robinson, Londres, 1991, p. 111.

[21] *Ibid.*, p. 110.

víctimas de la malaria. Ghosh llegó a la conclusión de que la raza bengalí se estaba extinguiendo, y "en última instancia debe desaparecer como desaparecieron los antiguos griegos [...] a menos que se den los pasos correctos, y con el vigor necesario, para salvarlos de la extinción".[22]

A pesar del progreso material (así como moral) que al decir de los británicos promovieron éstos durante su gobierno, a muchos hindúes les pareció que el país y su gente se habían deteriorado bajo el gobierno colonial. Éste fue la *Kaliyuga*, la era de la aflicción. Fue como si la India, visitada en la última década del siglo XIX y primera del XX por epidemias de malaria y peste y por una de las peores hambrunas que se registran, se hallara en la misma condición deplorable en que había estado Europa 500 años antes, en los tiempos de la Peste negra. Pero al menos entonces Europa estuvo libre para resolver su propio destino ambiental, cosa que la India, como colonia, no estuvo en libertad de hacer. Se creía ampliamente que sólo bajo el *swaraj*, gobierno de sí misma, el paisaje marchito de la India volvería a sonreír.

[22] *Proceedings of the Second All-India Sanitary Conference*, vol. II, Simla, 1913, pp. 514-523. Para los datos médicos en que se funda el pesimismo de Ghosh, véase Klein, "Malaria and mortality in Bengal".

CONCLUSIÓN

SE DICE que "La sagrada palabra 'naturaleza' es quizá la más equivoca del vocabulario de los pueblos europeos."[1] Ciertamente, los historiadores no han encontrado a la naturaleza fácil de manejar, ni como concepto ni como influencia histórica. Muchos han reaccionado desentendiéndose de ella calladamente, creyendo que el verdadero sujeto de la historia está en otra parte —en el estudio de la humanidad sola, de suyo desprovista de adornos y sin afectaciones—. Y, sin embargo, la naturaleza, o el medio o el ambiente, como se acostumbra llamarle hoy, no puede ser echada a un lado tan fácilmente. Como en este libro vimos, donde muchos historiadores temen poner el pie, otros —filósofos, geógrafos, naturalistas, polemistas de todo género— han estado siempre dispuestos a irrumpir. Les guste o no les guste a los historiadores, las ideas de la naturaleza han desempeñado parte principal, hasta podría decirse que integrante, tanto del proceso de la historia como de su interpretación. Además, en estos días de creciente conciencia ambiental, los historiadores no pueden, ni deben, quedarse callados sobre un tema de interés tan amplio y de legítimo interés público.

Pero claramente se ve que entre los historiadores que se han ocupado de la naturaleza no ha habido consenso sobre cuál es el significado de ésta. Para algunos, la naturaleza representa un perturbador conjunto de factores ambientales —el clima, las enfermedades, los bosques o las selvas sombríos y tétricos— que, en grados variables, se considera que han contribuido a dirigir el curso de la historia humana. Para otros, la naturaleza es menos material que perceptual, una forma en que los pueblos del pasado entendieron el mundo o privilegiaron cierta clase de paisaje en detrimento de otra. En realidad, como se ha tratado de mostrar en los capítulos finales de este libro, es difícil separar una de otra. La naturaleza y la cultura se hallan tan entremezcladas que sería tonto (e históricamente erróneo) tratar de separarlas. Pero sorprende lo común que es, en el estudio de la naturaleza material, el hecho de que cuando los escritores (no siempre historiadores) se ocupan de asuntos históricos

[1] Arthur O. Lovejoy y George Boas, *Primitivism and Related Ideas in Antiquity*, Baltimore, 1935, p. 12.

dejan implícita, o adoptan inconscientemente, alguna forma de determinismo geográfico o biológico. Y de igual modo sorprende lo frecuentemente que dos de las figuras más influyentes del pensamiento ecológico —Malthus y Darwin— dejan implícitas en sus escritos tales interpretaciones. La naturaleza, tal y como se encuentra dentro de la ciencia, se convierte en fuente de autoridad, y de tal categoría, que a menudo se recurre a ella para emitir generalizaciones históricas. La historia ha aprendido mucho de la ciencia durante los últimos dos siglos, casi tanto como la ciencia ha aprendido de la historia. Pero seguramente es saludable ver la ciencia como construcción cultural y recordar el grado en que nuestros puntos de vista, como los articulados por la gente del pasado, son inevitablemente producto de una visión del mundo propia de una edad, sociedad, clase o sexo particulares.

El paradigma ambientalista —la idea de que el ambiente ha sido una fuerza poderosa en la historia humana y, a la inversa, que la humanidad ha desempeñado uno de los papeles principales en la remodelación de la naturaleza— se ha aplicado de diferentes modos en diferentes épocas. A veces, el clima ha sido la palabra clave; otras, lo ha sido la salud y la enfermedad, o el "imperialismo" de las plantas y los animales. Para algunos historiadores, con el ecologismo sólo sobreviene una comprensión de la historia en cuanto fenómeno global, como si fuera visto desde el espacio: una historia de la unificación del mundo por la enfermedad, por la implacable transformación mediante la desforestación y la agricultura sedentaria. Pero también se ha recurrido a las ideas ambientalistas para explicar diferencias y dividir el mundo en los escogidos y los malditos, en naciones y razas, entre grandes agregados de pueblos y lugares como el Oriente y el Occidente, las "Neoeuropas" y los trópicos, o sencillamente entre la civilización y el salvajismo.

En este estudio, el ecologismo (como recurso explicativo y como influencia en la historiografía) se ha colocado dentro de una particular secuencia histórica. Se han presentado las respuestas occidentales a la naturaleza como factor poderoso en enlazar la historia de Europa con la del resto del mundo. Se ha mostrado que las percepciones ecologistas y el cambio ambiental van de la mano con la construcción de la hegemonía europea por todo el planeta y con la transformación tanto de Europa como de los continentes que terminaron sometidos a ella. Indudablemente hay otras maneras de representar los enlaces entre el ambiente y la historia, pero ha habido pocos casos en la historia humana en que las conexiones entre las ideas y las prácticas ambientalistas hayan estado tan cargadas de consecuencias duraderas para la Tierra y la humanidad.

LECTURAS SUGERIDAS

En los últimos años la literatura sobre ecología e historia ambiental ha crecido enormemente y continúa expandiéndose con tanta rapidez, que todo el tiempo están apareciendo nuevas obras. De especial valor como introducción a la ecología es D. F. Owen, *What is Ecology?* (2ª ed., Oxford, Oxford University Press, 1980) y, como guía para el desarrollo histórico de la ecología como ciencia, Peter J. Bowler, *The Fontana History of the Environmental Sciences* (Londres, Fontana Press, 1992) [*Historia Fontana de las ciencias ambientales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998.]. Hay varios estudios sustanciosos donde se le sigue la pista a la historia de las ideas ambientalistas en Occidente. El más meritorio de éstos es el de Clarence J. Glacken, *Traces on the Rhodian Shore: Nature and Culture in Western Thought from Ancient Times to the End of the Eighteenth Century* (Berkeley, University of California Press, 1967), pero debe leerse junto con obras más recientes, como la de Donald Worster, *Nature's Economy: a History of Ecological Ideas* (2ª ed. Cambridge, Cambridge University Press, 1985) y David Pepper, *The Roots of Modern Environmentalism* (Londres, Croom Helm, 1984). Para la perspectiva geográfica, véase David N. Livingstone, *The Geographical Tradition: Episodes in the History of a Contested Enterprise* (Oxford, Blackwell, 1992) y Robin A. Butlin, *Historical Geography: Through the Gates of Space and Time* (Londres, Arnold, 1993). Hay un excelente panorama de la historia ambiental escrito en Worster, "Doing environmental history", en Donald Worster (comp.), *The Ends of the Earth: Perspectives on Modern Environmental History* (Cambridge, Cambridge University Press, 1988), pp. 289-307. Ésta y otras de las obras consignadas en este párrafo contienen excelentes bibliografías.

Contribuciones particularmente notables al debate sobre el surgimiento y la significación de las ideas ecologistas en Occidente están en Williams, *The Country and the City* (St Albans, Paladin, 1973) y Carolyn Merchant, *The Death of Nature: Women, Ecology and the Scientific Revolution* (San Francisco, Harper, 1983). También, para una perspectiva en que se considera la visión según el sexo, véase los ensayos que aparecen en Carol P. MacCormack y Marilyn Strathern (comps.), *Nature, Culture and Gender* (Cambridge, Cambridge University Press, 1980), y para la

conexión con las enfermedades, James C. Riley, *The Eighteenth-Century Campaign to Avoid Disease* (Basingstoke, Macmillan, 1987).

En el frente historiográfico, la obra de la escuela de los *Annales* es estudiada sucintamente en Peter Burke, *The French Historical Revolution: the Annales School, 1929-89* (Cambridge, Polity Press, 1990). Hay biografías de varios de los historiadores y geógrafos citados en los capítulos II y III de este libro. Entre las más útiles se hallan las realizadas por Carole Fink, *Marc Bloch: a Life in History* (Cambridge, Cambridge University Press, 1989) y W. H. McNeill, *Arnold J. Toynbee: a Life* (Nueva York, Oxford University Press, 1989). La obra *Ellsworth Huntington: his Life and Thought*, de Geoffrey J. Martin, (Hamden, Conn., Archon Books, 1973), en verdad decepciona; pero un relato más incisivo de este geógrafo que tanta influencia ejerció en su campo se encuentra en David N. Livingstone, "Climate's moral economy: science, race and place in post-Darwinian British and American geography, en Anne Godlewska y Neil Smith (comps.), *Geography and Empire* (Oxford, Blackwell, 1994), pp. 132-54.

Hay cada vez más trabajos que se ocupan de las ideas ecológicas en el contexto de países y periodos particulares. Entre los más reveladores y accesibles están D. G. Charlton, *New Images of the Natural in France: a Study in European Cultural History, 1750-1800* (Cambridge, Cambridge University Press, 1984); Keith Thomas, *Man and the Natural World: Changing Attitudes in England, 1500-1800* (Harmondsworth, Penguin, 1984); y Roderick Nash, *Wilderness and the American Mind* (3ª ed. New Haven, Conn, Yale University Press, 1967). La literatura estadounidense es especialmente rica e innovadora. Entre toda una multitud de estudios, hay dos particularmente ilustrativos: William Cronon, *Changes in the Land: Indians, Colonists and the Ecology of New England* (Nueva York, Hill and Wang, 1983) y Donald Worster, *Rivers of Empire: Water, Aridity and the Growth of the American West* (Nueva York, Oxford University Press, 1985).

La historia ambiental de otras regiones aparte de Europa y América del Norte también se está desarrollando rápidamente, y la obra de Crosby, Curtin y Grove ha sido gran estímulo para llevar adelante las investigaciones y los debates dentro de varios campos. Algunas de las obras más importantes han aparecido hasta la fecha en colecciones de ensayos, como el volumen, ya citado, sobre *Geography and Empire*, compilado por Anne Godlewska y Neil Smith (Oxford, Blackwell, 1994) y John M. MacKenzie (comp.), *Imperialism and the Natural World* (Manchester, Manchester University Press, 1990). Además de las obras citadas en los capítulos VIII y IX de este libro, entre los estudios más importantes del ambiente y la historia de África figuran David Anderson y

Richard Grove (comps.), *Conservation in Africa: People, Policies and Practice* (Cambridge, Cambridge University Press, 1987); los artículos sobre "The politics of conservation in southern Africa" en una edición especial de la *Journal of Southern African Studies*, 15 (2), 1989; John M. MacKenzie, *The Empire of Nature: Hunting, Conservation and British Imperialism* (Manchester, Manchester University Press, 1988); y Michael A. Osborne, *Nature, the Exotic, and the Science of French Colonialism* (Bloomington, Ind., Indiana University Press, 1994). Helge Kjekshus, *Ecology Control and Economic Development in East African History: the Case of Tanganyika, 1850-1950* (Londres, Heinemann, 1977) y John Iliffe, *A Modern History of Tanganyika* (Cambridge, Cambridge University Press, 1979), son dos de los primeros e interesantes ejemplos de la aplicación eficaz de las perspectivas ambientales.

También sobre Asia se han publicado muchos estudios regionales, tanto sobre las ideas y las prácticas autóctonas como las de las potencias coloniales. Sobre las primeras, los ensayos compilados por Ole Brunn y Arne Kalland, *Asian Perceptions of Nature* (Copenhague, Nordic Institute of Asian Studies, 1992) son dos valiosos correctivos a las concepciones simplistas de las actitudes de los asiáticos hacia el ambiente, mientras que Victor R. Savage, *Western Impressions of Nature and Landscape in Southeast Asia* (Singapur, Singapore University Press, 1984), que quizá sea más ilustrativo si se lee con S. H. Alata, *Myth of the Lazy Native* (Londres, Cass, 1977), da para una región de Asia una descripción útil de las perspectivas europeas. Para la India, además de Madhav Gadgil y Ramachandra Guha, *This Fissured Land* (Delhi, Oxford University Press, 1992), hay estudios recientes como el de David Arnold y Ramachandra Guha (comps.), *Nature, Culture, Imperialism: Essays on the Environmental History of South Asia* (Delhi, Oxford University Press, 1995) y R. H. Grove y V. Damodaran (comps.), *Essays on the Environmental History of South and Southeast Asia* (Delhi, Oxford University Press, 1986).

Necesariamente, este libro ha tenido que ser selectivo con respecto a los temas abarcados y las regiones tratadas. Una de las omisiones que más salta a la vista es la de la historia ambiental de Australia, sobre la cual hay actualmente muchos estudios fascinantes. Entre ellos están el de Paul Carter, *The Road to the Botany Bay: an Essay in Spatial History* (Londres, Faber and Faber, 1987); J. Powell, *Environmental Management in Australia, 1788-1914* (Melbourne, Oxford University Press, 1976); Stephen Dovers (comp.), *Australian Environmental History: Essays and Cases* (Melbourne, Oxford University Press, 1994); y, para la comprensión del paisaje desde el punto de vista nativo, Ronald M. Berndt y Catherine H. Berndt, *The Speaking Land: Myth and Story in Aboriginal Australia*

(Ringwood, Victoria, Penguin, 1989). Por último, debe mencionarse una de las obras más originales e influyentes de todas las que relacionan el arte, el ambiente y la historia de las ideas: Bernard Smith, *European Vision and the South Pacific* (2ª ed., New Haven, Conn., Yale University Press, 1985).

ÍNDICE GENERAL

Prefacio 7

I. Introducción 9

II. El lugar de la naturaleza 16
El paradigma ambientalista, 16; Aires, aguas, lugares, 20; "El más poderoso de todos los imperios", 24; "La raza lo es todo", 30; Civilización y clima, 33; El reto ambiental, 37

III. La revalorización de la naturaleza 42
"La Longue Durée", 42; El clima y la historia, 47; El pesimismo ambiental, 49; Una historia "verde", 53

IV. El ambiente como catástrofe 57
Continuidad y crisis, 57; La "mayor crisis ambiental" de Europa, 62; "Madura para la catástrofe", 70

V. El cruce de las fronteras biológicas 73
La unificación del planeta por medio de la enfermedad, 73; El "holocausto" del Nuevo Mundo, 76; "El imperialismo ecológico", 83; La esclavitud, 88

VI. La frontera ecológica 94
La tesis de la frontera, 94; La frontera en evolución, 98; Se expande la tesis de la frontera, 100; La "gran frontera" de Europa, 103; "Los paisajes indios", 106

VII. La revolución ambiental 112
Un "acontecimiento decisivo", 112; Pieles y bosques, 115; La transformación de las Antillas, 117; "Una naturaleza primigenia que aúlla", 120; "El continente de la naturaleza", 126; El paisaje y la identidad nacional, 127

VIII. La invención de la tropicalidad 130
La "otredad", 130; Los paraísos tropicales, 131; La "zona tórrida", 136; La civilización de los trópicos, 144; La apropiación de los trópicos, 148

IX. La colonización de la naturaleza 154
La India y las "Disposiciones de la naturaleza", 154; La transformación de la India, 159; La explotación forestal durante el imperio, 163; La reapropiación de la naturaleza, 167

Conclusión 171

Lecturas sugeridas 173

Índice analítico 177